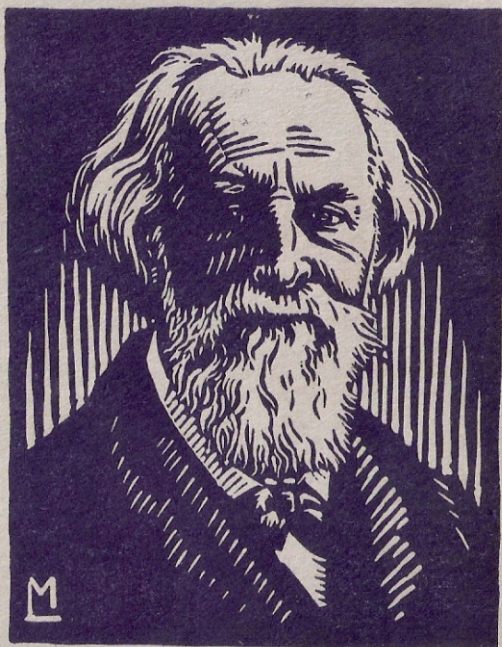


ELISEO RECLUS

# CORRESPONDENCIA

[De 1850 a 1905]



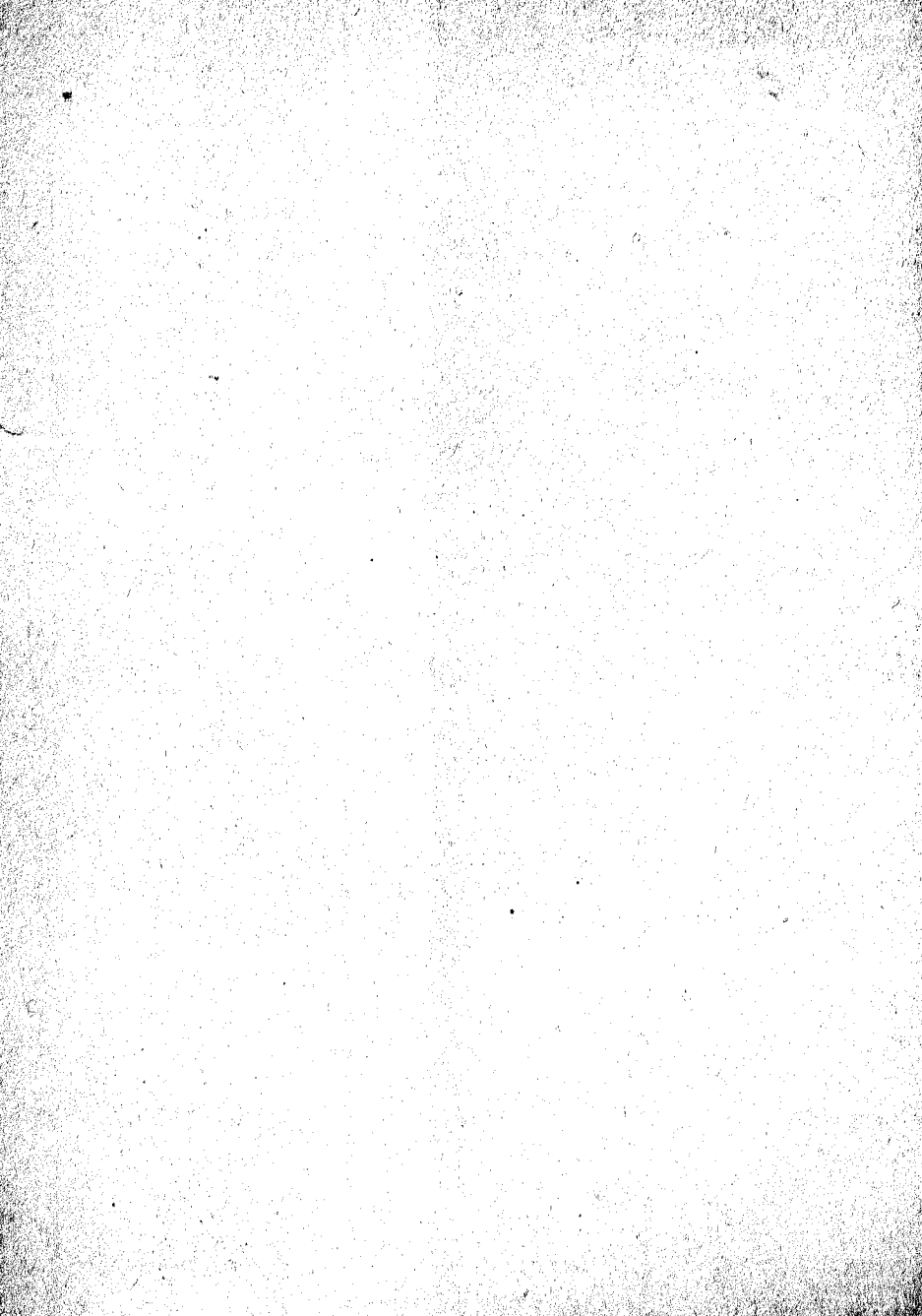
EDICIONES IMÁN

## ELISEO RECLUS

*“Eliseo Reclus tuvo la suerte de no ser un especialista. Sabiendo documentarse muy bien utilizó todas sus facultades. Literato, observador de la naturaleza, despreciando el orden establecido, fué un geógrafo que todo el mundo pudo leer sin una preparación especial. Vió el globo y el suelo, la atmósfera y las aguas; vió en todas partes la vida que bulle y el hombre y sus pasiones, y al mismo tiempo que veía todo eso en su estado estacionario, no olvidó las fuerzas que están siempre alertas para modificar el aspecto transitorio de las cosas. Fué hasta el límite de su pensamiento sin agotar ninguna cuerda de su lira”.*

PAUL RECLUS



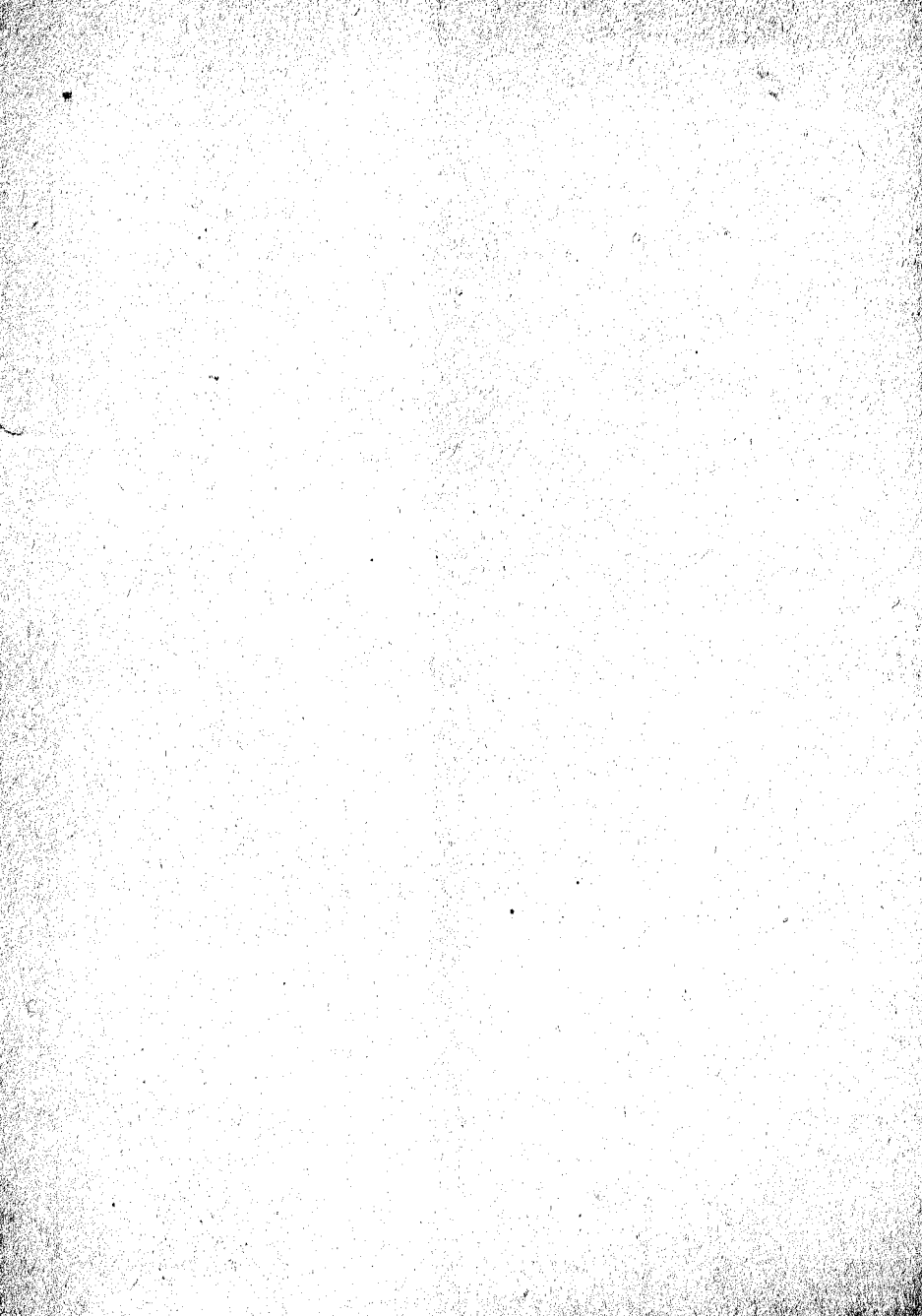




# CORRESPONDENCIA

[De 1850 a 1905]

N





ELISEO RECLUS



ELISEO RECLUS

# CORRESPONDENCIA

[De 1850 a 1905]

EDICIONES IMÁN  
BUENOS AIRES

Selección a cargo de  
L U C E F A B B R I  
Traducido del francés por  
H O R A C I O E. R O Q U É

PRINTED IN ARGENTINE

Derechos reservados para todos  
los países de habla española.  
Queda hecho el depósito que  
previene la ley. — Copyright by  
EDICIONES IMÁN - BUENOS AIRES

Se terminó de imprimir el 15  
de septiembre de 1943, en la  
Imprenta de Macagno, Landa &  
Cía. (S.R.Lda.) Aráoz 162 - 64  
B u e n o s A i r e s .

*Franz Schlegel*  
sus padres, Orthez

Sin fecha, 1850

Queridos padres:

Sin vuestra última y muy querida carta, aun estaría a la espera de noticias de mi familia en general y particularmente de vosotros. Ni mi abuela, ni mi tío, ni mis amigos de Montauban me han escrito todavía, y sin embargo me he trasladado a un país muy alejado, de diferente atmósfera. Esto podría servirme de pretexto para no escribir, pues bien sabéis que soy, tal vez para justificar mi pereza, poco amigo de escribir cartas, porque pueden engañar más de lo que instruyen, ya que cada cual juzga con criterio distinto las más simples frases. Quien las ha escrito no está presente para rectificar; poco a poco su imagen va transformándose en el espíritu de los seres queridos, y, al volver a la casa paterna nos preguntamos si él es realmente él. Porque en verdad, si muchos puntos de mira de mi individualidad empezaban a aclararse para vosotros y hoy comienzan a sumergirse en la sombra, puede ocurrir que, reemplazando la realidad, dibujéis muchos trazos inexactos, quizás rasgos distintos. En todo caso, si a causa del alejamiento, juzgáis erróneamente mi espíritu, no juzguéis mal mi corazón, y sabréis siempre que os amo, que soy vuestro hijo, vuestro queridísimo hijo.

Voy pues a hablaros de mí, prestando atención a los detalles más mínimos, no por egoísmo, y sí por amor, pues con ello he de proporcionaros placer. Creo haberos dicho ya que tenía a mi cargo una suplencia en la segunda aula, vacante dejada por un suizo llamado Borrel. Ocupé este puesto durante seis semanas, más o menos, y desde hace apenas unos días entré en la cuarta clase, que a decir verdad me había sido destinada desde un comienzo. Dejé con pesar la segunda aula, pues me había acostumbrado a los niños y me entendía perfectamente con mi colega; además resulta más fácil para un joven conocer a los jóvenes y guiarlos, que conducir a un enjambre infantil; es preciso volverse niño uno mismo, para conocerlos bien e instruirlos, pero disto mucho de tal condición. A causa de esto es difícil para un joven ser sencillo y natural: su ser, íntegramente, se halla todavía en el período del impulso; quiere aprender; es preciso que su mañana exceda

siempre los límites del día anterior; está en el período de la acción y le sería arduo volver atrás. Pero durante la mayor parte del tiempo, mientras aprende, olvida: su rica juventud le permite olvidar las impresiones de su infancia, y es necesario que la edad árida marque su huella sobre su alma insaciable y sus fuerzas exuberantes se debiliten paulatinamente para que vuelva a unirse con su pasado casi desvanecido, para que reviva dentro de sí los recuerdos casi extintos, y así también todo su ser se modele poco a poco sobre esos recuerdos. Sería buen cristiano quien llegase a hombre maduro conservando la ingenuidad de la infancia, dulce y simple a la vez, generoso perseguidor de un ideal, impaciente por los límites que lo encierran y, por encima de todo, criatura de Dios.

Casi no hay más que ingleses en el Instituto, y los alemanes que allí se encuentran diseminados son por lo general perezosos, fracasados de los *gymnasiums*; tan es así que casi únicamente se distinguen por su pereza y servilismo. Los ingleses son mucho mejores bajo este aspecto, pues no son de cera, y su voluntad, para impresionarse, debe ser combatida por otra voluntad; pero esta voluntad degenera frecuentemente en empecinamiento, y este empecinamiento es ya una debilidad. No quiere decir que por eso tengan mucha inteligencia; muy por el contrario, para todo aquello que es teoría, cuestión de inteligencia pura o de imaginación, resultan simplemente nullos; pero para la práctica son todos como máquinas más o menos perfeccionadas. El nivel de los estudios también ha decrecido por completo, sobre todo para el latín, y a lo más uno se atreve a abocarse a los *Comentarios de César*. Pero en compensación se aprende ahora el francés con cierto entusiasmo; cada profesor dicta por lo menos una lección de francés que cada alumno aprende. Esto es ya casi una colonia. . . Pero mi sol y mis montañas lejanas, y mi primavera y vosotros, y el viejo Rhin y la selva de Turingia, no me lo podrán restituir. Me refugio en el pasado para ir en su busca, construyendo en esa brumosa lejanía una cabaña llena de sombra y de paz.

Os bendigo, bendecidme. Vuestro hijo

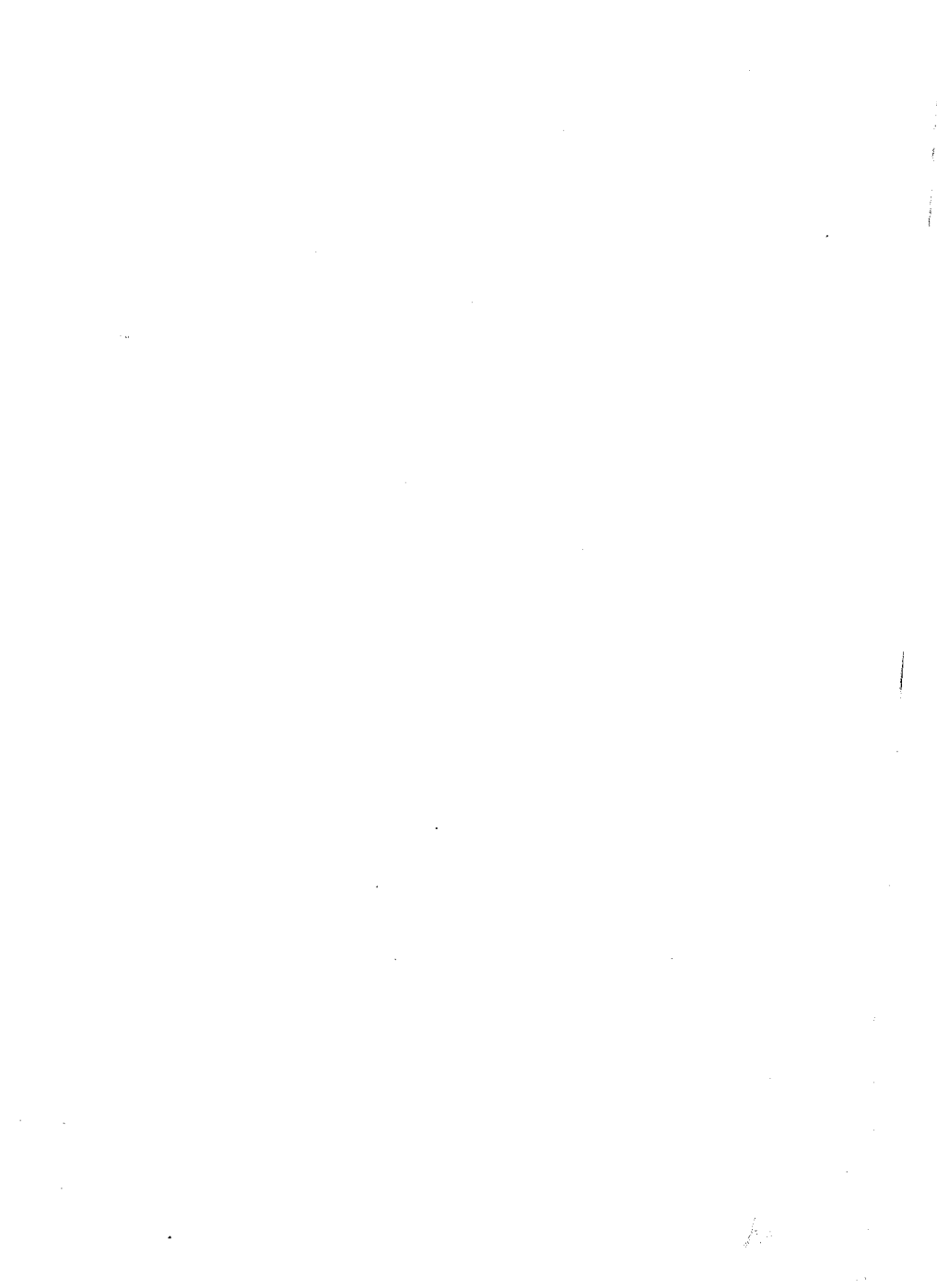
*Eliseo*

La próxima vez, querida mamá, te enviaré un dibujo.





ELISEO RECLUS A LOS 19 AÑOS



Querida madre:

Todo está bien, por lo menos también así lo creo yo, aunque no todo sea inmejorable en el mejor de los mundos posibles; pero "mientras haya sobre la tierra una aurora que exprese las maravillas de Dios, una montaña que testimonie su gloria, una página santa que anuncie a los pueblos la grandeza de su nombre", todo está bien y todo corazón debe abrirse bajo la profunda mirada de Dios. Por lo demás, ¿de qué vale buscar defectos al día de hoy, tan odiado, tan despreciado, tan calumniado entre los hombres, cristianos y paganos, blancos y negros? El día siguiente aporta siempre un cambio en las circunstancias, y este cambio por sí mismo representa un bien aún cuando nos haga decaer exteriormente, pues la desgracia vale más que el tedio. Es un bien para nosotros que el mundo desfile ante nuestros ojos como una fantasmagoría, ya lúgubre, ya risible, y que sus rápidas imágenes, desvanecidas apenas formadas, nos anuncien el sol que no se extingue, a Dios que permanece inmutable en el espacio y en el tiempo.

Acepto así con regocijo esta permanencia de un año en una ciudad bastante fastidiosa, entre gentes menos simpáticas de lo que supuse en un principio. Han pasado tres meses, rápidos para todos nosotros, tres meses que nos han acercado a ese cielo infinito tan grande y tan bello, tanto que nuestro corazón oprímese en la espera, y sentimos estremecernos de felicidad. Estos tres meses perdieron su hastío por haber ya transcurrido, pero han dejado con nosotros sus alegrías, su amor, su experiencia; aún el mal que nos trajeron se transforma en el recuerdo; todo está bien en el pasado cuando ese pasado no es más que la antesala del porvenir; hallamos fácil toda ruta pedregosa si al final se perciben las olas salvajes del mar o el éter de los Pirineos.

Así pues, querida madre, regocíjate con tu hijo, aunque si se me abriera la caja de Pandora, entre muchas cosas escogería algo más que la esperanza, es decir, la realidad misma. Después de todo poco importa, ya que para vivir y desenvolvernos no es menester apoyarse sobre una amistad de todos los días, no es menester una especie de lecho en común con

aquellos a quienes se ama; basta, con la conciencia de amar y para la felicidad, con poseer uno de esos amores fuertes que no retroceden ante el tiempo ni ante el espacio. Me siento pues, muy feliz, ya que os amo ante Dios, y sé que me amáis aún mucho más de lo que yo os amo.

No creo necesario explicaros más ampliamente mi situación; la conocéis tan bien como yo, mejor aún, porque la consideraréis con ojos diferentes a los míos; vivo aquí como si aquí no viviera, porque, ¿puede vivirse allí donde no se ha puesto el corazón? Entre los Hermanos y yo reina una camaradería deliciosa, un continuo tuteo, una admirable familiaridad, pero ésto no es más que una simple forma, y bajo todo ese dejarse ir y estar no palpita ninguna amistad; nuestros caracteres y nuestras tendencias no se toleran de ningún modo; sólo hacia Geller me siento inclinado por una confianza casi infantil, y mi corazón se conmueve de júbilo cuando estoy con él; pero en cuanto a los otros, no les conozco en verdad otra ocupación que la de hablar de castigos, o bien, en los días libres, la de ir de paseo hasta alguna posada a orillas del Rhin; todo eso está bien, pero cuando la vida está así enclaustrada tras de altos muros, no veo por qué ha de emparedarse igualmente el espíritu. Los Hermanos no hacen ya milagros, como en tiempos de Zinzendorf; cuando en una conversación fingí creer en las maravillas de la vida del fundador de su iglesia, se me rieron en la cara. Su fe forma parte también de sus costumbres, ya que el nombre de Dios casi no se pronuncia; apenas si se le nombra en la iglesia, en la bendición matinal, antes de las comidas y antes de las lecciones de religión. Si para ellos soy un hereje, por lo menos mi herejía me es profundamente querida. La iglesia de los Hermanos desaparece si hemos de creer en las apariencias, si hay que creer a Neuwied; los viejos maestros que teníamos antes y esas hermanas que todavía enseñan en el Instituto de señoritas, me parecen muy distintos de mis jóvenes colegas. Por lo demás, puedo resarcirme ampliamente en esta hermosa región, cuya belleza podrás admirar vagamente y a la distancia cuando sepa dibujar a la vez el Rhin, las montañas, los árboles, los viejos castillos y las lejanías, ya que aquí está todo, salvo el sol, del que a veces apenas tenemos una copia.



Adiós, querida madre; procura enviarme cuanto antes una hermana, a la que he de cuidar como una madre, y que me tornaría más grata mi estancia en Neuwied, sobre todo si este cambio fuera útil para ella... Este dibujo es el del viejo castillo de Coberco, muy cerca de aquí, que carece de gran originalidad.

*Eliseo Reclus*

*A sus padres, Orthez, Bajos Pirineos*

Berlín, sin fecha. 1851

Queridos padres:

Estoy en una universidad alemana, en Berlín. Primeramente pensé ir a Leipzig o a Halle; pero allá sólo hubiera encontrado pocos profesores realmente sabios, escasos libros a mi disposición y pocos medios para salir de apuros. Además consulté con Geller y me aconsejó Berlín en primer término. Expresó su disgusto sobre todo por Leipzig, y ahora, en efecto, me considero feliz de no haber ido allá. Geller me dió cartas de recomendación para Kleinschmidt, pastor de los Hermanos Moravos; y espero, con el tiempo, poder dar lecciones, aunque en ocho días no se pueden encontrar alumnos; solicité también a mi tío que me facilitara medios para vivir durante los primeros meses, ya que, al irme del Instituto sin haber enseñado durante un año entero, perdí todo derecho a la parte del sueldo que Geller gustosamente quería darme, y del cual, sin embargo, me cedió sin ningún interés algo para el viaje. El espacio que nos separa no se ha agrandado mucho en el mapa; pero en realidad, con el Ferrocarril y Dios mediante, en pocos días se puede cubrir la distancia. De París a Berlín, los trenes más lentos no llegan a emplear dos días, y espero llenar mi bolsa tarde o temprano. Entonces he de volveros a ver y sabréis que os amo.

Experimenté gran pesar al abandonar Neuwied, y lo experimenté sobre todo cuando advertí que me era más querido de lo que pensaba. A último momento es cuando los corazones se manifiestan con más vida, y realmente nuestras despedidas fueron conmovedoras. Había también en el Instituto algunos alumnos por quienes me interesaba con preferencia y en cuyos progresos hubiera deseado participar durante más tiempo.

Todos me han hecho prometerles que les escribiría, pero estas correspondencias tendrán la suerte de las otras, se prolongarán unos meses para desvanecerse luego. El afecto no decrecerá por ello, pero se cubrirá de polvo, esperando que un soplo benéfico lo haga reaparecer.

En suma, creo que para mí es mejor vivir la vida de estudiante, ya que no tenía tiempo para aprender, pues cuando, durante toda una jornada, desde las cinco de la mañana hasta las diez de la noche, había tenido constantemente que hablar o vigilar, sentíame dichoso de poder conversar lejos de los libros o bien de sumergirme en una pila de almohadones. Además, no me agradaba tener mi tiempo dividido tan exacta y escrupulosamente en partes iguales. Al dar las horas, cada una parecía decirle al pensamiento que se manifestaba en mí: "Tú no has de ir más lejos. ¡Que otro le siga!" Del fastidio que todo ésto me producía, sólo podían apartarme los gratos vínculos de simpatía que me unían a tal o cual profesor, a tal o cual alumno. Aún tengo necesidad de vivir la vida del joven y de no endosarme el hábito negro del hombre maduro; pues aquél que usa la juventud con demasiada prisa, debe temer que reaparezca un día, cuando ya sea demasiado tarde.

Para llegar a Berlín tuvimos que atravesar las comarcas más tristes que pueda imaginarse. ¡Qué hermosas son nuestras landas con sus bosquesillos de pinos, sus horizontes lejanos, el ardiente calor de su suelo y el balsámico olor de sus brezales! Pero estas landas que ahora contemplo, donde las plantas escasísimas no son más altas que el musgo, suelen ofrecerse a nuestros ojos, durante la mayor parte del tiempo, de una especie de arena negrusca, interceptada de trecho en trecho por grandes charcos de agua sucia donde se refleja una bruma humeante, sin horizontes por así decirlo, con dos grandes vías férreas que atraviesan la extensión. ¡Y qué sensación de tristeza nos producen! Berlín también se extiende en medio de las arenas, pero no obstante tiene dos o tres cerros que aquí denominan montañas, "Berge", y se ha forzado a la naturaleza, mal que le pese, plantando árboles. La ciudad es de una regularidad desagradable y monótona; se advierte que es de reciente construcción. El río Spré, tan calumniado entre nosotros, vale más que su reputación: antes de entrar en Berlín es casi tan ancho como el Rhin y hasta tiene cierta profundidad. Lo

que tiene de singular es que cuanto más se aproxima a su desembocadura, más se estrecha y más también se debilita su corriente; sin duda se consume en algún lugar de su curso. Por lo demás, esta región está tan saturada de agua que algunos geólogos la consideran como una especie de inmensa isla flotante. Esto no se puede ver en los mapas, pero a cada instante nos detiene un estanque, un pantano o un lago. Cerca de Potsdam, el Havel se esparce como un mar. País singular que también posee sus bellezas, aunque no deslumbrantes. El invierno es aquí —comparado con un invierno de las estepas rusas— de una indecible suavidad: los viejos no recuerdan haber visto otros semejantes, lo que no impide que hiele un poco. Que el amor esté junto a vosotros, con todos aquellos a quienes amo; así será mayor el reflejo que hasta mí llegue. Adiós. Para otra vez, detalles sobre la Universidad.

*Eliseo*

*A su madre, en Orthez*

Berlín, Abril de 1851

Querida madre:

Es preciso que me explicara muy mal en mis cartas precedentes para que hayas creído ver en mí la resolución de convertirme en pastor; he hablado, en verdad, de continuar estudiando, de chapurrear ciencias, pero no es, querida madre, para consagrarme al santo sacerdocio. En este año de intervalo en mis estudios he puesto límites a todas mis vacilaciones, y estoy firmemente dispuesto a no responder, en ésta como en cualquier otra coyuntura, más que al llamado de mi conciencia. No puedo concebir cómo los profesores reunidos, cómo los mismos fieles, puedan conferirme el derecho de predicar el Evangelio, y no aceptaría jamás ninguna especie de consagración, sea cual fuere, porque no veo en todo éso más que un papismo disfrazado e incoherente.

Para mí, que acepto la teoría de la libertad en todo y por todo, ¿cómo podría admitir jamás la dominación del hombre en un corazón que pertenece únicamente a Dios? ¿Cómo otros pecadores tendrían el derecho de desatar mi lengua y aproximar la brasa a mis labios? Que el hombre penetrado de

amor y de fe vaya por las encrucijadas guiando hacia el festín espléndido a quienes viven entre el lodo y el mal; que suba por los tejados para gritar que el reinado de Dios está próximo, no dejando pasar a nadie sin hablarle de Aquel que fué el primero en amarnos; que ruegue con sus hermanos cuando su corazón así se lo dicte; sí, todo esto es bello, y el buen Dios ha de bendecir por cierto a quien lo confiese por encima y contra todos, en el tiempo y fuera del tiempo. Pero adquirir previamente un diploma de capacidad cristiana, y pedir luego un pasaporte de amor y de fe que nos otorguen los profesores, el consistorio o la iglesia misma, so pena de ser contrabandistas en el dominio de los corazones, he ahí lo que me repugna por sobre todo, y espero que Dios me ha de otorgar sin duda la fuerza para no hacerlo.

Había durante largo tiempo forjado en mi espíritu el deseo de ser pastor; la simple contemplación de un púlpito me emocionaba, y nunca me he sentido más extrañamente feliz que el día en que prediqué en Montauban, frente a dos profesores, a mi hermano y a asientos vacíos; pero como después de todo la vida de un pastor no puede encerrarse entre las cuatro maderas de un púlpito, y como hay que llenar otras formalidades distintas a las de sermonear a los fieles en tiempos iguales y medidos, me resistí a todos mis pequeños deseos de amor propio y por ello digo ahora: "No quiero, ni puedo, ni debo ser pastor".

No veáis en ello, queridos padres, el efecto de la duda; si dudase, me limitaría a vacilar; y es por el contrario en virtud de creencias positivas y absolutas que adopto una decisión. Creo que ha llegado el día en que deben ser abatidos de sus sitiales todos aquellos que se han erigido por sobre los demás como amos y profetas; el mejor medio de evangelizar ya no consiste en revestirse de diplomas y subirse a taburetes privilegiados, sino en abrir muy amplio y bondadosamente su corazón frente a los amigos, griego entre los griegos, aldeano entre los aldeanos, pagano entre los paganos, a la manera de San Pablo que del altar del Dios desconocido condujo a los atenienses al Dios que conocemos.

Desconfíase naturalmente de aquel que trata de hacer girar todo en torno de su oficio, y el estado de pastor, por muy bellamente que sea vivido y sentido, no deja de ser un meca-



nismo funcionando con regularidad, y cuando el entusiasmo falta, el deber y las palabras vacías de amor lo van supliendo. Tiempos vendrán en que cada hombre será su propio rey y su propio pastor, en que cada cual ofrecerá incienso a Dios en el propio templo de su corazón y de su alma. Entonces, solamente Dios se elevará por encima de nosotros y nos conducirá. Entre los hombres no habrá sino recíprocas influencias, vínculos de amor; cada uno hablará a su hermano de las ideas que agitan su mente, de los sentimientos que cruzan su corazón; esas ideas y esos sentimientos podrán germinar en cada uno, sin revestir un carácter oficioso y sin haber sido autorizados por un hombre o por una reunión de hombres, por un consistorio o por un rebaño. No habrá quien gobierne o conduzca a sus semejantes, pero cada cual coaccionará sobre su prójimo y predicará la verdad que sienta o que crea. ¿Pero cómo lograr ese porvenir si no lo realizamos en nosotros mismos, si no contentos con rehuir todo rey o pastor, no protestamos contra toda idea interior que tienda a convertirnos a nosotros mismos en aquello de que blasfemamos? ¡No pluguiera a Dios que nunca desee alzar mi mano más alto de lo que debo, y blasfemar de mi padre! Obró con Dios: que Dios lo bendiga; pero yo también, renunciando al sacerdocio, obro con Dios: que también me bendiga! Cumplimos tareas opuestas, pero apelo ante Dios que ambos hacemos bien.

No creáis, os lo repito, que esté agitado por ciertas dudas, y que cierta rectitud de mi flaqueza me lleve a rehusarme ser pastor. No, puesto que la felicidad no podría mezclarse a las dudas, y ahora soy feliz, me siento feliz aunque 600 horas nos separen; feliz aunque oiga murmurar de mis hermanos, de mis amigos, de mi patria; feliz aunque no escuche los dulces acentos de mi idioma, aunque viva pobremente en una ciudad rica y lujosa, aunque carezca de amigos. Sé en quién he creído. Conozco a Dios que me ama como un padre a su hijo; sostiene todos mis pasos y reconozco la tierna presión de su mano y, cuando pecho, es él mismo quien me lo dice, y es él quien me da sin cesar el amor que le profeso. Me ama y me brinda pruebas de que un día nos encontraremos allá donde jamás se llora. ¡Oh, si quisiérais tenderme, queridos padres míos, vuestra mano de fraternidad cristiana, sin restricción, sin tristeza, sin reticencia! ¡Si quisiérais, a pesar de que para

vosotros constituye una evidencia, creer junto a mí en esta fe que transporta las montañas! ¡Ah, cuando los mundos perezcan, sé que mi Redentor estará viviente, y he de verlo en el postrer día! ¡Que el Eterno os bendiga con sus bendiciones de eternidad!

Me planteas otras cuestiones, querida mamá. ¿Debo responderlas? ¿El comienzo de mi carta no arroja algo así como un velo sobre todo lo que pueda seguir? ¡El Señor nos tiene en su mano! Me preguntas si espero veros antes de dos o tres años. Así lo espero, y no opongo grandes obstáculos como vosotros a mis deseos: cien francos me bastarían, por lo demás, para llegarme a Orthez.

En cuanto a nuevos detalles sobre la Universidad, me resultaría difícil dárte los. Todo es perfectamente libre; se puede o no asistir a los cursos; puede uno quedarse cincuenta años o quince días. Puede uno examinarse, o no. Basta pagar 72 francos por semestre, y por esa suma se tiene el derecho de insultar a la policía y de no pagar las deudas, transcurrido cierto plazo.

Me preguntas quienes son mis alumnos y si los morigero. Juzgarás por ti misma. Trátase de dos oficiales, uno de ellos judío, condecorado con el nombre de Jonás, un médico, un propietario, el redactor de un diario demócrata y una condesa de cierta edad, amiga personal de la emperatriz de Rusia. Ves que no puedo morigerarlos.

Adiós. Bendecidos seáis.

*Eliseo Reclus*

N. B. — Recibí las camisas hace ya seis meses. Se lo agradezco muy vivamente a María.

*A Elias Reclus, en casa de O. Sparrow, Bampton Park, Huntingdon.*

Londres, 2 de Marzo de 1852

¡Salud al hombre!

Durante tu ausencia recibí carta de la Ritzenthaleriana, en la que expresa su generosidad, diciendo que está por encima de este bajo mundo, donde aún se habla de dinero, que está por demás satisfecha de que tú no le pagues y otras cosas más... ¡Háblame a mí de tales acreedores!

Carta de tío, sin una recriminación; oye bien, ni una sola. Escuché a Luis Blanc, a Pedro Leroux, a Lachambaudie, que vale más que sus versos, y a otros. Luis Blanc es más elocuente de lo que yo pensaba. Escasa estatura, voz de una plenitud maravillosa, rasgos profundamente acusados. De rostro singular, enano, nada hermoso, como lo suponía. Pedro Leroux, hombre tres veces bueno, buscando las palabras para expresarse, haciendo gestos risibles, con aquella misma enmarañada cabellera con que lo imaginara Cham, cabellera en que vienen a anidarse las golondrinas que regresan a Africa. Para oírlos gasté mi último chelín. Anteayer le dí a una pobre mujer mi último medio penique. Vendí trajes viejos a un judío que se los llevó olvidándose de pagarme, cosa que no he sabido prever, yo, el virtuoso. Pobre estoy como el difunto Job, deseando tu retorno.

Recibí los cinco táleres de Hickel, sin los cuales haría ya una decena de días que me hubiese encontrado en los extremos de hoy. R. Mannering no pudo prestarme nada; sin que se lo haya pedido quiso conseguir 5 guineas prestadas a su padre, pero comprenderás que no solamente el padre se las rehusó, sino que también me ha descrito como a un bandido: "¡Hijo mío, ten cuidado sobre todo con los hombres de espíritu que no tienen un centavo; son aún más peligrosos que los simples miserables!" Como, por otra parte, Mannering da todo lo que gana, nada puede prestarme. ¡Qué así sea!

Si pudiera pedir prestado, pero, ¡uf, si no hay más que usureros! Vuelve, puesto que si quisiera vivir a crédito aquí, mi delicadeza me obligaría a quedarme. Y eso es lo que no quiero.

Mi Japón<sup>1</sup> cada vez más frustrado; había sido mal comenzado y era peor de lo que yo suponía. ¡Además, mi habitación es tan pequeña y tantas otras mezquindades! Pienso que será preciso, a menos que te hayas vuelto rico y vuelvas en seguida, tantear grandes medios. Todavía queda por encontrarlos.

Salud, mi próspero pobre diablo. ¿Me dirás cómo te arreglastes con P.?

*Eliseo*

<sup>1</sup> Sin duda, un primer ensayo de descripción geográfica o política que, suponemos, nunca vió la luz.

## *A su madre*

Sin fecha, desde la Plantación Fortier, en Nueva Orléans

Querida madre:

.....  
Tu carta me ha causado vivo placer; me alegra saber que Onésimo<sup>1</sup>, de quien me fué imposible tener noticias durante tres años, ha terminado brillantemente sus estudios; parece sin embargo que se muestra irresoluto, sin saber qué camino seguir; pero aunque estudie medicina, agricultura o mecánica, no experimentará sino satisfacción, puesto que en cualquier forma puede llegar a ser un hombre útil. En cuanto a mí, mis simpatías inclínanse por la agricultura, pero no soy lo suficientemente egoísta para convencer a mis hermanos de que sigan la senda que he escogido.

Estando en Irlanda, creí convertirme decididamente en agricultor, pero cuando me desengañé y juzgué que mi deber era abandonar Europa, he debido acudir a lo más urgente y por ello me convertí en maestro, pero no he abandonado en lo más mínimo mis estudios agrícolas, y cuando mi alumno, Miguel Fortier, vaya al colegio, y mis otros alumnos crezcan lo suficiente para no tener que quedarme aquí, me sentiré orgulloso y feliz de ser lo que fué mi abuelo.

De acuerdo a tu carta, parece que el tío Reclus se ha sentido humillado al saber que he trabajado de peón; y en cambio yo recuerdo ese pasaje de mi vida de aventuras como uno de los más agradables. No te imagines que he sufrido en lo más mínimo al decidirme a hacer rodar barriles de carne porcina; muy lejos de ello; simplemente ocurrió que, gastado el último piastre, me dispuse a ganar uno por día como peón; carecía de falsa vergüenza para creermelo obligado a sufrir hambre. Si me hubiese sentido con más vigor, habría continuado el trabajo durante mayor tiempo, pero confieso que en ocasiones las bolsas de sal doblegaban mi cuerpo, y resentíanse mis riñones.

De todo corazón

*Eliseo Reclus*

<sup>1</sup> Onésimo, el tercero de los hermanos Reclus, gran geógrafo como Eliseo.

*A su madre:*

Plantación Fortier, Nueva Orleáns, 28 de Junio de 1855

Querida madre:

Ignoro aún si mi hermano tiene ya resuelto trasladarse a América; pero si viene, sería una quimera de vuestra parte temer el hambre para él y para su familia. Aquí no hace falta talento ni menos coraje para vivir a gusto. Basta con un poco de buena voluntad. Y nadie podría negarle a mi hermano energía y talento. Cuando recuerdo que hubiéramos podido vegetar, y aún vivir a gusto, si no hubiésemos tenido tantos amigos en esa Inglaterra sobrecargada de población, en que millares de educadores e institutrices se disputan encarnizadamente un pedazo de pan, me parece imposible que no pudiésemos salir a flote en esta América en que la tierra llama al cultivador, en que el trabajo llama al obrero. En lo que se refiere a mí, si mis opiniones no me hicieran considerar la riqueza como un verdadero crimen, y si fuera tan desvergonzado como para dejar padecer a los desdichados, podría convertirme en hombre rico al cabo de pocos años. Felizmente, por inclinación propia, prefiero vivir pobremente, y sé que a este respecto Elías piensa igual que yo. Es una suerte, según pienso, que mi hermano no ocupe lo que llaman en Francia una *función*; porque allí no hay posición sin autoridad más o menos tiránica, y no hay que dudar por cierto que las opiniones de mi hermano lo pondrían de pica con todos esos grandes hombres con bandas y galones, decorados de títulos. No lograría una posición más que para perderla. ¿Y qué hacer después en un país donde apenas puede uno darse vueltas sin tropezar con los pies de su vecino, tanta es la multitud que hay? Por mi parte, mejor que quemarle incienso al becerro de oro en Francia, prefiero cien veces habitar algún valle de Santo Domingo, con una simple manta para cubrirme y nutriéndome de bananas. En cuanto a hacerse pastor, sólo un jesuita podría aconsejarle esa alternativa a mi hermano; si no me engaño, ese jesuita ha desaparecido.

Créeme, querida madre, la pequeña colonia que vamos a establecer será encantadora, y la familia de mi hermano podrá ser muy feliz; entonces, cuando te convenzas que tus temo-

res no se cumplen, no quedará más que olvidar el pasado que te ha hecho sufrir.

...Te he enviado mi retrato. Si no te llegase, te enviaré otro. Pregunta también a M. P. si ha recibido un barril de batatas que le he enviado, puesto que M. Fortier me ha ofrecido enviar un segundo en caso de que el primero no llegara a destino.

Estoy bien de salud, pero hay siempre alguna pequeña enfermedad en la familia de M. Fortier; tan pronto es uno, tan pronto es otro quien se queja.

Adiós, querida madre.

*Eliseo Reclus*

### *A Elías Reclus*

Sin fecha. Desde la Plantación Fortier Hermanos, próxima a Nueva Orleans.

Te remito veinticuatro libras; me hicieron falta unos quince días de negociaciones para obtener la letra de cambio. Con esas 24 libras trata de hacer lo que puedas: pagar alguna deuda, algunos centavos para los chicos, ¿qué sé yo? No puedo enviar nada directamente a casa; de modo que, si es posible, queda a cargo tuyo, de hecho y derecho. Mi parecer es que, si no tienes inconveniente, les envíes algo; luego, de aquí dos o tres meses, les mandaré algún cocodrilo disecado y algunas rarezas de este género que le producirán a mamá tanto placer como un ciento de escudos.

Juzgas bien a los Estados Unidos, pero no con bastante severidad. Es un centro de subasta pública donde todo se vende, esclavos y propietario inclusive, los votos y el honor, la Biblia y las conciencias. Todo pertenece al mejor postor. Pero como el espíritu necesita un alimento cualquiera, lo nutren con el embuste, y de pronto su espíritu se halla más enriquecido que el de aquellos pobres ignoros que se creen obligados a aprender para saber, puesto que basta saber el nombre de una cosa para charlar de ella por los codos. Suelo preguntarme, estupefacto frente a esta América tan respetada *abroad* (por fuera), tan poco respetable por dentro, dónde están esos progresos necesarios que cada pueblo debe cumplir con su evolución. Verdaderamente diríase que todo se reduce a un desenvolvimiento en el espacio, cumplido por esta continua in-

migración proveniente del Atlántico al Pacífico, a un progreso en el tiempo, pues el americano entra a la vida activa al salir de la infancia, y a un progreso en lo que es la vida vegetativa del hombre, pues todos tienen un pedazo de pan en la boca. Pero ese gran progreso es casi por completo independiente de su voluntad; progreso forzoso, a consecuencia de las nuevas relaciones del hombre con la tierra y de las razas con razas; ya que esas nuevas relaciones plantearon a la humanidad nuevos problemas que es preciso resolver, quiérase o no. Felizmente, cada problema contiene en sí mismo su propia solución, y, ciertamente, no tendrán la culpa los americanos si las razas llegan a mezclarse, si la raza negra, la india y la blanca, llegan a parecerse en lo físico como en lo moral, y a fundirse en una misma nación. Resultaría un estudio curioso examinar hasta que punto el negro del Sud se ha vuelto criollo, y el negro del Norte, yanqui; verificar en qué proporción el plantador ha adquirido los hábitos y el carácter de los negros, de quienes ya ha tomado el lenguaje; cuanto han tenido que hacer negros y yanquis para ir adquiriendo ese matiz que es el tipo del rostro americano. Hay en ello un tema de estudio interesante para nosotros y que proseguiremos cuando nos encontremos juntos.

Sin embargo, los americanos han aportado a la humanidad inúmeros progresos, acerca de los cuales no reflexionaba hace unos instantes. En esta época de reconstrucción social en que vivimos, es menester que la naturaleza humana sea explorada hasta en sus honduras, y es lo que se encargan de hacer los americanos con raro éxito; explotan la mentira y la impudicia con una indomable energía; a fuerza de embustes levantan las montañas, puesto que hoy en que la fe está quebrantada, la hipocresía realiza los milagros. Uno se maravilla oyéndolos. Todos los yanquis son apóstoles de la civilización. Cada fardo de algodón encierra un ángel de paz; en cada hoja de *bowie-knife* hay grabada una dulce palabra del Evangelio; el *godan* que tienen sin cesar en la boca es el *shibboleth* de las naciones. Sociedad, independencia, civilización, libertad, no son más que palabras, pero, después de todo, las palabras tienen cierto valor. Librado a sí mismo, el niño, tal como tú me lo has hecho observar, comienza por las ideas más verdaderas y más filosóficas; dibuja primero el tronco, luego las

ramas, después las hojas; pero el hombre que instruye al niño empieza por el otro extremo, se pega a la forma, a la apariencia y se dirige de afuera hacia dentro; enseña los nombres y olvida las cosas, mientras que la naturaleza enseña las cosas y olvida los nombres; así, las dos educaciones se completan y se penetran. La educación de los americanos se asemeja a la que imparten los pedantes de nuestro país; saben el nombre de las cosas, refieren el hecho en sí, toscamente, para que todo el mundo oiga, y, más tarde vendremos nosotros a mostrarles la idea del hecho; para servirme de una comparación anglo-sajona: ¡ellos ponen los vasos en la mesa esperando que nosotros vengamos a llenarlos... así es!

Un hecho que ha de interesarte sin duda es el que todas las simpatías del pueblo americano están al servicio de Rusia; todos están locos con Nicolás; los ministros del Santo Evangelio ruegan por él; las mujeres suspiran en su nombre; los audaces van a servir en su ejército. ¡Admirables signos del tiempo!

¡Salud al hombre!

Dile a Herzen que es un valiente.

*Eliseo*

*A Elías Reclus*

Nueva Orléans. Sin fecha

Por si la primera letra de cambio se perdiera, te envío la segunda en reemplazo; si ésta también se perdiera, tengo la tercera de cambio a tu disposición. Por lo menos a principios de octubre, espero haberte enviado otra del mismo valor, y, ¡qué diablos!, creo que acabarás por decirle adiós a las penurias de allá para venir a gustar las de aquí, que después de todo tienen el mérito de ser nuevas. Ráptale pronto la hija al guardia nacional, pues, mirándolo bien, no hay que guardar consideraciones con el tío de un ganapán; despídete con un adiós precipitado de la miseria, del hambre, de los abrigos grasientos, y ven a buscar en un cambio de horizontes, nuevas experiencias y nuevas revelaciones. Es realmente mágico tal cambio de decoración interior operado por un cambio de lugar; todas las ideas muertas que yo había quemado a fuego lento dentro de mí, en Berlín y en Londres, las llevaba siempre en mi interior; cada objeto me las evocaba.



D., era un San Pablo; X., buena persona, no era otro que Jesucristo; pero desde que he visto las olas doradas de los trópicos, desde que he visto a los pájaros-moscas volar entre el abanico de las palmeras, hice un paquete con todo ese ropaje de hombre avejentado, y lo arrojé al Missisipi. El Gulf-Stream los llevará hacia las costas de Inglaterra y tú los pescarás si necesitas harapos de repuesto.

Experimentarás lo mismo: cuando te pasees entre las nieblas de Liverpool, entre los toneles de aceite de palma y las barricas de harina, esperando la partida de un John Howell cualquiera, entonces dejarás de ser cristiano, dejarás de aplastar al infame, porque él habrá desaparecido. Quizás ocurra que el clima americano sea antimístico y que su influencia intervenga mucho en ese ateísmo general de todo yanqui, desde el bostoniano hasta el criollo. Por otra parte, aquí se plantea el problema etnográfico más interesante del siglo: el de la fusión de las razas. En Francia, es el de la fusión de las clases y de los principios; aquí es el de la fusión de las carabinas; en Francia se sueña con la fraternidad de las almas; aquí la fraternidad de los colores se va creando casi únicamente por la fuerza brutal de la gravitación; pero, sea lo que fuere, existe paralelismo perfecto entre los dos continentes. Aquí, los datos del problema son tan claros y tan numerosos que nadie puede equivocarse al respecto; todos saben que los esclavos siguen a la deriva, tras los dioses, los reyes, los verdugos, los sabios, los hombres, las mujeres, tras todo lo que fué otrora.

Primeramente, los propietarios de esclavos se defienden; luego son vencidos, puesto que el principio de la autoridad es el de ser indiscutible; es así, porqué es así; en cuanto invoca una razón, aún la del más fuerte, ya se suicida. Dios se fulminó a sí mismo cuando tuvo la desencontrada e inoportuna idea de aparecer sobre el Sinaí rodeado de relámpagos y truenos. He visto a algún amo rehusar a su esclavo el derecho de poseer una voluntad, revelándole así los derechos de la individualidad humana; he visto en cierto diario defender el arca santa de la esclavitud, simplemente porque es un mal necesario, porque hace un calor de cien grados en verano y porque sólo los negros saben trabajar las cañas. Da gusto observar esta guerra encarnizada de la prensa, de la discu-

sión, de las charlas del día, de la noche, de todos los instantes, contra ese fantasma inasible de la libertad humana; ni un negro, ni un blanco que proteste en alta voz en favor de los derechos del hombre, ni una palabra, ni una línea que afirme en todo el Sud que el hombre es el hermano del hombre, y, sin embargo, no hay diario, no hay plantador, no hay mujer que no se encarnice contra el silencio, que no eche espumarajos y ruja contra esa nada, contra ese soplo que viene de no se sabe dónde, que nadie ha impulsado y que amenaza con barrer delante suyo todo lo que fué. En cuanto a los sofismas que se emplean, me eximí de reproducirlos; no tienes más que recordar los folletos de la calle Poitiers para figurarte las inepticias de los diarios de la calle del Campo.

Para aquellos que ven lo porvenir, la cuestión estriba, pues, como dice Gaubert, en el cuándo, el cómo y el cuánto. Para la solución de este problema, hē aquí algunos hechos que pueden interesarte.

En primer lugar, la *proporción de los negros y de los blancos se desplaza constantemente a favor de estos últimos*. Los tontos temen que los negros se emancipen ahí donde son más numerosos que los blancos, mientras que ahí donde están en minoría no hay esperanza para ellos. Cuando son numerosos tienen espíritu de rebaño y no de hombres; ahí donde están solos, miden de frente al adversario. Por otra parte, todos los blancos que inmigran al país le hacen competencia al negro en los trabajos serviles, y tras los trabajadores irlandeses viene la poderosa retarguardia de las máquinas.

*La esclavitud va a refugiarse, de la ciudad a la campaña*, pues en la ciudad, amos y esclavos son desplazados por la concurrencia de los obreros libres; por lo tanto, es forzoso huir.

*La aristocracia territorial se forma*, las fortunas se aglomeran en pocas manos y, muy pronto, las nueve décimas partes de los esclavos pertenecerán a los grandes señores del algodón, del azúcar y del capital. Los canadienses, que forman el proletariado de los blancos, son poco a poco expulsados de sus pequeñas propiedades; venden sus esclavos uno tras otro, y del día a la noche se convierten en opositores frente a aquéllos que los han desposeído. El esclavo, al cambiar de morada, crea un antagonismo irreconciliable entre los numerosos po-

bres y los pocos señores. Día a día, el esclavo va siendo cada vez más un lujo.

*El esclavo deja de ser una propiedad inmueble* para convertirse en propiedad mobiliaria, no bien se comienza a abrir caminos y a construir líneas férreas; el movimiento es ya la libertad... etcétera. Por otra parte, la esclavitud no existe ya. Esto no es más la esclavitud antigua... Para otra vez.

¿Y Gaufrés, y Hickel, y todos? Escribeme.

Estrecha tu mano.

*Eliseo*

*A su madre*

13 de Noviembre de 1855

Querida madre:

Falto de noticias, me doy cuenta que estoy verdaderamente en otro mundo; pero una sola de tus buenas y dulces palabras basta para hacerme olvidar los largos meses de espera; me hace bien, mucho bien, oirme llamar de cuando en cuando: hijo mío; yo, que a falta de amigos, me he visto obligado a formarme un pequeño mundo aparte con libros, cartas, pensamientos y recuerdos. Tus cartas me hacen bien; me llevan a tu lado, allí donde dejé la mejor parte de mí mismo. Escribeme algunas veces, querida madre, para llenar mi soledad.

.....

Me parece que mi cuerpo se enerva y mi vida es insípida en esta atmósfera pesada y húmeda; me hace falta recobrar el vigor y la elasticidad en un país de montañas y de torrentes. Tengo necesidad de andar, de ver nuevos países, de contemplar sobre todo esas cordilleras con las que sueño desde mi infancia, y que están tan cerca, del otro lado del golfo de México. En tanto no tenga familia y no disponga de un pedazo de tierra para arraigarme en el suelo, creo que esta ansia de marchar y de ver no me dejará en reposo. Primero, ver la tierra para mí es estudiarla; el único estudio realmente serio que efectúo es el de la geografía, y creo que vale mucho más observar la naturaleza en la naturaleza misma que imaginársela en el fondo de un gabinete de estudio. Ninguna descripción, por bella que sea, puede ser verdad, pues ella no puede reproducir la vida del paisaje, la caída del agua,

el temblor de las hojas, el canto de los pájaros, el perfume de las flores, las formas cambiantes de las nubes; para conocer, es preciso ver. Había leído pasajes sobre el mar de los Trópicos, pero no los comprendía hasta que no ví con mis propios ojos sus islas verdes, la acumulación de sus algas, y sus largas procesiones de caracoles marinos y sus grandes mantos de luz fosforescente. He aquí por qué deseo ver los volcanes de la América del Sud. Querida madre: ¡Quién sabe si antes de mucho no vuelva a hablarte de ésto!

No temas que pase miserias; tal temor sería quimérico. Sabré trabajar en el Sud como supe trabajar en el Norte y tengo pocas necesidades ficticias que satisfacer. Un vegetariano como yo almuerza a gusto con mandioca y bananas, y de este modo puede vivir con unas pocas monedas al día. Hay ciertas partes del Alto Amazonas donde pueden comprarse cincuenta libras de bananas por una bicoca. Si uno se encuentra bien siendo perezoso, es imposible sentirse pobre.

Aun cuando estuviera tentado a iniciar una especulación de agricultura o comercio, creo que en ninguna parte podría tener mejor éxito que allí. Quizás trate de establecerme definitivamente sobre uno de los afluentes de Nueva Granada o del Perú y quizás logre así atraer cerca mío algunos campesinos del viejo mundo que allá están condenados a una miseria de todos los días, mientras que en la América del Sud les será imposible no hallarse a gusto. Parece que ya la emigración busca desviarse de Estados Unidos y comienza a volcarse en la América del Sud, y bajo la influencia de esa ola de extranjeros las repúblicas hispanas progresan a ojos vista en civilización, en comercio, en industria. No tienen necesidad de temer una superpoblación como los *Know Nothing*<sup>1</sup> de los Estados Unidos afectan temer para su país, pues el valle del Amazonas es bastante rico para que puedan vivir en la abundancia y el lujo los 1200 millones de hombres que hay sobre la tierra.

Mi tío habrá recibido sin duda hace tiempo mi carta en que le hablo de mis viajes del Missisipí<sup>2</sup> y de mi visita a

<sup>1</sup> "No sabiendo nada": tema adoptado por los nacionalistas de Estados Unidos.

<sup>2</sup> Publicado en 1856 bajo el título "El Missisipí y sus orillas".

F. J. ...  
Chicago sobre el lago Michigan. Estoy muy contento de mi viaje. Ese Missisipi que tiene 400 millas antes de su embocadura, y es tan largo y tan profundo como su entrada en el mar, que roe islas enteras en el espacio de algunos meses, que engulle a la vez varios centenares de árboles con ruido atronador, no puede sino dejar en mi espíritu una profunda impresión de potencia y sublimidad.

Adiós, querida madre. Abraza a mis hermanos y hermanas en mi nombre. Abraza a mi padre, cuya buena salud me alegra...

*Eliseo*

### *A Elías Reclus*

Amigos míos, podéis absteneros de buscarme un pedazo de pan en los zanjones de París, pues no quiero partir ignominiosamente mientras me quede la esperanza de encontraros un nido. Cuando no tenga ya un centavo, será tiempo de pensar en el regreso. Entre tanto, trato de emboscarme en todos los rincones para librarme del destino, si es que tiene la desgracia de pasar junto a mí. Solamente, me he apresurado a dejar Santa Marta, que duerme en su llanura encantada como la Bella durmiente del bosque, y he venido a Riohacha donde, por lo menos, uno empieza a estirar los brazos. Además, para que no pueda decirse de mí que me vuelvo fastidioso y que espero los acontecimientos, me he puesto a dar lecciones y a enseñar participios franceses a las orejas mugrientas de los parroquianos de Riohacha. Estoy convencido de que nunca se está bien experimentando el círculo de Pedro Leroux sobre uno mismo, y, sin embargo, lo he hecho para ver si con ello podía ganar algún dinero a fuerza de asquearme. Ya el primer día, conseguí unos quince alumnos que se comprometieron a pagarme una suma bien redondeada a cambio de mi francés, de mi inglés y de mi germano. Pero al día siguiente, después que mi inocente persona se hubo puesto una corbata limpia y terminó de barrer su habitación y de sacudir su mesa para recibir honorablemente a los señores alumnos, ningún pobre diablo se presentó. Los quince alumnos que, de rebote, debían traer cada uno a otros quince, habían sin duda reflexionado durante la noche, y,

desde entonces, sólo he podido juntar tres chiquillos que, por lo menos, me sirvieron de flotadores, e impidieron que me hundiera demasiado pronto en el abismo de la miseria. Al llegar a Riohacha creí recordar que Noemí sabía tocar el piano, y de inmediato los corifeos del lugar me prometieron para ella de quince a veinticinco alumnos, a diez libras por mes, vale decir, poco más o menos diez mil francos por año. Es indudable que ella tendría muchas más probabilidades de éxito que yo, porque lo superfluo está siempre mejor pagado que lo útil, y sin embargo todavía no me atrevo a decirlos: “¡Venid, sin temores! ¡Venid de una vez!” Aquí las primeras intenciones son siempre buenas, pero nunca se tiene bastante energía para llevarlas a cabo. Hace varios meses, la administración de Riohacha estaba en continua correspondencia con Bogotá, Nueva York y Liverpool, para anunciar al mundo entero que allí se iba a encender un faro, tal día y a tal hora. Al fin llega el momento tan impacientemente esperado; los *muchachos*<sup>1</sup> bailan en las calles y los comerciantes se juntan en la extremidad del muelle para contemplar su faro. Al día siguiente se olvidan de encenderlo. Todo es pereza aquí. El bien mismo, como el mal, no tiene otra causa que el temor al trabajo. Si el gobierno conservador de hoy no trata de recobrar enérgicamente la autoridad, de construir prisiones y cuarteles, es porque tiene miedo de hacer; así deja que cada cual obre a su antojo, para evitarse la pena de un esfuerzo. La pereza universal es aquí algo fabuloso. En todos mis paseos alrededor de Riohacha, que es sin embargo una ciudad de cinco mil habitantes, no he visto más que una sola parcela de tierra cultivada (¿y cómo?). En ninguna parte el terreno se adapta mejor al cultivo del cocotero y a pesar de ello, mirando bien, he contado hasta tres. Bastaría algunos capitales para lograr sumas fantásticas: todo lo que se come en Riohacha viene de otra parte, de diez, veinte, treinta y hasta cincuenta leguas. Las nueces de coco vienen de Cartagena, donde se las paga exactamente diez veces menos que aquí. Un francés juntó unos treinta mil francos cultivando rábanos que vendía a un centavo cada uno. La jardinería reporta mucho más aún, si se la compara con los cul-

<sup>1</sup> En castellano, en el original.

tivos industriales: el cónsul francés acaba de hacer sembrar quinientos mil pies de sésamo sobre un espacio de diez mil hectáreas. Ahora, él se cruza de brazos y espera que al cabo de seis meses los surcos quieran brindarle una ganancia de trece mil libras. Así, una hectárea, que cuesta la suma de quince centavos y que hasta uno puede eximirse de comprarla, puede dar más de mil libras por año. ¡No ser nosotros Pedro Bessouat!<sup>1</sup>. Mi plan está completamente trazado; terminar mi mes de lecciones, que sólo servirá para ahondar el fondo de mi bolsa, ya particularmente liviana, ir luego a Valle Dupar, trabajar en casa de un francés, buen hombre, para aprender la agricultura de este país; emplear mis economías en comprar kilómetros cuadrados y después producir cacahuets, etcétera, por cuenta de la República universal. Si estoy solo, ¡pues bien!, olvidaré todo lo que he tratado de aprender hasta hoy y quízás mi idioma. Me bastará con tener en potencia una multitud de cosas que deben permanecer ocultas en el fondo de mi ser y que no podré revelármelas a mí mismo. ¡Pero si tú vienes hermano, será la gloria! En todo caso, si no vienes, tendremos que decirnos adiós por mucho tiempo, pues he quemado mis naves, ¡me falta el viático! Así pues, hermano, obra como tu corazón te lo aconseje.

*Eliseo*

*A su madre*

Riohacha, 30 de Agosto de 1856

Queridísima madre:

Hace más de seis meses que no recibo noticias de Europa, e ignoro completamente lo que le pasa a los seres queridos cuya existencia me hace amar la vida. Estoy afligido y casi temeroso de tan largo silencio, que nada me asegura que se romperá pronto. Me parece estar como muerto, desde que nada, ni siquiera un eco a no ser el que repercute en el fondo de mi corazón, me recuerda vuestra existencia; pues la ausencia, cuando una dulce palabra de amor no viene nunca a suavizar la pena, ¿qué es sino una muerte anticipada?...

<sup>1</sup> Campesino de Castetarbes.

... Debo partir mañana rumbo a Sierra Nevada para convertirme en campesino montañés. Podría continuar ganándome la vida en Riohacha, pero el profesorado no es mi vocación, sobre todo cuando los alumnos aprenden poco, y ya que se trata de vender, prefiero vender bananas y aracachas en vez de participios. Mi conciencia dirá, con voz más alta y mucho más clara, que soy útil a mis semejantes. Además, en materia de agricultura, todo está por hacerse, y los que se dedican a la obra no pueden menos que tener éxito.

En torno de Riohacha no hay más que dos o tres miserables jardines, y las cosas más indispensables para la vida llegan de Santa Marta, de Maracaibo y de Estados Unidos. No obstante, la Sierra Nevada es incomparablemente fértil y produce de todo en abundancia, desde las plantas de la zona tórrida hasta las del círculo polar, puesto que todos los climas superpuestos han rodeado con su faja de vegetación el flanco de las montañas. Pero, ¿qué pueden hacer en ese bello país algunos centenares de tímidos aruacos, casi embrutecidos por las exacciones de los frailes y de los traficantes españoles? Una compañía francesa solicita la concesión de la Sierra Nevada y se compromete a traer cincuenta mil colonos en el término de cinco años. ¡Qué dicha sería para un país que carece hasta de un arado, en donde todos los trabajos de agricultura, comprendiendo la labranza, se hacen por medio de un sable! Sea como sea, el porvenir de estas bellas montañas es tan promisor y bello como el de Suiza, y quiero ser un *pionner* de ese porvenir.

.....

¿Qué más decirte, querida madre? Te hablaría de mí. Bien lo sabes, estoy triste. ¿La historia natural de este país? Haría falta un libro. ¿La política? Soy socialista aquí como en todas partes. Hoy mismo se vota en Nueva Granada la elección de un nuevo Presidente. Los tres candidatos son Ospina, el jesuíta; Mosquera, el soldado y Murillo, el hombre de libertad. Espero.

Adiós, querida madre, a tí y a los tuyos.

*Eliseo*



Riohacha, 14 de Octubre de 1856

Buena y querida mamá:

Experimenté una intensa alegría cuando, a mi regreso de Sierra Nevada, encontré una encantadora carta que me esperaba: era la primer noticia de Europa desde hacía ocho largos meses, y mi ausencia casi me parecía una muerte anticipada. Todas las cartas remitidas anteriormente se han perdido; pero que ésto no te impida hacerme llegar tus noticias, pues ahora soy conocido en el correo de Santa Marta, y el cónsul francés, que es un buen muchacho, me ha prometido velar por mis intereses. ¡Escríbeme pues, con frecuencia! Cada carta tuya es un poco de sangre nueva en mis arterias.

Me pides algunos detalles sobre Riohacha, pobre pueblo que casi no merece el honor que uno le hace. Es una capital de provincia, ciertamente; sin embargo, casi todas las casas son de madera y, salvo en dos o tres hermosas calles, cubren todavía las casas unos pobres techos hechos de palmas. A excepción de seis, todas las casas se componen de un modesto piso bajo; los vidrios y las cortinas son desconocidos, y las ventanas, resguardadas de barrotes, dan a la ciudad entera un aire de prisión. No hay plaza de mercado, ni matadero, ni fuente, ni edificio alguno de utilidad pública; los cuatro mil habitantes del lugar, casi todos negros o mulatos, viven en la basura, en la mugre y en la hediondez. Riohacha goza, equivocadamente a mi parecer, de una gran reputación de salubridad: los pantanos y las salinas que la rodean envenenan su atmósfera y, según los informes que he recogido, la mortalidad es aquí más intensa que en Nueva Orleáns. En la Sierra, por el contrario, la temperatura es tan buena y tan saludable como en nuestros Alpes o en nuestros Pirineos.

Riohacha forma un pequeño mundo aparte, casi totalmente separado del resto del universo; por tierra, es difícil viajar, pues las vías de comunicación casi no son mejores que en tiempos de Colón y de Alfinger. Para ir a Maracaibo, es preciso buscar la compañía de algún indio guajira y dejarse guiar por él a través de las sabanas y de los pantanos; para ir a Santa Marta, es necesario atravesar quince desembocaduras de ríos y andar a cuatro patas, durante más de una hora,

por un desfiladero rocoso llamado Desfiladero de los Cordajes. El camino de Valle Dupar no vale mucho más; todas las mercaderías se transportan muy mal a lomo de asno o de mula, y el desfiladero está sembrado de osamentas de pobres bestias de carga deshechas por el trabajo. En fin, podrás juzgar el estado de los caminos de los alrededores de Riohacha, si te digo que no hay aquí, en todo el lugar, más de un coche y dos carretas. El coche nunca sirvió; un ricacho lo compró simplemente como un símbolo de su poder. Todo el mundo puede ir a la cuadra del señor para admirar esa maravilla.

El llano de Riohacha es bastante vasto, su horizonte casi perfecto. La naturaleza arenosa del suelo, los bancos calcáreos que lo atraviesan, las conchillas dispersas sobre su superficie, prueban de una manera irrefutable que en él estuvo mucho tiempo el mar; hasta tengo razones para creer que antiguamente el río Magdalena, antes del levantamiento de la Sierra Nevada, había escogido como desembocadura el estuario que es hoy el llano de Riohacha. Visto desde lo alto, esta llanura se asemeja todavía a un mar; los árboles que la recubren, acacias, mimosas, jaramagos y cactus le dan un tinte verde, uniforme, como el del Atlántico. Varios ríos, que descienden de un ramal de los Andes llamado Sierra Negra, atraviesan la llanura de Sur a Norte; el más considerable es aquél que Onésimo, con perfecta razón, ha llamado Riohacha, pero la gente del lugar, que es ignorante en geografía, da a la parte superior de este curso de agua el nombre de Ranchería y a su desembocadura el de Calacala. Es un pequeño río encantador que se parecería al Dronne<sup>1</sup> si no estuviera poblado de caimanes; siempre es vadeable, aún en la estación de las lluvias; con todo, si en este país hubiera un emprendedor espíritu de industria, este río se podría utilizar para el transporte flotante de madera de caoba. La boca del Riohacha es la más caprichosa que se haya visto hasta el presente: cambia continuamente de lugar, y ya pasa por la ciudad misma como una media legua hacia el Este; oscila de derecha a izquierda y de izquierda a derecha según las estaciones.

El movimiento comercial de Riohacha es más digno de atención de lo que haría suponer el aspecto de la ciudad. El

<sup>1</sup> Río cercano del pueblo donde nació la madre de Réclus.

valor de las transacciones llega hasta alrededor de cuatro millones de francos, y el puerto es visitado anualmente por doscientos cincuenta barcos pequeños, con capacidad total de veinte mil toneladas. La exportación consiste, casi únicamente, en madera del Brasil, en madera amarilla y en dive dive, grasa negruzca que utilizan los tintoreros y los curtidores en Inglaterra. En cuanto a la agricultura, es completamente nula. A cien leguas a la redonda, nadie ha visto un arado y sólo los sabios han oído hablar de él; en los alrededores de Riohacha no hay más que cuatro pequeñas eras roturadas; se les llama rosas, sin duda por ironía, pues apenas existen allí unos pies de mandioca.

Muy pronto daré mi adiós definitivo a esta triste ciudad en la que, si me siento feliz, es porque estoy firmemente resuelto a serlo; dentro de unos días volveré a partir para la Sierra Nevada, donde ya hice elegir nuestra futura habitación y sólo manejo el sable, que es aquí el único instrumento de labranza conocido.

El camino que debe seguirse para ir hasta Dibulla, ciudad situada al pie mismo de la Sierra Nevada, a quince leguas de Riohacha, resulta muy interesante. Se compone, en su totalidad, de cordones litorales o estrechas lenguas de tierra que forman arcos de círculo perfectos, de promontorio a promontorio. Estos cordones litorales tienen en general solamente algunos metros de ancho; avanzan, sin embargo, con una regularidad geométrica entre el mar y las vastas lagunas que antes formaban también parte del océano y que ahora se asimilan cada vez más a la tierra firme. De distancia en distancia, el cordón litoral es interrumpido por la desembocadura de algún río, pero continúa bajo forma de barra, y, con tal que se siga sin vacilar la línea de las rompientes, se encuentra siempre el camino seguro y firme. Únicamente en la estación de las lluvias puede haber allí algún peligro, porque entonces en los pantanos inundados se abren bocas de bordes irregulares, e inciertos. Por lo menos yo encontré muy agradable ese camino: reproduce en pequeño las riberas del golfo de México, en el cual, con la ayuda de algunos puentes, podríase dar la vuelta por una estrecha calzada de arena y de guijarros.

Desde un promontorio bastante próximo a Dibulla, es de donde se goza de la vista más imponente del macizo de la

Sierra Nevada. Figúrate los Pirineos, querida madre, irguiéndose en el horizonte como una acumulación de olas enormes; duplica su altura, pónles en la cumbre una inmensa muralla de nieve y extiende a sus pies el vasto mar con sus pájaros, sus navecillas, sus olas y su espuma, así verás la Sierra Nevada. Arroja también sobre el mar, frente a la Sierra, un promontorio de nubes, largo y agudo como una punta de lanza, nubes producidas por los vapores de la atmósfera que se forman en la base de las montañas. Cuando un barco pasa a través de ese promontorio de nubes, aún a cincuenta millas en alta mar, es asaltado por bandadas de mariposas blancas que vuelan al azar como flores de nieve. No quiero describirte la Sierra Nevada, pues es una cadena de montañas casi desconocida aún, morada de leyenda y de misterio. Las cimas más elevadas y el mismo pico mayor no tienen nombres, y nadie en el país conoce los que Humboldt les ha puesto. Sin embargo, el pico mayor ha sido medido en varias ocasiones por los navegantes: tiene seis mil cuatro metros de altura. Ninguna cadena de montañas es más fácil de explorar, pues ninguna tiene una estructura geológica más simple. Su cúspide es perfectamente paralela al mar, y forma una quincena de vértebras desde las que descienden, a cada lado, otras tantas cadenas transversales semejantes a las costillas de un cuerpo humano. Quince ríos tienen sus nacimientos a cada lado de la cúspide y cada uno desciende por su valle transversal, los del Norte hacia el mar, los del Sur hacia el río César, afluente del Magdalena; es en el tercer valle del lado norte, en el extremo oriental de la Sierra, donde nosotros tenemos la intención de fundar nuestro *rancho*<sup>1</sup>. El primer valle es el del río Dibulla; el segundo, el del río Canas; el tercero, el nuestro, es el del río Aricho, y de allí saldré para hacer mis correrías y expediciones por las montañas.

Los habitantes de la Sierra son indios Aruacos, pobre gente, muy mansa, que estallan de risa para decir "sí" o "no" y que miran todo con la curiosidad sin inteligencia del pájaro. Son hipócritas como todos los débiles, pero su hipocresía no es pérfida; es la hipocresía de la zarigüeya que se hace la muerta cuando se la toca, por temor a ser torturada o comida.

<sup>1</sup> En castellano, en el original.

Se les dice originarios del llano; la barbarie de los españoles les hizo buscar refugio en esas montañas de un acceso difícil para los invasores. Se ve bien, en efecto que los Aruacos no son un pueblo montaños, pues no poseen fuerza ni coraje. Las mujeres no tienen gracia en las actitudes ni gusto en el vestir; llevan a sus hijos en bolsas suspendidas de su cabeza por un cordón. Estos niños nunca lloran.

Las casas parecen colmenas; cada familia tiene dos, la del marido y la de la mujer. La mujer jamás se anima a traspasar el umbral de la casa marital; deposita en la puerta la comida que acaba de preparar y que el noble marido le concede la gracia de comerla gustoso; la mujer es la esclava del marido y toda joven pobre que no encuentra marido se convierte, por derecho, en la esclava del rico más próximo. El sistema social de Europa se vuelve a encontrar aquí, pero incomparablemente más simple y desembarazado de todas las complicaciones que lo desfiguraron entre nosotros.

Se consideran cristianos, pero todavía mantienen sus antiguas supersticiones. Dícese que celebran ritos paganos en una gruta llamada Cansamaría. El gran sacerdote, o Mamma, de San Miguel, que me dió hospitalidad, me asombró una tarde al volverse hacia los picos nevados haciendo con sus dedos, ya extendidos al cielo, ya aplicados sobre su frente y sobre su boca, una cantidad de signos misteriosos. Los nombres cristianos de los Aruacos sólo les sirven de una manera oficial; ordinariamente se conocen por nombres tomados de la naturaleza o de alguna práctica supersticiosa. Por mi carácter de vegetariano paso por mago entre los Aruacos... Otra vez daré más detalles.

Te abrazo, querida mamá. Abrazo también con todo mi corazón, a mi buen padre, en quien no pienso nunca sin una profunda emoción. Desearía tanto escribirle dulces e íntimas palabras, pero temo hablarle en un lenguaje que no es el suyo. Querida mamá, a ti te encargo que le hables de mi amor filial. ¡Qué seas muy feliz!

Tu hijo,

*Eliseo*

Muy excelente padre:

Acabo de recibir tu conmovedora carta, que fué escrita a fines del año pasado, y con un profundo reconocimiento, casi con un sentimiento de humillación la he leído y releído, para volver a leerla y releerla. Me siento más que emocionado al pensar que tú, padre mío, descieras hasta el punto de agradecerme con efusión, que yo, tu hijo, me haya acordado de ti. Verdaderamente, es una gran cosa el amor de un padre como el mío.

¿Pero cómo has podido creer durante un solo instante que yo omitía mencionar tu nombre, por un indigno olvido? Y sin embargo, no escribía una línea sin tenerte presente en mi espíritu; jamás pronuncié el nombre de mi buena madre sin acordarme que también tenía un padre. ¡Mis cartas debieran ser por lo visto bastante frías, puesto que en las expresiones de mi amor filial no te decían que pensaba en ti tanto como en mi madre! Era sin embargo un sentimiento de respeto y veneración el que silenciaba mis labios; no osaba dirigirme a tí directamente por temor de que mi lenguaje demasiado mundano despertara algunos de tus sufrimientos y te recordara dolorosamente que todo no es entre nosotros armonía, paz y concordia. ¿No tengo razón, querido padre, para hablarte con franqueza? Me pareció que si te escribía para hablarte de mil y otras cosas, mi locuacidad sobre tales asuntos sólo haría advertir mi silencio respecto a las grandes cuestiones que son las únicas que interesan verdaderamente al hombre; y he ahí por qué he preferido callar del todo y por qué rompo hoy mi largo silencio con amargura en el corazón. Hablo, querido padre, para testimoniarte todo mi amor de hijo, pero es justamente porque siento por tí tan vivo y tan profundo afecto por lo que me resulta muy triste no poder gritarte: ¡Sé feliz, padre mío, porque yo siento, aspiro y ruego como tú!

Esa es también, lo confieso, la gran razón que me ha impedido regresar a Francia. Verte y abrazarte ¡qué dulce y grato sería! Dar la vuelta al mundo no es nada para ir a gozar de un momento semejante; pero en esos primeros abrazos y

en tus primeras palabras ¿no habría algo, yo no sé qué de triste y punzante, que ningún impulso del amor de tu hijo hacia tí podría aliviar? Y, después, ¿mi presencia no sería como un remordimiento viviente? Mis palabras, mis acciones, el aliento de mi vida moral serían un sufrimiento para tí. No, vale más que permanezca aparte y que mi amor de hijo no sea contrariado sin cesar por la tristeza de disgustarte.

¿Soy torpe, al hablarte así? No lo sé, y deseo ardientemente que mi madre y tú aprueben mi franqueza. Me pareció que después de tu buena carta, hubiera sido una hipocresía de mi parte encerrarme durante más tiempo en mi triste silencio.

Te abrazo, querido padre; abrazo también a mi madre. Tenía la intención de contarle un viaje instructivo que hice por la Cordillera Oriental de los Andes, pero, de tal modo estoy bajo el peso de tu emocionante carta, que no tengo el ánimo para relatos. ¡Adiós! Creo que mañana partiré para Sierra Nevada en compañía de Chassaigne.

Tu hijo,

*Eliseo*

*A Elías Reclus*

Riohacha, 18 de Febrero de 1857

He descendido de la Sierra expresamente para dejar esta carta en el puesto de correos, y, para recorrer con todos los recursos de la civilización granadina las veinte leguas que me separaban de las montañas, he empleado ocho largos días sembrados de accidentes, tales como barcas zozobradas, noches lluviosas, noches pasadas en compañía de los mosquitos sobre la húmeda arena. Felizmente el mar no es alto; uno no se arriesga a ahogarse, pues los botes, ahuecados en un tronco de árbol más o menos gigantesco, costean siempre la playa. En caso de peligro, se arroja uno al agua y se deja llevar por las olas hacia la orilla. Lo pintoresco queda así satisfecho en uno. Sólo nos queda temblar de frío y de fiebre.

Al llegar encontré dos cajones de libros que en vano esperaba hacía ya cuatro meses. Los creía perdidos. ¡Qué bien me habéis hecho, queridos míos! Me moría de hambre y de sed. Estaba en la tercera o cuarta lectura de un libro de Agassiz que componía toda mi biblioteca. Había cometido la simpleza

de pedir prestado y de leer a d'Holbach, y no soy de aquellos que saben estudiar la naturaleza e inventar a la vez. Ahora transcurren para mí las horas en la mayor felicidad, y a vosotros os lo debo. Cada buena frase, cada sentimiento generoso, me hace recordaros. Ya mis libros comienzan a circular y espero que antes de mucho cada uno representará diez.

Salud, buenos amigos.

*Eliseo*

*A Elías Reclus*

Riohacha, Marzo 10 de 1857

Amigos:

Nada tengo que deciros, a no ser que el dolor de cabeza es bastante desagradable y que los burgueses, incluso mi persona, son seres considerablemente insípidos. Para restituir a nuestros corazones un poco de amor para fortalecer nuestros jarretes andando, no bastan las largas noches tropicales con sus hermosas estrellas y el esplendor tranquilo del mar que las refleja. Es aún de un modo completamente pasivo cómo tomo estos baños de aire, de luz y de paz. Tendido en el suelo, con la mirada en la Vía Láctea, siento que todos mis recuerdos del día se evaporan como miasmas impuras y que, gradualmente, mi pensar ensoñativo rememora los lejanos amigos y hermanos, evoca el bien y la belleza. Para vivir, reemplazo la actividad franca y noble por una contemplación búdica: no pudiendo dar, absorbo.

Creo haberos dicho que iba a comprometerme, por un innoble contrato, para inyectar durante un año no importa que lecciones a la juventud judía y cristiana de Riohacha. Ahora ya es trato hecho, y lo mejor del asunto, es que, desde los primeros días, hubo recalcitrantes que se negaron a pagar. Además, mi avenegra ha guardado las dos copias del contrato y me ha hecho firmar un recibo mirífico. Mi firma tiene letras, por lo menos de medio pie de largo.

A pesar de todo, estoy encantado con la lógica de las cosas. Es la primera vez que, mediante contrato, me hago el negociante, y he aquí que los negociantes me rodean como a uno de los suyos y me roban por pura fraternidad. ¡Qué simple soy! No quiero celebrar contrato de matrimonio,



cuando una simple formalidad me daría quizás el amor y la alegría durante muchos años, y salgo contratándome de pedagogo. He ahí mi lógica; se experimenta a veces una amarga alegría renegando de sí mismo y colocándose en la categoría de los imbéciles. Uno se desdobra en tal caso, y el yo puede despreciar al yo; es un fenómeno enfermizo que nos aparta de la uniformidad de la vida. Además, la experiencia gana con ello, y uno puede estudiar en sus propios actos lo que es la canalla.

Es algo interesante pero muy corruptor, verse en su desnudez y conocerse a sí mismo. En ocasiones, uno se ve tan vil y tan bajo, de tal modo sujeto a las fluctuaciones de los hechos más vulgares, que acaba por resignarse y por someterse ingenuamente a la fatalidad. Por lo menos, así les ocurre a los espíritus débiles que no saben generalizar, que no saben encontrar los principios en los detalles, y lo infinito en lo infinitamente pequeño. Yo soy uno de éstos y, en consecuencia, el estado de soledad intelectual y moral en que me hallo y que me obliga a reemplazar sobre mí mismo una gran parte de mis fuerzas vivas, es una desgracia para mí. Me he vuelto egoísta y glotón; en cuanto mi estómago siente que le falta algo, absorbe, absorbe sin cesar, y sólo consigue empalagarse más. Tomadlo en lo moral como en lo físico. Tendría necesidad de una familia, de la vuestra por ejemplo, pues la indiferencia empieza a petrificarme el corazón; es muy raro que un entusiasmo cualquiera se despierte en mí, y cuando doy mi corazón, lo entrego de tal modo al por menor, que terminaré por no saber ya amar...

Lo que vosotros me habéis dicho de esta atmósfera de corrupción que pesa sobre Francia y de esa jerarquía de ladrones, que tienen todos la mano en el bolsillo del otro, sólo me espanta a medias porque no los padezco y porque desde aquí puedo considerar todo eso de un modo más general. Comprendo en muchos aspectos y por muchos motivos, que la vida de París debe ser triste, y a mí mismo me repugna por anticipado, pero, visto de lejos, el espectáculo de esa corrupción tiene algo de grandioso y da una magnífica respuesta al problema de la concurrencia, tal como fué planteada en 1789. Todo se universaliza, y cuando esas gigantescas compañías, organizadas para la ganancia, se hayan extendido sobre la sociedad en-

tera, se sabrá al menos que con la unión de todos es como se hacen las grandes cosas. Esto es lo que me ha impresionado en la relación de I. Pereire. El lenguaje del comercio llega a ser el de la más alta filosofía. Deja que los escarabajos apelotonen barro y bullan bajo el estiércol, pues purifican el suelo de Egipto.

Después de cuarenta días de espera, recibí indirectamente noticias del viejo Chassaigne y de nuestra plantación. Todo marcha bien, y nuestras aracachas, nuestras malangas y nuestras batatas son magníficas. Además, la asociación ha aumentado en dos gallinas. Poco a poco, aún con ese remolón de Chassaigne, la plantación va a dejar de ser un simple sueño; y cuando se haya exterminado la fiebre amarilla o se pueda volar a cuatrocientos metros por arriba de ella, vendremos todos juntos a respirar el aire puro bajo las vastas hojas del banano.

Yo sigo acumulando fuerzas. Sin embargo, todavía no puedo correr, ni saltar, ni subir una escalera. Me estremezco al pensar en los tramos que deberé subir cuando tenga la alegría de ir a abrazaros. Los dolores de cabeza son menos frecuentes y, cuando tenga una cama en que acostarme, una silla donde sentarme y alguna cosa buena para acompañar mi pan, pienso que la dolencia desaparecerá del todo. Empiezo a tener necesidad de esas comodidades de la vida que antes me habían parecido inútiles. No me enviéis dinero, pero sí imploro me enviéis libros y diarios ya leídos. M. X. y Cía., París y el Hâvre, expedirán todo a M. Laborde, vicecónsul en Riohacha. Mis buenos Grimard, Hickel, Elías, Noemí ¡ivid felices!

*Eliseo*

## A su madre

Sin fecha, París 1857 <sup>1</sup>

Querida madre:

Tu hijo Eliseo ha vuelto para verte. No te había anunciado mi partida por temor de que esperases con demasiada ansiedad la noticia de mi feliz llegada: cada viento fuerte que habría curvado los árboles de tu jardín te hubiera parecido que hacía naufragar el barco.

La travesía ha sido feliz, salvo algunas contrariedades al entrar en La Mancha, y me hallo un poco fatigado.

Supe con placer que papá está en Escocia. Vendrá pronto y tendré gusto en acompañarlo para ir a abrazarte.

Tu amado hijo.

*Eliseo*

## A su madre

Sin fecha. París

Querida madre:

Recibo tu carta ahora y respondo enseguida para explicarte varias cosas que te parecen extrañas de parte mía. Hubiera preferido responder a tus preguntas personalmente, ya que es enojoso que nuestras primeras cartas intercambiadas no sean únicamente de afecto, pero vale más no dejar deslizar la más mínima duda entre nosotros.

Respecto a la *Double* <sup>2</sup> no he recibido la carta que me has escrito, y no supe sino después de mi llegada a París la buena proposición de mi tío y de mi abuela; en tu carta también apenas esbozas ese plan; y por la carta de Lois, de manera tan vaga que no sé a qué atenerme. Lejos de sentir repugnancia por tal proyecto, lo hallo muy atrayente, pues ya en varias oportunidades intenté dedicarme a la agricultura seriamente, y nada podría alegrarme más que realizar el proyecto de toda mi vida. Pero (hay peros), podría cultivar la tierra libremente, tal como yo lo entiendo, ¿y quién me facilitaría capitales para efectuar experiencias que mi tío y mi

<sup>1</sup> El 1º de Julio de 1857 escribe a su hermano Elías, anunciándole su partida rumbo al Hâvre y París, desde Riohacha.

<sup>2</sup> Vasta selva de Perigord, con claros explotables.

abuela calificarían por cierto de locuras? El trabajo y la industria no son nada sin la libertad, y soy el primero en comprender que mi tío miraría dos veces antes de emplear su capital de una manera que le pareciera contraria a sus intereses y a los míos. Esto es lo que ocurriría en verdad, querida mamá, y mejor que convertirme en simple granjero o colono y no en cultivador independiente, prefiero aplazar la realización de mi sueño. Hay también otra cosa: mi anhelo, mi más ferviente anhelo, ha sido siempre el de vivir con Elías; fué más que nada para prepararnos comodidad y libertad por lo que partí para América, y cuando reconocí la imposibilidad de lograrlas, a causa del clima, de la carencia de recursos y de las enfermedades, volví de América. Ahora que estoy con mi hermano, me sería amargamente doloroso no quedarme con él; se ha vuelto como una parte de mi vida, y jamás intentaré iniciativa alguna si la figura de mi hermano no se destaca en primer plano.

Me extraña que te haya sorprendido el final de mi última carta. Es verdad: me gusta poco el oficio de profesor cuando se trata de enseñar alfabetos absurdos y jergas contra los que se rebela mi sentido intelectual, pero me siento feliz cuando hablo de geología, de historia, de ciencias verdaderamente útiles; me llena de alegría la idea de que pudiera llegar a ser profesor de geología. Te he hablado también del periodismo: hay periódicos y periódicos; hay *Le Moniteur*, *La Patrie* y otras hojas estipendiadas; pero hay también el *Journal de Géographie*, el *Journal Asiatique*, el *Journal Statistique*, y mi orgullo no sufriría en nada si debiera firmar artículos sobre el Missisipi o sobre la Sierra Nevada... Si, por un imposible, pudiera entrar en la redacción de un diario político, no sentiría por ello ninguna humillación; tendría simplemente que afrontar peligros, pues es peligroso decir la verdad.

Resta el trabajo ingrato de empleado, suponiendo que no pueda convertirme en profesor de geografía o sub-director de una revista científica. ¿Qué hay de vil en alinear copias y ensuciar papeluchos? Esas cifras y papelerías sirven después de todo, y además poseen la ventaja de no ocupar mucho la inteligencia y dejar tiempo para la reflexión y el estudio. Mi hermano es por cierto hombre de cabeza, y sin embargo las cifras no lo han atolondrado. Verdad es que recurriría al

trabajo de empleado en caso de irme mal; pero aceptaría ese recurso con alegría porque me permitiría quedar con mi hermano, volverme a hallar en una atmósfera de arte, de ciencia, de vida, que me ha faltado durante tantos años. Por lo demás no es a mí a quien corresponde decir ¡fuera! a un medio de ganarse el pan, pues fui recadero, mozo de cuerda, tallista en madera, vendedor de bacalao, y solicité empeñosamente de un zapatero el honor de ser uno de sus dependientes. ¡Con tal que trabaje y que mi trabajo sea útil, poco me importa!

Pero supongamos que con la mejor voluntad del mundo, no pueda ganar un céntimo en este enorme París, trataré de irme a otra ciudad, en donde sea temporaria mi separación de Elías.

Habría partido casi inmediatamente para Orthez, si no hubiera pensado en que mi padre regresaría de Inglaterra por lo menos para fines de Agosto; si debe regresar de inmediato, tendré el honor de acompañarlo, pero si su carta nos anuncia la prolongación de su permanencia en Inglaterra, entonces partiré ese mismo día.

Te abrazo, querida madre, así como a mis hermanos y hermanas.

Una vez más recibe el afecto de tu hijo

*Eliseo*

*A Elías Reclus*

Sin fecha. 1857

Amigos:

El viaje por las Landas que hice con Onésimo ha sido uno de los más instructivos de mi vida... He visto las dunas en toda su magnificencia; la del Aldos, alta, potente, inexorable, cuya masa de arenas cubriría un puerto, una ciudad o inmensas campiñas; las dunas de Mimizan, que rodean la ciudad como un acantilado circular, no pudiendo ser detenidas sino después de haber sepultado numerosas viviendas.

Jamás he visto mar tan hermoso como en los bancos de arena del Adour y del viejo Boucau. Observado desde lo alto de una duna, el mar parecería un remolino del Niágara. Allá, tan lejos como alcanza la vista, las olas blancas empujábanse, levantándose unas contra otras, precipitándose en una suce-

sión de cataratas. En cada nuevo derrumbe de olas, un espacio de más de cien metros de ancho se cubría de agua blanca como la leche, y luego, la ola sobre sí misma, erguíase para tomar nuevo impulso. Cada embate arrancaba la arena del fondo, y pudimos ver como dos olas reemplazaban una duna bastante profunda, por una especie de península de una hectárea de superficie. La espuma se agolpaba en las orillas como un campo de nieve, y el viento la dispersaba en blancos torbellinos, de tal modo que a veces era difícil diferenciar el vuelo de las gaviotas y el de los copos de espuma. Después fueron humaredas, girones de neblina de agua rompiente, que resplandecían, se arremolinaban, desvaneciéndose en el viento para confundirse al fin con las nubes desgarradas, suspendidas sobre el mar. El Adour avanzaba, pequeño y tranquilo, hacia este mar rugiente, y se veía ascender lentamente el agua verde, de ola en ola, por sobre todas las cataratas de espuma... Era realmente hermoso.

La antigua desembocadura del Adour debió ser aún mucho más magnífica que la desembocadura actual: con su ancho de dos kilómetros por lo menos, retenida por altos acantilados de arena, era en verdad digna de abrirle el paso a un gran río. Luis de Foix nos ha hecho un pésimo servicio, cuando forzó el Adour a desembocar en el mar de Bayona.

Escribid pronto...

Que mi recuerdo os una a los tres.

Salud, buenos amigos,

*Eliseo*

*A Elías Reclus*

Cap. Septiembre 29 de 1859

Desde mi última carta, mis peregrinaciones han sido tantas que tengo prisa por entrar en redil y saborear nuestra amistad, en la paz y en la quietud de nuestra vida íntima. Ya sabéis sin duda que no hemos encontrado a Hickel en Interlaken, y que por ello no tuvo el placer de brindarnos los honores de sus montañas. Razón por la cual nuestros paseos se limitaron a la ascensión del Pilatos, del Faulhorn y del Wengernalp.

¡Qué hermoso es aquello! ¿Qué más puedo decir? Por sobre los pastizales del Wengernalp, cuya gran elevación puede apreciarse por el azul vaporoso que cubre el valle de Lauter-

brunnen, levántanse los tres colosos<sup>1</sup>, completamente cubiertos por ventisqueros que descienden en cataratas por sus flancos. Están ahí, tan cerca, que se creería poder tocarlos con la mano, y sin embargo llenan todo el horizonte, surgen de las profundidades de la tierra y ascienden hasta el cielo. Lo que me impresiona sin embargo en las tres gigantescas hermanas, no es tanto la osadía de sus cimas y de sus peñascos, ni el cúmulo inmenso de sus hielos, sino más bien su gracia imposible de describir, su maravillosa coquetería. ¡Con qué encanto se cubren de ropajes y de guirnaldas de nieve! ¡Con qué suavidad sus peñascos de quinientos metros de altura se levantan fuera de la blanca inmensidad, para que sus cabezas rosadas resplandezcan a la luz del sol! Conjunto animado por un movimiento rítmico como las olas del mar. Uno casi espera ver nuevamente agitarse a esas enormes olas, como en los tiempos en que rodaban sobre la tierra en fusión. De cuando en cuando, enormes bloques se desprenden del ventisquero, para ir a romperse abajo, contra las peñas, y transformarse en una vasta nube de polvo de nieve. Apenas se disipa esta nube y ya de pronto se oye el formidable estruendo del alud, semejante a la voz del trueno, no sólo por los ecos y el rodar lejano, sino también por los ásperos y estridentes desgarramientos del aire. Al oír este estruendo nos cuesta creer que no es la montaña misma la que así brama y aúlla. ¡Cuán hermoso es todo esto! ¿No me consideraréis traidor a la amistad porque veo todas estas cosas mientras vosotros, mis muy queridos amigos, permanecéis en París? Por el contenido de vuestra última carta, todavía no me atrevo a asegurar si el sueño de la selva de Senart se ha realizado.

La mendicidad de los bernenses excede el límite de lo increíble. Tras de cada peñasco, en el rincón de cada bosque, aparecen de pronto gallardos Hércules, que, en su jerigonza trilingüe, insisten en ser vuestros guías: su aspecto es más bien de bandoleros. Ante cada peñasco (y en verdad que estos no faltan en Suiza) instálase un montañés, en la extremidad de un inmenso cuerno prolongado por un diapasón de madera. En cuanto aparece el viajero lo asaltan miles de ecos en el peñasco, cuya armonía plañidera expresa claramente: “—¡De-

<sup>1</sup> Jungfrau, Moench y Eiger.

me diez céntimos! ¡Deme diez céntimos!", al par que unos cuantos pilletes traban vuestro paso, os cierran y os abren barreras, van limpiando la senda de espesas hierbas, tocan la cornamusa y dan explicaciones geológicas sobre la erección de las montañas; y si tenéis el mal gusto de no pagarles su exagerado servilismo, cambian de modos y os tratan como viajero despreciable. Hasta aquí solamente he hablado de quienes pretenden prestar servicio por servicio, ¡pero hay que ver cuantos mendigos piden lisa y llanamente! El primero que vimos en Suiza era verdaderamente espantoso, y su imagen me persigue aún. Era un tipo minúsculo, con una cabeza enorme llena de grandes costras, con unos ojos redondos, que brillaban con fulgor untuoso bajo un bosque de cejas; su boca ancha reía burlonamente, de un modo feroz: sus pesadas ropas, de un color pardo sucio como su piel, parecían formar parte de su cuerpo. Apenas nos vió, se precipitó hacia nosotros gruñendo como un tapir, y tendió sus dos manos juntas en forma de escudilla; y con horror dejamos caer allí nuestra limosna.

Pienso estar el 24 en Sainte-Foy. Reservo la continuación de mi relato para cuando estemos reunidos en nuestro hogar.

Tu hermano

*Eliseo*

*A su madre*

Sainte-Foy, Septiembre 30 de 1859

Queridísima madre:

Volví hace algunos días de mi extenso viaje a través de la Alemania del Norte, Suiza, Saboya, y por el mediodía de Francia. Ví numerosas regiones que me interesaron vivamente, entre otras las costas del Mar del Norte, Rugen y sus acantilados, el Riesengebirge, la Suiza sajona, el bosque de Turingia; pero toda esa grandiosidad fué como desvaneciéndose en mi memoria ante el esplendor de las montañas de Suiza. Casi corriendo atravesé el Oberland, y tuve sin embargo tiempo de escalar el Pilatos y el Faulhorn, de pasar el Brunig, de atravesar el lago de los Cuatro Cantones, de ver Mayringen, el Reichenbach, el Giessbach, de nadar en el lago de Brienz, de empaparme en la niebla de



Staubbach y de escalar el Wengernalp. En verdad viví más intensamente en una hora de admiración frente a las rocas escarpadas y las nieves del Jungfrau, que durante largas semanas en París o Sainte-Foy. No puedo sumirme un instante en mí mismo, sin ser transportado por mi pensamiento hacia aquellos hermosos y verdes pastizales, tras de los que se yerguen los tres colosos, el Moench, el Eiger y el Jungfrau, con sus pirámides de nieve enrojeciendo al sol, sus ventisqueros abruptos, sus enormes paredes cuyos voladizos salpican la nieve, y con el tronar de los aludes prolongando sus ecos en la lejanía. Desde que vi el Wengernalp, sólo tengo un deseo: volverlo a ver, del brazo de mis amigos.

Apenas pude contemplar el lago de Ginebra: una densa niebla gravitaba sobre su superficie y me ocultaba la vista de las montañas de Saboya. Sólo al llegar a Ginebra fué cuando se desgarró la nube de agua y pude adivinar la magnificencia del paisaje del lago y sus orillas. Felizmente, a no dudarlo, ha de presentármese más de una nueva oportunidad para visitar Suiza, pues me siento atraído hacia ella, y no perderé ocasión de volver.

En Ginebra me dirigí hacia Nimes, siguiendo el lago de Bourget, Chambéry, la Chartreuse, la Salette, Gap, Sisteron, Aix, Roquefavour y Tarascon.

.....

Pasado mañana, emprendemos el viaje a Burdeos, donde tenemos que arreglar algunos asuntos de interés, asuntos para los que soy poco experto; después iremos a la Roche para abrazar a nuestra abuela, y hacia fin de semana esperamos estar de regreso en París.

Muy cariñosamente, querida madre, tu

*Eliseo*

Mi queridísima hermana:

La comunidad ha escogido mi pluma para escribirte algunas palabras afectuosas. Cada uno a su turno, todos debemos decirte que te queremos, que anhelamos para ti esperanza, coraje y éxito en la guerra que has emprendido contra las tradiciones, contra las conveniencias, contra los sentimentalismos maliciosos, para convertirte en una hija de la libertad. Nosotros, que deseamos todos ser buenos, somos como esos nadadores que nadan contra la corriente: nos es preciso no solamente ir contra el agua que nos arrastra, sino vencer nuestra propia laxitud y nuestro desfallecimiento.

Eres joven, entusiasta, generosa; avanza pues, lo más que puedas, a fin de que la bondad y el amor a la verdad sean en ti espontáneos, que seas perfecta sin que eso te requiera ningún esfuerzo. Cada uno de nosotros es apenas un mil millonésimo de la humanidad entera; nuestra acción individual sobre esa enorme masa será pues muy ínfima, y no habremos hecho mover, en la pavorosa máquina, más que una muesca de una pequeñez infinitesimal. Tendremos tanta más satisfacción al haber realizado nuestro deber, si lo hemos cumplido por amor a la justicia, ya que el goce del triunfo raramente sirve para algo. La verdadera generosidad no solicita recompensa. Es en esto en lo que nos diferenciamos de los cristianos, que son usureros con Dios y que colocan en la balanza cada uno de sus actos y las glorias del pasado. Si nos bastara accionar para mover al mundo, la vanidad podría conducirnos a ser buenos, pero es la conciencia de nuestro deber, el sentimiento de la justicia, lo único que debe impulsarnos. Es cierto que sentimos también la inmensa satisfacción de trabajar en común acuerdo y de ayudarnos mutuamente por nuestro amor. Todos los progresos infinitesimales que realizamos aquí y allá, se van agregando unos a otros, apresuran el progreso general, y van, como las gotas de agua, a aumentar el gran río. Fundemos en nos-

<sup>1</sup> Luisa Reclus, su cuarta hermana, entonces institutriz en Irlanda.

otros mismos y en torno nuestro, pequeñas repúblicas. Gradualmente esos grupos aislados se irán acercando como cristales dispersos y formarán la gran república.

Habrás sabido sin duda por cartas de Orthez o de Poitiers, como van los diferentes miembros de la familia. Onésimo goza de mejor salud y debe pronto volver a trabajar.

En cuanto a nuestra pequeña comunidad, estuvo más o menos engripada, resfriada, acatarrada, atacada de jaquecas y otras delicias de la vida. Bébé, gran alborotador si los hay, comienza a afirmar su propia personalidad con pequeños gritos de orgullo y gestos de Nabucodonosor en germen. Una cosa nos preocupa: es miedoso.

Muy cariñosamente, querida hermana.

*Eliseo Reclus*

*De Elías y Eliseo Reclus, a sus esposas*

Sin fecha, 1860

Mis bienamadas:

A pesar de nuestra conocida obstinación, nuestros planes no son inmutables, y, cuando estamos obligados a modificarlos, tratamos de que sea en el sentido más agradable para vosotras. Así, el rápido agotamiento de nuestra bolsa común nos ha convencido de que el viaje a Génova era imposible, tanto para Elías como para mí, y hemos modificado nuestros planes; de modo, que, mientras me dirigiré a Niza, Elías, en lugar de ir a marcha forzada rumbo a Génova la soberbia, emprenderá, lo más rápido posible, con la velocidad total del vapor, rumbo hacia la mujer querida... Nuestras excursiones de montañas más interesantes han terminado ya, y por lo demás Elías se lastimó bastante la mano al caer sobre un montículo de piedras, de manera que ya hay montaña de sobra por ahora, y nuestra vista se dirige hacia el *sweet home*... No obstante, no esperéis a Elías tan pronto como recibáis esta carta, pues el permiso de circulación no podía serle enviado antes de cinco o seis días, y Elías estará condenado a efectuar durante ese tiempo pequeños paseos por los alrededores de Guillestre o de Briançon.

Gozamos, desde hace varios días de una temperatura deliciosa. No llueve más, las nubes se desgarran en nieblas,

que forman como espirales de humo en torno de las cimas montañosas, y por instantes nos velan el sol; el viento apenas sopla como para mover el follaje de los álamos, y el único rumor que percibimos sin cesar es el caer de los torrentes. Las montañas de la Vallouise no son negras y desnudas como las de Maurienne que Elías os ha descripto; son de formas graciosas y redondeadas; los abetos cubren todas las cimas con su negra vegetación; campos rodeados de árboles frutales salpican de colores los flancos montañosos; de todos lados se entreven cascadas, apareciendo y desapareciendo en medio del verdor; nuestra pequeña casita, es la más pequeña del lugar, sombreada de nogales y cerezos, y pequeños canales de irrigación, con las aguas blancas como la leche, que murmuran en el jardín. ¡Qué encantador lugar para habitar algún tiempo, si estuvierais con nosotros! ¡Ciertamente no hay gozo sino junto a vosotras! Sois nuestra vida, y vosotras solas volvéis agradable la tierra, aguardando el advenimiento de la libertad. Nada de lo que vemos es bello sino porque esperamos haceros partícipes; todo goce sería en nosotros veneno si no pudiéramos convidaros mentalmente.

Pasado mañana tendremos la dicha de hallar cartas vuestras en casa de Guillestre. Escribid pronto a Elías (Cette, poste restante) y a Eliseo, Coni, (Cúneo) Reinado Italiano, poste restante. Tenéis tiempo de escribirnos varias cartas.

Dulce recuerdo, amigas nuestras. Abrazad afectuosamente a Lina Grimard.

*Elías, Eliseo*<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Las cartas firmadas por ambos hermanos las escribió Eliseo, pues, como ésta lo cita, Elías se hirió en la mano derecha; durante veinte años tuvo que "usar su pluma como un puñal".

*A las Señoras de Elías y Eliseo Reclus*

Vinadio (Italia), miércoles por la tarde (sin fecha, 1860)

Mis queridísimas amigas:

Comienzo a volverme melancólico. Cuando al caer de la tarde llego a algún villorio y entro en mi habitación, solitaria y sórdida, siento grandes nostalgias... Las cadenas de montañas se suceden, cima tras cima, unas blancas por la nieve, otras verdeantes de alerces; doquiera que voy, soy siempre un extraño, un hombre al que puede escuchársele complacido, al que voluntariamente se le otorgan pequeños favores, pero un hombre al que no se ama.

Lo que a veces suele volverme más triste aún, no es tanto el alejamiento como la incertidumbre en que vivo respecto a vosotras. No he recibido todavía noticias desde la época de la gran confección de los trajes y de los sombreros. ¿Habéis ido a Poitiers? Magali<sup>1</sup>, y vosotras mismas, ¿habéis soportado bien el viaje? ¿No sobrevino ningún enojoso accidente? ¿Elías hizo bien su viaje, no estuvo inquieto en el camino por su pasaporte? Pues tiene mis papeles, y ciertos gendarmes pueden tener ojos de lince. ¿Su mano se cura como desea? Todas estas son preguntas que me formulo constantemente, y a las cuales no me respondo siempre con igual confianza. A medida que me dirijo hacia ese desdichado Coni, mi impaciencia aumenta, y ya tuve la precaución de pagar mi asiento en el *vetturino*, que debe llevarme hacia el correo, cartas de Coni...

Cuando el tiempo no es favorable, cuando llueve, nieva o sopla el viento, no me quejo; me parece que, a modo de compensación, estáis vosotras abrigadamente alojadas bajo los árboles del paseo de Sainte-Foy o en la pradera de Saint-Philippe. Y además, para defenderse del mal tiempo, es menester que trabaje y me ingenie. Soy todavía un hombre útil, y mi tristeza está un poco disipada. Pero cuando la temperatura es deliciosa como hoy, cuando el sol dora la cumbre de las montañas y yo estoy voluptuosamente extendido sobre las altas hierbas, al borde del torrente, entonces es cuando siento sobre todo la soledad completa.

<sup>1</sup> Hija de Eliseo, nacida el 12 de Junio de ese año.

En este atardecer, para agregar el ridículo a mi triste posición de viajero solitario, ocurrióme lo que acontece a todos aquellos que se pasean en la vecindad de los fuertes o ciudadelas. Dos carabineros, ocultos detrás de un fuerte, medialuna o contrafuerte —lo ignoro— me vieron escribiendo o dibujando, de lo que resultó persecución, rodeo, intenciones de privarme del pasaporte...

Hasta pronto, queridas.

Vuestro

*Eliseo*

*A las Señoras de Elías y Eliseo Reclus*

Coni, viernes de noche (Sin fecha, 1860)

.....

¡Después de recibir tu carta, querida Clarisa, es decir hace media hora, me permití admirar este delicioso país e imaginarme planes de colonización. Figuráos una ciudad construída sobre una esplanada en la confluencia de dos ríos, rodeada de paseos, de jardines y vergeles. A sus pies, aguas azules, una llanura de oro y esmeralda, en tanto los campos de trigo amarillean, y las moreras y los prados reverdecen; de un lado los Alpes con sus picos azuláceos; del otro los Apeninos, con sus redondeadas cimas, cubiertas de castaños; y hacia el otro extremo del horizonte, formando el inmenso triángulo de la planicie, la línea vaporosa de las montañas del Asti. El aire voluptuoso tiene sin embargo una mayor frescura y elasticidad que el de las tibias llanuras del Mediodía; se nota que acaba de pasar sobre las nieves. Esta mañana he ido a ver el valle de Pesio, el más delicioso nido de amor que pueda soñarse. ¡Ah, cuando Italia sea libre y nosotros también!

El martes último, cien voluntarios partieron de Coni para unirse a Garibaldi. Los jóvenes dejan su casa materna, los colegiales se evaden del colegio, los pequeños de catorce años dejan de ir a la escuela en Sicilia. No se ven en las calles más jóvenes que los *bersaglieris*. En cuanto a los curas, están como abandonados; todos se dicen liberales y en público se compadecen del pobre papa Pío Nono. Ayer he visto caras

típicas de curas italianos, pero no estuve en vena para describirlos. Otra vez será.

Del martes al jueves escribidme a Digne; del jueves al viernes, a Aix, y más tarde a Montauban.

Vuestro

*Eliseo*

*A las Señoras de Elías y Eliseo Reclus*

Niza, 12 ó 13 de Agosto 1860

Por fin hemos pasado el cabo de las Tempestades y ya sabéis lo que ocurrió. Temía mucho, querida Noemí, el momento de tu encuentro con Elías; pero quizá él sea dichoso porque con tu temperamento y tu intuición ordinaria, ya habías sufrido de antemano: el golpe ha sido menos rudo que si te hubieras dejado arrullar constantemente por dulces pensamientos. Ese accidente, la prueba más dolorosa que hayamos tenido en nuestra comunidad desde que formo parte, cesará gradualmente con los progresos de la convalecencia y no será el motivo continuo de nuestras preocupaciones, y llega el día en que ya no será para nosotros una realidad, y sí únicamente una atroz pesadilla, creación de la noche. ¿Cómo ha recibido Pablo a su padre? ¿Se dió cuenta del cambio operado? ¿Hubo en su ternura una mezcla de asombro doloroso, o bien ya había comenzado a olvidar?

Hallé vuestras dos cartas en Niza, y mi corazón sintióse aliviado de un gran peso cuando supe que el viaje había sido bastante feliz relativamente...

Experimenté verdadero pesar al cruzar la frontera para entrar en Francia. ¡En esos cuatro o cinco días de visita me había acostumbrado tanto a la bella Italia, a su aire tan puro, al curso de sus aguas, a su horizonte montañoso, y sobre todo a su libertad, a su entusiasmo revolucionario! Solamente de la ciudad de Coni, ciudad grande como Perigueux, salieron el martes, miércoles y jueves de la semana anterior, 164 jóvenes, de los cuales más o menos la mitad partieron con el consentimiento y la bendición de sus madres. Los muchachones palurdos que se ocupan en desecar la boñiga hablan con igual entusiasmo de la liberación de Sicilia,

que los habitantes de las ciudades, lectores de periódicos; todos aquellos que se sienten capaces de empuñar un fusil, se alegran con la idea de tener uno en su poder el año próximo, y de saber jugarán en los campos de batalla el juego de dados que decidirá su muerte o su vida, sobre la esclavitud de Italia o la regeneración del mundo. Recordaré siempre con emoción la última noche que pasé en Italia: estaba en el asiento de un carruaje, al lado del cochero. Este, llevado por su patriotismo, había olvidado sus caballos y sus riendas; de pie sobre el asiento, me declamaba, con maravillosa elocuencia, el discurso de Víctor Hugo sobre la entrada en Sicilia, sobre el derecho y la fuerza. Desde el comienzo hasta el final del discurso se había apropiado frases y pensamientos. Prefiero mi cochero a los gondoleros de Venecia, que, según dicen, recitan los versos del Tasso. La liberación de Sicilia me parece un hecho más importante que la liberación de Jerusalem.

Al día siguiente, cuando partía de los baños de Valdieri y cruzaba el estrecho de la frontera, el rey Emanuel partía también rumbo a Torino. Su partida en nada se parecía a los viajes de Badingue. Con su figura rechoncha de tabernero de café provenzal, su sombrero a lo Garibaldi todo abollado, su desagradable capote gris, no tiene por cierto ningún aspecto majestuoso; guía su carruaje el más ridículo lacayo que pueda imaginarse: un individuo que no es más que botas de cintura abajo, y bigotes hacia arriba. Y además, tiene cierto aire de Polichinela. Uno se pregunta, viendo a este extraño personaje, por donde debe colgarse al muro, si por sus garfios en forma de bigotes o por sus espuelas. Delante de la carroza real rodaba una especie de carreta, en la cual habíanse embalado, agregado y atado, por cabos de cuerda, carrehuelas de cuero, trapos viejos, un montón de paquetes que semejaban viejas traíllas; dos especies de bohemios, fumando colillas de cigarros, estaban acostados como gallinas sobre esos pingajos; hubiérase dicho un equipaje imaginado por Callot; de un lado, cazadores de gamuzas, bastante harapientos, dirigiendo el último saludo a su obeso amigo, el cazador real; del otro lado, una docena de inválidos de San Martino, venidos a los baños para curar sus heridas, agitaban sus kepís y sus chambergos. Ningún



despliegue militar; ni aunque más no fuera cien o diez guardias. Confieso, con vergüenza quizás, que viendo pasar a ese excomulgado del papa, a ese enemigo de Austria, a ese traicionado de Villafranca, a ese robusto cazador de hombres, cuyo nombre se ha vuelto palabra de orden en toda Italia, he creído deber mío murmurar también como si fuera para Italia misma, mi *Evviva!* El hombre no es gran cosa, pero los italianos lo han convertido en un principio. Por espíritu de cuerpo revolucionario, hice como ellos...

En el primer valle anexado en que descendí, todo el mundo es cretino; por lo común, las mujeres únicamente gozan del privilegio del bocio, pero en el valle del Vesubio los hombres tienen también la ventaja de poseer ese gracioso apéndice. Me ha ocurrido hallar más de cincuenta personas, sin atreverme a hablar a una sola; tanto es el horror que esas gentes me inspiran. Esos son los ciudadanos que han votado con tanto entusiasmo por la anexión a Francia. ¡He visto a algunos de esos cretinos que parecían un cabo de vela de sebo carbuncoso! ¡Salud, oh mis conciudadanos! En cuanto a los campesinos sensatos, se hallan según creo, bastante contentos con la anexión, porque ahora están seguros de vender sus quesos; no tendrán que pagar más derechos para importarlos a Francia. Tal es la razón principal —sin contar la habilidad del señor Pietri— de la casi unanimidad de votos.

Sin embargo, están descontentos con los gendarmes, y razones tienen. Esos señores, desembarcando en un país en que no se habla la lengua francesa, hacen todo lo posible por matar el tiempo. Formulan procesos a todo el mundo y con cualquier motivo. Los nicenses están muy acorbardados y lamentan en mucho los honestos carabineros de hace seis meses atrás. Redactar procesos se ha vuelto ya un oficio, y, recientemente, un caballero de industria, enardecido por el ejemplo de todos los agentes recién llegados, se ha otorgado a sí mismo el título de comisario imperial y ha recorrido todas las campiñas, haciéndose acompañar por gendarmes, hospedándose en casa de los alcaldes y castigando las contravenciones con fuertes multas en provecho suyo. Ha ejercido ese oficio durante más de un mes, antes que los buenos cretinos del valle comprobaron que eran engañados por un falso comisario.

Justificáis que esos gendarmes me molesten, tanto más sabiendo que mi pasaporte es el de Elías. Cuando encuentro a esos señores, siempre se desarrolla una buena escena teatral: “—¿Es usted viajero, señor? —Sí, señor. —¿Tiene usted sin duda pasaporte? —Sí, señor. —¿Podríamos verlo?” Extiendo mi documento, teniendo mucho cuidado en subirme a una piedra para dominar al gendarme con toda mi estatura. El gendarme lee concienzudamente el papelucho, y cuando llega al fin al dato esperado: —“Un metro 73, pero si usted no tiene esta talla” — respondo: — “Cuando me otorgaron el pasaporte estaba por casualidad subido sobre un peldaño” — “¡Ojos castaños, y los suyos son azules!” Estaba tan oscuro en la Prefectura de Policía, que no me han visto bien”. Al fin exclama el gendarme, feliz de hallar un culpable: —“¿Dónde está su cicatriz en la frente?”— Entonces me descubro majestuosamente y con un gesto indico mi pequeña cicatriz. El gendarme me mira aterrado. Mi identidad está probada, soy indiscutiblemente mi hermano. Esta es la utilidad de los pasaportes. Sin embargo es de comprender que esas escenas de comedia son para mí muy molestas.

Me aproximo al fin de mi viaje. Ahora no viajaré sino en carruaje o en tren. Ya me he vuelto audaz y me costeo coches particulares, pues a ningún precio quiero marchar a pie por las grandes carreteras.

A todos vosotros, amigos míos, mis numerosos amigos, os saludo.

Vuestro

*Eliseo*

*A la señora Clarisa Reclus*

Béziers, domingo por la noche (Sin fecha, 1860)

Una inmensa multitud se agolpa en calles y plazas. Hace algunos instantes, cuando llegué, estaba todo silencioso y desierto, pero al anochecer, las calles se animaron de golpe, e innumerables grupos aparecieron como surgidos del empedrado. Para emplear útilmente mis ocios, me mezclé a la batahola de los paseantes, y pude espigar aquí y allí algunos estudios de caracteres y costumbres. Observé con preferencia

las parejas amorosas: trataba de separar en las miradas y las sonrisas lo que había de verdadero y lo que había de falso, el amor sincero y la impostura... Sin embargo, no seguía solamente a quienes marchaban en parejas..., me detenía también delante de los bebés y de los niños de pecho. He visto que algunos tenían, como muestra Magali, esa mirada de asombro de ratón asustado, y otros me parecieron tener una lejana semejanza con Pablo. Ayer recorrí varias leguas, de Gréaulx a Aix, al lado de una señora, que tenía en sus brazos a su bebé, nacido en el mismo día y a la misma hora que Magali; he procurado, al contemplar esa criatura, darme una idea de ese pequeñito y querido ser que ya se halla alejado del padre durante la mitad del comienzo de su vida. Es verdad —me dirás tú con orgullo— que no puedo ser de ninguna utilidad para la educación actual de nuestra niña. No poseo ese magnetismo soberano de la madre; no soy más que un simple espectador de la conjunción que se va operando entre vuestras dos vidas, la tuya y la de la criatura.

¿Has leído, querida amiga, la proclamación de Garibaldi a las mujeres sicilianas? Si aún no lo has hecho, procurátela a toda costa, apréndela de memoria, imprégnete de ella, hazla que penetre en el fondo de tu alma. Es coaccionando sobre las mujeres como se crea una generación de héroes o de idiotas, como se modifica la sociedad a voluntad para el bien o para el mal. Pues son las mujeres, las creadoras que modelan los niños, que le dan su sangre y su vida. Lee, relee la historia de la Cairoli, y que, bebiendo tu leche, nuestra Magali beba al mismo tiempo el heroísmo y el amor a las grandes cosas. Según pienso, esa proclamación de Garibaldi puede ser para Magali algo más importante que todas las sopas y bizcochuelos del mundo. No puedo leer o releer esas frases sin que me asomen las lágrimas. Al respecto, ¿tenéis noticias de Kergomard?<sup>1</sup> Habría todavía tiempo de escribirme una última carta a Mantauban para hacerme saber si tuvo la suerte de combatir o vencer sin heridas...

Mañana me hallaré en el país de las falúas y las calesas; por lo tanto no te escribiré desde esas regiones donde el

<sup>1</sup> Julio Kergomard, futuro sobrino de los Reclus, por su matrimonio con Paulina Reclus, se había incorporado a los *Mil* de Garibaldi.

servicio de correos se realiza deficientemente sin duda; esperaré hallarme sobre una línea de ferrocarril, en Montauban, donde vuestras buenas cartas me esperan...

*Eliseo*

*A la señora Clarisa Reclus*

Viaje en los Pirineos (1861) Tolosa

Mi muy amada Clarisa:

El viaje ha comenzado bien, ¡si puede hablarse así después que se ha dejado a su mujercita adorada! Sentado en el asiento de la diligencia, aspirando el aire fresco del anochecer, viendo desfilar los prados, los bosques, los campos, ascendiendo las colinas, descendiendo a lo hondo de los valles, podría haberme sentido dichoso si no hubiera tenido ante mis ojos la visión de mi Clarisa, con su Magali en brazos, dirigiendo hacia mí su bella y dulce mirada enternecida por las lágrimas. Veo aún ese cuadro, veo también a tu hermana muy querida, y su velo pequeño y coquetón, y su rostro encantador. ¡Cuántas veces, en mis largas jornadas viajeras, volveré a ver surgir ante mí vuestros tres queridos rostros!

.....

Mañana temprano partimos hacia Saint Gaudens y Montrejean. No temas por nuestra vida animal; en Tolosa hemos tenido la audacia de instalarnos en el hotel más confortable, y crearás que nos han servido un almuerzo suntuoso, con dos servicios, con helados y postre. Sentíame humillado, y lo estoy aún; sin embargo, tenemos lista una excusa para justificar nuestra falta de vergüenza democrática: Tolosa es renombrada por sus pulgas y sus chinches. Escogiendo el hotel de más soberbia apariencia, esperábamos poder librarnos de esa peste de los viajeros, pero por desgracia, mientras te escribo, siento aún esos malditos insectos correr por mis piernas; de cuando en cuando dejo la pluma para rascarme con furia, y en ocasiones me parece percibir algunos puntos negros movibles en mis sábanas. Así también la redomita y el pulverizador insecticida harán su obra. ¡A mí, sílfides aladas que dormíais otrora en el cáliz de las marga-

ritas y que el mágico Vicar ha conservado en sus redomas, de igual manera que Salomón sellaba los genios en las urnas sagradas! ¡Acudid a mí, y poned en fuga a la hedionda caballería de las pulgas y la no menos horrible infantería de las chinches!

¡A tí, a los amigos y a la justicia!

*Eliseo*

*A la señora Clarisa Eliseo Reclus, Sainte-Foy-la-Grande*

Tarascon, jueves noche (sin fecha)

Mi gran amiga:

.....

He visto muchísimas cosas bellas desde mi última carta, pero las he visto tan rápidamente que no he tenido aun tiempo de clasificarlas en mi cabeza. Apenas si se ve cuando se mira muy rápido y como a vuela-pájaro; los cuadros demasiado a prisa no pueden conservarse a la vez en los casilleros del recuerdo; terminan por mezclarse y desdibujarse unos con otros. En cambio, cuán fácilmente se recuerdan los paisajes que se han contemplado lentamente, largamente, en compañía de una persona amada. Cuando se vuelven a ver esos paisajes, cada piedra, cada árbol nos habla del momento querido... En ese camino profundo nos hemos detenido para charlar con un buen hombre; sobre aquel promontorio nos hemos sentado para seguir con la mirada el curso de las nubes y el vuelo de los pájaros. Entonces sí que cada recuerdo es a la vez recuerdo del corazón y del espíritu...

Salud, querida mía, te abraza tu

*Eliseo*

También recuerdo a mis amigos. Escríbeme a Perpignan, hasta el 3 de septiembre; después a Pamiers (Ariége).

*A la señora Clarisa Eliseo Reclus; en Sainte-Foy-la-Grande*

Perpignan, 4 Septiembre 1861

Muy querida amiga:

Recibí tus dos cartas y al mismo tiempo la de Elías. ¿Con qué alegría? Eso no sabría decírtelo, pero podrás suponerlo. Vuestra pequeña historia de cada día, a pesar de su escasa diversidad y lo raro de sus incidencias, me interesa mucho más que si fueran largos relatos. Os oigo en vuestras tres excursiones a Mézieres, a Petities, a Toron; veo a la pequeña Magali marchando triunfalmente a través de las zarzas y las piedras, para ponerse a tono con su padre que camina por los senderos de las montañas. ¡Que encanto interior me brindáis! No falta realmente más que un solo individuo, y tengo la arrogancia de decir que ese individuo soy yo. Más o menos el 15, tal como hemos convenido, este individuo irá a pedir lugar a su vez en medio de esa felicidad hogareña. ¡Lo acogeréis con alegría?

.....

Un fuerte apretón de manos, para los amigos.

*Eliseo*

N. Como voy a España no esperes ninguna carta mía durante varios días.

*A su madre.*

Sin fecha, París 1861

Mi queridísima madre:

Experimento una gran placer al enviarte mi primer obra literaria: es la reproducción de mis artículos de la *Revue des Deux Mondes*, considerablemente modificados y aumentados en unas 70 páginas<sup>1</sup>. Deseo vivamente que este libro te agrade; sabes cuán valiosa es para mí tu opinión.

Pronto me he de ocupar de otra obra más considerable, un tratado de geografía física en varios volúmenes con láminas y mapas. El editor Hachette me ha prometido publicarlo y me ofrece un arreglo después que le haya sumi-

<sup>1</sup> *El viaje a la Sierra Nevada*, Marzo 1861.

nistrado el plan de mi libro<sup>1</sup>. Este trabajo será, según pienso, la obra más seria de mi vida; desde hace diez años reuno materiales y emplearé probablemente varios años en redactarlo.

Toda la familia marcha bien. Pablo comienza a descifrar algunas letras, Magali echa sus primeros dientecitos y trata de pronunciar papá. El embarazo de Noemí no le ocasiona fatiga.

Para ti, querida mamá, y para mi padre, mis cariñosos y más sinceros recuerdos.

*Eliseo*

### *A la señora Eliseo Reclus; en Sainte-Foy-la-Grande*

Baréges, viernes noche, sin fecha

Esta es solamente para dar señales de vida. He andado mucho, he visto mucho: glaciares, campos nevados, vallados pedregosos, valles fértiles, selvas de hayas y abetos; y mis ojos están aún fatigados. Mis pies también lo están, aguardo impacientemente poder reposar veinticuatro horas en Bagnères-de-Bigorre. No podré contarte probablemente jamás todo mi viaje, no lograré describirte todos los bellos espectáculos que admiré, pero deberás saber, querida mía, que he asociado tu recuerdo a todo lo bello que he contemplado. Desde lo alto de la montaña, cuando veíamos la niebla cubrir el valle, semejante a un cielo invertido, exclamaba: “—¿Oh, por qué Clarisa no está a mi lado?—” Frente a la cascada de Seculejo, cuya enorme masa cae desde mil pies de altura a un lago de un azul admirable, también me decía: “—¡No tengo una mano amiga que oprimir entre las mías!—” Al borde del lago helado, rodeado por los agrietados campos de nieve, sentíame triste por estar solo, y cuando llegamos al pie de la cumbre Posets y vimos erguirse hasta el cielo sus inmensos pastizales, volví a preguntarme: “—¿Por qué estoy solo?—”. A veces sin embargo, lo confieso, ocurre que me felicito calladamente por tu ausencia, y es cuando atravieso un campo de nieve, o cuando salto de piedra en piedra, o cuando camino a lo largo de un pastizal, Sabrás que evito con cuidado marital todo lo que sea peligroso; pero tus ojos no acos-

<sup>1</sup> Se refiere a *La Tierra*, aparecido en 1867.

tumbrados al espectáculo de las montañas podrían ver un peligro allí donde no existe. Entonces es cuando me digo: “—¡Qué suerte que mi buena Clarisa no me ve con un telescopio de cien leguas!—” Por lo demás, ya cumplí la parte más difícil de mi excursión, lo que debe ser para tí motivo de alegría.

En revancha, hay algo que me inquieta. Estoy todo hecho girones. Mis zapatos están innoblemente destalonados; mis pantalones están rotos, de un modo vergonzoso; mi abrigo gastado en forma deshonorosa, tanto que no me atrevo a levantar la vista ante una dama, y en la mesa me siento torpemente, como un pobre vergonzante. Juzga el efecto que produce mi aparición en medio de todos esos elegantes que pululan en las ciudades termales. Por pudor, es preciso que me remiende mis ropas, pues no quiero avergonzarte.

Y ahora, querida amiga permítele a tu fatigado amigo huir hacia el país de los sueños. Es tarde, y después de cuatro días no he descansado más que durante el sueño y en las comidas.

*Eliseo.*

*A la señora Clarisa Eliseo Reclus.*

Panillac, sábado noche, (sin fecha)

Si me hubiese sido posible escribirte ayer, lo hubiera hecho, pero estaba en un desierto, más allá de los límites del mundo civilizado, en una soledad donde los puestos del correo aun no existen, donde la tinta es un líquido desconocido.

Para llegar, estuve casi expuesto a una aventura... Después de mediodía, tuve que atravesar en bote el lago de Hourtin, que es un pequeño mar con sus tempestades y sus rompientes; después fui a visitar los dos faros que se acaban de construir entre el mar y el lago. Me retrasé en esta visita, y cuando emprendí el regreso, no quedaban más que dos horas de día. Calculé que me faltaba aproximadamente ese espacio de tiempo para llegar a un puesto aduanero establecido en un pequeño valle entre las dunas, a pequeña distancia de la costa. Partí, marchando a buen paso. Cuando creía haber seguido la playa del mar hasta la altura del puesto aduanero, trepé por un duna que se elevaba al borde del océano, y traté de otear el



horizonte, pero a través del crepúsculo que iba espesándose, no pude distinguir ni cabaña ni casa alguna. Creyendo no haber andado bastante tiempo, emprendí el camino a través de las arenas que las ondas venían a mojar al quebrarse en las orillas; luego, de cuando en cuando, ascendía como el pequeño Pulgarcito, sobre las dunas más escarpadas, a fin de apereibir cualquier claridad. Ninguna luz en el horizonte, ni el menor rumor en el espacio. Al fin comprendí que hacía sin duda ya largo rato que había dejado atrás el puesto aduanero. Sabiendo que, al seguir por la playa, hubiera sido necesario marchar durante toda la noche antes de encontrar una cabaña, y temiendo por lo demás caer en alguna tronera de arena move-diza, me alejé del mar, y guiado por la débil claridad de las estrellas, me aventuré en el laberinto de las dunas. “—¿Qué va a decir Clarisa?” —pensaba yo—. Absorbido por tal preocupación, marchaba con cuidado, tratando de pisar bien en la arena, y evitando los cardos, las plantas espinosas, las pun-tiagudas ramas de pino.

Primero marché directamente hacia el este, que me indicaba una brillante estrella, pero cuando hube entrado en los grandes pinares, descubrí un largo sendero por donde proseguí marchando, con la esperanza de que quizá me llevaría hasta alguna cabaña. Estaba fatigado ya de marchar sobre la move-diza arena, y, si no me hubiese sostenido tu pensamiento, presente siempre, me hubiese acostado sin cuidado sobre hojas de helechos, protegido del rocío por el ramaje de los pinos. Pero seguí siempre marchando. De pronto me pareció oír un silbido, y, a lo lejos, una voz humana. Grito, y nadie me responde, pero marché resueltamente en dirección de la voz oída. De tiempo en tiempo me detengo, y el canto me sigue guiando. Por fin llego a un claro del bosque y me hallo frente a una cabaña. Ladra un perro; golpeo a la puerta, abre un hombre, y encuentro por fin sopa y albergue. Y mi yáciga fué: el piso como colchón, una bolsa de maíz por almohada, y un vellón de lana repleto de pulgas como cobertor. Pero estaba bajo techo...

Muy pronto la continuación de mis viajes, que me será grato relatarte.

*Eliseo.*

*A la señora de Elías Reclus.*

Nimes, sin fecha, sábado por la tarde. 1862

Mi buena Noemí:

Cuántas veces tuve deseos de escribirte para hablarte de mi afecto y participarte mis diversas impresiones sobre los miles de cosas vistas y escuchadas pero, en primer lugar, me detuvo el pensar que residías en Sens; luego, cuando supe que te habías radicado en París, tenía ya tantas cosas para decirte que no sabía por dónde empezar. Tengo, en los cuadernos de mi memoria, muchos hechos, muchas menudencias que contarte, pero el tiempo pasa y de todas esas conversaciones ideales que he mantenido contigo, de todas esas charlas silenciosas que hemos sostenido juntos en medio de la nieve, bajo los alerces y a orillas de los torrentes, sin duda quedarán tan sólo débiles ecos, el día en que regrese. Todas esas hermosas palabras que había guardado en el arca segura de mi corazón, para repetírtelas al abrazarte, jamás serán pronunciadas; se habrán perdido como los objetos que guardamos celosamente en un cofrecillo que luego ocultamos con misterio; y cuando volvemos a buscarlo, es inútil, pues no podemos hallarlos.

No importa, querida hermana; acogerás a Eliseo taciturno, con la misma ternura y alegría con que podrías acoger a Eliseo locuaz, y, por mi parte, no tendré necesidad de que la palabra venga a flor de labios para testimoniarte mi afecto y sentirme contento cerca de vosotros. Aunque lejos de París, me siento tan profundamente conmovido al pensar en nuestro dulce hogar, que saboreo nuestras pequeñas alegrías familiares y sufro tanto por todas nuestras penas comunes...

.....

Ardouin os ha contado la primera parte de nuestro viaje, nuestros paseos por Niza, nuestra odisea en la Corniche, nuestras visitas a los palacios de Génova. La contemplación de todas estas hermosas cosas nos ha brindado un gran placer: he gozado singularmente al hallarme en presencia de tales maravillas del antiguo arte italiano, de todos esos palacios con columnatas, de esos frescos, de esos cuadros que testimonian tan alto grado de prosperidad y grandiosidad en la antigua república genovesa. No era un pueblo servil el que

pudo acumular tantas grandes obras en tan pequeño espacio. Pero, lo que en cualquier parte me alegraba y me permitía admirar todo a mis anchas, era el pensar que una nueva época de renacimiento comenzaba para Génova. Que se reanima, se agita; su pueblo se desarrolla, los diarios y los libros aparecen por todas partes; a los curas y a los monjes, que antes formaban un décimo de la población, no se les ve más que a veces, aquí o allá, siempre de mal humor. Un nuevo espíritu, más generoso que el de la antigua república aristocrática comienza a soplar. Las impresiones de aquellos que visitaron Génova y otros puntos de Italia, debieron ser muy diferentes cuando esas ciudades eran viles mendigas o vergonzosas prostitutas. El contraste ofrecido entre la antigua grandeza y la degradación presente debía producir una sensación de amargura y de tristeza. Ahora no es así. La muerta resucitó y su nueva vida valdrá más que la primera. Si alguna vez visitara Roma, desearía poderlo hacer cuando ella también sea libre y viviente; no me interesa ver ruinas y estiércol, sobre los cuales un abyecto canceroso rasca sus úlceras con la testera de la vasija de San Pedro. Lamenté mucho no haber visto amigos políticos en Génova. En el correo no encontré cartas de Dall'Ongaro y ya era demasiado tarde para que las pidiera. Veía, pues, sus ojos brillantes, oía aquí y allá palabras enérgicas; pero tenía que pasar al lado de esas buenas gentes como un vulgar extranjero. Pero al menos tuve una satisfacción, cuando al llevar una suscripción para Polonia a las oficinas de *Movimiento*, pude ver que estaban instaladas en uno de los mejores y más magníficos palacios de Génova. Me causó un gran placer ver a mis amigos tan bien alojados.

No pudiendo visitar a los amigos republicanos en un acto de superstición fuí a visitar la Roca de Quarto. Al pie de esta roca fué donde los *mil* se embarcaron para Marsala. Ahora, un pequeño obelisco de mármol se eleva sobre esa roca y, de cuando en cuando, los genoveses llegan en peregrinación y se instalan sobre los escarpados vecinos para pronunciar discursos y cantar himnos a la libertad. He contemplado esa columna y me he sentido más orgulloso de ser republicano que de ser francés al mirar la columna de Vendôme.

Tú sabes que tenía una carta para un viejo general geógrafo que vive en los alrededores de Génova, en Nervi. Fuí a verlo en vísperas de mi partida. Es un buen anciano de cabellos blancos que me recibió con los brazos abiertos, en nombre de la ciencia. No habíamos cambiado ni los primeros saludos, cuando exclamó: —“¡Ah!, ¿con qué usted quiere a los curas?” —“¡No, los detesto!” Nuevas felicitaciones, nuevos abrazos. Después me pidió noticias de todos sus amigos de París. “¿Fulano quiere a los curas? ¿Comería en la mesa de un cura?” En el curso de la conversación el buen anciano expresóme con toda sencillez: “Di mi único hijo a Garibaldi; murió en la batalla de Vulture.” Y la anciana madre, que estaba presente, asintió gravemente con la cabeza. Ella también había dado su hijo.

Un cariñoso saludo, querida hermana; tendría mucho que decirte aún; pero no podría terminar y esta carta nunca saldría.

Saludos, para ti, para los amigos, y a los niños.

Tu *Eliseo*

*A Elías Reclus*

Londres. Sin fecha, septiembre u octubre de 1862

Muy queridos amigos:

Todo marcha bien. El tiempo ha seguido favorable, tanto como puede serlo en Inglaterra, y nosotros lo hemos aprovechado ampliamente. El primer día lo consagramos a los preparativos de instalación para dejar el hotel (donde un francés con apariencia de pesquisa nos esquilmo patrióticamente), y alojarnos en casa de una señora inglesa muy atenta y muy amable; después visitamos el jardín zoológico. El domingo fuimos a Kew. Hermoso espectáculo. Los prados a orillas del Támesis eran de un verdor admirable; no obstante lo avanzado de la estación, los árboles frondosos conservaban aún todas sus hojas. Pequeñas embarcaciones cruzaban por el río, un vapor azulino extendía su velo transparente sobre las lejanías. En cuanto al jardín de Kew, estaba como siempre, admirable, y todos disfrutamos de él a nuestro modo.

Hickel y Morin<sup>1</sup> razonaban su entusiasmo, Julia<sup>2</sup> y yo éramos sencillamente felices. La señora Ermance pudo contemplar una colección de fuchsias, de cystus, de mesaembryanthemum, de cactus, de cercus, colección tan hermosa o más hermosa que las de Lebougre y las del Palacio de la Industria. Hemos quedado todos satisfechos. A esto podéis agregar que somos buenos compañeros, que sabemos esperarnos, reencontrarnos en las citas indicadas y concedernos durante el viaje mutuas concesiones no por pequeñas menos necesarias en la intimidad. La señora Ermance siempre es, como bien sabéis, una buena camarada... Julia se halla en un estado de júbilo en verdad impertinente: tanto es así, que ayer al bajar a la sala del hotel, tenía unas ganas atroces de sentarse frente al piano y tocar un trozo, por ella compuesto, en la sala repleta de ingleses. Hickel es el más tratable de los hombres, siempre acomodándose a todo, optimista por razón como por convicción, siempre ofreciendo su brazo, ya placentera o abnegadamente, lo que viene a ser lo mismo. Morin es el más inquieto del grupo: prevé, teme, aprende, sospecha y, a veces, cuando el hecho justifica sus previsiones, establece la superioridad de su buen sentido contra nuestras ligerezas; además, es espi-ritual, amable, abnegado, galante con las damas.

Ayer lunes, fuimos al Palacio de Cristal. Nunca lo habíamos visto tan hermoso. El panorama era admirable: desde lo alto de las terrazas y de la torre, divisábase bajo nuestros ojos un verdadero paisaje de Claudio Lorrain, vaporoso, infinito, lleno de movimiento, de gracia, e iluminado aquí y allá por luces dispersas. El gentío era grande, brotaba el agua de las fuentes con pesar para unos, con placer para otros. Blondin se paseaba también sobre su cuerda, cargaba bolsas, empujaba carretillas y hacía esfuerzos indignos de un hombre. Previendo la Exposición, refeccionaron considerablemente desde el año pasado el Palacio de Cristal: se completaron todas las colecciones, se abrieron nuevas galerías, metiéndose en gastos para recibir a los forasteros. El palacio, sus jardines y el conjunto del paisaje reproducen bastante bien una escena de las Islas Afor-

<sup>1</sup> Ernesto Morin, profesor en París y colega de Eliseo en la Sociedad de Geografía.

<sup>2</sup> Cuñada de Eliseo, más tarde señora de Germán Casse.

tunadas, tales como pueden soñarlas los pintores. La fiesta ha terminado con una carrera cómica en busca de comida: para conseguirla fué menester ir en ferrocarril. Morin, torturado por el hambre, ofrecía un espectáculo lamentable.

Hoy, la Exposición. Una muchedumbre que irá a aturdirse, a asombrarse. Un caos de estatuas, de encajes, de bustos, de platos, de tierras, de mapas y de cuchillos. Salas polvorientas, olor a aceite y a carbón en el anexo de las máquinas, perfumes de grasa y de manteca rancia en los restaurantes, nada faltaba allí. Además, he tenido que emplear la mitad del día tratando de darle caza a Morin que se perdía siempre. Pero lo que hemos visto en la Exposición es verdaderamente admirable. Francia obtiene ciertamente la palma del gusto y Austria la de la ciencia. Los innumerables mapas, los planos, los relieves, los trabajos de anatomía, de fisiología, de geología enviados por los sabios de Praga y de Viena exigirían largas semanas de estudio, y apenas si los he podido ver de paso: no tenía la menor idea de tal movimiento científico en Austria. A su lado, las otras naciones se exponen a ser juzgadas como completamente infecundas en la gran obra del movimiento intelectual.

Ínútil es decir que regresamos fatigados, con dolor de cabeza. Mis ojos se cierran contra mi voluntad, mi pluma sólo quiere escribir tonterías y, para impedir que me comprometa, véome obligado a detenerla. Pero antes, os envió tantas expresiones afectuosas como hojas hay en todos los rosales.

A todos, cordialmente, mis caros amigos.

*Eliseo*

### *A la señora Clarisa Reclus*

Florenca, 12 de abril de 1865

Mi querida Clarisa:

Recibí tu primera carta, que te agradezco desde lo más íntimo del corazón.

Hoy mismo dejo Florenca, la ciudad de los encantos, y parto rumbo a Messina, con el tiempo más bello del mundo, y sobre uno de los mejores barcos a vapor del Mediterráneo. Las condiciones de confort —así lo esperamos— no dejarán qué desear, y salvo la nariz enrojecida que relumbra

cada vez más, espero que todo mi ser físico se restablezca satisfactoriamente. Experimento completa dicha ante la idea de proseguir mi viaje. La nueva etapa me acercará mucho más a todos aquellos a quienes quiero.

Esta ciudad de Florencia es en verdad seductora. No solamente encanta, sino que también enternece; por lo menos esa es la impresión que produce en mi persona. Las columnas que la circundan adquieren formas tan graciosas, el Arno se repliega en la llanura con tan exquisitos contornos, las curvas de los puentes son tan encantadoras, los palacios, las torres, las campanas y las cúpulas son de tan bellas formas, que se observa con voluptuosidad todo lo que la rodea; uno queda dulcemente embelesado con todas estas cosas bellas; uno se vuelve como estas estatuas que pueblan las calles, y que se yerguen en nobles actitudes en todos los nichos, bajo todas las arcadas. El florentino posee ternura; así he tenido tiempo de observarlo por mí mismo, y todo el mundo me lo ha repetido. El florentino no es artista por naturaleza, pero si no lo es en la forma activa para producir, lo es de manera pasiva y se contenta con gozar de la existencia. Siente miedo instintivo a la muerte, tanto que cae en lo risible, siendo de todo punto de vista odioso. Todo el mundo se aleja de la muerte. Los niños abandonan con espanto los cadáveres de sus padres, las madres huyen cuando sus niños acaban de expirar. Se entierran a los muertos, de noche, y casi desnudos, exactamente como se hacía en la época de la famosa peste del tiempo de Maquiavelo. Pero si el florentino aborrece la muerte, ama tanto más la vida: es alegre, amable, gracioso, lleno de encanto, sin la menor afectación; posee una cortesía infinita y no obstante natural, de una gran benevolencia superficial; pero detesta el trabajo y la lectura; todo esfuerzo le atemoriza. Florencia, la futura capital de Italia, publica apenas dos o tres grandes diarios, muy mediocres; para esta gran población de 140.000 habitantes no hay más que un solo encuadernador.

---

*(Falta la continuación de esta carta)*

Mi muy querida Clarisa:

Aci-Reale, es donde hoy me encuentro; es una *villa* situada sobre un enorme banco de lava arrojada antaño por el volcán Etna. Aquí es donde debo comenzar mi viaje pedestre. No estoy disgustado, pues en coche se respira mucha polvareda y además mi valija me cuesta muchas propinas. La mendicidad es aquí una profesión social; es asimismo la profesión por excelencia; para recibir unos céntimos todo el mundo es cochero, mozo de cuerda, guía indicador o informativo; todo el mundo pronuncia un *ave* o un *pater* y hace descender sobre nosotros la bendición del cielo. Y los mejores mendicantes no son mendicantes andrajosos. Uno de esos representantes de Cristo, echando atrás la cogulla en prueba de cortesía, corría a todo lo que daban sus piernas tras del coche, ofreciéndome un crucifijo de madera. Por lo demás, quien dice mendicidad dice catolicismo: oigo sin cesar el tañer de las campanas, no veo más que crucifijos, no oigo sino exclamaciones santas. Todo está decorado con figuras de vírgenes y de mártires; las casas, las fontanas, todo, hasta las carretas. Las iglesias son innumerables; hay más de cincuenta en Messina, sin contar la capilla, los oratorios, los conventos, etcétera. Busco en vano diarios en los cafés; escucho en vano, esperando oír hablar de Italia, de Garibaldi, del Papa. No sé si mis primeras observaciones me engañan, pero me parece que, dejando aparte el odio casi natural contra el opresor extranjero, el siciliano del pueblo no tiene ningún sentimiento político.

Muy pronto irá otra carta. Voy a costear la orilla para contemplar el Etna. Ayer estaba soberbio y terrible al contemplarlo. La columna de vapor que subía de las fauces del cráter tenía un inmenso diámetro y se retorció luego en una enorme nube. Las nieves de la cima se funden por el calor. Por la noche, el cráter del Frumento, del que desborda un torrente de lava, parecía la boca de una gran hornaza. Oí el ruido de una explosión, semejante a un cañonazo.

A mis amigos, y a ti, amada Clarisa, os saluda

Eliseo



*A la señora Clarisa Reclus*

Catania, miércoles noche (26 de abril 1865)

Mi querida Clarisa:

Me hallo de nuevo en país civilizado, y la prueba está en que tengo en mis manos tus dos cartas, la que me habías dirigido a Florencia y que han tenido la amabilidad de hacerme llegar, y la que debía encontrarme en Catania.

Las he llevado para leerlas a orillas de un río de admirable limpidez, que los antiguos griegos habrían convertido en un dios... Dile a mi pequeña Magali, dile a Pablo, el *bambino* querido que sus cartas me gustan mucho y me causan placer. Diles también que trataré de responderles lo más pronto posible, pero en la forma más completa: yendo a estrecharlos en mis brazos.

Me acabo de otorgar dos días de plazo en esta encantadora ciudad de Catania. ¡Qué ciudad a propósito para los ociosos! Calles largas, jardines, la orilla del mar, la vista de las verdeantes colinas del Etna que humea, grandes cafés abiertos, palacios cuyas plantas bajas no son más que columnas, y además una música más o menos agradable que siempre se oye, desde la de las campanas hasta la de los *pifferari*. Y, en esta buena ciudad de perezosos, tuve la ingenuidad de querer trabajar. Iba a hacer visitas al mediodía, y estaban haciendo la siesta; a las dos, la siesta; a las cuatro, la siesta; los que no dormían estaban sin duda a orillas del mar o tomando sorbetes en los cafés, pues he podido recorrer grandes casas de arriba a abajo, sin hallar un alma viviente. Por lo demás, todas las puertas están de par en par abiertas, entra quienquiera y dondequiera se instala. La biblioteca pública estaba también abierta para todo recién llegado, sin que nadie se tomase el trabajo de cuidarla. Me instalé cómodamente, elegí las obras que necesitaba, y he leído durante largo tiempo sin que ningún cataniense viniese a molestarme en mi estudio silencioso.

...Espero salir mañana para Siracusa; después volveré a Catania. Voy a visitar unas minas de azufre; me traslado en carruaje hasta Girgenti, después sigo la costa hasta Palermo, donde, si los dioses me son propicios, hallaré carta tuya.

Os amo a todos con sincero afecto.

*Eliseo*

Mi querido Elías:

Acabo de enterarme de la rendición de Richmond, de la capitulación de todo el ejército de Lee (y todavía no estoy seguro), y del asesinato de Lincoln y de Steward. Al saber estas noticias, mi espíritu quedó como preso en un torno por una mezcla de gozo profundo y de estupor. Mi primer impulso fué el de embarcarme de inmediato, para estar cerca de vosotros y hablar de estos graves acontecimientos, para conocer los detalles y prever las consecuencias para Europa y América.

La gran victoria, la victoria definitiva ha llegado sin duda alguna, y la muerte de Lincoln no puede más que precipitar el resultado. Evidentemente, ahora los separatistas vacilantes, semihonestos, no querrán que su causa se relacione con la del asesino, y se someterán. Jefferson, Davis y todas las gentes oficiales de la Confederación se sentirán más o menos paralizadas en su acción, y en cuanto a los esclavistas lógicos, aquellos para quienes la esclavitud del negro era cosa santa, y el asesinato de los liberadores el más grande de los deberes, sufrirán menoscabo y se perderán con su adhesión misma. Y además, el doble asesinato va a dar al pueblo del Norte un doble impulso: a su voluntad ya triunfante se agregará una pasión que arrollará con todo.

Naturalmente, el valiente Lincoln no podría aspirar a una muerte más gloriosa para él, y en momento más conveniente. La obra a la que se consagró con tanta perseverancia y tanta simplicidad de corazón, está virtualmente concluída: la capital enemiga ha sido tomada, la única fuerza armada de los separatistas ha dejado de existir; el congreso está en fuga y corre a través de las montañas; la unión se ha restablecido, el pueblo americano es más fuerte que nunca, la esclavitud ha sido abolida, y al día siguiente de todos estos grandes triunfos Lincoln fué ultimado. Desde el punto de vista épico, la acción no podía desarrollarse de una manera más grandiosa y más simple.

Sin duda alguna, la política de Lincoln será la línea de conducta de Johnson; pero el nuevo presidente ¿tendrá la misma prudencia, igual moralidad, la misma energía serena de su

predecesor? Lo dudo. En cualquier caso, el advenimiento de Johnson a la presidencia aumenta en fuerte proporción las posibilidades de un conflicto entre los Estados Unidos e Inglaterra o Francia. El pueblo americano está irritado, y no es solamente en el interior donde busca a los cómplices de la rebelión. Exige audacia, y una vigorosa iniciativa republicana a su presidente, y éste no hará nada mejor que ceder a la presión popular.

Me gustaría estar en París para conocer tu opinión sobre todos estos acontecimientos. ¿Comenzarán los amigos a ver que la historia del mundo gira ahora en torno a los Estados Unidos? Os abrazo a todos. Dile a Clarisa que ahora parto rumbo al interior de Sicilia y que mis cartas quizás sufran largos retardos.

*Eliseo*

### *A la señora Clarisa Reclus*

Milazzo, viernes noche, 12 de Mayo de 1865

Puedo decir que mi viaje ha terminado, pues no me resta franquear más que la pequeña distancia que me separa de Messina, tomar después el vapor que me conduzca a Liorna, ya sea directamente, ya sea tocando Nápoles. Cuando recibas esta carta anunciándote mi próxima partida de Sicilia, es probable que ya esté en Florencia, y allí, gracias al vapor y a mi deseo de llegar pronto, no estaré muy lejos de París y de mis seres queridos. Pensaba quedarme en Sicilia durante un mes íntegro, y he permanecido 28 días; es verdad que mis finanzas han decrecido más rápidamente de lo que pensara; la causa reside en la dificultad de las vías de comunicación y a la innumerable cantidad de impuestos indirectos que es preciso pagar bajo forma de "propina", de "buen guía", de "cumplimientos", o de limosnas pura y simplemente. No es de extrañar que el pueblo italiano, esclavo desde hace tantos siglos, se haya vuelto mendigo. En las iglesias, y hasta sobre el puente mismo de los vapores, uno vive asediado por mendigos. Verdad es que hay grandes y profundas miserias en este país. Antes de que el capital acumulado en forma de casas, de muebles, de ropas, de comodidades de toda especie, lleguen en Sicilia a la cuarta parte del que hay en Francia,

pasarán sin duda muchísimos años. Niños de ocho, diez años, se pasean completamente desnudos; muchas mujeres, algunas jóvenes, visten de tal manera que un taparrabos alrededor de su cintura sería más decente. ¡Y los cubiles en que habita toda esa gente! ¡Es algo realmente horrible! ¡Ah, cuando vendrá la era de la igualdad y de la fraternidad! En teoría, soy el hermano de todos los mendigos que encuentro; pero, sin hablar de las alegrías familiares de la ciencia, de la libertad moral que la vida me concede, poseo pan, y esa gente no siempre lo tiene a su alcance.

Exceptuemos en todo esto a los hermanos mendicantes. Se los halla por todos lados, con sus sandalias, sus capuchones, su mugre y su bolsa bien llena. Son alegres y robustos, marchan firmes como gentes que no dudan de nada. Por la mañana, bien temprano, van al mercado para elegir lo mejor, después dan una vuelta por casa de sus mejores amigos, los panaderos los carniceros, los vendedores de frituras. ¿Sienten necesidad de hacer un viaje? Pues llaman al primer cochero que pasa, y piden un lugar en el coche, o bien montan en la grupa de un arriero, o bien se embarcan a bordo de un navío pronto a darse a la vela; no tienen otra preocupación que la de elegir. Por lo demás, se dice que tienen conciencia de musitar religiosamente plegarias, que prometen en cambio de las vituallas que reciben. Yo, escéptico, decía a un excelente posadero: “—¿Pero es que esos monjes mendicantes no tienen nunca nada que hacer?” “—¿Nada qué hacer? ¡Pero si son ellos los que ruegan por mí, por usted, por todo el mundo!—” Me quedé callado. A pesar de todas sus plegarias, los benditos monjes gustan mucho de las indecencias y de las obscenidades, no en secreto como nuestros jesuitas franceses, sino en público. Juzgo al menos por lo que he visto.

.....  
*(Falta la continuación de esta carta)*

Mi muy querido Elías:

Tenía la firme intención de escribirte un informe, muy detallado, sobre el Congreso de Berna<sup>1</sup>. Incluso, había redactado tres páginas, que las perdí luego; pero ya es imposible continuar mi trabajo, pues habiendo desde el primer momento convertido mi papel de espectador en el de actor, no pude hallar el ocio necesario: sesiones del comité, sesiones del congreso, redacción de proyectos y contraproyectos se sucedían sin tregua y hasta muy avanzada la noche; a las dos y a las tres de la mañana, todavía duraban las conversaciones. Al finalizar la semana, sentíame extenuado. Una noche pasada en un vagón de tercera ha sido para mí uno de los más reparadores descansos.

No estoy muy enterado de las apreciaciones formuladas por los diarios respecto a nosotros; pienso que deben tratarnos de mala manera, pues todos los corresponsales, sin excepción, eran del partido de los adversarios: Lemonnier<sup>2</sup> del *Phare de la Loire* y de otros diarios; Fribourg<sup>3</sup> del *Debats*, Andrés Rousselle de no se cuantos periodicuchos, Chaudey, Castelar,<sup>4</sup> Enrique Ferrier y varios otros. Cuando vuelva a verte, te contaré todo detalladamente y verás que nos hemos comportado con bastante intrepidez.

Desde la primera sesión del Comité, fué evidente que los conflictos estallarían. Chaudey, en actitud de Júpiter, coge el rayo y lo lanza sobre Bakunin, que declara ser un lassalleano; luego, arrebatado por la cólera, habla de Lassalle en forma tal como para probar que ni siquiera sabe quien es el personaje. No importa, la guerra estaba declarada, y Lemonnier, Rousselle, marcaban el paso tras el jefe de fila.

<sup>1</sup> El segundo Congreso de la Liga de la Paz y de la Libertad celebrado en Berna, del 21 al 25 de Septiembre de 1868.

<sup>2</sup> Carlos Lemonnier, antiguo sansimoniano. 1806-1891.

<sup>3</sup> Fribourg, delegado parisino de la Internacional al Congreso de Ginebra en 1866.

<sup>4</sup> Chaudey, amigo y ejecutor testamentario de Proudhon. Castelar Emilio, 1832-1899, orador, novelista y hombre público español. Delegado al Congreso.

Estos señores, como comprendes, estaban muy irritados contra los obreros de Bruselas<sup>1</sup>; con toda furia llegaron de París para resistir a la Internacional y para apostarse enérgicamente, burgueses contra trabajadores, políticos contra socialistas. Hasta tenían, como me lo dijeron en una comisión especial, un mandato imperativo que cumplir en ese sentido, y este mandato lo han cumplido.

En cuanto a Bakunin y a nosotros, entre los cuales se encontraba Richard<sup>2</sup>, a quien tú conoces, dijimos que el procedimiento del Congreso de Bruselas era una impertinencia, una jugarreta, pero que estaba en nuestra dignidad el no sentir la afrenta y el quitarle de antemano todo valor mostrándonos más enérgicos y más unidos que los delegados de Bruselas, para la afirmación de la equidad social.

El primer día se trató el punto de los ejércitos permanentes. Todos estábamos de acuerdo sobre esta cuestión. El informante era un tal Beust, alemán, refugiado en Zurich y convertido en jefe de institución. Es un hombre que me agrada muchísimo por la intensidad de la pasión revolucionaria. Cabeza estrecha, ojos ardientes, pensamiento siempre en tensión hacia el mismo objetivo, palabra breve y brusca, todo en él prueba que sus energías vivas se dirigen a la República.

Al día siguiente de su informe, las noticias de España llegaban por telégrafo, y él partía ese mismo día para ir a juntarse con los insurrectos.

El informe de Beust fué aprobado por unanimidad, no sin incidentes. Había expuesto con bastante decisión la teoría del asesinato político. Juzga el terror de Lemonnier, de Andrés Rousselle. Se precipitan a la tribuna, suplican a la Asamblea que les ahorre semejante voto. Rousselle declara que se separará del Congreso antes de soportar ese voto; en fin, Fribourg, el fiel aliado de los abogados franceses, él, a quien por des-

<sup>1</sup> Estos habían votado en el Congreso General de la Internacional, celebrado del 6 al 13 de Septiembre de 1868, una resolución en la que se expresaba que la Liga de la Paz no tenía razón de ser en presencia de la obra de la Internacional, y se invitaba a esa Liga a unirse con la Internacional y, a sus miembros, a hacerse recibir en una u otra sección del partido. (Ver: Guillaume, *L'Internationale*, T. 1º).

<sup>2</sup> Richard (Alberto), delegado de Lyon.

cuido Rousselle el día anterior había calificado de soplón, viene en ayuda de su acusador de la sesión pasada, pone los puntos sobre las íes expresando que se trata de votar por *sí* o por *no* en este asunto: “¿Tenemos, nosotros, derecho a asesinar a Bonaparte?” Gran emoción. A vivas instancias de Jollissaint<sup>1</sup>, Beust consiente al fin en retirar la frase temible de su informe. Lemonnier respira: Nuevo Espartaco, no se armará del puñal vengador.

Al día siguiente, cuestión social. La comisión preparatoria, de la que formé parte, no había podido ponerse de acuerdo. No había querido adoptar nuestra redacción, en la que postulábamos como ideal “la igualación de las clases y de los individuos”, entendiendo por ello la igualdad del punto de partida para todos, a fin de que cada uno siga su carrera sin obstáculo.

Chaudey, informante, pronunció el primer discurso de la sesión. Jamás oí pronunciar discurso más pobre. Sintiendo que le faltaba el suelo bajo los pies, echó mano a todos los recursos oratorios para poder hablar sin decir nada. Divagó declamatoriamente sobre la expedición a México, para conducirnos “de paseo por los campos de Montana”. En fin, chapaleó por completo, rebuscando palabras, entablando luego una discusión jurídica sobre la “recusación de los jueces”. En síntesis, estuvo deplorable, y, por mi parte, sentí verdadera piedad por él. Mientras gesticulaba desatinadamente, una caricatura que pasaba de mano en mano lo representaba cerrando los ojos y telegrafianto con los brazos. Desde este día, Chaudey era hombre al agua, y Lemonnier recogió el cetro caído de las manos del pobre abogado.

Después de este absurdo discurso —al que Bakunin contestó con algunas palabras de una fuerza poco común, y exponiendo claramente que, para él y sus amigos, se trataba ante todo del principio y que los medios, propiedad colectiva, abolición de la herencia, etcétera, quedaban a estudio—, la situación se tornó muy difícil para Lemonnier y sus amigos. Chaudey los había comprometido por el ridículo. Felizmente, una desviación de los alemanes vino en su ayuda. Beust y Lenden-dorf, buenas personas a quienes estimo de todo corazón, pro-

<sup>1</sup> Jollissaint, suizo, presidente del primer Congreso de la Paz y de la Libertad, realizado en Ginebra del 9 al 12 de Septiembre de 1867.

pusieron una enmienda que salvó las dificultades y que, a sus ojos, tenía la principal, la inmensa ventaja de ser de origen teutón. Lemonnier se prendió a ella como un desesperado, y nosotros mismos la habríamos aceptado si hubiese consagrado el principio igualitario. Ladendorf estuvo dispuesto a darnos, a este respecto, *einige erklärende Motivirungen oder motivirte Erklärung*<sup>1</sup>. Pero estas explicaciones no nos conformaron.

Por la tarde, la votación se efectuó por nacionalidades: Rusia, Polonia, Italia, América, votaron por la proposición Bakunin. América estaba representada solamente por nuestro amigo Osborne Ward, que no se apaciguaba frente a la "burguesía". En el partido opuesto que votó por la proposición alemana, cuatro nacionalidades estaban también representadas por individuos aislados: España, Emilio Castelar; México un turista extraviado; Inglaterra, un *teetotaller* que quiso congregarse a todos los países de Europa en una gran sociedad de seguros contra la guerra, un tonto redomado y por último, Suecia. El representante sueco, que pretendía votar en nombre de Noruega, Dinamarca y Finlandia, es un pobre loco que hizo el regocijo de la Asamblea con sus mociones fantásticas y que hizo correr la champaña como agua, para amigos y enemigos, durante toda su estancia en Berna. Si se dejaba de lado a las nacionalidades representadas por un solo individuo, el Congreso no podía tomar ninguna decisión y las partes se quedaban sin resolver el pleito.

Sin embargo, era evidente que no podíamos hacer buenas migas con el partido de Lemonnier. Toda acción común es imposible entre gente así dividida; para ellos, nosotros no somos más que un peligro, y ellos, para nosotros, sólo son flojedad. Bakunin quiso separarse de inmediato, después del resultado de la votación, pero Rey<sup>2</sup> y yo, más pacíficos, logramos hacerlo quedar hasta el fin del Congreso y continuamos tomando parte en las deliberaciones. Únicamente, en cada asunto, subrayába-

<sup>1</sup> Algunas nociones explicativas o explicaciones de los motivos.

<sup>2</sup> Aristides Rey, como los hermanos Reclus, Benoit Malon, etcétera, eran miembros del grupo secreto que se movía en torno a Bakunin, bajo la denominación de Fraternidad Universal, y que, en sesión íntima, deliberó sobre el camino a seguir. Fué en esta ocasión cuando se fundó la Alianza de la Democracia Socialista.



mos nuestro programa: sin la esperanza de vencer, quisimos por lo menos ser precisos.

El tercer día: cuestión religiosa y muy hermoso discurso de Wyruboff <sup>1</sup>, quizás el mejor de todo el Congreso, por su precisión, su nitidez, por el vigor del pensamiento, la moderación de las palabras. Respuesta de un pastor nacionalista de Berna, luego de un pietista neuchatelés, F. de Rougemont, que tiende su cabeza como para que lo decapiten y que reclama a voz en cuello la palma del martirio. Rousselle pronuncia un discurso materialista y sin embargo vota contra nosotros. “¡A votar! ¡A votar”. Enmienda Wyruboff, 85; proyecto de la comisión, 75; luego una cincuentena de abstenciones.

Cuarto día: Cuestión federalista. Todos estaban de acuerdo sobre el principio, solamente, por mi parte, me era menester precisarlo. Demostré, y creo que con lógica, que después de haber destruido la vieja patria de los fanáticos, la provincia feudal, el departamento y los distritos, las máquinas de despotismo, el cantón y la comuna actuales, invenciones de los centralizadores a todo trance, sólo quedaba el individuo y que en él está el asociarse como él lo entienda. He ahí la justicia ideal. Por lo tanto, en lugar de comunas y provincias, propuse: asociaciones de producción y grupos formados por estas asociaciones <sup>2</sup>. Te hago merced del discurso: por otra parte, me parece que estuvo bien; al final, solamente, no he sido bastante explícito. Después de mí, vino Jaclard <sup>3</sup>, quien, con su voz serena y clara, hizo una requisitoria formidable contra la burguesía, y terminó su discurso con palabras violentas e inhábiles, muy mal acogidas, por lo demás. También Chaudey, contestándome con rodeos, trató de hacerme responsable de las palabras de Jaclard. Votos: 37 a favor, 77 en contra.

<sup>1</sup> Wyruboff (Gregorio N.), nacido en Moscú el año 1843. Discípulo de Augusto Comte, dirigió *La Revue Positiviste* con Littré, luego con Carlos Robin. En 1874 fué nombrado profesor de Historia de las Ciencias en el Colegio de Francia.

<sup>2</sup> Se ha señalado que este discurso fué sin duda la primer adhesión pública de Eliseo Reclus a los principios anarquistas.

<sup>3</sup> Jaclard, blanquista, miembro de la Alianza de la Democracia Socialista, en la cual participó momentáneamente.

Quinto día: cuestión relativa a la mujer, que Seinguerlet y Chaudey habían tratado de enterrar el día anterior, pero sin conseguirlo. No han tenido el coraje de votar contra los derechos de la mujer. Después de tres discursos, los de las señoras Goegg y Barbet, y el de un antiguo jesuíta exclaustrado, personaje muy divertido, se pasó a la votación. Unanimidad. Joukowski<sup>1</sup>, Rey y yo, el día anterior y por la mañana, habíamos logrado disuadir a una dama rusa de pronunciar un discurso sobre la abolición de la familia. Esta dama rusa, que inicia sus estudios de medicina, es el verdadero tipo de nihilista; a pesar de sus anteojos, tiene un aspecto subyugante de gracia, de simplicidad y de rectitud.

Al final, presentamos nuestra renuncia fundada; luego el americano Ward se precipita a la tribuna para hacer otro tanto. Eytel nos exhorta a permanecer. Bakunin y yo contestamos, y Chaudey manifiesta que tenemos mil veces razón. Entre Bakunin y Chaudey, es preciso escoger. Además, la cortesía es grande entre una y otra parte. Por la noche fuimos al banquete. Bakunin cuenta una historieta, Juan Zagorsky<sup>2</sup> hace circular una caricatura de las más ridículas sobre la igualación de las clases. Al terminarse el banquete, Lemonnier se me acerca para tenderme la mano, que no me creí en el deber de rechazar. Rouselle, justamente, dió pruebas de un pésimo gusto, al hacer un brindis por la *perseverancia*, reprochándonos el abandonar la causa. Repara bien, en que la primer amenaza de separación cayó precisamente de la boca de este mismo Rouselle, desde la primera sesión.

En resumen, según lo que me dijeron Wyruboff, Bakunin y Rey, el Congreso de Berna fué infinitamente más serio que el Congreso de Ginebra. Este no fué un caos, fué una batalla campal, batalla en la que nosotros teníamos, no la ventaja del número, sino la de contar con un plan, sin dejarnos llevar a la ventura. Al no querer votar el principio de la igualdad, la mayoría le hizo el juego a la Internacional, que ahora triunfa plenamente exclamando: “¡Ved si teníamos razón

<sup>1</sup> Joukowski, ruso, establecido en Ginebra, militante de la Internacional y amigo de Bakunin y de los Reclus.

<sup>2</sup> Zagorsky, polaco, amigo de Bakunin. Sus caricaturas del Congreso fueron reunidas y publicadas en forma de álbum.

al protestar de antemano!" De aquí en adelante, el Congreso está condenado a no ser más que el testafierro de un partido político. Por lo que he podido colegir, Haussmann, del *Beobachter*<sup>1</sup>, hombre hábil como pocos, va a servirse del Congreso de la Paz como punto de apoyo para la Federación de la Alemania del Sur. Está muy contento de que nos hayamos ido, y en la despedida nos felicitó calurosamente. De este modo, no le incomodaremos ocupándonos de estas inoportunas cuestiones sociales. Con todo, Beust y Ladendorf, nuestros amigos, se quedaron y siguen vigilando celosamente al Congreso.

Si necesitas algunas explicaciones sobre aspectos de detalle, me apresuraré a enviártelas<sup>2</sup>.

De todo corazón,

*Eliseo*

*A la señora de Elías Reclus*

París, sin fecha, 1868

Soy de igual opinión que Elías: nos sumaremos a nuestros amigos de Buenos Aires, quienes irán a encontrarnos; pero hoy en día la travesía del mar no ofrece ya temor alguno, y

<sup>1</sup> *Der Beobachter*, diario democrático de Stuttgart.

<sup>2</sup> "El primer Congreso de la Liga de la Paz y de la Libertad, celebrado en Ginebra en 1867, no habiendo conseguido elaborar un programa, confió esta tarea a un comité.

"Durante todo el año hubo lucha en el seno de este comité, entre el liberalismo y el radicalismo burgués de la mayoría y las ideas socialistas revolucionarias de la minoría, a la cual pertenecían Eliseo Reclus y Bakunin, que habían sido elegidos miembros del comité.

"En el Congreso de Berna, la lucha estalló de pleno y provocó la resolución de la minoría de separarse de la Liga mediante la declaración siguiente: Considerando que la mayoría de los miembros del Congreso de la Liga de la Paz y de la Libertad se ha pronunciado apasionada y explícitamente, contra la igualación económica y social de las clases y de los individuos, y que todo programa y toda acción política que no tenga por objeto la realización de ese principio no podrán ser aceptados por las democracias socialistas, es decir, por los amigos conscientes y lógicos de la paz y de la libertad, los suscritos creen que es su deber separarse de la Liga". (James Guillaume, *L'Internationale*, Tomo 1º).

Entre los dieciocho signatarios de esta declaración, figuraba Eliseo Reclus.

además tendremos el consuelo de pisar, como ellos, tierra de libertad...

.....  
*Eliseo*

*A la señora de Elías Reclus*

Sin fecha, 29 de Noviembre o 6 de Diciembre de 1868

Mi bienquerida hermana:

No sabría decirte si el artículo de Elías ha aparecido en el número de ayer de la *Révue Politique*. Cuando lo llevé, ya era tarde para la impresión, apenas algunas horas después de la compaginación. Esta mañana no recibí mi ejemplar. Sin embargo, no creo que éste haya sido retenido; es posible que me haya sido enviado a Málaga, poste restante.

Te envío la traducción exacta del discurso pronunciado por Elías en Sabadell, como sigue: "El ciudadano Elías Reclus, a pedido de su amigo Ruban Donaden, se expresó en estos términos: 'Catalanes: no he venido aquí como orador, sino como ciudadano de la República Francesa, tanto como de la República Universal. E invocando este título me hallo en una reunión de fraternidad política, en la que todos somos habitantes de la inmensa ciudad del Derecho, todos conciudadanos en la Justicia, en la Libertad y en el Progreso:

'Os felicito por vuestra gloriosa Revolución; vuestra obra ha sido más grande que lo que pensáis. Haciendo la Revolución, habéis puesto no solamente término a las iniquidades de una Isabel, sino también habéis tenido la gloria de preservar a Europa de una conflagración que los déspotas nos preparaban; habéis hecho imposible una guerra sangrienta que costaría al pueblo trabajador 200 o 400 mil hombres.

'Si establecéis una República Federal, trabajaréis no solamente para vosotros, sino también para trescientos millones de hombres; habréis logrado la inmensa gloria de ser los fundadores de la República Universal.

'Catalanes: nos debemos íntegramente a la libertad y a la justicia. Procurad que la República Federal se establezca en España, y habréis contribuido al mismo tiempo a la prosperidad de vuestro país y al progreso del mundo entero. ¡Vivan los

republicanos españoles!'. — En este instante la Asamblea respondió con vibrantes exclamaciones para la Francia republicana. Entonces Ruban Donaden se levantó y habló en nombre de los republicanos españoles. Pidió a sus amigos Garrido y Reclus que se abrazaran fraternalmente, para así testimoniar la unión sincera, cordial, de Francia y España, un día federadas con las otras naciones de los Estados Unidos de Europa, y para mostrar a los tiranos que los pueblos se entienden entre sí, y que el día de la reivindicación está próximo. Resulta imposible describir el entusiasmo de la Asamblea al contemplar cómo esos dos republicanos, francés y español, se abrazaban estrechamente”.

Te agradezco, querida hermana, tu defensa por la buena causa en Pons...

*Eliseo*

*A su hermana Luisa, en Vascœuil*

Sin fecha, febrero 1868

Mi querida hermana:

Tengo que anunciarte una buena nueva. La pequeña Ana acaba de hacer su aparición en las brumas de París. Esperemos que a esas brumas sucederán hermosos días de sol. ¡Esperemos que la vida de la recién venida sea feliz! Hasta el presente parece estar muy bien dispuesta, ha sido lo bastante amable como para no hacer sufrir a su madre al llegar al mundo.

De todo corazón,

*Eliseo*

*A su hermana Luisa, en Vascœuil*

París, sin fecha, Febrero 1868

En verdad Elías está en París, y, naturalmente creía que lo sabían, por eso no lo anuncié. Por otra parte, hemos estado muy preocupados y aun lo estamos. Clarisa no está del todo curada: tose todavía y sigue aún con sus fuertes palpitaciones. ¿Será esa la causa por la que la nenita rehusa tomar el pecho? No lo sabemos. Sea como sea, nos vemos obligados a nutrir la criatura con la cuchara. No ha mordido aún enérgicamente la vida y hemos tenido ya tantas inquietudes. Hoy está bastante bien. No tiene más que un momento de felicidad,

y es cuando se la baña. Entonces abre los ojos, casi siempre cerrados, y recoge algunas nociones fugitivas de las cosas a su alrededor<sup>1</sup>.

.....

De prisa, mis amigos. Gracias por la buena nueva que me dais: una próxima visita. Tu hermano.

*Eliseo*

*A la señora de Elías Reclus*

Orthez, sin fecha, primavera de 1869

Me dispongo a partir el lunes para Bayona, con nuestra Joana, y, si el día es hermoso, con la pequeña Magali. No obstante, debo confesarlo, no tengo ánimos para ir a vivir a Bayona. El médico M. Curie piensa que esta estación es muy húmeda; tampoco le gusta mucho Orthez, y me aconsejaría Niza preferentemente o si no otra ciudad al reparo, del litoral mediterráneo. Mi madre también, llevada por ese amor innato a lo lejano, preferiría ver a Joana en Niza que saberla en Bayona... Ciertamente, el invierno que acabamos de pasar en Orthez no es muy estimulante. Nevaba aún esta mañana.

<sup>1</sup> Diez años apenas habían transcurrido desde el matrimonio de Eliseo, cuando a un año justo de esta carta, el 22 de Febrero de 1869, falleció su esposa Clarisa. Había tenido dos hijas, y la mayor (lo hemos visto en algunos pasajes de cartas) tenía una salud más bien delicada. Pero la residencia en el campo, los buenos cuidados de los médicos amigos de la familia, la fortificaron poco a poco. En el curso de la tercera maternidad, la señora Reclus contrajo una enfermedad pulmonar, a causa de un enfriamiento, que degeneró pronto en tisis galopante. Sucumbió, después de haber dado a luz a una niña, que se llevó la misma enfermedad. Fué un golpe terrible para el que Eliseo no estaba preparado. Su mujer parecía hasta ahora poseer, (y así lo era en efecto), una robusta constitución, pero, nacida en Senegal, no se había, sin duda, aclimatado más que imperfectamente a las frías latitudes. El padre, al morir Clarisa, temió por sus dos hijas; se apresuró a enviarlas a tierras del Mediodía de Francia, y anheló asimismo instalarse definitivamente con ellas en alguna estación marítima bien abrigada. Sus búsquedas a ese efecto aparecen enunciadas en la correspondencia de entonces. Por lo demás, no hace sino raras alusiones a sus tristezas, que concentraba en sí mismo, en el desarrollo de una intimidad de la que había sido privado de golpe.

Nada de particular para contaros. Aquí la salud de todos es buena.

Os abrazo con gran ternura

*Eliseo*

*A la Señora de Elías Reclus*

Laroche, 1869

Mi bienquerida Noemí:

Acabo de llegar a Laroche donde se hallan mamá, mis hermanas y Onésimo. Mi abuela está un poco resfriada, y mi madre, que también había partido del Bearn en plena convalecencia, debió volver para cuidarla.

Dejé a mi hermana Joana con Magali bien de salud y en buena amistad. El misticismo cristiano no influye en nada sobre la niña, ni por lo demás en ningún niño. Treinta años han producido cambios singulares en el ambiente. Mi padre ha tenido para mí una ternura exquisita. No me ha dicho más que una frase implicando su deseo de vernos cambiar de vida, y esa frase fué tan delicada, encerraba tan bien la exhortación bajo la ternura, que yo sólo pude comprenderla. “Adiós, querido hijo, acuérdate que nadie te quiere más que yo”. Mi madre es también muy afectuosa: me sigue de habitación en habitación.

Bayona no podría convenirnos. Hay mucho viento y demasiada humedad. Este clima puede convenir a viejos valetudinarios que quieren respirar un aire sedativo, pero las niñas tienen necesidad de salir todos los días; en Bayona no saldrían más que un día cada tres en invierno. Por lo demás, las fiebres palúdicas son muy frecuentes a causa de las aguas que se estancan en los fosos, y los desbordamientos del Adour en algunos sitios palúdicos.

Quedan pues el litoral mediterráneo, y, quizás también, las orillas del lago de Ginebra. Es allí donde pasaremos este verano.

De todo corazón,

*Eliseo*

Sin fecha (Junio 1869)

Mi muy estimado hermano:

No deja de ser cierto que el hombre es generalmente demasiado débil y el medio en el cual vive es en tal forma corruptor, que la mayor parte de las acusaciones dirigidas contra los hombres políticos son con frecuencia y en parte justificadas. Así, es bien cierto, según las propias memorias d'Alton-Shée, que ese hombre tuvo por amigos a juerguistas; es verdad que Raspail tuvo, entre otros defectos, el de ser avaro y desconfiado; cierto es que Rochefort, a la edad de 20 años, hizo un soneto a la Virgen, tal como yo a los 16 años traduje una oda alemana a Dios Padre; es igualmente verdad que Víctor Hugo comete desatinos por orgullo; no deja de ser cierto que los jóvenes de su clan eran reaccionarios en 1848. Lo mismo puede decirse de Jules Favre, que ha defendido bien tantas causas buenas como malas, que se hizo nombrar por la Academia, que hizo exilar a Luis Blanc, que votó todas las leyes represivas. Puede decirse de Thiers que ordenó embastillar a París, que preparó un golpe de estado antes del golpe del 2 de diciembre, que amasó su fortuna con medios escandalosos. En fin, ¿puede reprocharse a Garnier-Pagés su conducta en Junio y la deplorable falta de los 45 céntimos? Por quien quiera que se vote, es probable que pueda reprochársele crímenes, errores u enojosas irregularidades.

Y sin embargo, cuando se trata de una acción colectiva, como el voto, hay que situarse en las condiciones de lo posible, y no rechazar todos los nombres porque todos tienen, sin excepción, algún error o defecto. En tanto haya representación nacional, no podrá ocurrir de otra manera. En tales condiciones, el deber es pues, para cada uno de nosotros, escoger lo que nos parezca lo mejor o lo menos malo. Juzguemos a todos los hombres públicos y elijamos tranquilamente. Estudiemos primero su vida pública reciente, luego su vida pública pasada, después su carácter personal. A la elocuencia y a la fraseología no debe recurrirse sino en último término, pues el lenguaje no vale sino por las ideas, y suele servir para mostrar la nulidad



del pensamiento. En las circunstancias actuales<sup>1</sup>, he comenzado por comparar a Rochefort y Cantagrel, y me he dicho: Cantagrel vale más. Pablo, por su parte, se decidía en favor de Rochefort; más tarde, cuando éste quedó solo en calidad de candidato radical, hemos sumado nuestros votos a él. ¿Hemos cometido un error al juzgarle menos cándido acerca del Imperio que no lo es Jules Favre? ¿Es más irreconciliable? Sí. ¿Está menos obligado por su pasado? Sí. ¿Ha mostrado más audacia? Sí. ¿Ha hecho fusilar socialistas? No. ¿Puso sus barbas en remojo en la expedición de Roma? No. ¿Clamó contra los materialistas? No. ¿Crees, acaso, querido hermano, que obramos por arrebatos? Siempre, en todas las circunstancias, hemos pertenecido a los que marchan a la vanguardia, y si hubieses estado aquí, si hubieses participado en el movimiento, te juro que tu voz no hubiese ido a unirse a la de Savart. En efecto, el pobre Jules Favre tuvo que sufrir al igual que Garnier-Pagés, la profunda humillación de someterse a los votos del candidato oficial. Esto es lo que demuestran a porfía los diarios del gobierno: eso es lo que prueba el empadronamiento de electores por secciones. No es, pues, como tú aseveras, el admirable buen sentido del pueblo de París, el que hizo justicia a Raspail, Rochefort, Althon-Sée. Lo que es verdad es que los partidos se han agrupado siguiendo sus afinidades. El triunfo de Ferry no impide que en la circunscripción vecina existan 12.000 electores clericales. Igualmente Thiers, Garnier-Pagés, Jules Favre, no han suprimido, al entrar en la Cámara, los 35.000 votos revolucionarios de sus contrarios. Por lo demás, no olvides que en todas partes la lucha era entre “conciliables” e “irreconciliables”. Los unos creían que se puede acariciar a un lobo y limpiarle los dientes. Los otros no se hacían ilusiones. Pertenece a los segundos. Créelo, querido amigo, —¿y acaso no lo sabes ya?— aquellos que son más resueltos, que sienten más intensamente el amor del progreso y de la justicia, aquellos que los gobiernos más detestan, son los celosos y fervientes que votaron por Rochefort, por Raspail, por D’Althon-Sée. Entre las cabezas rotas en estos días, no hay sin duda una siquiera que pertenezca a un partidario de Rochefort; somos

<sup>1</sup> Realizábanse las elecciones generales de 1869, en que triunfó Jules Favre, y segundo Rochefort.

nosotros quienes poseemos el privilegio de ser detestados, encarcelados, maltratados en toda forma. ¿Por qué, si no, por qué somos los más invencibles?

Fraternalmente,

*Eliseo*

*A Pedro Faure, en Sainte-Foy-la-Grande*

Sin fecha (1869)

Mi querido hermano:

Soy partidario de las reuniones públicas. Algunas frases groseras pronunciadas por hombres sin educación, frases incorrectas, palabras necias, gritos apasionados, nada de éso me espanta, y siéntome dichoso al oírlos, pues lo que se halla en los espíritus debe salir afuera lo más pronto posible. Por lo demás no es menester decir que la mayoría de los oradores se respetan y respetan a su público, y algunos poseen la elocuencia que brota del corazón o la que surge de la sólida discusión de los hechos. En cuanto a los auditorios, los admiro: quieren aprender a toda costa. Apretados unos contra otros, respirando una atmósfera de sudor y tierra, allí los veréis durante horas y horas con la esperanza de escuchar una palabra de justicia y libertad, débiles compensaciones para las miserias de cada día.

El gran problema, bien lo comprendes, es el del pan; dicho de otro modo: el de la propiedad. Sea cual fuese el tema tratado en apariencia, es de eso de lo que se trata. Alegrémonos. Sería preciso ser ciego para no darse cuenta que se preparan grandes cambios sociales, y no es nunca demasiado temprano para prepararse. ¿Es acaso amistosamente como los patrones y los asalariados, los burgueses y los obreros, consentirán pactar la liquidación social? ¡Oh, no! Somos demasiado bárbaros para que tal anhelo se cumpla. Debe pues esperarse la guerra, y como en Junio de 1848, es con discursos y clamores como ha de preludearse el combate. Vociferamos tras nuestros escudos, para mostrarnos, unos y otros, más terribles de lo que somos.

Nos dicen que gran número de burgueses semi-liberales, semi-conservadores, que se hubieran contentado con una especie de república constitucional, están atemorizados por unas

palabras fuertes del *Redoute*, y se disponen a montar guardia cerca del trono y del altar amenazados. Ello es bien cierto. ¿Es que acaso el cambio de frente retardará el advenimiento de la República? Puede ser. Pero nos debemos a nosotros mismos el ser pacientes y saber esperar la república, por temor a que ella no sea más que un simple cambio de decorado en el aparato gubernamental. Que el capitalista, el rey de la época, siga siendo el dueño de Francia por intermedio de un rey o de un gobierno provisorio, que uno se llame señor o ciudadano, que las inscripciones cambien sobre los muros y que los orfeonistas nos soplen tal o cual aire patriótico en sus pistones, poco nos importa. El objetivo de la próxima Revolución es asegurar la igualdad, suprimir el privilegio de la vida material y de la vida intelectual, para lograr un derecho que pertenezca a cada hombre, para que cese el terrible antagonismo entre patronos y asalariados, entre burgueses, obreros y campesinos, que paraliza las fuerzas de la Sociedad. Después de haber vivido tan largo tiempo para la guerra, hay que vivir para la paz y la fraternidad. ¿Debe por ello decirse que la próxima revolución, aún si debe tardar, nos traerá esa igualdad tan soñada? ¡Oh, no! Pero trabajando para nuestros hijos, daremos un paso adelante entre las ruinas, y quizás entre la sangre.

Tu hermano

*Eliseo*

*A Elías Reclus*

Sin fecha. Londres, Septiembre 1869

Mi querido Elías:

A partir del 1º de Julio adquiere el *Public Opinion*. Te enviaré el lunes próximo los dos primeros números, después los expediré regularmente y te abonaré antes de mi partida. Inglaterra cambia ciertamente, y en ventaja suya; pero sigue siendo siempre, excepto en el mundo obrero, tan indiferente y tan ignorante respecto a las cosas continentales. La *Sunday League* para la violación sistemática del domingo adquiere dimensiones extraordinarias. La aristocracia estará forzada en ceder antes de algunos años. El otro día, quince mil violadores, precedidos de bandas de música, se trasladaron a Hastings para

violiar el *sabbat* cantando, danzando, formando rebotes sobre el mar, recogiendo conchillas y sembrando en la ruta *anti-sabbatarian tracts*. Asistí a una sesión de la Internacional. Los ingleses son más comunistas de lo que hubieran creído. No hay uno solo, entre esos obreros, que no reclame la nacionalización de la tierra, aún las carboníferas, las minas. "Derecho a la existencia, derecho a la tierra". Tal es la fórmula. En lo restante, nacionalización de los telégrafos, ahora reclamada por Gladstone, es interpretada por ellos en un sentido comunista. Después de los telégrafos vendrán los ferrocarriles, después la circulación, la producción. Primero lo que está bajo el suelo, y luego lo que está arriba. En Bâle<sup>1</sup>, quieren representar el comunismo puro, no solamente porque es una necesidad social, sino porque es "el ideal". Estaba fuertemente extrañado al oír hablar ese lenguaje. Por lo demás, ellos consideran el comunismo como invención inglesa. Es para ellos la *national policy* convirtiéndose en *international policy*. Las noticias de Francia me interesan mucho.

Tuyo, tu hermano.

Eliseo

### A la señora de Elías Reclus

Sin fecha, primavera de 1870

Mi bienquerida Noemí:

Acabo de recibir la carta apremiante, que me hace creer que la mía se haya extraviado. Te había escrito una y calculaba que debía llegarte ayer de mañana. Te decía que todo iba bien. Jeannie está muy bien de salud, siendo jovial, acordándose siempre de los buenos amigos de París, pretendiendo siempre la mano de Titis<sup>2</sup>. Ella quisiera venir conmigo a París, pero considerándolo bien, valdrá más, según creo, que vaya primero a Orthez a reunirse con su hermana; después vendrán las dos juntas al mismo tiempo al Norte, si es que han de venir.

Es probable que no me quede más tiempo en Nimes. Mañana iré a Aigues-Mortes; desgraciadamente el asunto comenzó mal

<sup>1</sup> Bâle, es decir, en el Congreso anual de la Primera Internacional, realizado en Bâle en septiembre de 1869.

<sup>2</sup> Sobrenombre de Andrés, segundo hijo de Elías.

y debo ver Grau-du-Roi en compañía, según creo. Me veré obligado a aislarme con el pensamiento. Quizás parta hacia los montes Cevennes el viernes o sábado; lo que me asusta son las nieves que aún pesan sobre las altas cimas: para no helarme en la diligencia, pienso hacer la mayor parte de la travesía por las montañas a pie. En Moret espero hallarme con los Mancel a quienes dí cita para tener, bajo su dirección, una idea del país.

Recibí una carta de mamá.

Mi hermano Armando<sup>1</sup> está en China sobre el Yan-Tse Kiang.

*Eliseo*

*A Nadar, fundador del Observatorio Aerostático.*

París, sin fecha, 1870

Señor:

He tenido el placer de inscribirme como aspirante aeróstata, en la lista del señor Rampont. Ruégole me haga saber a qué hora y dónde podría encontrarlo para recibir sus instrucciones y comenzar mis estudios. Creo que podré serle útil. A la ventaja de ser "más pesado que el aire", uno la de ser geógrafo y un poco meteorólogo. Por otra parte, dispongo de voluntad.

Su servidor,

*Eliseo Reclus*

[NOTA ESPECIAL DE LA EDICIÓN FRANCESA]

Durante el exilio, a raíz del golpe de Estado, los hermanos Reclus habían conocido en Londres a la familia Lherminez. Les interesaban sobre todo los niños, a quienes el padre trataba duramente: se ocupaban de ellos, les daban algunas lecciones y les conservaron solícito afecto... En este momento crítico de su vida, en que Eliseo debió darse cuenta que no podía satisfacer a la vez las exigencias de un trabajo cada vez más absorbente, y la educación de sus hijas, solicitó a Fanny Lherminez, entonces institutriz en Inglaterra, que aceptase ser

<sup>1</sup> Armando, el cuarto de los hermanos Reclus, entonces alférez de navío.

su mujer, con la esperanza de que sus hijas hallarían en ella una segunda madre.

Desde su primer matrimonio, las ideas de Eliseo habían evolucionado. Entonces no había aun estudiado el problema, y se había resignado como tantos otros a las formalidades prescriptas de la consagración legal. Ahora rehusaba toda intervención oficial en los actos esencialmente personales. El matrimonio, según él, es una asociación que depende de la sola voluntad de los cónyuges, y puede ser disuelta, si ambos lo juzgan así necesario, bajo sus solas responsabilidades, no aportando la institución más que trabas o restricciones a esta libertad, que es en el más alto grado la libertad de conciencia.

Se casó pues libremente, en Vascœuil, con la presencia única de sus amigos, auditores de las palabras dichas en tal ocasión. Desgraciadamente, era aquella una triste época, y se preveía que los acontecimientos traerían consecuencias desastrosas: se entraba en “el año terrible” de la guerra franco-alemana, que separó a los esposos antes mismo que Fanny se repusiera de una seria laringitis; Eliseo, deseando permanecer en su puesto eventual de combatiente, su mujer debiendo llevar a las hijas lejos de París, lejos del frío, lejos del asedio, para conducir las a un mejor clima.

*A su cuñado, Pedro Faure, en Sainte-Foy-la-Grande*

Sin fecha, París, 1870 (septiembre)

Has adivinado por la lectura de los diarios, o bien, sordos rumores te lo anunciaron ya, el curso de los acontecimientos. El ejército de Bazaine ha sido decididamente quebrado, y el ejército de Chalens, trabado siempre con los bagajes de este repudiado Bonaparte, en lugar de cerrarse hacia el Este para socorrer a Bazaine, se refugia a toda prisa del lado de París —otros hasta dicen que del lado de Soissons—, de modo que el miserable pueda más fácilmente ponerse a cubierto del peligro. Dentro de pocos días —no hay que dudar— los prusianos se apresurarán a abrir las puertas. Sin duda como última ironía, los prusianos, que tampoco quieren la revolución, tratarán con Bonaparte, y se nos impondrán, embolsándose nuestros millones y arrebatándonos dos provincias.

Tal es la situación.

Veinte años de imperio no podrían brindarnos otra cosa mejor.

Contra una nación en armas, una nación sola podría defenderse; pero hasta el último momento, digan lo que quieran los diarios, Palikao, Trochu y *tutti quanti*, Bonaparte y su camarilla, ejercieron el mando, tirando por su lado y desorganizando la defensa. Ahora, la política del imperio agonizante no es otra cosa que la de proveer a la seguridad personal de esos míseros cobardes.

Y junto con el imperio, también la burocracia nos ha matado. No hay salud nacional sin impulsos populares; pero se ha hecho de todo para contener ese impulso, para impedir que estallara; y ese objetivo ha sido salvado. Para desorientar la opinión, llegóse hasta inventar el asunto de la Villette, se hicieron desfilar inútilmente a los bomberos, a quienes se les hizo venir para enviarlos otra vez a destino; se han rehusado armas a la misma guardia nacional y aún a la guardia móvil; sembróse el desaliento hasta en los mismos voluntarios. ¡Figúrate que el estado mayor se arrepiente de no haber conocido el mapa de Francia y que O. habría sido acogido como geógrafo! ¡Pero, qué error! ¿Cómo —hubiesen dicho—, este joven es un suevo y cree saber lo que nosotros no sabemos? ¡A la cárcel con él, enseguida! Uno de mis amigos llevó al estado mayor una proposición de lo más útil, diría de lo más indispensable. Se le contestó: “—Señor, sin duda tiene usted razón, pero no podemos tener en cuenta su memorándum: *no viene escrito en bastardilla*” ¡Y he aquí lo que nos cuesta la invasión: millones, vergüenza, y olas de sangre vertida!

P. nos escribe desde Chalens. Se siente derrotado, desesperado, por lo que ve.

Tu *Eliseo*

*A su esposa*

París, octubre 15 de 1870

El tiempo está frío y húmedo, de manera que en este momento pienso muy especialmente en ti, temeroso de que no estés en Vascœuil y de que puedas atrapar un peligroso catarro, con la fría humedad. Estoy inquieto también por los pobres aeronautas que esta mañana levantaron vuelo, pues si

su aeróstato llega a ser sorprendido por esta tormenta, quién sabe hacia dónde los impulsará la furia del viento. ¡Cuántos servicios nos han prestado ya estos valientes aeronautas! Ellos son los que llevan nuestras cartas a nuestros familiares y los tranquilizan por nosotros. Son también ellos quienes, al soltar las palomas mensajeras, nos hacen saber de manera general, cuales son en provincia las posiciones del enemigo. Grande ha sido para mí el consuelo cuando me enteré que los prusianos no ocupan Amiens, como se había anunciado. Me parece muy probable que ellos tampoco estén en las cercanías de Gournay. Nosotros gozamos de buena salud. Vuelvo de montar guardia en el Jardín Botánico, y desde que paso las noches acostado sobre la tierra pude dormir por primera vez. Es que ahora estoy provisto de una buena manta, de una tricota de lana y de escarpines de Estrasburgo. Pronto conseguiré también polainas, no queriendo descuidar nada... ¡Apenas si te hablo de mis pequeñas, apenas de tu excelente madre, nada de mi hermano y de los amigos! Pero no es indiferencia: me siento helado en mis efusiones al pensar que mi carta va ir a perderse en un rincón, o a ser arrojada desde lo alto de un globo con una bolsa de lastre, o a ser atravesada por una bala enemiga. Noemí trabaja mucho en el reparto de subsistencias, pero su salud se sostiene a pesar de esas fatigas y de la pena de no tener noticias de sus hijos. Ed. Grimard está bien; voy a hacerle una visita esta noche. Está entre los guardias nacionales veteranos y, a su vez cumple su servicio como todos nosotros. Prat es capitán de ingenieros, y gracias a su permiso, pude hacer visitas a las fortificaciones exteriores. El cañón se oye y el bombardeo esperado tórnase cada vez menos probable. Evidentemente, la situación militar mejora. Si el gobierno no estuviera compuesto por gente sin vigor mental, deseosa de atraerse el favor de los reaccionarios, la República sería invencible y Bismark tendríase que batirse en retirada. Desgraciadamente, la molicie es muy grande entre los oradores y los plumíferos que nos conducen, y nosotros, republicanos, estamos lejos de tener siempre dignidad, el buen entendimiento y el buen sentido que nos permitirían empujar vigorosamente el poder por la senda de la energía revolucionaria. Sin embargo, tengo confianza. Dile a Juana que en mi compañía de guardia nacional tengo dos rumanos por



camaradas; dile a Luisa que Bertillon es alcalde de nuestro distrito, hace dos días.

A las pequeñas, a tu madre, a mi hermana, a los amigos...

*Eliseo Reclus*

*A su cuñado, Pedro Faure, en Sainte-Foy-la-Grande*

París. Sin fecha

Amigo y hermano:

No te preocupes demasiado por los chillidos y estupideces del *Réveil* o de la *Marseillaise*. El *Réveil* aboga por los socialistas, porque se le supone no serlo, y la *Marseillaise* no ha sabido cambiar de tono: usa todavía su viejo vocabulario, como si la situación no hubiese cambiado.

Recordemos bien que la República fué aclamada por todos como el medio de salud suprema. No es por nuestros principios por lo que se nos ha rogado reemplazar a Napoleón, sino por instinto de conservación. Si hubiésemos adoptado una posición de lucha extrema, si hubiésemos vencido a los partidos monárquicos, tendríamos derecho a poner inmediatamente en práctica nuestras ideas: reforma del impuesto, supresión del ejército, instrucción igualitaria, en fin, podríamos decretar todo; pero la República actual no es en realidad más que una suspensión de lucha entre los partidos. Orleanistas, legitimistas, burgueses simplemente patriotas nos han dicho: ¡Tregua ahora, guiadnos, triunfad por nosotros, y después veremos! Aceptamos la tregua y si cumplimos bien nuestro mandato, si salvamos la Francia como se nos pide que lo hagamos, entonces la República está asegurada, y nosotros gozaremos la alegría de ver abrirse para nuestros hijos una era de progreso en la justicia y en el bienestar.

Así, Faure, amigo mío, yo que soy más revolucionario que tú, yo que soy un terrible comunista y un infame ateo, no temo ver al elemento burgués mezclado en el asunto; hasta habría aceptado a Thiers, pues, te lo repito, no somos nosotros los que hemos hecho la República. Sin embargo, no te figures que no quisiera continuar trabajando sin cesar y efectuando siempre mi propaganda por la revolución social.

El nombre de Luis Blanc para el puesto de embajador en Londres nos parece como a ti, de lo bueno lo mejor. En cuanto a Cluseret, saldrá bien del apuro. No lo dudes.

Cordialmente,

*Eliseo*

*A Nadar*

Sainte-Foy-la-Grande, Febrero de 1871

Querido amigo:

No le escribí mientras quedaba todavía un resto de esperanza; ahora que hemos caído muy hondo en el pantano de la vergüenza, me decido al fin. Puesto que todo está perdido, recomencemos la vida con nuevos riesgos; hagamos como si al despertar de un sueño de mil años, advirtiéramos que todo está por conquistar: patria, libertad, dignidad, honor. Después de nuestro larguísimo reposo nos pondríamos a obrar resueltamente. Pues bien, trabajemos, olvidemos las fatigas, y sobre todo el asco, mucho peor que la fatiga.

¿Qué hacer ahora? Si adopta usted alguna decisión, le ruego me la participe. En cuanto a mí, si el destierro o la miseria no me obligan a abandonar Francia, me quedaré: aquí se encuentra mi campo de batalla.

Me había usted pedido el texto griego de unas frases de Pericles, citado por Tucídides. Se las envío, y espero sea fácilmente legible mi escritura.

Reciba mis recuerdos muy respetuosos para su señora, y mis saludos a Pablo.

*Eliseo Reclus*

*A Alfredo Dumesnil*

París, marzo 27 de 1871

.....

No le hablo, querido amigo, de la revolución que acaba de terminar. Me parece que el 18 de Marzo es la fecha más grandiosa de la historia de Francia, después del 10 de Agosto. Fué a la vez el triunfo de la República de los trabajadores y de la inauguración de la Federación Comunal. Los progresos

intelectuales y morales fueron inmensos, puesto que un cambio de tal magnitud pudo operarse casi pacíficamente.

Esperemos, amigo mío. De usted y de los suyos,

*Eliseo*

*Carta de Eliseo a Cattelin, sobre la muerte  
de Clemente Duval, General de la Comuna*

Ibamos camino de Versalles, de cinco en cinco, custodiados a cada lado por dos cuadros de infantería y húsares. Delante de nosotros se veía, detenido, a un piquete de reluciente caballería: eran Vinoy y su estado mayor.

La columna se detiene. Oímos palabras violentas, una orden de muerte. Tres de los nuestros, rodeados por un grupo de soldados franquean lentamente un puentecillo que une el camino a un prado rodeado de setos y limitado al Este por una casita con la siguiente señal:

DUVAL, horticultor.

Nuestros tres amigos se alinean a veinte pasos de la casa, muestran el pecho y levantan la cabeza: "¡Viva la Comuna!"

Los verdugos están de frente. Los veo un instante ocultos por el humo, y dos de nuestros camaradas caen de cara al suelo. El tercero vacila como si fuera a caer también del mismo lado, después yérguese, oscila de nuevo, y cae de espaldas, con la frente hacia el cielo.

Era Duval. Uno de los fusileros se precipita sobre él, arranca las botas al hombre que se agita todavía y, dos horas más tarde, entre el polvo triunfal, a través de las calles de Versalles, el soldado alardea con su conquista...

*A Alfredo Dumesnil*

Fuerte de Quélern, rada de Brest, Finistierre,  
Abril 9 de 1871

Mi muy querido Dumesnil:

Debe usted estar inquieto por todos nosotros, los *parisienses*, y no sin razón su solícita amistad requiere noticias nuestras.

Desde el domingo 2 de Abril ignoro lo que ocurre en la gran ciudad: sólo conozco mi propia historia. Historia triste

la mía, pero felizmente no me siento en quiebra. Desde el comienzo del asunto de Chatillon, me ví separado de mi hermano; pero como uno de mis camaradas lo ha visto en el momento de la rendición, tengo esperanzas de que no le haya ocurrido nada malo.

Aquí vivimos bastante bien, y sería una torpeza quejarnos, después de todo lo que hemos sufrido. La grande, la única, la roedora ansiedad consiste en no tener noticias de los nuestros. Espero obtenerlas en estos días.

A usted, a mi hermana, a sus hijas, la expresión de mi profunda amistad.

*Eliseo*

*A su hermana Luisa, en Vasœuil*

Fuerte de Quérlern, 24 de Abril de 1871

Mi muy querida hermana:

Siento ahora la inmensa dicha de recibir cartas vuestras. Ayer era la tuya fechada el 20 de abril, hoy es una carta de P. y una carta de mi mujer, muy sencilla y muy corta pero digna y fuerte: está fechada el 10 de abril y lleva el número 5. Las cuatro cartas precedentes, y probablemente varias cartas siguientes, se han extraviado y no me llegarán jamás. Me basta saber que ella acepta valientemente la situación y que su fuerza física resiste. Todo lo demás no son más que bagatelas. Los trastornos y los sufrimientos de la prisión son cosas que no tienen nada de horrible para un hombre que ha conocido la miseria y el hambre.

He creído comprender, por la lectura de tu carta, que tienes la intención de venir a visitar a tu hermano prisionero. Grande será para mí la alegría de volverte a ver, pero te ruego no vengas todavía: sufrirías demasiado al no poderme hablar con entera libertad. Es no ver a los amigos, el verlos bajo la custodia de un tercero extraño. Llevarías de tu visita acortada una muy triste impresión. Por lo demás no te inquietes acerca de mí. Estoy bien de salud, y día a día, a pesar de faltarme libros serios, me voy acostumbrando a un trabajo regular.

Abraza fuertemente a toda la familia. ¡Cuántas veces mi pensamiento se dirige a vosotros! ¡Es ahora cuando comprendo lo mucho que os amo!

Tu hermano que te quiere

*Eliseo*

*A su hermana Luisa, en Vascœuil*

Fuerte de Quélern, Mayo 8 de 1871

Te escribo una carta que, por grata voluptuosidad, no ha de ser previamente violada ni profanada por ojos impuros, aunque vaya dirigida a tu dirección exacta... Desgraciadamente la respuesta no tendrá igual suerte; pero, te suplico asimismo que así como para verme has tenido valor para sufrir humillación ajena, resignate a enviarme noticias que no tengan a tu hermano por primer lector.

He recibido tu carta del 2 de mayo, anunciándome el envío de los paquetes que me piden todos los días. Me harás, pues, un gran servicio si me envías la caja cuanto antes, y me agradecería al mismo tiempo encontrar en su contenido algunas prendas que me permitan estar más limpio, y las novelas inglesas que me transportarán al mundo ideal de la libre observación de las costumbres y los caracteres.

Fanny me escribió pidiéndome consejo a propósito de su emigración a Vascœuil. Le respondí que, si me permitía darle mi parecer a ella, que es prudente, buena y valiente, le aconsejaría que fuera allá a respirar aire puro y a comer fresas, "generadoras de salud". Cuando esté en Vascœuil, me será también más fácil mantener con ella una correspondencia regular. Si su presencia en París fuera de alguna utilidad, le hubiese aconsejado que se quedase, o, más bien, no me hubiera pedido mi opinión; pero el aire libre es mejor para ella y para las niñas. Los prusianos nada tienen que ver en el asunto, son hombres sin responsabilidad.

Nuestra vida en el fuerte, sigue sin novedad favorable. Alrededor de cien prisioneros, entre los cuales hay un médico, menos feliz que nuestro hermano, fueron traídos aquí hace algunos días. Han experimentado en Versalles las mismas afrentas que nosotros. Ninguno de ellos pudo salvar su reloj; fueron despojados de sus mantas, de sus capotes, de sus abrigos;

algunos perdieron hasta el chaleco y llegaron en mangas de camisa. Sin embargo, no recibieron sablazos, ni culatazos, ni puntapiés, y ninguno de entre ellos ha sido fusilado. A este respecto se ha mejorado algo.

Los recién venidos nos han traído noticias de París, que esperábamos ansiosos porque teníamos gran necesidad de restablecer la comunicación intelectual entre el mundo exterior y nosotros. Las novedades políticas nos llegan, rara vez e incompletas. No te olvides de enviarme junto con tu respuesta un resumen breve y neto de la situación, hablándonos de Viviana <sup>1</sup>.

Amistosos recuerdos y abrazos para todos. Pienso gratamente en todos vosotros. Me alegra vivamente tener buenos y valientes amigos.

Vuestro hermano,

*Eliseo*

*A su hermana, en Vascoœuil*

Quélern, 20 de Mayo de 1871

Hermana bienamada:

Con mi gran ansiedad me siento a veces desfallecer, pensando en nuestros residentes en París, de quienes ignoraremos probablemente noticias durante algún tiempo. No sé como protegerme de las terribles aprensiones que me dominan <sup>2</sup>. Pero no hay que dejarse vencer; lucharé, querida hermana, contra mis angustias, y seguiré siendo yo mismo.

<sup>1</sup> Heroína de un libro de Quinet, que personifica el ideal de Francia.

<sup>2</sup> Elías había participado activamente en la Comuna de París; primeramente con un periódico que pronto desapareció, llevado por el fragor de la tormenta; y después con su labor directa en un puesto de combate. Habiendo sido designado "Director de la Biblioteca Nacional", apresuróse a aceptar el cargo, pues se hallaban amenazados los más valiosos tesoros del mundo entero. Felizmente contó con la ayuda de los guardias nacionales parisienses, y pudo proteger la Biblioteca contra todos los peligros, robos, obuses, peligros de incendio, y con las precauciones tomadas, ni un solo libro desapareció, ni un solo documento sufrió daño alguno.

Pero si la Biblioteca escapó al bombardeo versallés, llegó el momento en que los versalleses entraron en el edificio con gran ruido de

Trataré de comer y de beber como de costumbre, y de conservar mi fuerza física y moral. Es preciso que sea digno de los míos...

Vuestro. Tu hermano

*Eliseo*

*A su hermana Luisa, en Vascœuil*

Prisión de Quélern, 1 de Junio de 1871

Mi muy querida Luisa:

Recibí hoy la encomienda enviada por ti, y —tesoro bienpreciado— una carta del 28, escrita en París por mi buena Fanny y por Elías, anunciándome que toda la familia goza de excelente salud. En medio de nuestros espantosos desastres, este día ha sido para mí un día de felicidad.

Desde hacía diez días no escribía a nadie y tampoco recibía carta alguna: es que vivimos todos bajo el peso de una terrible ansiedad...

En cuanto a los acontecimientos consumados, mi pensamiento es clarísimo; pero al respecto ¿qué tengo que decir que no sea el eco de lo que decís vosotros mismos? Sea como sea, obraremos siempre conscientemente y marcharemos con la frente alta.

De todo corazón.

*Eliseo Reclus*

*A su esposa*

Junio 8 de 1871

Acaba de llegarme tu carta del 5 de junio. Mucho te agradezco el haber cumplido el encargo solicitado por mi amigo y por haberme enviado noticias de los familiares de todos mis camaradas de cuartel. Muchos no han recibido todavía noticias y yo tendré el placer de tranquilizarlos.

armas y de gritos. Elías se libró felizmente de ser fusilado, y buscó el exilio en Suiza, librándose de la condena perpetua en una fortaleza que los consejos de guerra le otorgaron por salvar la Biblioteca Nacional... Pero la historia oficial de la Biblioteca ignora el nombre de su benefactor, lo que prueba que fué impecable su gestión como Director, pues al menor error cometido, hoy figuraría en las memorias y archivos como "¡bárbaro, vándalo o petrolero!"

No sé si te he dicho que todos mis camaradas han sido para mí de una conmovedora amabilidad. Hace unos días, mientras trabajaba en la biblioteca, aprovecharon mi ausencia para hacerme dar un jergón limpio que habían llevado por descuido a nuestra pieza. Aunque sus camas no son menos sucias de lo que era la mía, ellos no pensaron sino en mí y tuvieron la extrema amabilidad de abogar por su camarada ausente. Igualmente, insistieron para reemplazarme en todos los servicios, algunos muy penosos y hasta repugnantes. No habría aceptado esta prueba de amistad si no estuviera encargado de nuestra pobre biblioteca de prisión, lo cual puede también considerarse como una especie de servicio.

Actualmente, mi trabajo consiste sobre todo en tomar apuntes, en hacer resúmenes e indagaciones para mi obra futura sobre *El Suelo y las Razas*; pero también me ocupo de dar y de tomar lecciones; enseño el inglés —menos bien que tú— y aprendo el flamenco bajo la dirección de mi amigo, el ciudadano Buurmans. Empecé, además, un pequeño trabajo puramente literario, que no está muy avanzado, pero que deseo terminar con tu concurso durante las largas noches de invierno, cuando platiquemos y estudiemos en común después del trabajo de la jornada. Leo también un poco para distraerme.

.....  
Tu amigo,

*Eliseo Reclus*

Se dice también que nuestra suerte pronto ha de decidirse. No sé lo que hay de cierto en este rumor.

*A su hermana Luisa, en Vasceuil*

1871

Mi muy querida hermana:

En efecto, estuve un poco enfermo, probablemente a causa del aire nocivo de nuestras estrechas reuniones o de la excesiva uniformidad de los alimentos; pero casi en seguida me curé, y tengo el placer de retornar a mis libros, a mi garabatear; solo que, a la menor impresión de vahido, me detengo, para que mi mujer y los míos no puedan acusarme de imprudente. Por lo demás no es necesario decírtelo, esta le-



ve indisposición no proviene de una debilidad al corazón; no, amigos míos, mucho me une a vosotros, a vuestra fraternal amistad, y tengo en mucho mi propia dignidad, para dejar de ser lo que debo ser.

Hoy estamos a 15, y sin embargo la última carta de mi mujer es del 8; sin duda una carta más reciente ha debido extraviarse. Puede que también Fanny haya tomado imprevisa resolución de trasladarse a Vascœuil. ¡Qué feliz me sentiría entonces al saberla con vosotros, viéndola con el pensamiento, pasearse entre las flores, y observar a los niños que juegan cerca del arroyo!

Amigos míos, aún en nuestros desastres, nos queda un inmenso consuelo, la certeza de que, durante todo nuestro período de fuerza, trabajaremos siempre para darles un corazón de hombres y de mujeres a esos niños, a esos jóvenes, a todos los seres humanos con los cuales tenemos que vivir nuestra vida. ¡He ahí la obra! ¡Todo lo restante es tan poca cosa!

Hasta pronto o hasta más tarde, mis buenos amigos. Estoy con vosotros, así como vosotros estáis siempre conmigo.

*Eliseo*

*A Pedro Faure, Sainte-Foy-la-Grande*

20 de Junio de 1871

Mi querido hermano:

...Si el cajón de vino que has tenido la amabilidad de enviarme, llega a destino, no tengas duda que le rendiremos los debidos honores. Entre quienes beberán a tu salud y a la salud de todos los hombres de corazón, hay muchos que podrías contar con alegría entre tus mejores amigos, pues la comunidad en el dolor me ha permitido apreciarlos como lo merecen. Cuánta más experiencia adquiero de las cosas y de los hombres, más compruebo que los mejores son aquellos que, ni la excesiva miseria por un lado, ni la fortuna o el poder por el otro, han podido contaminar. Para permanecer siendo bueno en el extremo infortunio o en una posición superior a la del término medio de los hombres, es preciso poseer un fondo inagotable de bondad, es

menester ser realmente incorruptible. Esos sí que son los verdaderos héroes; pero transcurren siglos enteros sin que pueda mencionarse uno solo.

Tu hermano.

*Eliseo Reclus*

*A Pedro Faure, Sainte-Foy-la-Grande*

1º de Julio de 1871

Mi querido amigo y hermano:

No tengo dato alguno que referirte sobre mi actual destino. Los días se suceden y se asemejan, pero no tengo por qué quejarme, pues los lleno con el trabajo de estudio y de enseñanza, como también por el goce fraternal de la amistad. Espero que de la prisión de Quélern datarán para mí amistades realmente duraderas...

Mi mujer me envía con frecuencia noticias tuyas: está bien y las niñas son juiciosas. Por ese lado, así lo espero, todo marchará bien. ¡Valor, amigos míos! Aún en el infortunio, conservemos cierta alegría, sin la cual no hay acción posible.

Tu hermano

*Eliseo*

*A los esposos Dumesnil*

Quélern, 6 de Julio de 1871

Mis queridos hermano y hermana:

Gracias por vuestra bondadosa carta. En mi calidad de prisionero experimento todas las alegrías: numerosas cartas, palabras de exquisito afecto, la convicción de que todos los míos piensan en mí, la ventaja de trabajar siguiendo la corriente de mi pensamiento. Mis sufrimientos de cautivo son mínima cosa al lado de los sufrimientos de tantos hombres y mujeres que se pretenden libres y que tienen que luchar en el terrible combate por la vida. Mi mujer está entre los que luchan, pero ella lucha valientemente y empeñará su honor y su conciencia para no ceder ante el duro destino. ¡Cuánto quisiera ayudarla en esas dificultades! ¡Y cuánto te agradezco, querido Alfredo, por buscarme un trabajo que me permita comer mi bocado con ánimo tranquilo! A no ser con esas ventajas excepcionales, te rogaría que no me buscaras

un trabajo que me exigiera un gran esfuerzo, pues mi destino podría arrastrarme, sino a un país de destierro, por lo menos a una comarca de exilio voluntario o forzoso. Si es verdad que “no deben establecerse más relaciones entre la casa Hachette y yo”, como algunos lo han dicho, tú comprenderás que no insistiré ni un minuto para forzar una puerta que me abrirán de mala gana. Por otro lado, sentiría repulsión al dirigirme a editores rivales para una obra de importancia: tendría, pues, apuro por liquidar mis asuntos en París, y partiría hacia los Estados Unidos, donde, a mi parecer, podría serme fácil cierto porvenir. Por lo demás, es innecesario decir que no tomaré ninguna determinación sin consultaros en deliberación común, en consejo de familia.

.....

Menciono cosas muy insignificantes en sí mismas, mi querido Alfredo, a fin de que después de tu próximo viaje a París, sepas exactamente a que atenerte sobre mi situación. Debo a mí mismo el considerarme tanto más soberbio cuánto más la suerte me ha golpeado. Me agrada mucho mi trabajo de investigador y de escritor, pero sería muy feliz trabajando como peón de granja en casa del amigo Touzaa <sup>1</sup>.

Muchos abrazos, mis queridos amigos. Gracias, Juana, por su bondadosa carta. Es gracias a la amistad, que la vida, de suyo tan áspera, se torna suave y feliz.

*Eliseo*

*A Pedro Faure, Sainte-Foy-la-Grande*

19 de Julio de 1871

Mi querido hermano:

Gracias por tu amable carta. Me hallo en la prisión, y tu próxima respuesta dudo que me encuentre en ella todavía. El interrogatorio comenzado hace ya alrededor de tres semanas, no ha terminado más que para el quinto de entre nosotros, y quizás esta sea una formalidad provisoria. Sea como sea, acepto la suerte tal como venga; trato de extraer

<sup>1</sup> Uno de esos austeros y bondadosos campesinos de Castebarbe (Francia), en cuya granja los pequeños Reclus se iniciaron en la vida campesina.

aún en la vida de prisión la parte de felicidad que pueda encontrarse. Si me quejara, no rendiría justicia a vuestras bondadosas cartas, que vienen a alegrarme y fortificarme.

Te agradezco mucho el haberme dado tu opinión acerca de las cuestiones actuales: que me ha interesado vivamente, y en casi todos sus puntos concuerda en mucho con la mía. Importa sobremanera que vosotros, hombres que formáis la opinión en el curso de vuestras campañas, no os entusiasmeis jamás excesivamente por ningún hombre, aunque tenga un talento superior. Cuando pienso en lo difícil que es seguir siendo bueno, y en lo mucho que debe velarse sobre uno mismo, me resulta extraño que en ciertos momentos millones y millones de seres se precipiten alrededor de un hombre como hacia un salvador, un hombre rodeado sin embargo de más tentaciones que ninguno. Pero en fin, la historia es así: avanzamos de tumbo en tumbo, como el campesino que tambaleándose sobre su asno, tan pronto a la derecha, tan pronto a la izquierda, y que, no obstante, termina por llegar al mercado.

La noticia que me das acerca del *Progrés des Communes* me ha alegrado muchísimo. ¡Está muy bien, no dejéis enmohecer vuestras armas!

Tu hermano

*Eliseo Reclus*

*A su esposa*

Sin fecha, recibida el 3 de Julio de 1871

.....  
Ayer me llegó carta de Maunoir, secretario de la "Sociedad de Geografía", quien me anuncia que promoverá una gestión colectiva de la Sociedad para obtener mi libertad. Eso sí, agrega, que posiblemente se me pida una garantía formal, una promesa, un juramento cualquiera, o por lo menos una frase de fidelidad en una carta privada. Te imaginas lo que he tenido que contestarle. Ignorando el porvenir, me es absolutamente imposible saber qué línea de conducta me ordenará mi conciencia, y, por lo tanto no puedo suscribir ningún compromiso del cual otros, y nó yo, tendrán que precisar los términos. ¡Es algo extraño! Precisamente ahora que la Sociedad, en el estado de disgregación y desmoralización

en que se encuentra, tendría necesidad de todos los hombres rectos y conscientes, hay algunos amigos que suponen que, para reingresar a la vida libre es necesario que empiece por envilecerme. Por lo común se figuran que las mujeres llevan a la cobardía: por ello también tuve intención de escribirle a Maunoir: "Vayan a consultar a mi esposa. Ella será quien decida. Pero sé de antemano lo que les dirá. Ella prefiere no ver nunca más a su marido antes que verlo entrar furtivamente, con la cabeza gacha y el corazón lleno de remordimientos. Ella quiere volver a encontrar a su marido tal como lo conoció y tal como lo ama".

Ves, por lo que antecede, que yo debo sencillamente continuar mi vida de prisionero sin atormentarme acerca de la suerte de mi liberación. Sin embargo, las tareas del interrogatorio avanzan algo; de los mil cautivos que estamos en Quélern, más de doscientos fueron ya juzgados; uno solo fué puesto en libertad, por falta de motivos, según supongo.

.....

No he terminado de redactar el segundo tomo del resumen de *La Tierra*... Te ruego que me envíes: 1º, un ejemplar en pliegos del compendio del primer volumen; 2º, lo que hay redactado del segundo volumen; 3º, las hojas preparadas para la redacción del manuscrito; 4º, el cuaderno de apuntes. Advértele a Templier que ya he terminado el primer tercio del segundo volumen del compendio y que voy a terminar el resto <sup>1</sup>.

.....

*Eliseo Reclus*

*A su esposa*

Agosto 3 de 1871

.....

Puedo contarte ahora por qué me han trasladado aquí. Quizás sepas que el ministro Simón, secretario de Instrucción Pública, ha visitado todos los pontones y prisiones.

Vino también a Quélern, rodeado de generales, almirantes

<sup>1</sup> *Los Fenómenos Terrestres*, reproducción en resumen de *La Tierra*, 1er. volumen: "De los Continentes"; 2do. volumen: "Los Mares y los Meteoros".

y otras gentes provistas de sables y sombreros de plumas. Antes de partir quiso verme y preguntarme si no me faltaba nada. Pero como desprecio a ese hombre, me rehusé a ir ante él, diciendo que nada tenía que pedirle. Aunque esto lo molestó mucho, como he llegado a saberlo, manifestó que quería proporcionarme comodidad a pesar mío, y decidió, de acuerdo con el director, trasladarme a Trébéron. Hubieran podido hacerme quedar en Quélern, pero allí tenía demasiada influencia al parecer, sobre mis compañeros de prisión; éramos demasiado buenos amigos y mis lecciones disgustaban al director, aunque jamás se haya atrevido a prohibirlas. Deseaba romper nuestros lazos de concordia y de buena voluntad, y he ahí por qué fuí enviado a esta isla. Cuando vine aquí, el ministro ordenó que vigilasen estrechamente mis actos, hasta hacer colocar un soldado en mi puerta, y que me siguiera por todos lados con su fusil cargado al hombro. Pero felizmente, en cuanto el ministro hubo dado vuelta la espalda, los cirujanos de la marina y otros superiores pertenecientes todos a la marina y que están muy bien dispuestos para conmigo, no tomaron en cuenta ninguna de sus palabras; soy tan libre como los otros presos; me paseo cuando me place y hasta leo diarios y trabajo de noche en mi cuarto. Todos esos señores se muestran conmigo excesivamente bondadosos y corteses: hasta el cura ha venido a visitarme. Puedo asimismo decirte: si te parece bien venir a verme, obtendrás el permiso —aunque oficialmente esto todavía esté estrictamente prohibido— para estar sola conmigo en mi cuarto durante algunas horas.

.....

He sabido que de los doce o trece mil prisioneros de Brest, algo más de novecientos fueron puestos en libertad. Gracias al capitán que me ha interrogado, se que la única acusación que pesa sobre mí es la de haber ido contra el ejército regular. Me mostró —sin que se lo pidiera, naturalmente— muchas cartas de distinto origen en las que se solicitan mi libertad. Por lo visto, mi caso es muy simple. Sin embargo, no tengo ninguna razón para pensar que pronto estaré libre.

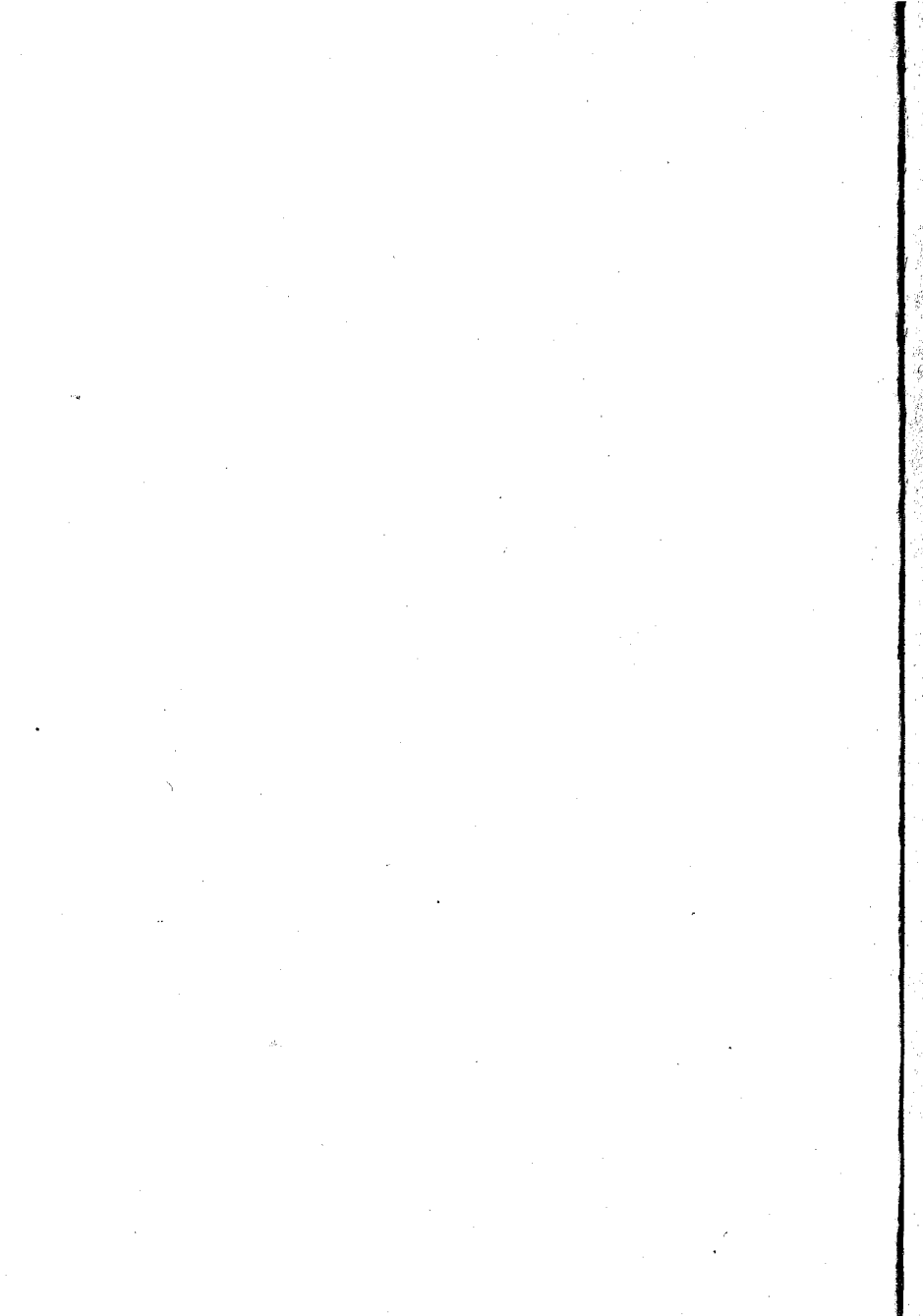
.....

*Eliseo*



ELISEO RECLUS

*Fotografía dedicada al Prof. Paul Gbio.*





*A los queridos habitantes de la Morada de Vascœuil*

Hospital de Trébéron, Rada de Brest, Agosto 7 de 1871

Vuestras cartas sólo me llegan una semana después de haber sido expedidas. Me lo explico por mi cambio de prisión: del Fuerte de Quélern al islote de Trébéron, hay probablemente dos mil quinientos metros de distancia, de manera que las cartas emplean cuatro o cinco días de camino para ir de un lugar a otro. Ahora que vosotros conocéis mi nueva dirección, recibiré vuestras cartas con mayor prontitud.

Debéis saber, por Fanny, que mi existencia ha cambiado: mis comidas son menos sucintas y más cómodo mi jergón; ventajas éstas que no puedo desconocer, pero en cambio, resulta muy duro verse separado súbitamente de los buenos amigos cuyo intenso afecto se puso a prueba en la miseria y en la adversidad. Aquí, difícilmente encontraré amigos semejantes, pues hay un vaivén continuo en los pontones y el hospital; los enfermos no tienen tiempo de conocerse, y, además, piensan por lo común más en sus males, que en los placeres de la amistad. La mortalidad media es bastante alta. Aunque los enfermos de los pontones son, en su mayor parte, enviados a Brest en barcos de sanidad, el pequeño hospital de Trébéron vió ya morir cuarenta y ocho de los suyos, y ayer se nos remitió, en previsión, una cantidad de ataúdes. Hace unos días, presencié un triste espectáculo al ver en mi cuarto al número 3 —aquí somos simplemente números— agonizar de tisis. ¡Y cuántos hay, a quienes la mano de la muerte ya ha contraído los rasgos, por anticipado!

Mi gran consuelo, mi felicidad misma consiste en contemplar el mar que nos rodea y el horizonte de penínsulas y de islas verdeantes que lo transforman aparentemente en un vasto lago. Con mucha frecuencia, el cielo se pone gris y el viento recio. El paisaje suele recordarme entonces, a cierta bahía del Mar de Irlanda. Pero también a veces, como hoy, la brisa es suave, el sol cabrillea en el mar y fulgen a lo lejos las casitas entre los árboles; entonces casi créome estar en Italia, Así es como, merced al juego de las nubes y del viento, no dejo de viajar, aún acodado en mi ventana de prisionero... Sin embargo, desde cierto punto de vista el modesto

Crevon que corre en vuestro jardín me convendría mucho más. En sus orillas me sentiría libre y podría sumergirme a gusto en su agua. Le enseñaría a nadar a mi pequeña Juanita, pero creo que Juana me reemplazará en este oficio.

.....

No tengo necesidad de dinero. Cuento todavía con 97 francos. Y como se nos otorga solamente 2 francos plata por semana, tengo aún para 48 semanas por delante.

Afectuosamente de todos vosotros.

*Eliseo Reclus*

*A Victor Buurmans*

Hospital de Trébéron, Agosto 17 de 1871

Te escribí por primera vez, uno o dos días después de mi llegada a Trébéron, pero como no he recibido ninguna respuesta tuya, temo que mi carta no te haya llegado. Aún habría otra explicación, pero no me atrevo a creer que sea la buena. Nó, no me parece que hayas partido para Amberes con tu mujer y tu hijo, y que el placer de volver a encontrarte con los tuyos te haya privado de todos los momentos disponibles para tu correspondencia. A propósito de Amberes, ayer recibí una tarjeta de invitación para el Congreso Internacional Geográfico. Del 14 al 22 de Agosto se celebrarán estas reuniones científicas, a las cuales me habría sido muy grato asistir, y en las que se discutirán además varias cuestiones que han sido propuestas por mí. Pero el placer de asistir a este Congreso es todavía una alegría que tengo que arrojar lejos de mí. Así es, y no pensemos más en ello. Hasta es demasiado tarde para que me excuse "por razones de encarcelamiento". Espero que mis amigos de la Sociedad de París me excusarán... hasta acusándome al mismo tiempo un poco. Dirán que mi único crimen consistió en creer que la Tierra había precipitado su movimiento de rotación. ¡Pobre de mí! Porque siempre gira en la órbita de costumbre.

Tengo buenas noticias de los míos. ¿Y tú? ¿Cómo están tu señora, tu hija, tu hijo?

Fuertes apretones de manos a los amigos Goble, Collot y otros. Dile a Meunier (padre) que lo saludo afectuosamente. No le escribo porque tú eres mi intérprete junto a mis

camaradas... No hablo de Connel; seguramente, está en libertad.

Dame los nombres de los otros liberados, por si los conozco.

Afectuosamente,

*Eliseo Reclus*

*A Alfredo Dumesnil*

Trébéron, 20 de Agosto de 1871

Mi querido y buen amigo:

Nada tengo que decirte, a no ser que comparto con vosotros el recuerdo y la esperanza. ¡Sed muy felices donde estáis, pues vuestras alegrías forman parte de mi propia felicidad! Amáos de corazón, utilizad cada minuto para ser buenos y para gozar de vuestros mutuos afectos! ¡Qué dulce es el cariño cercano, puesto que aun distante nos causa tanto gozo! Si hubiera carecido del vigor que me brinda vuestro afecto y el de todos mis amigos, hubiera sido muy desdichado, y sin duda estaría agobiado moralmente. Gracias, mis buenos amigos, que habéis conservado mi existencia moral.

Me alegran las noticias que me das del *Templier*. Si permanezco en Francia —así lo creo— podré continuar mis trabajos y quizás emprender grandes tareas que hoy no son más que un sueño. Por lo demás, la fuerza surge de la necesidad, las alas empujan al pájaro que debe volar.

...¿Y tú, cuándo irás a las montañas del Jura? Dime en tu próxima carta qué ha sido de Morin<sup>1</sup>. A tí y a todos vosotros, abrazos fraternales.

Vuestro *Eliseo*

<sup>1</sup> Ernesto Morin, amigo común de Dumesnil y Eliseo, miembro de la Sociedad Geográfica de París, uno de los primeros organizadores de las conferencias populares. Sin participar en la Comuna, permaneció en París, y su simpatía por el entusiasmo y la abnegación de los Federados, le hizo exclamar: “¡París está en las estrellas!”

## *A Pablo Reclus*

7 de Septiembre de 1871

Mi muy querido Pablo:

No me atrevo ahora a llamarte Poulot<sup>1</sup> pues me has escrito una carta tan sensata que es preciso considerarte ya como un jovencito. La edad de los estudios serios ha comenzado. Habrás tenido ocasión de ver desgraciadamente escenas terribles que te aleccionaron sobre el sacrificio, la presencia de espíritu, el coraje, y que más tarde, cuando estudies historia, te harán comprender lo que para nosotros, cuando fuimos muchachos, fuera un libro cerrado. Desde ahora cambiará tu vida. Ya no vivirás en el grandioso París sino en algún valle apacible de Suiza, y la educación algo deshilvanada, pero muy útil, que te han brindado los viajes, la vista de la naturaleza y el mundo, tendrá más eficacia en virtud de los estudios metódicos y continuados. Estudia con fervor, querido Poulot, muerde con fuerza en la ciencia. Haz de manera que, cuando escojas tu carrera, puedas decirte a ti mismo: "Soy un ciudadano útil; haré el bien". Valemos algo por el bien que realizamos. Los que no hacen bien no deberían haber nacido.

Te abraza con ternura, tu amigo

*Eliseo Reclus*

## *A la señora F. Reclus*

20 de Octubre de 1871, Trébéron

.....

Ayer, un viejo de barba blanca y rostro sonriente luchó contra viento y marea para llegar hasta mí. Es un pastor que conoce de nombre a mi padre; es un gran amigo de juventud de Coutouly. Quería hablarme, en la creencia de poder ayudarme a salir de prisión, pero enseguida me ofreció una pera suculenta que, según dijo, me la enviaba una dama. El carcelero principal lo había introducido con la mayor cortesía, esperando con ello hacerme olvidar la manera baja y vulgar con que se había conducido en el asunto del vino enviado por mi cuñado. Pues bien, el pastor, llamado Berth, me dijo que tenía puerta franca con el nuevo mi-

<sup>1</sup> Diminutivo cariñoso de Pablo.

nistro, Casimir Périer, y que podría valerse de ello para obtener mi libertad, siempre que yo lo consintiese. “Ciertamente, le respondí, yo sólo pido estar en libertad como los camaradas, sin condición y sin promesa atentatoria contra mi dignidad. Como las palabras me parecen no menos serias que los actos, no quiero pronunciar palabras de humillación o de lisonja, y reclamo estar en libertad porque ello es justo en sí; pero no quiero deberla a la generosidad”. Habiéndome Berth solicitado que formulara mi declaración por escrito, consentí en ello, pesando palabra por palabra, frase por frase, no omitiendo ninguna de las razones que, a mi juicio, establecen la legitimidad de mi liberación, sin rebajarme al pedirla, naturalmente. Por lo demás, me pareció que podría prescindirse de esto, pero nada se opone a que diga todo lo que piense. ¿Por qué lo que está en el corazón no habría de estar en los labios?

.....

Vuestro *Eliseo*

*A Dumesnil, Vasceuil*

Monte Valeriano, noviembre 19 de 1871

Mi querido amigo:

En nuestra nueva prisión<sup>1</sup>, como en la de Saint-Germain, estamos un poco estrechos: solamente, tenemos más aire y luz; quizás los muros son aquí más fríos y más húmedos, pero, al fin de cuentas, nuestra vivienda es más habitable,

<sup>1</sup> He aquí el texto de la resolución del Consejo de Guerra:

REPUBLICA FRANCESA

Consejo de Guerra permanente de la Ira. División Militar, con sede en Saint-Germain-en-Laye.

JUICIO

“El 7º Consejo permanente de Guerra de la Ira. División Militar ha resuelto el juicio siguiente: Hoy, 15 de Noviembre 1871, el Consejo de Guerra permanente de la 1ª División Militar, con sede en Saint-Germain, oído el Comisario del Gobierno en sus requisitorias y conclusiones, ha declarado al nombrado Reclus, Eliseo Santiago, escritor geógrafo, culpable de haber llevado armas aparentes en el movimiento

y, si no puedo trabajar seriamente podré al menos intentarlo. Según creo comprender, esta prisión es un simple depósito de preventivos y de condenados. Sin duda, nosotros esperamos aquí nuestro traslado a alguna otra prisión, mientras que los preventivos, llegados de Versalles o de otras partes, se preparan a presentarse ante el consejo de guerra con asiento en Rueil. Entre estos últimos, me sorprendió encontrar buenos amigos de Quélern: separados bruscamente, hace cuatro meses, no esperábamos encontrarnos en una oscura cárcel del Monte Valeriano. Estábamos a la vez contentos de estrecharnos la mano y tristes por volvernos a encontrar en la víspera o al día siguiente de una condena. Me dieron noticias de los buenos amigos a quienes mi afecto seguirá siempre.

Aquí las visitas se permiten únicamente los domingos y los jueves, como en Saint-Germain, y además las formalidades a llenar son más numerosas. Es preciso obtener primero en París una autorización para visitar el Monte Valeriano; después, hacerse otorgar por el Consejo de Guerra de Rueil la autorización para visitar al preso. Sólo después de estar provisto de estos dos papeles, puede uno arriesgarse a trepar la cuesta que sube hasta nuestras murallas.

De ahí, que a mi querida esposa no le ruego que venga a verme: temo demasiado la fatiga que padecería. Prefiero saberla con las hijitas y su madre en el retiro del Raincy, y no seguirla con el pensamiento, andando penosamente por los caminos arcillosos. En cuanto a vosotros, amigos míos, poned de acuerdo para que uno venga a verme cada día de visita. Vuestra presencia será para mí como el afecto frater-

insurreccional de París y de haber hecho uso de sus armas. El Consejo ha admitido circunstancias atenuantes.

“En consecuencia, dicho Consejo condena, por mayoría de cinco votos contra dos, al nombrado Reclus Eliseo Santiago, escritor geógrafo, a la pena de deportación simple por aplicación de los artículos 267 del Código de Justicia Militar, 5 de la ley del 8 de Junio 1850, 463 del Código Penal y 135 del Código de Justicia Militar.

“Y visto el artículo 139 del Código de Justicia Militar, el Consejo condena al citado Reclus Eliseo Santiago, a reembolsar sobre sus bienes, presentes y futuros, en provecho del Tesoro Público, el monto de gastos del proceso. Firman, etc. El presente juicio comienza a tener aplicación el 15 de Noviembre 1871. — El Comisario del Gobierno.”

nal de todos; será el mundo exterior con sus alegrías; será la libertad.

Que el primero que me visite tenga la bondad de traerme:

1º Dos pares de medias de lana;

2º Algún libro de Etnología, de Lingüística o de Antropología muy sustancial;

3º Pasta de yuyuba, pues temo que mi garganta llegue a afectarse.

¿Se encontraron, al fin, mis libros de Versalles? Una breve nota para advertírmelo, en cuanto los tuvieren. Que los amigos no dejen de escribirme. No tengo nada que decirles; en cambio, ellos pueden hablarme de los cambios, de los vaivenes de la vida libre.

.....  
Salud, hermano.

*Eliseo Reclus*

*A Richard Heath, Inglaterra*

Cárcel Correccional. Versalles, enero 8 de 1872

Estimado señor:

Sin duda estará usted extrañado de no recibir respuesta a su amable carta del 8 de noviembre; pero tan solo ayer me fué entregada.

No sé cómo expresarle el placer que experimento al volver a entrar en relaciones con usted. Después de una separación de veinte años, en mi vida agitada, estaba muy lejos de esperar tan inesperada sorpresa. Recuerdo bien su nombre, su fisonomía, y más aún, su bondad para conmigo; pero, en el torrente de la vida que ya nos junta o ya nos separa violentamente, tantas personas que conocimos, se han desvanecido en la sombra, que francamente yo no esperaba recibir más noticias suyas.

En verdad es que he sufrido mucho desde mi encarcelamiento y también, antes, durante la guerra franco-prusiana y en la Comuna, pero como usted lo ha comprendido bien, mi gran consuelo ha sido el haber podido obrar según mi conciencia. Más de una vez, he tenido necesidad de interrogar al sentido del deber, pero no he vacilado en obedecerlo, a riesgo de comprometer vida y libertad. Esto es lo que hoy

me da la satisfacción de haber conquistado hasta el respeto de mis adversarios políticos.

Estando preso, no puedo entrar en ningún detalle relativo a las causas, a la historia y a las consecuencias probables de nuestra guerra civil: es menester que guarde silencio, pero todos aquellos que buscan la verdad con toda franqueza, deben captar fácilmente su sentido. Me es grato saber que usted me conocía suficientemente como para no acusarme de haber luchado por un fin de interés, de violencia o de deseo de autoridad, y le agradezco, con toda mi alma no haber dejado penetrar la duda en su espíritu. Veinte años han transcurrido y el vago recuerdo que usted ha conservado de mí es todavía el de un hombre sincero y desinteresado. De todo corazón se lo agradezco. Su amable carta me permite constatar que el entusiasmo y la abnegación no se pierden jamás, tal como sus filósofos y los nuestros lo han científicamente probado. Hay continuidad de fuerza. Seamos buenos, y la influencia de nuestra bondad se hará sentir en el mundo entero. En todas partes donde he encontrado amigos, en Europa, en América, en libertad o en prisión, he sido útil hablando de justicia y obrando conforme a mis palabras.

Usted me pregunta cuál es el verdadero sentido del veredicto pronunciado contra mí: es análogo al del exilio para los condenados de Inglaterra, con la diferencia que no es rumbo a Australia, sino a Nueva Caledonia adonde seré enviado. ¿Será mi destino, verme allí relegado, lejos de mi mujer, hijos, libros y amigos? No lo creo. Diferentes sociedades de geografía y, lo digo con reconocimiento, los más célebres sabios ingleses piden la anulación o la conmutación de mi pena. Me asombraría que no tuvieran éxito.<sup>1</sup> Pero, sea cual fuere mi suerte, cumpliré con mi deber.

<sup>1</sup> Hubo unanimidad, puede así decirse, en el testimonio espontáneo de los sabios y literatos ingleses, en favor de Eliseo Reclus, condenado a la deportación.

No daremos aquí la lista de los 61 firmantes de la primera petición, que fué expedida en Londres, el 30 de Diciembre de 1871, por H. Woodward, miembro de la Sociedad Geológica y de la Sociedad Zoológica de Londres; era la de los más notables escritores y hombres de ciencia de la época; ni los nombres de los otros 33 personajes eminentes que se agregan a esa primera lista, pues estaban bien decididos en Inglaterra,



Usted no me dice en su carta si la existencia le sonríe. Así lo espero, y hasta tengo seguridad de ello, pues un corazón lleno de amor como el suyo, debe hacerse amar y estimar por todo el mundo.

Perdone mis faltas en inglés<sup>1</sup>. Todavía no hablamos en la lengua universal.

Su siempre afectísimo.

*Eliseo Reclus*

*A su madre, en Orthez, Bajos Pirineos*

15 de marzo de 1872

Mis muy queridos padres:

Desde ayer, estoy libre en una tierra libre. Os ruego que hagáis llegar la grata nueva a Lois y a mis otras hermanas del Mediodía, Juana, Noemí, María. Mañana o pasado mañana partir  con Elías y tengo alguna esperanza de volver a emprender, antes de un mes, sea en Lugano o en cualquier otra parte una vida de trabajo regular y tranquila. Con el generoso envío que me habéis hecho me facilitar is una instalación definitiva. Aunque esta suma no me fué absolutamente necesaria, me permitió encarar mi porvenir material con menos aprensión, y me siento feliz de testimoniaros el agradecimiento con que la he recibido.

Acabo de pasar un año verdaderamente duro y me espanta un poco el recordar todo lo que he tenido que sufrir; el hambre, el frío, la falta de aire respirable, los golpes, los insultos, las groserías de toda especie, el espectáculo de males inauditos, los dolores morales y los sufrimientos físicos. Ahora, todo ha pasado para mí como un mal sueño, pero esta horrible pesadilla dura todavía para numerosos amigos: los había que val an más que yo y que, menos felices, morirán proba-

como lo estaban en Francia, a continuar la petición hasta obtener un fallo favorable a la causa. Finalmente se supo que, por decisión del 15 de Febrero de 1872, la pena había sido conmutada por 10 años de destierro, y que después de siete meses y medio de prisión, Eliseo Reclus había sido trasladado de Versalles   Paris, y de all  a Suiza, en un coche celular y con las manos esposadas.

<sup>1</sup> Esta carta ha sido traducida del inglés. (Nota de la compilación francesa).

blemente en la condena. El recuerdo de estos amigos presos me persigue constantemente y me impide gozar de mi propia libertad.

¿Tengo necesidad de deciros, mis queridos padres, por qué me expuse a todos estos males y a otros más grandes aún, que, felizmente, no me alcanzaron? Desde mi encarcelamiento, no pude escribiros libremente una carta explicando mi conducta, pero vosotros me conocéis y sabéis cuáles han sido los móviles. Sin duda, mi querido padre, tú dirás que mi conciencia no está esclarecida, pero, tal como ella es, me señaló un camino que yo creí el del deber. Si no lo hubiese seguido, me habría despreciado a mí mismo y ahora llevaría una existencia miserable, roída por el remordimiento. ¡Por lo menos, que pueda decir ahora que he sido sincero y fiel en mis convicciones! La estima de mis amigos tanto como vuestro dulce afecto, me han ayudado a soportar este año de infortunio.

Vuestro hijo, que mucho os quiere,

*Eliseo Reclus*

*A Víctor Buurmans*

Lugano, Suiza poste restante, abril 8 de 1872

Mi muy querido amigo:

Acabo de recibir hace un momento la carta que le has escrito a mi mujer y me apresuro a contestarla, dichoso de saber al fin, de una manera positiva, que estás en libertad. Ya me había enterado por uno de mis amigos que conocía, por mi conducto, tu antigua dirección, y a quien le habían dicho que estabas en Montreuil; pero no habiendo recibido carta tuya, dudaba y siempre estaba inquieto.

¿Hace mucho que estás fuera de la prisión? ¿Quiénes son los otros camaradas amigos que están como tú en libertad? ¿Quiénes son los que han sido condenados y a qué penas? ¿Qué haces tú ahora? ¿Cuáles son tus medios de vida? ¿Cómo estás de salud? ¿Tu mujer está bien? ¿Tus hijos se forman según tus deseos? Son todas preguntas que me interesan mucho y te ruego que las contestes. Después de este año de miseria, de desazones, de humillaciones de toda especie,

me sentiría tan feliz si los azares de la vida te procuraran una compensación.

En tu respuesta, háblame también de Amberes, de tus hermanos, de tu primo, de tu amigo el zapatero. Todo lo que te interesa me interesa, todo lo que te llega al corazón también a mí me emociona.

En cuanto a mí, bien lo sabes: estoy desterrado, es decir que las tres centésimas partes de la gran patria terrestre me están vedadas. Mi estada en esa pequeña república (?) que se llama Francia, me estará prohibida de aquí en adelante, so pena de trabajos forzados a perpetuidad; y, privado de mis derechos civiles y políticos, no puedo ya calificarme de francés. Felizmente, la calidad de hombre y, también lo espero, la dignidad que a ese nombre corresponde, no podrá serme privada.

Como residencia en el exilio, escogí esta pequeña ciudad. en la que sabía se gozaba de un excelente clima, con la ventaja de hallarme en la vecindad de una gran ciudad, como Milán, en el territorio de una república. Por lo menos me doy el gusto de andar, de ir y venir libremente, y de mirar de soslayo a los agentes de policía. Ningún soplón me espía, y si han creído útil ponerme uno tras de mí, me es igual, y me río de ello.

¿Lograré conseguir aquí un trabajo remunerador? ¿Podré entenderme desde tan lejos con mis editores de París? No lo sé todavía, pero tengo muchas esperanzas. De todos modos, no cometeré el delito de comer sin trabajar, de tener derechos sin deberes.

Te estrecho fraternalmente la mano. Mis saludos a tu mujer. La mía te saluda.

*Eliseo Reclus*

*A Elías Reclus*

Lugano, abril 29 de 1872

Querido amigo:

Recibí la obra de Bastian que trataré de devolvértela en este mes. Tal como lo has adivinado, el catálogo geográfico de la biblioteca ha de serme muy útil y de este modo, podré procurarme las obras indispensables. Por lo demás, aquí mis-

mo encontré poco más o menos lo que me hace falta. Uno de los profesores del Liceo de Lugano, hijo del geógrafo Thurman, tiene una muy hermosa biblioteca que está a mi disposición.

.....

Regresamos de Milán donde hemos pasado cuatro o cinco días muy agradables, a pesar de la lluvia obstinada. Fano<sup>1</sup> no estaba en su casa. Había sido llamado a Roma, no solamente por sus deberes de representante, sino también como delegado a ese congreso de pretendidos obreros que casi no reunía más que a príncipes, condes, senadores y marqueses. Ahora comprendes por qué ese congreso se ajustó a la moderación más perfecta. Hubo dos tempestades ocasionadas por la imprudencia de dos verdaderos obreros, los cuales sostenían, uno, que las huelgas eran un mal necesario, el otro, que la educación debería ser laica. Los dos infelices fueron expulsados en medio de la burla general.

Los pocos ciudadanos que he visto en Milán, no son pues amigos de Fano. Uno de ellos, joven pálido, de ojos brillantes, egresado de la cárcel, donde se le había arrojado porque trató de fundar un diario<sup>2</sup> que no contendría ni personalismos ni violencias de lenguaje, pero donde él abordaría lo vivo de los problemas.

Es Vincenzo Pezza<sup>3</sup> ... Otro, Stampa<sup>4</sup>, es un buen y dulce anciano, un propietario y criador de gusanos de seda. Lo que me contó y mostró de la vida de los campesinos lombardos es horrible. Cuando vengas iremos a verlo juntos.

Me pides detalles sobre la visita de Miguel<sup>5</sup> y de Beppo<sup>6</sup>. Se quedaron un día entero y, por consecuencia, me sería imposible resumir todo lo que nos hemos dicho. Han estado

<sup>1</sup> *Diminutivo* de Fanelli, organizador de la Primera Internacional, en España.

<sup>2</sup> *Il Martelo*.

<sup>3</sup> Murio en 1873, de tisis pulmonar.

<sup>4</sup> Gaspar Stampa, otro internacionalista italiano.

<sup>5</sup> Miguel Bakunin.

<sup>6</sup> Beppo, internacionalista italiano que, con Elías Reclus, había efectuado un largo viaje por España (1868-69).

muy razonables. Miguel tuvo para mí afabilidades de amigo protector<sup>1</sup>.

Todavía no estamos instalados en nuestra rústica casa. Creo que allí podremos trabajar a gusto. De acuerdo con lo que me ha escrito Onésimo, es muy probable que Templier me encargue redactar una Geografía. Para mí es una póliza de larga vida, pues tendré labor para muchos años. También sería posible que visitase Londres este año para rehacer mi *Guía*, pero sólo aceptaré si Fanny puede hacer el viaje conmigo.

Hasta pronto, amigos.

*Eliseo*

*A Nadar*

Lugano, mayo 8 de 1872

Queridísimo amigo:

He aquí que pasaron muchas semanas desde que empecé mi viaje de expatriado, y sin embargo apenas hace dos o tres días que habitamos en la casita donde pasaremos si es posible nuestros años de destierro. Como no somos ricos, no hemos escogido una "villa" suntuosa; nuestra casa merece mas bien el nombre de barraca; es alta, enclavada en un promontorio que domina una de las ensenadas del lago de Lugano; un valle profundo nos separa de la ciudad; una elevada montaña nos oculta la vista de la gran planicie; dos ásperos y salvajes declives bordean nuestro promontorio a izquierda y derecha; un pequeño villorio se halla próximo a nosotros, pero se oculta en un pliegue del terreno y no lo podemos distinguir. Estamos pues, por así decirlo, retirados del mundo —demasiado retirados, me digo a veces, al pensar en mi pequeña familia. Felizmente, mi mujer ama la soledad, y mis hijitas están alegres con nosotros; durante todo el día oímos resonar en las habitaciones sus jubilosas carcajadas.

<sup>1</sup> Esta visita a los amigos de Milán y a Bakunin, que se realizó el 18 de Abril, está mencionada con detalles por James Guillaume, (2º vol. de la *Internacional*). Puede leerse en la misma página, el relato de las primeras relaciones de Eliseo con Guillaume y de su ulterior amistad profunda.

Si vivimos así apartados no es por salvajismo como podrá usted suponer; por mi parte quiero mucho a mis humildes confraternales en humanidad, que en general valen tan poco, pero entre los cuales, con una propaganda incesante, se podrá desarrollar tan grandes cosas. Todo lo que hemos tenido de miserable contenía sin embargo el germen de algo grande, y esto es lo que importa; el resto no existe, es escoria e impureza, de la que hay que librar al metal.

¿Tendremos el placer de volverlo a ver en este año, tal como nos lo ha prometido? Cuando vaya a Aix, en Saboya, cuyas aguas según espero le harán tanto bien como en el año anterior, no tendrá mas que atravesar el Mont-Cenis y de ahí llegará en poquísimas horas, ya sea a Milán o bien a Arona, y desde allí, Lugano resulta muy accesible. Desde allí podrá ver usted que nuestra barraca le hace señas en lo alto del promontorio. Es rosada, está rodeada de árboles verdes, y lleva el lindo nombre de Luina. Por lo demás, somos ya muy conocidos por nuestra condición de *comuneros*, y en el correo o en el hotel, le indicarán el itinerario a seguir. Igualmente, si nos escribe, basta con la dirección de Lugano.

Estrecho su mano, querido amigo, y mi mujer lo saluda muy afectuosamente. Nuestros saludos a su señora, un recuerdo muy afectuoso a su animoso Pablo.

Mi hermano está en Zurich, y, como siempre, trabaja celosamente.

*Eliseo F. Reclus*<sup>1</sup>

*A Victor Buurmans*

Luina Di Pazzalle, Lugano, 19 de Mayo de 1872

Mi querido y buen amigo:

.....

Me preguntas si creo positivamente que nuestra correspondencia se halla a cubierto de toda indiscreta curiosidad de parte de los señores empleados del gabinete negro. Por cierto

<sup>1</sup> Desde su llegada a Suiza, Eliseo adquirió la costumbre de firmar la mayor parte de sus cartas: Eliseo Fanny Reclus, o Eliseo F. Reclus, y hasta Eliseo F. Reclus.

no puedo asegurarlo. Que desde mi aldea hasta París las cartas tarden cuatro días íntegros, no es de extrañar, y no es esto lo que me inquieta; pero reconozco perfectamente que si esa buena gente de la policía cree tener el menor interés en leer nuestra correspondencia, no es preciso que se molesten. Sé perfectamente que todos nosotros, exilados y refugiados, *comunards*, estamos muy bien vigilados. Francia, que es bastante rica para pagarse todas sus deshonras, mantiene a cuerpo de rey a todos esos soplones, que beben innumerables chopps en los bares, y que, al caer la tarde, fraguan mentalmente conspiraciones fantásticas. Para dar forma a esos pretendidos complots, procuran claro está retener aquí y allá, fragmentos de frases, que luego retuercen para darles algún significado que sea atentatorio contra el orden y la propiedad. Nos es preciso pues ser circunspectos, no por mí que no corro ningún riesgo sino por ti que te hallas en el antro policial. Escribenos entonces solamente cartas de amistad. Más tarde podremos decirnos honradamente todo lo que tenemos en el corazón.

.....

En verdad, querido amigo, me agradará muchísimo recibir noticias de nuestros antiguos camaradas. Es inútil que menciones a quienes no te merecen respeto; pero en cambio hableme de los otros. Conservo de todos esos amigos de infortunio el más dulce recuerdo. Muchos de entre nosotros teníamos graves defectos, bien lo sé, pero bien quisiera que, en su conjunto, toda la sociedad entera pudiera al menos parecerseles.

Mi mujer os envía sus más afectuosos saludos. Estrecho tu mano y te ruego transmitas a tu mujer mis deseos de prosperidad. Abraza también a tus hijos.

Tu amigo

*Eliseo Reclus*

*A la señora de Elías Reclus*

La Luina di Pazzallo, Lugano, junio 8 de 1872

Mi querida Noemí:

.....  
No tengo derecho a firmar una petición a la Asamblea, puesto que ella me ha privado de mi título de ciudadano. Aunque tuviera ese derecho, no lo tendría para peticionar nada de los señores fusileros. Esa asamblea no existe para mí, pues en mí ya la he disuelto. Si todavía se mantiene es muy a pesar nuestro.

Tu hermano

*Eliseo*

Envío a Elías un pequeño almanaque popular<sup>1</sup> que le recomiendo: una hermosa obra de los jesuítas.

*A Elías Reclus, Zurich*

Lugano, sin fecha, 1872

Querido Elías:

Te enviamos una carta colectiva de camaradas de prisión, detenidos actualmente en Erbrum. Esta carta nos ha conmovido mucho y seguramente has de leerla con interés. El otro día recibí también para Malon una carta de Nueva Caledonia, sumamente instructiva. Uno de mis pobres amigos de Versalles, que quizás tú has conocido, Brissac<sup>2</sup>, hombre dulce y fino, si lo hay, del tipo de Boscowitz<sup>3</sup>, y de una firmeza inquebrantable, ha sido alineado en la última categoría de los forzados, y encadenado por un pie a un envenenador de Marsella.

Muy afectuosamente,

*Eliseo, Fanny*

<sup>1</sup> Los libros de propaganda social circulaban con el título de *Almanaque del Buen Pastor*.

<sup>2</sup> Enrique Brissac, escritor socialista desde 1850. Escribió *Recuerdos de prisión y de mazmorra*. (París, 1880).

<sup>3</sup> Boscowitz, amigo de Reclus, autor de *El alma de la planta*.



Lugano, febrero 14 de 1873

Muy querida hermana:

No, no tengo escrito nada serio sobre Holanda; nunca visité ese país; me limité a viajar por allí todos los años como lo hacéis vosotros por Italia y otras regiones.

España es la que sobre todo me atraería hoy si tuviera a mi disposición botas de siete leguas. Todavía no me enteré de la noticia más que por su brutalidad. La República ha sido proclamada y el joven Amadeo, más caballeresco que el rey gentilhombre, su padre, se ha despedido en términos corteses. Conducta ejemplar. Al partir, estrechó la mano de su hermana y le aconsejó que lo siguiera cuanto antes. ¡Qué alentadora debe ser esta aventura para el conde de Chambord, M. de París y otros pretendientes al trono de Francia! <sup>1</sup>

Si la noticia recibida es realmente cierta, y no la pongo en duda, pues desde hace mucho tiempo es verosímil, sus consecuencias serán de las más felices para la humanidad. Con ello, España vuelve a adquirir de golpe su fuerza de expansión de la época anterior a Carlos V. Vuelve, pero triunfalmente esta vez, a la revuelta de los Comuneros. Los infortunios de la conquista, de la Inquisición, del régimen colonial, todo está borrado. Además, representa la abolición de la esclavitud en Cuba, la liberación definitiva de las Antillas; como también la reconciliación de todas las antiguas colonias, convertidas en repúblicas, con la madre patria. La tradición va a reanudarse de la mejor manera, no por la común servidumbre, sino por la común libertad. Las repúblicas hispanoamericanas que buscan tontamente su modelo en los Estados Unidos, no se verán ya tan descaminadas, tan desarraigadas como lo estaban desde que cortaron el cable que las unía a Europa. Por otra parte cuando Por-

<sup>1</sup> En 1870, luego de abortar la candidatura del Príncipe de Hohenzollern, a la corona de España, candidatura que fué la causa aparente de la guerra franco-alemana, Amadeo de Saboya, duque de Aosta, hijo de Víctor Manuel, fué nombrado Rey de España. Habiendo estallado en las provincias vascas, en 1873, una insurrección carlista, Amadeo, impotente para reprimir la efervescencia general, abdicó el 16 de Febrero y las Cortes proclamaron la República.

tugal sienta la sacudida, ya que la monarquía carece de apoyo firme y está, por decirlo así, suspendida en el vacío, el Brasil imperialista y esclavista va a encontrarse, a su vez, aislado.

En Europa, los mismos fenómenos. España se apoya en nuestro Mediodía, que es el país rojo de Francia, y del otro lado da la mano a Argel que no es menos escarlata. Esto ya es el comienzo de la Confederación Mediterránea.

Pero, si todas estas cosas me parecen ya realizadas desde el punto de vista histórico, sé como tú que el camino será largo, y con frecuencia penoso. ¡Ha sido demasiado duro para nosotros durante los tres últimos años! Bueno es que ya esta cruenta etapa figure en parte entre los acontecimientos del pasado... Espero con cierta curiosidad las actitudes y los gestos de los señores duques. ¿Adoptarán un aire de circunstancias un poco más insolente, o bajarán un poco el tono de voz?

Gracias, Alfredo, por tu ofrecimiento; gracias, Juana, por tus diligencias; gracias, hermana mía, por tu bondadosa carta. Las noticias de Elías son buenas.

Tu hermano,

*Eliseo, Fanny*

*A su madre, en Orthez*

30 de Diciembre de 1872

Mi muy querida madre:

Nuestra pequeña vida de trabajo y de soledad continúa sin incidentes. Las hijitas van creciendo, se vuelven ya grandecitas. Estamos bastante contentos de sus progresos. Comienzan a hablar un poco el italiano y Magali comprende bastante bien el inglés. Me dirás, que no conoce todavía la ortografía francesa, su letra lo prueba; pero por ese lado también hay progreso.

No tengo porque quejarme de mi exilio, ya que muchos otros mejores que yo tienen aun más que sufrir; con todo, el destierro nos trae muchos disgustos y tristezas. Por lo que más sufrimos es por la carencia de noticias. Durante meses enteros, ignoramos si estás bien de salud, si ningún nuevo acontecimiento que interese a la familia ha ocurrido... No

me atrevo a pedirte una carta; me escribes tan sólo cuando estoy en la desgracia; pero te ruego escribas a Magali, quien se sentiría muy dichosa de recibir una carta tuya.

Abrazo a ti y a mi padre, muy afectuosamente

Vuestro hijo *Eliseo*

*A Victor Buurmans.*

Luina di Pazzallo, Lugano, junio 2 de 1873

.....

Lo que me inquieta por ti es el nuevo gobierno de combate con que habéis sido gratificados. ¿No se agravarán la vigilancia, los vejámenes, el espionaje policial, que harán la vida todavía más desagradable de lo que era antes en esa inmensa prisión que se llama París? ¡Cómo lamento que no te haya sido posible buscar asilo en un país nuevo, como la América del Sur, donde, por lo menos, uno no teme ser presa de la miseria! Es verdad que a veces hay que temer otras calamidades. Así, la suerte de nuestro amigo Gobley me causa algunas inquietudes. Me entero que la fiebre amarilla asola a Montevideo. ¿Habrás tenido el tino de abandonar la ciudad con su familia en cuanto se declaró la epidemia? Hasta que no reciba una carta que me tranquilice, estaré muy inquieto.

De nosotros, mi querido amigo, nada tengo que decirte. Vivimos siempre muy retirados, viendo desfilar a lo lejos, como a sombras, a los polichinelas y a los fantoches de la gran comedia humana. No creas, sin embargo, que nos hemos vuelto escépticos. No; tomamos muy a pecho lo que acontece en la escena del mundo, y nos alegramos sobre todo de la influencia creciente que adquiere el elemento del trabajo en la marcha de la sociedad, y de la conciencia cada vez más grande que los trabajadores tienen de su fuerza. ¡Pero, cuánto les queda todavía por hacer! ¡Trabajemos!

Mi mujer te estrecha la mano, y yo siempre sigo siendo tu compañero y amigo.

*Eliseo Reclus*

Viena, agosto 10 de 1873

Queridos amigos:

Tengo la intención de abandonar Viena mañana por la noche, 11 de agosto, a las 9. Estaré, pues, probablemente, en Winterthur el día martes. Allí pasaré algunas horas y al anoecer me hallaré en Zurich.

Encontré a los amigos de Viena muy emocionados. A invitación del señor de Broglie, el generoso Andrassy, antes condenado a muerte por la noble causa de la libertad de los pueblos, ha resuelto expulsar a todos los comuneros establecidos en Viena. Sachs encabeza la lista y sólo ha sido exceptuado Rogeard a causa de la revocación previa de una orden semejante, por él motivada.

¿Se logrará disuadir de su decisión al noble magiar? Nuestros amigos lo dudan mucho. Se preparan, pues, a partir. Es un desastre para Sachs, cuyos negocios empezaban a marchar, para Barré que ganaba mucho dinero como primer cincelador de Viena, para Huguenot, cuya mujer está por dar a luz. Rogeard, aunque no está comprendido en la medida de expulsión, protestará sin duda alguna, y quizás lo veamos obligado a tomar el camino del destierro. ¡Cuán duro es todo ésto!

¡Que el amigo Keller no piense pues en venir a Viena!

Recibí la amable carta de Heim. Se ofrece para acompañarme a Winterthur, pero nos cruzaremos probablemente en el camino, él hacia Viena, yo de vuelta.

Hasta pronto, amigos.

*Eliseo*

*A M. de Gérando*

Sin fecha, Febrero de 1874

Mi querido Atila:

...Desde mi última carta, una gran desgracia ha venido a golpearme. Mi mujer murió algunos días después de dar a luz a un hijo<sup>1</sup>. La casa está muy vacía ahora: la anciana madre, el marido, las niñas, están embargadas por el sufrimiento. Mi mujer, que pregustaba la gran alegría de darle hospitalidad al regreso de su futuro viaje por Italia, no tendrá el placer de conocerlo y de agradecerle la amable prontitud con que usted me ha ayudado siempre.

No sé hacia adónde me veré obligado a emigrar para reemplazar por vulgares cursos públicos la excelente enseñanza que mi Fanny daba a mis hijitas. Pero hacia cualquier lado que dirija mis pasos, no dejaré de advertirle a fin de que en sus viajes no pase cerca nuestro sin que nos privemos del placer de verle.

Salude muy afectuosamente de mi parte a todos aquellos que le son queridos. ¡Que sean felices y que tengan una larga vida para felicidad de todos!

Su amigo,

*Eliseo Reclus*

*A Nadar*

Lugano, 24 de Junio de 1874

Queridísimo amigo:

Acabo de recibir la preciosa fotografía que me ha enviado: no sabría decirle cuánto me emocionó su testimonio de amistad. Para mí, que vivo más con los muertos que con los

<sup>1</sup> Eliseo ha escrito en una de sus cartas que si hay rachas de desgracia que tardan en agotarse, las de la dicha son por lo común demasiado cortas. La enfermedad era más grave de lo que se esperaba, una fiebre puerperal, de la que murieron madre e hijo. Tal como lo dijo Eliseo en la inhumación de su mujer: "Había durante apenas dos años gozado en Lugano de una deliciosa calma, sucediendo a un período tormentoso. El lugar del exilio había sido para ella menos duro que el de la patria". Eliseo no pudo soportar la soledad en aquel refugio que había sido para él un paraíso. A causa de sus trabajos y la educación de sus hijas, debió acercarse a París y a lugares próximos a escuelas. Pero se quedó un largo tiempo en regiones de Suiza.

vivos, ese retrato es uno de los objetos más preciados, y a usted se lo debo. Comúnmente, cuando pienso en París, esa ciudad que se ha dejado vencer dos veces, experimento un sentimiento de repulsión, pero si allí volviera alguna vez, iría a estrecharle la mano para tener al menos una alegría. Usted y todos aquellos que son buenos y fuertes, constituyen la nación.

Le pido presente mis respetos a su señora y a su valiente Pablo.

Su amigo,

*Eliseo Reclus*

P. S. Sofocada por las lágrimas, la pobre madre me ruega que agregue su agradecimiento al mío.

Lugano, 7 de Julio de 1874

*Mi querido Atila*

...En cuanto a regresar a Francia, no creo que podamos hacerlo muy pronto. Si triunfara el centro-izquierda, las palabras de M. Laboulaye serían muy ciertas: "Todos hemos marchado bajo la bandera de la República contra el enemigo exterior, ¿por qué no hemos de marchar bajo la misma bandera contra el enemigo interior?" El enemigo interior, ¿cuál es, sino todo hombre de justicia y de verdad?

Pero, aunque sin esperanza inmediata, no me siento descorazonado. Trabajemos a pesar de todo.

*Eliseo F. Reclus*

*A Onésimo Reclus, en París*

Lugano, 7 de Julio de 1874

Mi muy querido hermano:

Hoy mismo una nueva desgracia me obliga a preparar a toda prisa mi partida para Lemán. La pobre señora Lherminier<sup>1</sup> ha muerto de un ataque de apoplejía. La querida anciana deseaba morir, refugiarse de todas sus amarguras, en la muerte. Su anhelo ha sido cumplido, como ella quería. Ha muerto, tomando su baño, sin pronunciar un grito.

<sup>1</sup> Suegra de Eliseo.

Evidentemente sería culpable si dejara las niñitas expuestas a la melancolía de la soledad. Hay que arrancarlas de ese medio. Están preparando paquetes, bultos, arreglando y ordenando cosas, a fin de que podamos partir lo más pronto posible. María<sup>1</sup> ha hallado una casa; pero, si es menester, esperaremos en una pensión. Las pequeñas se portan a las mil maravillas, decididamente las respeto muchísimo.

De aquí en adelante escribe a Vevey, poste restante.

Te agradezco con emoción las pocas líneas relativas a tu hijo. La desdicha me ha vuelto triste, sombrío, lento; pero mi corazón es siempre el mismo; amo siempre y me alegra cuando oigo hablar de los míos.

Muy fraternalmente

*Eliseo F. Reclus*

¿No podrías venir, ya que me voy acercando?

P. S. — He terminado completamente mi trabajo para el Diccionario<sup>2</sup>.

*A M. de Gérando*

La Tour de Peilz, Vevey, Cantón de Vaud, Julio 27 de 1874

Querido Atila:

Le envío hoy el único ejemplar completo que he podido conseguir de mi trabajo. Está lleno de faltas, que usted descubrirá a primera vista, y no he tenido aún tiempo para corregirlo. Acerca de la parte que se conserva de mi artículo, no reconozco como mío más que el trabajo impreso en *La Tour du Monde*<sup>3</sup>. No creo que le hayan todavía enviado los tres o cuatro ejemplares que se le remiten, pero mi amigo Dumesnil se encargará de hacérselo llegar, si usted aún no los tiene. Los grabados que figuran, son oscuros, poco agradables a la vista.

Cuando usted pase por Suiza, me devolverá el ejemplar de mi trabajo que le envío en copias amarillas.

<sup>1</sup> María, la segunda hermana de Eliseo, señora de Grotz.

<sup>2</sup> *Diccionario Geográfico de las Comunas de Francia*. (París, Hachette).

<sup>3</sup> "Viaje a las regiones mineras de Transilvania Occidental". *Tour du Monde* del 4, 11 y 18 de Julio de 1874.

Usted me pregunta, querido amigo, *de omni re scibili et quibusdam aliis* a propósito de instrucción. No me animo todavía a responderle. Es preciso hablar largamente de ello: este será el motivo de nuestras pláticas cuando nos volvamos a ver. Me limito a plantear dos o tres cuestiones preliminares:

¿Por qué las jóvenes no tendrían también necesidad de estudios especiales? ¿Se debe a que el matrimonio es el objeto principal de la mujer? ¿Pero ésto no es en la misma medida igualmente cierto para el hombre? ¿Es porque el hombre está destinado a ganarse su existencia por sí mismo? Pero, ¿por qué no habrá de ser lo mismo para la mujer? ¿Y la que es pobre no está acaso ya obligada a exigirle el pan a su propio trabajo? En fin, ¿no hay que prever siempre que la mujer pueda volverse pobre? Si expresara todo mi pensamiento, sería menester que lo hiciese en otra forma: ¿No será preferible que la mujer llegue a ser pobre para que pueda conquistar su puesto en la humanidad y su derecho a la existencia?

Si tuviera necesidad de enseñarle tres idiomas a un joven, sobre todo a un joven magiar como su pupilo, yo pensaría en el ruso. Es la principal lengua eslava. Su literatura, sin ser aun muy rica, ya tiene sin embargo un gran valor. Es el dialecto representativo de todos los esclavos: más de sesenta millones de hombres lo hablan; cien millones lo hablarán cuando su pupilo llegue a hombre. Yo reemplazaría el italiano, lengua de lujo y del pasado, por el ruso, lengua de trabajo y de porvenir.

No empezaría por todos los idiomas a la vez, sino por el más difícil, el ruso. Esto sería gimnasia intelectual, al mismo tiempo que un estudio especial.

El método Ollendorf es el que enseña a jerigonzar más pronto, pero es el peor, porque evita la reflexión. Yo tomaría el camino más largo, pero que conduciría a un resultado más serio; me proveería de un buen diccionario, aprendería de memoria algunos verbos usuales, casi todos los más irregulares, y me pondría de golpe a leer un buen autor. Daría la zambullida en plena corriente; así es como se forma un buen nadador.



Para otro día la continuación de esta charla. Mis saludos más afectuosos a todos los suyos, y un fuerte apretón de manos.

*Eliseo Reclus*

*A. M. de Gérando*

La Tour de Peilz, Cantón de Vaud, diciembre 11 de 1874.

Querido Atila:

Su carta me produjo un gran placer puesto que temía haberlo disgustado. Me preguntaba si, por inadvertencia de mi parte o por un descuido de los impresores, mi relato de viaje en Transilvania contenía quién sabe qué cosa de hiriente para usted, y me disponía a escribirle. Estoy encantado de hallarme inmaculado ante sus ojos.

Le ruego que felicite a sus primas por la suerte que tienen de contar con tan excelentes facilidades de instrucción. Bien dotadas como son, deseosas de saber, no pueden dejar de llegar a ser útiles, de vivir una vida que no será, como tantas otras, un robo hecho a la naturaleza.

Usted tiene perfectamente razón al no poner libros de geografía en las manos de sus alumnos y al enseñar usted mismo en alta voz. Los libros no deben servir más que a los profesores: en las manos de los alumnos hacen por lo general más mal que bien; enseñan verdades mezcladas con errores, pero privan al niño de su iniciativa intelectual. La obra de Levasseur me parece muy buena como *memento*, pero es un poco árida. La geografía de Cortambert me parece carente en absoluto de todo sentimiento viviente. La Tierra podría ser de metal, las ciudades de papel y los hombres de cartón, y el autor no tendría que cambiar una palabra de su libraco. En cuanto a manual de geografía, el mejor me parece el de mi hermano Onésimo, editado hace dos o tres meses por Mulo.<sup>1</sup>

Templier habla de empezar la publicación de mi Geografía en enero o febrero.

Trataré de hallar un artista que pueda instruirme sobre la cuestión que usted me plantea relativa al arte del Norte.

<sup>1</sup> Reeditado después por Hachette y Cía. con el título: *La Tierra a vuelo de pájaro*.

Le estrecho la mano y le ruego hacer presente mis recuerdos a los suyos y a Rogeard.

Muy afectuosamente,

*Eliseo F. Reclus*

[NOTA SOBRE LAS RELACIONES DE ELISEO RECLUS  
CON MIGUEL BAKUNIN]

Se ve ya aparecer repetidas veces el nombre de Bakunin en las cartas de Eliseo. Sin tener correspondencia regular, se escribían de cuando en cuando y se veían con más frecuencia todavía, en el curso de sus respectivos viajes y en ocasión de congresos socialistas y otros. Por desgracia, pocas cartas se conservan, salvo dos de Eliseo, y para llenar esta laguna, insertamos aquí una comunicación enviada expresamente por el doctor Max Nettlau, eminente biógrafo de Bakunin, a nuestro requerimiento. Hela aquí:

“En 1864, al llegar Bukunin a Florencia, viniendo de Suecia y Londres, conoció en París a los hermanos Reclus, probablemente por intermedio de Herzen o de amigos polacos. Buscaba establecer entonces relaciones continuadas entre los revolucionarios, por medio de una sociedad secreta, “La Fraternidad Internacional”, a la que se adhirieron Elías y Eliseo Reclus.

“Sin tomar parte activa en los actos de la Sociedad, Eliseo fué, como la mayoría de sus miembros, firmante de la protesta colectiva de los disidentes en el “Congreso de la Paz y de la Libertad”, realizado en Berna en setiembre 1868. No obstante, Eliseo no participó de la nueva organización creada por la minoría disidente bajo el nombre de “Alianza Internacional de la Democracia Socialista”, con sede en Ginebra.

“Durante el invierno 1868-69, la “Fraternidad Internacional” fué disuelta, habiendo surgido disentimientos a raíz de la actitud más bien republicana que revolucionaria de Elías Reclus en España, cuando ocurrió el levantamiento que derribó el trono de los Borbones; Fanelli, delegado italiano, se había asimismo quejado de que su propaganda anarquista fuera contrarrestada. Esta escisión en el partido avanzado fué muy comentada por los diarios. En 1869, la señora André Leo se puso a predicar un socialismo de conciliación que combatía Bakunin en *L’Egalité* de Ginebra. Un manuscrito de Bakunin, fecha-

do en 1871, vuelve sobre esta polémica. Extractamos el pasaje siguiente: ‘No tengo el honor de conocer personalmente a la señora André Leo, pero la conozco en cambio por sus bellas novelas sociales... y también sobre todo como amiga de sus amigos más íntimos, entre los cuales citaré a los dos hermanos Reclus, dos sabios, y al mismo tiempo los hombres más modestos, más nobles, más desinteresados, más puros, más religiosamente consagrados a sus principios que haya encontrado en mi vida. Si Mazzini los hubiera conocido como yo, se habría convencido que se puede ser profundamente religioso aún profesando el ateísmo. Son por excelencia hombres fieles al deber, y han cumplido su deber hasta el final. Ambos han servido a la Comuna. Ignoro qué ha sido del mayor, pero en cambio sé que el segundo se encuentra en los pontones de Brest con millares de guardias nacionales, prisioneros como él y a los que apoya con su inteligencia siempre serena y con su admirable moral. Unidos en los principios, nos hemos separado con frecuencia; casi siempre en la cuestión de la realización de los principios’.

“Por notas extraídas del diario cotidiano de Bakunin, sabemos que después del arribo de Eliseo a Suiza, después de los acontecimientos de la Comuna, se visitaron y mantuvieron correspondencia durante los dos primeros años. En 1874, Bakunin, habiendo tomado la resolución de retirarse del movimiento para redactar sus *Memorias*, y exponer por escrito el conjunto de sus ideas, preguntó a Eliseo si quería encargarse de su redacción literaria en francés, lo que fué aceptado por una primera carta del 14 de diciembre, y confirmado por otra carta, cuyo texto sigue a esta nota”.

### *A Miguel Bakunin*

Tour de Peilz, Cantón de Vaud, Febrero 8 de 1875

Mi buen amigo:

Me enteré de que mi carta del 13 de diciembre no te ha llegado, lo que me obliga a pensar que fué impulsada por algún alud del Gotardo, pero no era preciso que la leyeras para saber que sigo siendo tu sincero amigo y tu hermano indepen-

diente<sup>1</sup>. No es menester decirte que estoy completamente a tu disposición para la revisión desde el punto de vista del idioma, de tus manuscritos presentes y futuros. Espero con impaciencia tus *Memorias* y el *Estado de mis ideas*. Trabaja, amigo mío, que ya habrá tiempo para el ocio. El río desbordado de la Revolución ha entrado en su cauce sin haber ocasionado mayor daño.

He sabido que Guesde se halla en situación por demás lamentable. Se muere literalmente de hambre; triste higiene para un tísico. Se me ha dicho que está a punto de entregarse a las autoridades francesas, pues el encierro en una cárcel central le resulta preferible a la situación en que se encuentra. Morir por morir, podría escoger un género de muerte más grande y digna; pero nosotros, que no estamos en su situación, no tenemos por qué juzgarlo. Si puedes serle útil en algo, si dispones de la ayuda de algunos amigos, acude en su auxilio.

He conocido en Ginebra a tu amigo Saigne<sup>2</sup>: fué de mi agrado.

Te diré que no me aflige lo que pasa en Francia. La evolución que se cumple es una evolución normal. Es la burguesía en el estado abstracto, sin aparato religioso, sin viejos símbolos, la que va a reinar sobre nosotros. Tanto mejor, así dará la justa medida de su valor. Tendremos que pasar por malos días, pero al menos la experiencia será concluyente y cabal.

Mis hijitas, para cuya educación debí abandonar Lugano, van bien. Saluda a tu mujer y a los amigos.

Tu viejo camarada,

*Eliseo Reclus*

<sup>1</sup> *Independiente*: esta palabra —dice el gran biógrafo Nettlau— señala la nueva actitud de Eliseo respecto a Bakunin. En 1864 era su hermano en el seno de la misma organización de fraternidad internacional; en 1875 sigue siendo hermano, pero quiere ser independiente.

<sup>2</sup> Saigne, uno de los más ardientes promotores del movimiento revolucionario del 29 de Septiembre de 1871 en Lyon.

*A la señora Dumesnil, en Vasceuil*

Vevey, 12 octubre 1875

Mi querida hermana:

...Yo también tengo una noticia que daros. Creo que la aprobaréis, pues si no hubiera obrado como lo hago, la vida sería muy penosa para mí y arriesgaría como un jugador el porvenir de mis hijitas: vuelvo de Zurich donde me he casado con la Señora Ermance. Mis hijitas están muy contentas, y me siento más animoso. La que ha sido siempre para mí devota amiga, será también una madre para mis hijas: la contemplo en la obra hace varios meses y estoy encantado; en cuanto a mí, no deseo más que una cosa: ser tan simplemente, tan naturalmente bueno como ella se ha mostrado siempre conmigo.

Os abraza muy afectuosamente, vuestro hermano

*Eliseo F. Reclus.*

*A la señora Dumesnil, en Vasceuil*

Vevey, sin fecha, probablemente diciembre de 1875

Mi querida hermana:

Haremos todo lo que podamos por el valiente N.<sup>1</sup> Me agradan bastante los potes de barro que se hacen añicos contra los potes de hierro.

Desde que estoy en Suiza, abogo ante todos los amigos de Francia para que no se olviden de los desterrados. Hemos visto muchos males irreparables que hubieran podido evitarse con un poco de simpatía y afecto. Si pudieseis organizar un "fondo de ayuda" para los desterrados que sufren, habriais obrado con justicia. Francia está adorando sus riquezas. ¡La hemos visto admirarse hasta las lágrimas a causa de los cuarenta y tres millones que ha prestado al "Libertador", mediante intereses y primas; pero en cambio, se hace muy pronto la cuenta de lo que ha suscripto en favor de los desterrados, que no son sin embargo los menos dignos de sus hijos! Pensad y haced pensar a todos aquellos a quienes veis. Un poco de

<sup>1</sup> Un excelente hombre que había sido condenado a prisión por insultar a la Magistratura y que pudo pasar la frontera.

bondad entre nuestros republicanos valdría más que esa sabia política y esa “prudencia” que los ha llevado al atolladero en que los vemos.

Nuestro plan sería el de enviaros las niñas en el año próximo. Si los fondos lo permiten, iríamos a encontrarnos con uno de vosotros en la frontera de Bélgica; nosotros no tendríamos la alegría de volver a ver el dulce Vascœuil, pero las niñas irían, por ellas y por nosotros a la vez; mientras tanto, nosotros iríamos a trabajar en las bibliotecas de Londres.

Tal es el plan, en el caso de que podamos llevarlo a cabo. Por lo menos es grato pensar que nos acercaremos un poco a los que amamos.

Muy afectuosamente a todos,

Vuestro hermano,

*Eliseo F. Reclus*

*A M. de Gérando*

Vevey, enero 11 de 1877

... A estas horas ya debe usted haber recibido la *Revue de Géographie* del señor Drapeyron. Le confieso que esperaba algo mejor. Esa carta de Picard, que no sabe una palabra de geografía, encabezando la página primera del diario como una bandera plantada en el mástil mayor de un navío; esa pretensión de querer regir la política por la geografía, pretensión que podría no tener en el fondo otro móvil que el de hacer servir la geografía para las ambiciones políticas; esa vergonzosa invitación formulada al gobierno para constituir una academia de geografía, academia que se haría sin duda sobre el modelo de las otras; en fin, eso de quemar el incensario en torno a la rueda circular, que va desde el señor Garcin, asesino de Milliére, hasta a un infame comunero como yo, todo eso me ha desagradado, y me felicito en extremo por no haberme dejado arrastrar en una intervención directa en la fundación de esa revista.

Me parece también que el punto de partida de Drapeyron para la enseñanza de la geografía, está muy mal elegido. Según él, el estudio de la geografía debe comenzar, no ya por la cosmografía, como es costumbre, sino por la topografía; esto es entender la ciencia de la manera más estrecha. La vida no se acomoda a esos modos arbitrarios de enseñanza. Ahora

bien, la ciencia debe ser una cosa viva; de lo contrario no es más que miserable escolástica. Como una planta que busca y agota su alimento a distancia, por medio de todas sus raíces, como por los poros de sus hojas; así también la geografía debe empezar por todo a la vez: cosmografía, historia natural, topografía. Toda la naturaleza es una inmensa síntesis que se nos presenta en toda su amplitud y no por partes; tócanos pues distinguir poco a poco los elementos diversos de este conjunto confuso en apariencia. Así es cómo el niño, utilizando todos sus sentidos a la vez, aprende poco a poco a reconocer el mundo total que le rodea. El gran arte del profesor, sea profesor de geografía o de cualquier otra ciencia, reside precisamente en saber enseñar todo en todo, y en variar hasta lo infinito los puntos de vista, a fin de tener siempre el espíritu alerta y de facilitarle incesantemente nuevas conquistas.

Pero, me alejo un poco de la *Revue de Géographie*. Todo lo que digo de ella no me impide hacer votos por el éxito de la misma; al contrario, importa dotar de un alma a ese cuerpo. Siempre es agradable, cuando la dignidad lo permite, trabajar modestamente en una obra útil, dejando a los otros buscar en ella su interés o cualquier otro beneficio secundario de ambición o de vanidad.

Le estrecho muy afectuosamente la mano. Le rogamos que haga presente nuestros recuerdos a los bondadosos genios domésticos.

*Eliseo F. Reclus*

*A M. de Gérando*

Vevey, 10 de Febrero de 1877

Mi caro amigo:

Mañana le enviaré el último paquete de los *Droits de l'Homme*. El moderado Jules Simon ha suprimido este periódico, y los republicanos de la Cámara no hicieron objeción alguna a este abuso de la autoridad. ¡Pocos episodios de la historia contemporánea me han descorazonado tanto!

Soy poco afecto a los honores, usted bien lo sabe; me he sentido no menos temeroso que agradecido al incluirseme en el destacado número de los miembros honorarios de la Sociedad de Geografía de Pest. ¿Qué servicios puedo prestar a cambio

de este nombramiento? Y sino puedo prestarlos, es inútil que me haya convertido en colega suyo. Con todo, le ruego hacer llegar la carta adjunta al Secretario de la Sociedad...

Muy cordialmente suyo...

*Eliseo F. Reclus*

*A M. de Gérando*

Carlsbad, mayo 25 de 1877

Mi muy querido amigo:

Efectuamos un rápido viaje por el centro de Alemania, Bohemia y Austria. Nos hemos preguntado si no podríamos llegar hasta Szathmar; pero después de haber estudiado seriamente el asunto, desde el punto de vista de las finanzas y del tiempo, hemos comprendido que debíamos privarnos del gran placer de ir a visitarlo.

Tal como usted dice, los acontecimientos son muy graves. Ahora está en juego la existencia política de varios pueblos.

¿Qué será de ustedes, los magiares, si Inglaterra tarda más tiempo en defender sus propios intereses y los de ustedes?

En cuanto a Austria, parece estar compuesta por dos grandes partidos, los intimidados y los cómplices.

En todo caso, hay una cosa cierta: las grandes aglomeraciones nacionales se harán justamente cuando la fuerza inmensa del patriotismo de raza y la confraternidad del lenguaje ayude al crecimiento de los imperios; por ella se agrandará Rusia, tal como se han consolidado Alemania y se ha creado Italia. Pero no veamos en esto más que una etapa. Intereses superiores, una moral más alta, agruparán a los hombres, no según los idiomas y los pretendidos orígenes —pues todos estamos mezclados por los cruzamientos—, sino según la concepción del derecho y del deber. De un lado, aquellos que quieren aprovecharse de la injusticia y de la desigualdad; del otro, aquellos que luchan por su propia libertad y por la de sus semejantes.

No le hablo de los asuntos de Francia: estoy profundamente humillado. No obstante, reconozco que si el partido republicano conserva alguna firmeza y perseverancia, podrá salir triunfante de la lucha, ¿pero la firmeza y la perseverancia pueden ser cualidades de hombres sin principios, de oportu-



nistas?... Veremos, pero la úlcera clerical ha roído hondamente la carne.

El diario *Le Travailleur*<sup>1</sup>, cuyos principales redactores son amigos míos, está destinado a convertirse en toda una revista de los acontecimientos y en una tribuna de las ideas desde el punto de vista revolucionario. Pero, hasta el presente, nuestro personal de redactores es muy escaso. El apoyo de Rogeard nos significará una gran ayuda: él solo valdrá más para nosotros que todos los otros corresponsales; pero, a nuestro juicio, *Le Travailleur* no nos producirá jamás beneficio; por el contrario, nos costará dinero. En cuanto a *La Commune* de Félix Pyat, no sé en qué condiciones está proyectada. ¿Cumpliremos bien nuestra tarea? A veces tengo dudas, pero no las tengo con relación a su escuela en Pafalva. He aquí un excelente pensamiento: trabajemos para los pequeños. Hagamos de ellos hombres mejores que nosotros, más rectos y más fuertes.

Le estrecho afectuosamente la mano y le envío nuestro más cordial saludo.

*Eliseo F. Reclus*

*A M. de Gérando*

Vevey, octubre 24 de 1877

Mi muy querido amigo:

.....

Como usted, leo con tristeza los diarios que nos llegan de Francia. Entre los que luchan ahora contra Mac-Mahon, los jesuitas y los arrastra-sables de su cohorte, distingo pocos hombres que tengan la mirada y la médula del héroe. ¿Cuáles son sus principios? Muy poca cosa. Algo de liberalismo para ellos y para su mundo, un ligero barniz de libertad; pero la continuación de todos los abusos, el mantenimiento de todo lo que ha originado el infortunio de Francia: ejército, iglesia, magistratura, administración. ¿Pueden acaso ser hombres capaces de llegar al término de su deber, como Mac-Mahon está dispuesto a llegar al término de su crimen? ¿Sabrán rechazar el impuesto, y sobre todo ser los primeros en no pagarlo? ¿Sería quimérico esperar ésto de ellos?

<sup>1</sup> *Le Travailleur*, órgano comunista-anárquico, publicado en Ginebra (Mayo de 1877 a Abril-Mayo de 1878).

Por otra parte, lo que los pinta de cuerpo entero, es el entusiasmo que sienten por ese malvado que lleva el nombre de Thiers. Lo han ensalzado como a un dios y, sin embargo, ninguno de ellos osaría decir tan sólo que fué un “hombre honrado”. Genial, si se quiere, ¿pero dónde estaba su corazón? Que se estudie la vida indecente de ese hombre ante el cual los republicanos franceses fingen prosternarse, ya que, en el fondo, no hay uno que no sepa perfectamente que era un miserable. Pero la política pervierte a los mejores. Todos esos diputados y periodistas se creen hombres superiores porque saben mentir, intrigar, volverse serviles y rastreros.

Un inglés, Senior, acaba de publicar las notas que tomó en 1852, dictadas por Thiers. Pueden leerse allí cosas muy instructivas. Pueden verse como ese hombrecillo funesto trabajó siempre por lo que él llamaba la “grandeza militar” de Francia y siempre contra su verdadera grandeza moral. Le recomiendo sobre todo una conversación de Thiers relativa a Kosuth, a quien no temía llamar —él, ministro concusionario— un “licencioso”.

Cuide bien su salud. Cuando nos sea posible ir a verlo en su retiro de Pafalva, sentiremos una gran alegría. Ya que la señorita Bella se dedicó a la pintura, dígame que no se limite a pintar para agradar, y que llegue a ser una artista verdadera cuyos cuadros hagan pensar.

Cuide su salud, que tan cara nos es a todos. Presente nuestros respetos a todos los suyos. Infunda coraje al desterrado<sup>1</sup>.

Su afectísimo,

*Eliseo Reclus*

*A la señora Dumesnil, en Vasceuil*

Vevey, 27 de Diciembre de 1877

Mi muy querida hermana:

...Por aquí nada de nuevo. Mi suegra y las niñas se encuentran bien. Ermance está algo fatigada, y en lo que a mi respecta estoy un poco cacoquimio, siguiendo mis malas costumbres de invierno. Nos quisiéramos ir a calentarnos a Italia; posiblemente tenga necesidad por mi salud, pero el estado

<sup>1</sup> Rogeard.

de las finanzas y las necesidades del trabajo se oponen a ello. Sin embargo habrá que tomar una decisión.

...No tengo siempre esa alegría pujante que es la demostración de la verdadera fuerza. Con más frecuencia de lo que debería, descanso melancólicamente a lo largo del camino de la vida, y también a veces lo he encontrado duro. Está mal. Ríñeme, querida hermana.

Hemos recibido noticias de Elías y de Noemí, hace tres días: están bien de salud.

Muy cordialmente, a tí y a todos.

*Eliseo Reclus*

### *A Elías Reclus*

Vevey, sin fecha, Diciembre de 1877

Mis amigos:

Hace un instante recibimos vuestra carta.

Es grave, grave, grave, pero no soy hombre para desaconsejar al audaz, y estoy muy contento de haber hecho el viaje a América para no disuadir a nadie de un gran viaje a Estados Unidos<sup>1</sup>. ¡Pero es triste separarse!

*Eliseo*

<sup>1</sup> La guerra ruso-turca acababa de estallar y ocupaba un lugar casi exclusivo en las preocupaciones de los espíritus rusos. El Director del *Dielo* insistió acerca de Elías para que fuera a continuar en los campamentos rusos del Danubio y las llanuras búlgaras, su trabajo de corresponsal. Pero repugnaba a Elías la contemplación de los horrosos espectáculos de la guerra, el complacer sobre todo a las pasiones chauvinistas de los lectores. Se separó entonces con emoción de sus fieles amigos rusos, con quienes mantuvo relaciones cordiales durante largos años, y partió *incontinenti* para América, donde le propusieron colaborar en una de las principales revistas. Fué, naturalmente, acogido con gran cortesía, pero desde el primer artículo la contienda se declaró: ¡No había tenido Elías el *impudor* de hablar de los hermanos Goncourt y de su obra *La hija Elisa!* El director de la colección americana declaró que la pureza moral de sus lectores le impedía tratar cuestión semejante; de modo que Elías, después de haber cumplido su viaje de estudios e impresiones por los Estados de Nueva York y Massachussetts, se dirigió hacia la hospitalaria Inglaterra, donde se había ya refugiado en su primer exilio.

Nápoles, febrero 17 de 1878

Considera mi disgusto. En el transcurso de un año fui dos veces a Amberes; dos veces quizás me haya rozado contigo en la calle, sin poder estrecharte la mano. Caminando por la ciudad, solía decirme: ¿Dónde estará Buurmans? ¿En Buenos Aires, en París, en Bruselas, quizás en Amberes mismo? Después de mi último viaje, hace dos meses, me informé por Chauvière que estabas probablemente en Amberes, pero que no habías visto a ninguno de tus viejos amigos, que habías desaparecido por completo de nuestro horizonte. El último recuerdo que conservaba de ti era el de la muerte de tu queridísimo hijo, y me preguntaba si esta muerte había sido para ti el golpe de gracia: temía que te hubieses vuelto misántropo, aún para los amigos, y no me atrevía a buscarte a toda costa como lo habría hecho en tiempos normales. Perdóname. Ahora el hielo se ha roto y tendremos ocasión de vernos. Entretanto, escribámonos. No pasará mucho tiempo sin que recibas pruebas relativas a los Flamencos y a la ciudad de Amberes, que tendrás la bondad de corregírmelas, de agregar notas marginales, y de enriquecérmelas con tus observaciones. Tendré también el placer de poner tu nombre en mi libro y, siempre que pueda introducir en el mismo, el nombre de un comunero en lugar del nombre de algún viejo profesor reaccionario, quedaré encantado.

Te felicito de todo corazón, dichoso de saberte al fin vencedor en el duro combate de la vida. Cuando soltero, he estado también en la miseria, falto a menudo de pan y de albergue; pero esta miseria era filosóficamente sobrellevada, mientras que, más tarde, cuando tuve mujer e hijos, las aprensiones causadas por la pobreza fueron muchas veces terribles. Vuelto responsable de los sufrimientos de otros, me sentía verdaderamente criminal al no tener dinero en el bolsillo; una queja de mis hijos, una mirada triste de mi mujer me traspasan todavía el corazón cuando mi memoria me trasporta a ese tiempo de pobreza. Y sin embargo, esta pobreza hubiese sido considerada como la riqueza misma por tantos famélicos como los que encuentro aquí a centenares en un solo paseo. ¡Es, pues, una felicidad para mí,

amigo mío, saber que al fin has pisado tierra firme, luego de haber corrido tantas veces el riesgo de naufragar con los tuyos!

Pero permítome creer que exageras la situación cuando dices que estás “perdido” para el socialismo. ¿No tienes ningún instante de reposo? ¿El trabajo que te impone tu patrón es un trabajo forzado en todo momento? No es probable, porque eres el primer empleado y, por lo tanto, en virtud de la regla de las proporciones inversas, tu trabajo debe disminuir en razón al aumento de tu sueldo. Pues bien, ¿a qué están dedicadas tus horas libres sino a mejorarte, a fortalecerte, a acrecentar tus conocimientos para ser útil a la causa común en cuanto se presente la ocasión? ¿No me dices que has llevado al *Werker* una serie de artículos sobre la América del Sur y Buenos Aires? Y esos artículos no eran simples fantasías; contenían evidentemente algo de tu pensamiento íntimo: el que los había escrito era el Buurmans de la sección de Quélern. Trabaja, querido amigo, y guarda preciosamente en ti el rico tesoro de nuestras ideas y de nuestras reivindicaciones sociales; el que piensa, aún aisladamente, el que sólo hace la revolución bajo su cráneo, no es por ello menos revolucionario, y dejará también su huella tras de sí: pues bien sabes que nada se pierde, pues asimismo hay lo que Grove denomina conservación de la energía.

La prueba de que no estás muerto, aunque lo digas, es que la cuestión flamenca, no obstante ser un detalle infinitamente pequeño en la cuestión social, te ocupa y te apasiona todavía. Como tú, opino que la destrucción de las comunas flamencas ha sido una de las grandes desgracias de la humanidad; creo también que su aplastamiento por la burguesía de lengua francesa es una ignominia, y, como tú, estoy descorazonado. Sin duda, vuestras comunas son libres en derecho: a ellas corresponde agruparse como lo entiendan, con otras comunas flamencas o neerlandesas, del Sur o del Norte. Es un atentado intervenir entre los flamencos, en su lengua, en su pensamiento mismo, y decirles: “En tal o cual circunstancia, hablarás francés”. Pero se está en la plenitud de derechos cuando los flamencos se limitan a luchar por la conquista de un solo derecho, el flamenco, y no por el dere-

cho humano, ¿cómo quieres que nos interesen entonces y nos arrastren apasionadamente tras ellos? Algunos de entre ellos —tú lo sabes mejor que nadie—, han empequeñecido tanto su causa que la han vuelto solidaria con las conquistas germánicas. Ven en Bismark al gran campeón de la nacionalidad; hasta hablan de abandonar el flamenco como lengua literaria para adoptar el alto alemán como lengua de su completa emancipación (*Vanderkindere*); preparan, en fin, las vías de la conquista alemana que, mucho me lo temo, se hará tarde o temprano. Los soldados prusianos recuperarán sus “fronteras naturales” hasta Lille y Saint-Omer, y Pas-de-Calais; a su vez, serán para los ingleses los vecinos de enfrente. Anticipadamente, veo con tristeza estos acontecimientos futuros, pues, más que todos los otros pueblos, los alemanes representan la disciplina, es decir, la muerte.

Me enviarás tus artículos del *Werker*.

Gracias por las noticias que me has dado respecto a los tuyos; te ruego presentes mi saludos a tu mujer.

Probablemente no estés enterado de la desgracia que me ha ocurrido durante mi destierro. Mi amada compañera, la que durante el sitio y la Comuna tanto veló por nuestros hijos, la que defendió tan admirablemente mi honor, la que me hizo amar la vida, aquella de quien yo estaba orgulloso porque siempre me dió consejos de valor y de firmeza, y porque era la mejor parte de mi ser, esta querida mujer ha muerto. Depositó sus restos bajo una losa en Lugano, junto al cuerpo del niño que acababa de darme y al de su madre que murió también varios días después. Pasados estos días de duelo, mis queridas hijitas, por las que siento tanta estima y afecto, recobraron sus fuerzas; pero yo he cambiado mucho. En la conversación animada, cuando se trata de la causa, siempre sigo siendo el mismo; pero en la vida corriente soy el más taciturno de los hombres. Mis hijas me riñen. Y tienen razón, pero sigo silencioso. Mi juventud se fué con la compañera de mi juventud.

Incapaz de atender solo mi casa, me volví a casar con una de mis primas, amiga probada, a quien mis hijas quieren como a una madre, retribuyéndole afecto por afecto. Me acompañó a Nápoles, a donde me llevó el cuidado de mi salud. En mi viaje por los Países Bajos contraí una bronquitis

—quizás en Amberes— y vine a curarme aquí, para que no se me agravara en Suiza.

Este viaje y mis grandes ocupaciones te explican por qué no contesté de inmediato tu carta, la que, por otra parte, ha hecho muchos zigzags antes de llegar a mi poder. Mi lugar de residencia no es Ginebra. Mi dirección es la siguiente: Vevey, Cantón de Vaud, 2, Plaza Oriental.

En Nápoles, donde debo permanecer dos meses todavía, puedes escribirme, ya sea a poste restante, ya a casa de Margheri, Librería, Vía Roma 140, Nápoles.

Arturo Arnould reside en Ginebra y creo que, en efecto, empieza a arreglárselas, gracias al *Réveil*<sup>1</sup> No lo he visto más que una vez, desde mi regreso: ha encanecido por completo. Goble<sup>2</sup> no pudo contestarte desde Montevideo porque dejó esta ciudad hace bastante tiempo. Se fué a Río, y de Río a Buenos Aires, a donde puedes escribirle, poste restante: aquí no tengo su dirección exacta. Su hijo está en la Universidad; su mujer le ha dado otro niño.

Chauvière se casó con una mujer verdaderamente encantadora; me agradó conocerla.

Mi hermano Elías no ha tenido suerte durante el último año. Perdió su corresponsalía con Rusia de la que vivió durante quince años. Con grandes esfuerzos, después de un viaje a Nueva York, pudo conseguir nuevamente un trabajo regular. Vive ahora en Londres con su mujer, pero sus dos hijos estudian en París, el mayor entre los primeros de la Escuela Central.

Según las últimas noticias, Colleau, Jouanneau, Aveline<sup>3</sup>, están bien de salud.

Tu amigo afectísimo,

*Eliseo F. Reclus*

<sup>1</sup> (Error de pluma o de memoria). *Le Réveil*, de Ginebra, fundado por los proscritos, no apareció en 1878. Fué en el cotidiano *La Révolution*, de París, donde se publicaron los artículos de Arturo Arnould.

<sup>2</sup> Goble, camarada de prisión de Buurmans y de Eliseo en el Fuerte de Quélern.

<sup>3</sup> Otros compañeros de cautiverio.

A Víctor Buurmans

Vevey, Plaza Oriental 2, 25 de Abril de 1873

Mi querido amigo:

Empiezo a explotarte, enviándote este pequeño croquis sobre Amberes y sus fortalezas, copiado de un plano de la ciudad y de un mapa del Estado Mayor. ¿Qué significa este puente de vía férrea que no se relaciona con nada? ¿Está terminado, en construcción, o solamente en proyecto? ¿Y si está hecho o si debe hacerse, cómo se enlaza con la vía férrea de la orilla izquierda? Hazme el favor, amigo mío, de devolverme este pequeño mapa con tus anotaciones.

Me hablas de tus dudas, de tus pensamientos, cuando ves a los obreros vivir a la ventura, sin preocuparse de la justicia, prontos a injuriar a su mejor amigo si ello puede reportarles un pedazo de pan. Si pudiera infundirte coraje diciéndote que un día triunfaremos, que la conciencia de la justicia se desarrollará en todos los hombres, que llegaremos a ser iguales y hermanos, lo haría con placer, pero te confieso, amigo mío, que estoy lejos de creer en el progreso como un axioma. Por mi parte, lucho por que yo sé que es la buena causa, pues así me adapto a mi sentido de la justicia. Es una cuestión de conciencia y no una cuestión de esperanza. Que tengamos éxito o no, poco importa; nosotros habremos sido, al menos, los intérpretes de la voz interior.

No pidiéndole nada al destino, todo lo que él nos acuerde, tanto más me placará. En todo caso, nos concede camaradas de lucha. No estamos solos en el combate. Léete en los diarios lo que acaba de pasar en Rusia.

Para más tarde la continuación de esta plática. No he recibido tus artículos del *Werker*. Sólo me llegó un número, pero no he visto en él tu trabajo.

Tu amigo,

Eliseo F. Reclus



*A Alfredo Dumesnil, Vascœuil*

Chalet del Pequeño Muveran, Villars sur Ollon,  
Cantón de Vaud, Julio 17 de 1878

Mi muy querido amigo:

Recibí sus artículos sobre las *Flores* y el libro del amigo Noel, *Michelet y sus niños*.

En mi pensamiento, asocio estos dos presentes, pues ambos vienen de lo más profundo de su ser. El libro de Noel y que es también un poco suyo, me habla de su juventud, de sus alegrías más profundas y de sus dolores más íntimos, de sus luchas y de su incesante renovación.

Sus artículos que, para otros, no parecen hablar más que de la Exposición y de la jardinería, a mí me hacen convivir con usted en el dulce Vascœuil, en comunión con la naturaleza, cuidando las flores para su propia revelación, para hacerles vivir su vida más intensa, para desenvolver en ellas todas las fuerzas ocultas. La vida lo ha iniciado en sus penas y en sus alegrías y lo ha convertido ahora en iniciador. Ya se trate de hombres o de plantas, la obra es la misma. Hay que evocar la fuerza latente en todo lo que nos rodea, hay que hacer surgir la belleza aún oculta, hay que cambiar en flor la espina y el brote en hoja. ¡Todo lo que usted escribe sobre sus queridas plantas se aplica tan perfectamente a los hombres! Para mí, sus artículos son una memoria de sociología: como anarquista educador, encontré allí muchísimos argumentos.

No tengo necesidad de decirle, mi querido amigo, cómo me adhiero a usted, de todo corazón, en la gran empresa de reivindicación y salvación que usted ha comenzado. Tendrá que soportar muchas desazones, pero se es muy fuerte cuando se tiene en sí la conciencia, la verdad, la buena voluntad sin desmayo.

Nosotros estamos aquí rodeados por elevadas praderas, en el centro de un circo de montañas admirables. ¿Tendremos el placer de vernos aquí? Son los amigos los que consagran la naturaleza y la hacen realmente hermosa.

Su amigo afectísimo,

*Eliseo*

Honorables ciudadanos <sup>1</sup>:

El derecho de escribiros y de firmar mi carta con mi nombre, sin que por ello seáis encarcelados o condenados a una multa, acaba de serme devuelto. Sería un hombre vil si mi primera palabra no fuera una palabra de solidaridad, de respeto y de amor para mis compañeros de destierro y para aquellos, que golpeados más duramente que yo, pueblan todavía las prisiones o la mazmorra de Nueva Caledonia. Entre estos hombres "cubiertos de un eterno baldón", están mis más nobles amigos, aquellos a quienes más venero, aquellos cuya estima es mi bien máspreciado. Su causa es siempre la mía, su honor es el mío, y todo insulto que se les dirija me llega a lo más profundo del corazón <sup>2</sup>.

*Eliseo Reclus*

*A Elías Reclus*

Villars sur Ollon, Julio 20 de 1879

Mi querido amigo:

Ermance tiene la intención de escribir mañana. Ella dará noticias de la casa; hablará de los niños, del chalet y de sus rosales. En suma, no hay nada nuevo. Todos trabajamos mucho.

Como tú, yo también leo los diarios con disgusto. Dejé de abonarme a ese inmundito *Journal de Genève*, y si no fuera por la *Marseillaise*, a la que me suscribió el pobre de Razoua unos meses antes de su muerte, no estaría enterado de lo que pasa en el hermoso país donde florece Andrieux. Buscas

<sup>1</sup> Una ley de amnistía había sido promulgada, a título de gracia, excluyendo a cierto número de proscritos. Estos, reunidos en Asamblea General celebrada en Ginebra el 28 de Marzo de 1879, protestaron mediante una declaración que Eliseo, amnistiado, no pudo firmar; pero él dirigió a la Asamblea la carta que antecede y que fué transmitida a los diarios.

<sup>2</sup> Al mismo tiempo, Eliseo rehusó una candidatura al Concejo Municipal de París: "Agradaciado oficialmente, creyó que su deber consistía en permanecer entre sus camaradas abandonados en el destierro".

el nombre de Gambon<sup>1</sup> en las listas de amnistía y no lo encuentras. Si sólo queda uno, será él, pues su influencia era grande y estaba rodeado por el respeto de todos. El buen amigo acaba de sufrir un accidente grave: yendo a buscar agua al arroyo para regar su jardín, se resbaló sobre un tronco de árbol y se cayó al agua con tanta mala suerte que chocó de costado contra una saliente del tronco. Tiene una costilla rota, pero los órganos interiores no fueron afectados. El médico dijo que tendría para un mes de cama y con vendaje al pecho. Es un desastre para la familia Fournier<sup>2</sup>, pues los negocios andan muy mal. La última vez que los ví, hace varios días, quizás una semana antes del accidente, se habían puesto a hacer zuecos. Los tres ancianos trabajan con bríos en tallar; decoran y pintan galochas, todo lo cual debe reportarles, en días buenos, cuatro francos para los tres.

Tenemos a otro amigo en el infortunio. A Klementz, uno de los más honrados y modestos jóvenes que he conocido. En aquella época, este joven valeroso y puro vino a visitarnos al chalet, antes de su partida para Rusia. Ahora está en la fortaleza de San Pedro y San Pablo, y de allí no saldrá nunca<sup>3</sup>. Es una pena muy grande para todos. Como tú dices, estos nihilistas son ahora la sal de la tierra. Su abnegación, su desprecio por la muerte, su espíritu de solidaridad, su tranquilidad de alma me maravillan y me avergüenzan al compararme a ellos.

Estamos muy contentos porque Pablo vendrá a visitarnos en este año. Como este viaje debe serle doblemente útil pa-

<sup>1</sup> Gambon, diputado en 1848, sufrió, de acuerdo con el proceso de Versalles (Octubre 1849), la pena de prisión, primero en Doullens, luego en Belle-Ile y en Corte. Después de la amnistía, se hizo célebre, no por sus austeras virtudes republicanas que practicó hasta la muerte, sino por su negativa a pagar el impuesto al gobierno imperial. Habiéndose el fisco incautado de una vaca en sus pequeños dominios, se habló mucho en los diarios de "la vaca de Gambon". Murió en 1887.

<sup>2</sup> La familia Fournier, con la cual vivió Gambon en Pully, cerca de Lausana.

<sup>3</sup> "Klements salió, sin embargo, y vive todavía. Es un sabio muy estimado". (Nota de la edición francesa de 1911).

ra su instrucción y para su salud, dile que lo haga a mis expensas.

Abrazos al corro que te rodea,

*Eliseo*

*A Carlos Normand, Secretario de la Sociedad de los Amigos de los Monumentos Parisienses*<sup>1</sup>

Villars sur Ollon, septiembre 24 de 1879

Señor:

Un viaje por las montañas me impidió contestar de inmediato, como hubiera sido mi deseo, a su amable e interesante carta.

Claro está que, sigo creyendo que el mejor medio de utilizar lo que resta de las Tullerías sería el de destinarlas a prolongación del Louvre, de modo que el conjunto del monumento fuera dedicado a las ciencias y a las artes. No basta con igualar los muros, con agregar piedras sobre piedras y dotar al perfil exterior de cierta armonía; es menester también que un plan interior corresponda al plan exterior; es preciso, por así decirlo, que un alma vivifique al gran cuerpo. De lo contrario, se pueden alinear indefinidamente las construcciones, que no dejarán de ser piedras y arena, un mismo edificio resguardando de un lado cuadros y del otro lado llenándose de papeluchos o sirviendo de cuartel. Es un espectáculo verdaderamente vergonzoso, testimonio de una irremediable mediocridad de concepción en aquellos que pueden imaginar tamañas componendas.

Durante los primeros días del sitio, cuando un gran número de parisienses, librándose de la vulgaridad monótona de la vida ordinaria, ascendían hacia las grandes ideas, yo esperaba que ese proyecto de utilizar las Tullerías como complemento del Louvre, sería bien acogido. La masa del pueblo parisiense, si el asunto hubiese sido discutido no se habría sin duda opuesto, pero las sociedades de sabios no se han digna-

<sup>1</sup> Carta publicada en el Boletín de la Sociedad de los Amigos de los Monumentos Parisienses, 1er. año, 1885, N° 1, p. 15-17. Notas sobre las Tullerías. En la página 16 se dice: "Aprovechamos la oportunidad para publicar la carta tan interesante que nos ha escrito nuestro eminente geógrafo, a propósito de la ruina de las Tullerías".

do ocuparse de ello. Si lo hubiesen solamente querido, todo estaba resuelto; su deseo se habría convertido en ley y hubieran podido agruparse en el palacio según sus afinidades naturales, de manera que cada una dispondría de un museo especial, de una biblioteca, de salas para reuniones privadas y generales. Pero usted ya conoce las diversas razones que han impedido a las sociedades de sabios adoptar una iniciativa semejante... Las Tullerías han esperado durante mucho tiempo al huésped ausente y, finalmente, han sido entregadas a las llamas. Mi convicción es que se mantendrían aún de pie, en un impulso de grandeza patriótica, Francia y París, solicitados por los hombres competentes, las hubiesen convertido en un palacio consagrado a la ciencia.

Mucho me temo que usted no logre éxito en la cruzada que intenta emprender (con vista a la protección de las obras de arte). ¿Lo apoyarán a usted las sociedades científicas? ¿Las pequeñas rivalidades se acallarán en este asunto de interés general? No me atrevo a esperarlo. Con todo, tengo confianza en el porvenir. Vendrá el día en que las preocupaciones mezquinas y casi siempre inmorales de la política corriente desaparecerán para dejar sitio a una ambición más noble: la del bien público. Entonces, lo espero, París comprenderá, como antes Florencia, que sus edificios deben ser "dignos de la gran alma de sus ciudadanos".

Le envío, señor, mis afectuosos saludos y mi agradecimiento por el folleto que me ha enviado.

*Eliseo Reclus*

*A Daumont, Venerable de la Logia de la Buena Fe, de Saint-Germain-en-Laye, Seine-et-Oise (Francia)*

Mi estimado señor:

Le agradezco su envío, sus votos y el testimonio público de solidaridad que usted me ha dado. Le estoy profundamente agradecido por su tentativa de penetrar en esa perrera inmundada en que estábamos encerrados en número de setenta a ochenta. Quizás por un sentimiento de vergüenza no le dejaron entrar en ese triste reducto.

Conservo, a pesar de todo, un buen recuerdo de su hermoso Saint-Germain. Me acuerdo de los excelentes amigos con los cuales departí, tendidos sobre las parvas; me acuerdo de las demostraciones de despedida y de afecto que pude cambiar con familiares queridos el día de mi condena; me acuerdo sobre todo de las dolorosísimas lágrimas de conmiseración que ví en los ojos de una anciana que barría el umbral de su puerta, en el momento en que pasábamos encadenados, conducidos a otra prisión. Era a la salida del sol; la bruma ascendía del valle del Sena, la naturaleza sentíase feliz y apacible, sin un clamor en torno de nosotros, y ante esa buena mirada enternecida de la vieja criada: ¿cómo no habría de sentirme dichoso? No, no hemos combatido en vano.

Tenga a bien el aceptar mis saludos y mi agradecimiento.

*Eliseo Reclus*

*A Richard Heath*<sup>1</sup>

Clarens, 30 de Enero de 1880

Mi estimado señor:

Su carta me llegó con cierto retraso, pues ya no vivo en Francia. Sigo viviendo en Suiza; tan sólo por estar más cerca de París y de mis editores, escogí la vertiente septentrional de los Alpes. Habito en invierno en las orillas del

<sup>1</sup> Richard Heath, destinatario de cartas precedentes en 1852 y 1872, se había convertido, después de ser su alumno, en uno de los mejores amigos de Eliseo en Inglaterra. En una excelente nota necrológica así lo testimonia: "después de haber recibido gran influencia en toda su carrera por el espectáculo de esa vida sin tacha y por la maravillosa personalidad de su primer iniciador en un método racional de educación científica, dejando a un lado los detalles para arribar en todo a una común unidad".

Grabador de talento y traductor en inglés de la *Révolution* de Quinet, autor de una *Vida de Quinet*, 1881, pero más que nada escritor socialista humanitario, y en tal calidad autor de obras que no pueden leerse sin un profundo respeto y una gran simpatía, por estar impregnadas de un ardiente amor a nuestros semejantes, Richard Heath se convirtió en campesino, viviendo entre los campesinos, para mejor estudiarlos y comprenderlos, mientras escribía la *Vida dolorosa del campesino inglés*, 1884; la *Guerra de los Anabaptistas*, 1896, y muchos otros libros, folle-

lago de Ginebra; en verano, en algún sitio de vegetación de las altas montañas, y me sentiría siempre dichoso de acogerlo como amigo si está usted dispuesto a visitarme un día. Podremos entonces charlar larga y seriamente sobre los temas más profundos que me plantea en su carta.

...Me habla de mi familia al final de su carta, preguntándome si he sido feliz. No, amigo mío, he sido muy desdichado, y la vida ha sido para mí tan dura que con frecuencia me he preguntado si no valía más tenderse y morir. Mirando atrás, hacia Lugano, veo tres tumbas, la de un hijo, la de una mujer a quien adoré, y la de una madre que no sobrevivió a su hija. Pero no tengo derecho a quejarme, y entre los desdichados soy todavía feliz. Tengo amigos sinceros, hermanos y hermanas, un padre y una madre que me quieren, dos hijas, y una esposa que supo convertirse en madre para ellas. Tengo sobre todo el supremo consuelo de luchar y sufrir por una buena causa.

Suyo afectísimo,

*Eliseo Reclus*

*A Nadar*

Clarens, Vaud, Septiembre 15 de 1880

Mi muy querido amigo:

Le presento a un camarada de destierro, a quien los versalleses habían condenado a la deportación "fortificada" y a quien el destino estuvo a punto de condenarlo a morirse de

tos y artículos periodísticos. Una de sus últimas obras fué *La Ciudad de Dios cautivo*, 1904. A pesar de la diferencia de opiniones, un mismo sentimiento de solidaridad universal une al sincero cristiano que es Richard Heath, con el anarco-comunista que es Eliseo Reclus. Tenían el mismo ideal: la felicidad humana, no la dicha futura en otro mundo, pero, por lo menos, según Eliseo, en el presente, por la conciencia adquirida de la solidaridad y la justicia para todos. Discutían sobre medios y caminos; en cada encuentro personal o carta dirigida, no obstante el escaso tiempo de que Reclus disponía. Richard Heath era y deseaba ser siempre cristiano; Eliseo Reclus había vivido muy de cerca el áspero calvinismo para no penetrar bien a fondo esa doctrina que juzgaba y condenaba en la mayor parte de sus manifestaciones, no reconociéndole únicamente al cristianismo todas las nociones de moral altruísta, de justicia y bondad que doquiera se hallan y en todo tiempo en el fondo del alma humana, y de las que se han apoderado, a su vez, para perdurar, las más diversas religiones.

hambre. Pero él supo hacer este milagro: vivir en la famélica Italia. También pudo realizar el prodigio de fotografiar a gente bonachona, casi sin aparato, sin ingredientes, sin papel.

Amigo mío, ¿Eugenio Viat es tan buen fotógrafo como taumaturgo? Lo ignoro en absoluto. ¿Posee todas las cualidades de un hombre? No se lo puedo asegurar, pues no conociéndome a mí mismo, no tengo la pretensión de conocer bien a los demás. No obstante, he visto en él la probidad perfecta, la discreción, la regularidad en el trabajo.

Tiene además la gran virtud de ser persona vivaz y de invocar nuestra solidaridad. Comprendo lo difícil que nos es en esta sociedad fraccionada ayudarnos mutuamente y estoy perseguido como usted por el recuerdo de aquellos pobres perros de agua, azotados por el viento y por la lluvia, que me hablaban con los ojos y ante los cuales no me incliné sintiéndome hermano. Pero, ¿cuántas veces ha tenido también usted la dicha de recoger y de cuidar a las víctimas?

Le envío, pues, con confianza, a mi amigo. Si usted no puede darle ni procurarle un medio con qué ganarse el pan, al menos lo recibirá como hermano, y él saldrá de su casa enriquecido con una buena palabra cordial que reconfortará su corazón.

Salud

*Eliseo Reclus*

*A su sobrino Pablo Reclus*

Orthez, Diciembre 28 de 1880 <sup>1</sup>

Amigo mío:

Antes de abandonar París, tu amigo Cuísiniér vino a pasar la velada con nosotros. Su honrada fisonomía, sus ojos sinceros, me produjeron la mejor impresión, y en seguida experimenté hacia él una profunda simpatía. Sin embargo, cuando se despedía, dominé tan poco mis palabras que pronuncié delante de él una frase de desaliento. Desde entonces conservo

<sup>1</sup> Como se sabe, los padres de Eliseo residían en Orthez, Bajos Pirineos. Aunque permaneció voluntariamente en el destierro, iba a verlos de tiempo en tiempo, sobre todo después de la amnistía general que hizo volver a Francia a casi todos los proscritos.



en mí un verdadero remordimiento y te ruego que me excuses ante tu amigo. Es realmente para mí un disgusto grande el haber entristecido su corazón.

Me hallaba bajo una impresión penosa. He visto tantos hombres, antes valientes, generosos y abnegados, que luego de haber resistido durante mucho tiempo contra el medio que los arrastraba, se han dejado llevar de nuevo hacia atrás; he visto a tantos luchadores de avanzada a quienes el cansancio les ha hecho volver el rostro, que me he llegado a preguntar si no trataríamos todos nosotros de reposar antes de tiempo, y si el momento fatal de la cobardía no nos llegará antes que la muerte. Cometí un gran error al expresar ese sentimiento, y te ruego me disculpes ante tu amigo. Nosotros no debemos a los jóvenes más que palabras de confianza y de aliento. Nuestra tarea es difícil para todos. Tenemos que luchar contra un mundo hostil de intereses, de instituciones; hasta los deberes secundarios nos tratan de desviar de los grandes deberes, y sin embargo, hay que resistir. Para este valioso combate debemos renovar incesantemente nuestras fuerzas, y ésto es precisamente lo contrario de lo que hice con tu amigo. ¡Que él me desmienta con su valentía! Y que un día se vengue noblemente de mí trayéndome palabras de aliento en lugar de aquellas que pronuncié ante él.

Te abraza tiernamente, tu amigo

*Eliseo*

*A la señorita de Gérando*

Clarens, septiembre 18 de 1881

Mi muy querida señorita:

No una carta sino largas conversaciones serían menester para tratar a fondo la cuestión que usted me plantea.

*A priori*, puedo decirle que la obra o las obras que usted desearía tener no existen, con excepción de aquellas que tratan del hogar y de los trabajos caseros. Pero no lamento que le falten esos manuales, pues ellos no harían más que profanar las cosas de que hablaben. ¿Qué libraco puede aconsejarle a una joven la manera de llegar a ser una mujer y una madre perfectas? ¿Cómo enseñar la abnegación, el es-

píritu de sacrificio, la solicitud, la ternura en todos los instantes? ¿Cómo, si no es por el ejemplo de aquellos que ya aman y por la experiencia de sus propios afectos? La teoría de la marcha es marchar, y la teoría de la bondad es ser bueno. ¿Y usted, cómo les enseñaría que es preciso amar en la vida? Amelos. Sé que usted no fracasará en la empresa. En ninguna parte, podrían ellos tener mejor escuela.

En cuanto a la enseñanza del derecho y de la economía política, encontrará usted dificultades de otra naturaleza. Los manuales abundan, pero sólo responden al estado de cosas existentes, basado en la injusticia; la teoría de las riquezas, —puesto que, según sus profesores, la economía política no es otra cosa—, explica cómo el rico se hace cada vez más rico, cómo el pobre se hace cada vez más pobre, y cómo las mejoras, los desplazamientos de fortuna se operan solamente por la ruptura de equilibrio, vale decir por revoluciones violentas. ¿Y qué es la jurisprudencia actual sino la teoría de la fuerza traducida en artículos de ley?

Me parece que usted se empeñaría en tomar un camino sin salida, si tratara de exponer a sus alumnos eso que se llama el derecho y la economía política. O bien llegaría usted a ser cómplice de una falsa y dañina ciencia, o bien estaría obligada a aseverar una crítica amarga de la sociedad, y los niños no deben ser arrojados a la lucha antes de tiempo. Pero la salvación para usted, está en volver a la naturaleza y a la realidad de las cosas. Enseñe a sus alumnos todo lo que sepa en historia natural, en historia, en sociología; muéstreles cómo todas esas cosas están regidas por leyes generales, pero huya de los libros.

Por hoy me limito a exponerle brevemente mi pensamiento, esperando que esta brevedad no me impida ser claro; pero si hay puntos sobre los cuales diferimos de parecer, discutiremos las cosas más a fondo.

Muy afectuosamente de usted, de los suyos y de todos los que tienen buena voluntad sobre la tierra.

Estrecho su mano.

*Eliseo Reclus*

Mi muy querida señorita:

Un viaje a Lyon le explicará el retraso de mi respuesta. Creo que terminaremos por darnos la razón mutuamente. En el fondo, no hay una diferencia tan grande como usted lo piensa entre Francia y Hungría. Nuestra atmósfera no se halla tan saturada de ideas rebeldes como podría creerse, y la historia de Hungría demuestra que en ella la idea de lo justo y de lo grande no está menos desarrollada que en nuestra Galia. Lo que conviene a uno de los pueblos en cuanto a educación, conviene también al otro. Lo que necesitan, pues, los niños, magiarses o franceses, y lo que desgraciadamente se les da en tan pequeña dosis, no son solamente hechos verdaderos, sino principalmente amor, pasión por lo verdadero. Para esto, importa que el espíritu esté siempre abierto, siempre dispuesto a expulsar lo falso y a reemplazarlo con una noción nueva. Las suturas del cráneo no deben cerrarse, el espíritu debe estar en su período de renovación y retardar su consolidación, su anquilosis, hasta la muerte.

Usted comprende por qué odio los textos de clase. No hay nada más funesto para la salud intelectual y moral de los alumnos. Estos libros les dan la ciencia como cosa hecha, concluída, rubricada, aprobada, convertida casi en una religión y en camino de transformarse en superstición. Es un alimento muerto y que mata. ¡Qué el médico, es decir el profesor, se sirva de él para sus trabajos de estudios comparados, está muy bien, pero que no dé ese veneno al niño! Para infundir vida a la ciencia, es preciso que la viva él mismo, que él la cree, por así decirlo, que la renueve incesantemente, que escuche cada una de sus palabras como un descubrimiento. Y precisamente para las grandes cosas, es decir, para la comprensión de la justicia, hay que desconfiar de los libros. De usted misma deberá brotar, en la medida que se lo impongan la prudencia, el tacto, el buen gusto y la necesidad de conservar sus medios de acción.

Bien sé que el gran número de alumnos confiados a un solo instructor obliga a éste, con frecuencia, a recurrir a los desdichados libros, y ésto será siempre así mientras la gran

función social no sea la de educar y no haya tantos educadores como alumnos. Pero, en tanto, démosnos al menos cuenta exacta de lo que debe hacerse y acerquémonos lo más posible a ese ideal. Dejemos los libros en manos de los niños para los hechos en bruto, inexorables, definitivos, tales como las matemáticas y las nomenclaturas, pero en cambio las nociones que deben convertir a los hombres en seres llenos de vida y de bondad, es menester extraerlas de nosotros mismos, es necesario vivirlas. Estamos muy de acuerdo, ¿no es así? Siempre que usted tenga sobre un punto alguna opinión diferente a la mía, me preguntaré con ansiedad si no estaré equivocado, tanta es la confianza que tengo en su recto sentido. Recuerdo una carta en la que usted me expuso sus sentimientos sobre el amor a la patria, reprochándome el que yo no hablara con bastante respeto de la tierra y de la gran familia nutricia. Su carta me impresionó vivamente y reconsideraré mucho tiempo mis ideas. Si el fondo de mis opiniones no ha cambiado respecto a la idea de patria, al menos la forma será otra, y tendré cuidado de expresarla con la reserva y el respeto que debo a todo sentimiento verdadero.

Le estrecho muy cordialmente la mano como amigo sincero, perteneciente a la misma patria, la de la búsqueda de la verdad.

*Eliseo Reclus*

*A la señorita de Gérando*

Clarens, 1º de enero de 1882

Mi muy querida señorita:

He dejado transcurrir mucho tiempo sin responder su carta. Desde que la recibí, visité Francia, vi a mis padres, hermanas y amigos, y tuve el placer de encontrarme reunido con algunos compañeros de lucha que me acogieron como a un hermano. Me parece que en muchas partes se han realizado grandes progresos: las ideas se han hecho más claras, los esfuerzos más solidarios, el entusiasmo, la abnegación, el espíritu de sacrificio no han disminuído.

Estoy muy contento por la prosperidad de su escuela, donde en verdad se aprende muy otra cosa que las materias fijadas en el programa. La serie de los estudios proyectados es realmente algo bueno, pero ¡cuánto más precioso es lo que usted

enseña con su ejemplo, con el trabajo incesante en provecho de los otros, con el ánimo perseverante, con la infatigable bondad! Todo esto no se perderá, y de su escuela, lo sé por anticipado, saldrá toda una generación de valerosas mujeres.

A propósito de su carta, debo decirle que todavía no estamos completamente de acuerdo, puesto que usted se dice “mi discípula”. ¡Vaya, pues, que eso es muy feo! ¿Acaso está permitido subordinar unos a los otros? Yo no me digo “su discípulo” aunque usted sea para mí un ejemplo por todas sus grandes cualidades y por su bondad perfecta, pero sé que dentro de cada uno de nosotros está nuestro propio ideal —lo que yo llamaría el héroe interior—, y es a él a quien hay que poner de relieve y acrecentar, manteniéndole siempre en su carácter original.

Posiblemente pensará usted que recurro a triquiñuelas, pero quizás encuentre usted que yo tengo igualmente razón en este asunto. Nuestras costumbres y nuestro lenguaje no son todavía los de la igualdad, y sin embargo sólo en la igualdad nosotros podemos lograr al mismo tiempo el libre desenvolvimiento de nuestras fuerzas y la cordialidad sincera.

Hetzel acaba de publicar una nueva edición de uno de mis libros. Le envió a usted un ejemplar, reconociendo que toda mi *Historia de un Arroyo* no vale un momento pasado a orillas del *patak*<sup>1</sup> vecino.

Su amigo afectísimo.

*Eliseo F. Reclus*

<sup>1</sup> Patak: arroyo, en húngaro.

Londres, enero 16 de 1882

Mi muy querido amigo:

Su carta promueve problemas muy grandes y, por mi parte, no pretendo resolverlos. Me limito a ofrecerle algunas consideraciones que quizá contengan una pequeña parte de verdad.

Todavía mucho más que usted, merecería yo el reproche de nuestro amigo Kropotkin, ya que revolucionario por principios, por tradición, por solidaridad, sólo me ocupo de una manera muy indirecta de las cosas de la revolución. Fuera de algunos artículos, de algunas visitas, de un poco de propaganda oral y, de vez en cuando, de testimonios de solidaridad entre los amigos, no hago nada. Mi vida está dispuesta, no para ser utilizada directamente en la obra de renovación social, sino para ser empleada en obras laterales, de una importancia mínima. Apenas si puede llamarse ciencia, mi trabajo, y sin embargo no me atrevo a decir que esté completamente errado al garabatear cada año mi volumen de trivialidades más o menos correctamente escritas. Tener ante sí un trabajo determinado y realizarlo lo mejor posible, esto contribuye ya a hacer respetar la causa que se representa. Desde este punto de vista, mi trabajo no está completamente perdido.

Además, sea cual fuere la obra emprendida, siempre queda una parte útil, aquella que sale del corazón y que es bondad, aquella que surge de la reflexión y que es pensamiento. Todo esfuerzo contribuye al conjunto del progreso, el choque se transforma en calor y éste en electricidad. Por diferentes que sean las tareas a cumplir, con tal de que sean hechas y bien hechas, todas tienden al mismo resultado. Trabajamos, pues, sin inquietud; nuestra labor no es inútil; pero es preciso que sea una verdadera labor y no una simple agitación en el vacío, un movimiento de brazos y piernas semejante al de los presos que mueven la rueda en las mazmorras inglesas.

En cuanto a la misión especial que usted se impone, me parece muy hermosa, pero de una dificultad extrema, a menos que se contente con algunas generalidades. En efecto, si el medio geográfico y el impulso general de la historia en la cuenca magiar contribuyeron con el movimiento propio de la

raza a constituir “un grupo humano natural”, por otra parte, singularmente indistinto en sus orillas, allí donde se confunden nombres y orígenes, los trabajos, las ocupaciones, la rutina, de los oficios y de las clases crean otros tantos medios especiales más importantes que el medio primitivo. Tome usted al devoto húngaro, al devoto francés y al devoto chino en un convento de bonzos. Se parecerán más entre ellos que entre hermanos de raza. Usted quiere a sus aldeanos, pastores o labradores: allá donde otros aldeanos tienen el mismo género de vida, encontrará también iguales rasgos que harán que usted los quiera, que le harán palpitar el corazón pensando en la patria.

Hasta pronto, querido amigo, y un saludo cordial para usted y para los suyos.

*Eliseo F. Reclus*

*A Richard Heath*

Clarens, febrero 18 de 1882

Mi querido amigo:

Espero que ahora se hallará libre de toda inquietud respecto a sus hijos, y que respirará con libertad. Si la alegría ha vuelto a entrar en su casa, quizás se encuentre usted dispuesto al mismo tiempo a mirar con ojos más favorables la ciudad en la que vive<sup>1</sup> y la población que lo rodea. Posiblemente se equivoca usted respecto al sentimiento que me impide el visitar París, cuando me sería tan fácil ir frecuentemente allí. Quiero mucho a París, y precisamente porque lo quiero tanto es por lo que desearía encontrarme allí en las condiciones análogas a las que he conocido. Sin duda, en París hay vicios, ignominias, infamias de toda especie, pero ¡cuánta benevolencia natural, cuánta bondad sencilla, cuánta solidaridad en los grandes días! Si usted hubiera visto París como nosotros lo hemos visto, cuando estaba cercado, y cuando las preocupaciones por lo mío y lo tuyo, por la patria y la muerte estaban en último plano; si usted hubiese gozado de esa fraternidad que nos ligaba a todos, los unos con los otros, entonces habría vivido

<sup>1</sup> París, donde la familia Heath había venido a radicarse momentáneamente.

también algunos momentos de esa inefable alegría que nos hace sentirnos felices de ser hombres y de vivir con los hombres. Si su corazón hubiese palpitado así al unísono con el de las muchedumbres, usted habría comprendido cómo el vínculo de la solidaridad humana es superior al del cristianismo, que liga solamente a un “pequeño número de elegidos”.

París, donde se proclamaron los “Derechos del Hombre”, vale más que Oxford, créalo, donde no se han proclamado otros derechos que los de los nobles y los ricos a una instrucción más o menos auténtica.

No le hablo en patriotero, querido amigo. Muy sinceramente, me siento tan inglés, tan chino como francés, y no deseo más que la justicia y el amor.

Su afectísimo,

*Eliseo Reclus*

P. D. — Le enviaré el tercer volumen de mi edición inglesa en el próximo paquete expedido por Hachette.

*A Nadar*

Clarens, Vaud, Suiza, marzo 13 de 1882

Valiente amigo: Gracias.

¿Pero es ese un “retrato verídico” de tu amigo Eliseo Reclus?

¿El que tú has visto y descrito soy yo o es mi “hombre interior”, mi ideal, al cual me asemejo en los grandes días?

¿O bien, sencillo como eres, ves tu propia persona en tus amigos y les concedes generosamente las cualidades que tú tienes y las que desearías tener? Creas a tus amigos como la humanidad ha creado sus dioses.

No importa. Gracias. Sé lo que hay que tomar de tu prefacio y lo que es preciso apartar, pero lo que guardo preciosamente es tu amistad y el recuerdo de esos grandes días sin los cuales viviríamos por debajo de nosotros mismos.

Tu afectísimo,

*Eliseo Reclus*



Mi muy querido amigo:

Le debo una respuesta desde hace tiempo, pero usted no ignora por qué tardo tanto en escribirle. No es que tenga el tiempo avaramente medido, pues bastan pocos minutos para escribir una carta, pero es bueno, cuando se habla de cosas serias con un amigo, auscultarse a sí mismo en tranquilo recogimiento... No me agrada pasar bruscamente de las trivialidades del trabajo corriente a las conversaciones serias, en las que debe hablarse de la justicia, de la verdad, y de sacrificio.

Si usted no me hubiese dicho que, a pesar de haber llegado a ser creyente, sigue siendo librepensador, tendría bastante dificultad para responderle con entera franqueza; temería herirlo en sus sentimientos profundos, como esto ya me ha ocurrido con varias personas cuya sinceridad y rectitud merecían mi respeto.

Me parece, mi querido amigo, que su caso es el de todos los hombres que colocan fuera de ellos mismos lo que está en ellos, que consideran como reales las imágenes de su retina. Cada dios se asemeja al pueblo que lo adora, y usted ve fuera de usted mismo su hombre ideal, es decir su propio yo en lograda perfección.

Pero es imposible que su sentido de la perfección esté absolutamente satisfecho con el personaje que nos describen los evangelios. ¿No hay en esta historia muchos rasgos que a usted le parecerían triviales si se tratara de cualquier otro individuo? ¿Algunas de sus palabras no le parecerían vacías de sentido o defectuosas si hubiesen sido pronunciadas por cualquiera de sus contemporáneos? Es verdad que usted puede suponer una inexactitud en el relato de los biógrafos, pero si el mal debe ser imputado a los historiadores, ¿quién me impide atribuirles en cambio el mérito del bien? No obstante, leo con placer esta historia de Jesucristo. Me interesa, y el autor es uno de aquellos que uno admira y venera. ¡Pero cuántos otros también son admirables porque se han acercado más a su ideal, que es también el mío! ¡Con cuántos hombres no nos encontramos situados en un mismo amor a la justicia! Desde Ramayana, que era también un “hijo del hom-

bre”, ¡cuántos han felizmente comprendido que la alegría de la vida está en la necesidad de morir por los otros!

Respeto mucho —si no al presidente Garfield que, para mí, concretó el gran error de ser abogado, financista, político—, al menos a todos esos animosos metodistas de los que usted me habla, y a quienes veo resueltos, sinceros, llenos de buena voluntad. Ciertamente es que nosotros marchamos hacia el mismo objetivo, como esas tropas a quienes poco terreno las separa, y que, al mismo tiempo, no se precipitan sobre el mismo enemigo. No obstante, dudo que estos metodistas ingleses, trabados, como lo creo, en lo que me parece ser el error, puedan desplegar una acción tan libre y tan poderosa como los hombres que marchan hacia la independencia de los antiguos prejuicios. Miro los frutos del árbol y me parecen demasiado magros; pero quizás me engañe. De todos modos, me es grato respetarlos en su rectitud.

Le estrecho cordialmente la mano.

Su afectísimo,

*Eliseo Reclus*

*A Richard Heath*

Clarens, Junio 22 de 1882

Mi muy querido amigo:

Mi hija Magali me envió, de parte suya, un libro que le agradezco mucho.

Estoy contento de que encare el porvenir con más confianza que en este invierno pasado, y que la vida de París le haga sufrir menos.

Me parece difícil indicarle libros relativos a la vida de París durante la Comuna. Quizás existen, y si no existen tal vez halle usted, aquí y allá, elementos dispersos, pero hay cosas que sólo se comprenden viéndolas o más bien viviéndolas. ¡Qué libro puede describir el sentimiento simple y silencioso! En general, los que hablan no son los que obran. A este respecto, hay en la sociedad una verdadera división del trabajo. De un lado, se oyen los hermosos discursos, las frases rimbombantes; del otro, se ve a las gentes que se quieren y que lo prueban mediante la solidaridad. En épocas corrientes, casi no se presta a ello atención. Todo ese exquisito mundo de abajo se

revela apenas por miradas, por apretones de manos, por una franca cordialidad; en épocas de crisis todo esto se transforma en actos de abnegación y de grandeza de alma. Por otra parte, ¿qué puedo decirle aquí? Usted lo sabe mejor que yo, usted que me habla de las humildes virtudes de los obreros ingleses con los cuales ha convivido. Estos no han sido corrompidos por el poder, por las intrigas, por las mentiras del gobierno y de la diplomacia. Ellos no han tenido que ocultar, como los ministros, su cobardía o la perfidia de sus actos, la estupidez de su conducta, la vulgaridad de sus procedimientos tras pomposas palabras de dignidad o de deber. ¡Ellos pueden seguir siendo los auténticos, y eso es lo que importa! Sin igualdad y sin libertad, nadie puede ser verídico, es preciso que mienta. El hombre no es hombre, es decir, no es la sinceridad misma, sino hallándose con iguales. Por esto el francés ideal es el enemigo de toda desigualdad. ¿Y el inglés ideal, en su fuero interno no lo es también así? ¡Lleguemos a comprendernos mutuamente y a precisar nuestra evolución moral!

Su amigo,

*Eliseo Reclus*

*A Richard Heath*

Clarens, Julio 8 de 1882

Mi querido amigo:

Acabo de leer su *Memoria*<sup>1</sup> y encontré en ella excelentes verdades, de las que todos los lectores extraerán provechosa enseñanza. Pero la impresión general que emerge de su trabajo se me ocurre que está en desacuerdo con la realidad de las cosas y, si no me engaño, algunos hechos históricos han sido vistos por usted de un modo diferente a como ocurrieron. Permítame que le resuma mis objeciones en algunas palabras.

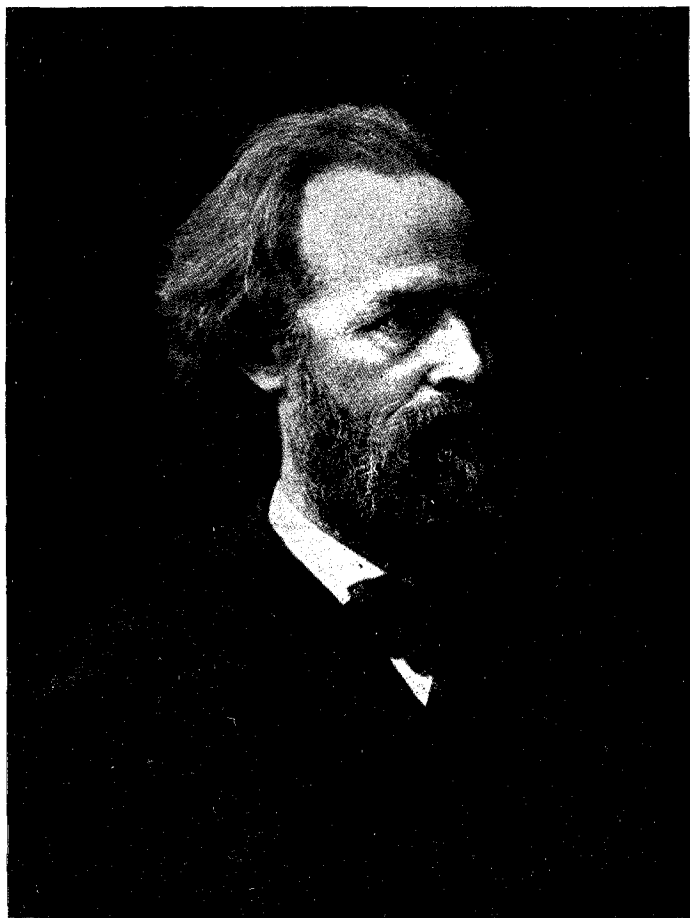
Del mismo modo que usted exagera la influencia del cristianismo sobre las sociedades modernas, la sociedad francesa aparece bajo el imperio del catolicismo mucho más de lo que en realidad ha estado. La influencia de un nombre es enor-

<sup>1</sup> *Historic Landmarks of the Christian Centuries* (Puntos salientes en la Historia de las Edades Cristianas).

me y nos arrastra, a todos, a errores de juicio. Por haber recibido la religión cristiana el nombre de Cristo, hénos a todos ocupados en buscar la raíz - madre que cubre al mundo, en no sé qué pequeño rincón de la Palestina, cuando sus raíces son innumerables y ahora se está forzando a reconocerlas en Grecia, en Italia, en Persia, en la India, por todas partes. Igualmente, la palabra catolicismo es un pabellón que cobija toda especie de mercancías: moral tradicional de las poblaciones galas, carácter nacional, ambición y pasiones del clero, procedentes de la situación privilegiada; todo esto se llama catolicismo, sea cual fuere la infinita multiplicidad de sus orígenes. Simplistas, todos, damos al nombre mismo un valor histórico que en manera alguna le pertenece. Así es cómo por mucho tiempo nos hemos figurado que los franceses son francos, porque llevan este nombre, ¿y no ve usted todavía que la opinión común da como cuna de todos los ingleses —qué digo, de todos los americanos— al pequeño territorio de los anglos sobre las costas del Báltico? Así es cómo en las biografías se lleva la cuenta de la descendencia de macho en macho, sin acordarse de que, retrocediendo a la décima generación, cada uno de nosotros tiene más de mil antepasados y más de un millón en la veinteava generación de ascendientes.

Aún admitiendo en todo ello, en cierta medida, la influencia del catolicismo propiamente dicho, creo mucho más en el espíritu de autoridad, de acaparamiento, de despotismo que es el acto de la naturaleza humana, y que encontramos en una proporción más o menos grande en todos los hombres que no han llegado a convertirse en seres respetuosos los unos de los otros, conscientes de sus deberes respecto a sus semejantes. Busque en cualquier otra historia, además de la historia de la Francia católica, y, salvo leves variantes, usted encontrará el mismo fondo de dictadura y de autoridad inflexible. El sacerdote podrá ser vencido, pero el magistrado romano quedará siempre allí con su ley, más terrible enemigo que su sucesor católico.

Respecto a la evolución moderna del espíritu republicano en sus relaciones con el catolicismo, me parece que la verdadera explicación de los acontecimientos de 1848 no es la que usted da. Tengo una impresión bastante clara de lo que



ELISEO RECLUS A LOS 50 AÑOS



pasó en esa época, en la que yo por primera vez ingresaba en la vida pública, y recuerdo que esa conciliación de la República con el Cristianismo provenía de la confusión que se hacía entonces entre la religión y la moral. Desde hace mucho tiempo, la gente en las ciudades no iba más a la iglesia, y los aldeanos no se dirigían a ella sino para ir a discutir en el atrio sus asuntos de interés, mientras las mujeres se inclinaban ante la bendición del cura. Pero se ha hablado tanto de la moral del Evangelio que, por amor a esta moral, los sacerdotes habían sido invitados a la reconciliación. Luego, usted mismo lo dice, la República fué confiscada por estos sacerdotes que acababan de bendecirla, y desde entonces la Iglesia está condenada. La experiencia se hizo, definitiva; se ha doblado para siempre una página del gran libro de la historia.

No se deje engañar por las apariencias procedentes de los partidos constituídos. No se deje engañar por las palabras que pueden tomarse en un sentido completamente diferente al que usted les concede. Así es cómo en el manifiesto de los Libres-Pensadores, los verbos *prescribir*, *exigir*, le han parecido a usted tomados del diccionario del deber. Lo que antes imponían los amos armados del poder, del derecho a encarcelar, supliciar o quemar, no lo pueden imponer sus iguales, sin otra autoridad más que la moral. Pero las ideas de justicia *se imponen* por sí mismas, y la rectitud ordena a cada uno permanecer fiel a su conciencia. ¿Y hay en esto algo que pueda asombrar y chocar a un inglés? Por otra parte, no hay que olvidar que las sociedades oficiales de libre-pensadores no son más que una ínfima minoría en comparación con aquellos que han dejado de ser católicos sin pertenecer a ninguna sociedad y que no obedecen a ninguna palabra de orden. Lo mismo para los partidos políticos. Ciertamente, un gran número de republicanos creen todavía en la necesidad de los golpes de fuerza, de la disciplina rigurosa, de la obediencia a los jefes de partidos; ¿pero no es también en Francia donde el número de “anarquistas” es el más considerable? ¿No es el único país donde ejercen por lógica de fuerza, una influencia política seria? Ahora bien, el anarquista, en la definición rigurosa del vocablo, quién es, sino aquel que no reconoce amos y que se niega a ser el amo de nadie.

Es el hombre que depone toda su ambición, todo su deber, para vivir entre iguales, sin orden que dar ni que recibir. ¿No es totalmente lo contrario de quien se prosterna a los pies de otro hombre que invoca el nombre de Dios?

Volviendó a las mujeres francesas, ¿es usted justo referente a ellas? ¿Conoce usted un país de Europa —no hablo de América— donde las mujeres tengan más influencia en los movimientos políticos? ¿Existe alguna parte donde ellas reciban mayor trato de iguales, en todas las cuestiones que interesan a la familia? ¿En nuestros círculos de obreros, la cuestión de la igualdad no está resuelta prácticamente, sin objeción? En cuanto al ejemplo de Proudhon, ¿por qué lo cita usted, ya que todos los socialistas se han apresurado a combatirlo, ya que sus páginas respecto a la mujer son todavía para todos nosotros lo que más pesa sobre la memoria del escritor socialista?

En fin, me opongo también a su juicio sobre las crueldades infligidas a los animales. Sin duda, esa idea cristiana que les rehusa un alma y que los convierte en puras máquinas, ha contribuído en gran parte a las abominaciones que se cometen todos los días contra las pobres bestias. Pero es preciso distinguir entre los animales que pertenecen a su conductor y aquellos que no le pertenecen. Levante la estadística de las crueldades teniendo en cuenta este elemento y se asombrará usted de lo contrario. ¡Cuántos esclavos se vengán cobardemente, nó sobre el amo sino sobre el caballo del amo! Lléguese hasta el labriego poseedor de su pequeño pedazo de tierra, y verá cómo cuida sus bueyes. “Cuidar los bueyes”, es la alegría, la gloria, es la felicidad del labriego. “Cuidar su cerdo”, es la voluptuosidad del ama de casa. Las únicas lágrimas que ví verter a un campesino fueron las que derramó al vender sus bueyes en la feria, acariciándolos por última vez. Recuerdo a un campesino que cayó enfermo el día en que se apoderaron de su cerdo. Entre hombres y animales, como entre los hombres mismos, la justicia no puede nacer más que de la amistad.

Aún tendría muchas cosas que decirle, muchos puntos de detalle a discutir, pero me espera mi trabajo. Solamente le rogaría que, si su Memoria está destinada a la impresión, modificara el segundo párrafo de su primera página. Hay que



ser tan modesto para sus amigos como para sí mismo, pues nuestros amigos somos nosotros.

Página 18. Se podría creer que Lamennais murió después de la Comuna. Hay que modificar.

Cordialmente suyo

*Eliseo Reclus*

*A Richard Heath*

Villars sur Ollon, Vaud, agosto 2 de 1882

Es raro, mi querido amigo, que tenga tiempo de dejar a un lado mi trabajo para poder conversar con los amigos; en cuanto puedo, me apresuro a aprovechar la ocasión propicia; desgraciadamente, con mucha precipitación.

No volveré sobre la cuestión de saber hasta qué punto Francia —aún la Francia republicana y socialista— está infectada de catolicismo: y lo está por demás, el apego a la autoridad pervierte a todos aquellos que se creen hombres libres, en todos nuestros proyectos de futuro estamos aún dirigidos por la alucinación del pasado, esto es demasiado cierto. Todo consiste en apreciar las cosas en su justa medida y, especialmente, en no confundir lo que usted llama catolicismo con el instinto de dominación que en los hombres dimana de la afirmación demasiado enérgica de su personalidad.

No importa. No quiero dejar la discusión en el terreno de las nacionalidades, como si nos dejáramos arrastrar por ese espíritu estrecho del patriotismo —egoísmo amplificado— que nos lleva a no ver más que las cualidades nacionales y a cerrar los ojos ante los defectos correspondientes. Únicamente desde un punto de vista general, ocupándome en clasificar a los hombres y a las naciones como un naturalista clasifica a los insectos, me he dejado arrastrar a una comparación entre pueblo y pueblo, concediéndole al *genius* francés cualidades que usted no le reconoce. Me cuidaré de insistir, pues podríamos llevar la discusión al infinito: es en los principios mismos en donde estriba la diferencia. Lo que no concuerda entre nosotros es el punto de partida de las apreciaciones en el ideal mismo. Usted se siente como resentido por lo que, precisamente, a mí me da firmeza; en muchas cosas, usted ve

el mal donde yo veo el bien, y yo el retroceso donde usted ve el adelanto. ¿Qué nos queda de común? La buena voluntad, y esto es mucho. Recuerdo una frase del Evangelio: "Siembra tu pan en la superficie de las aguas, y con el tiempo lo volverás a encontrar". La traducción es quizás errónea, pues ese mezquino de Renan vió allí un consejo de usurero, pero tomando ese pasaje en el sentido que me impresionó siempre, yo hago de él la regla de mi conducta. Reparto mi pan como usted reparte el suyo, y espero que más tarde será hallado. Sembramos nuestro grano y germina de un modo como no lo habíamos imaginado, pero germina, y no debemos tener otra ambición. Usted defiende el cristianismo tal como usted lo comprende; yo lo ataco *sine ira* porque lo comprendo en otra forma y porque me parece malo como las aguas del albañal que permanecen mucho tiempo debajo del suelo y lo corrompen en vez de fecundarlo. Pero, por sobre la lucha, está el gran concierto de las buenas voluntades, de la rectitud, del afecto recíproco y de la solidaridad.

Aún manteniendo por completo mi apreciación sobre el papel de la mujer en Francia y en Inglaterra, y creyendo que desde el punto de vista revolucionario usted se equivoca en la parte relativa a las francesas, tengo que decirle cuán profunda simpatía despierta en mí el nombre pronunciado por usted de Josefina Butler<sup>1</sup>. Mientras que los nombres de Garfield y de Gladstone, que usted me citó antes, no despertaron en mí sino escasa disposición para corresponder a la admiración que usted siente por ellos, quiero en cambio testimoniarme cuanto admiro y respeto a esa mujer abnegada que no teme exponerse al insulto, al ultraje, a odiosos contactos, para levantar a las mujeres caídas y defender su dignidad contra la injusticia de las leyes. Qué feliz me sentiría de poder ayudarla directamente, si la causa que de-

<sup>1</sup> Josefina Butler, hija de Juan Grey de Silston, fué, en 1871, la iniciadora de un movimiento abolicionista contra la reglamentación de costumbres, con sus casas de tolerancia y la prostitución organizada. Este movimiento llegó a la fundación, en Ginebra, de la Federación Abolicionista Internacional. Hasta su muerte, la señora Butler continuó su campaña en favor de los derechos, no políticos sino civiles, de la mujer.

fiendo —muy pobremente, es verdad— no comprendiera ya entre sus reivindicaciones aquella a la que se ha consagrado la señora Butler.

Me parece que ella ataca a una simple consecuencia del régimen social. En cuanto a nosotros —no sé cómo llamarlos, pues la palabra Anarquía a usted le disgusta— nosotros atacamos al régimen mismo, a la propiedad, a la ley.

Le estrecho cordialmente la mano, tendida por encima de todas las barreras

*Eliseo Reclus*

### *A la señorita de Gérando*

119, calle Monge, París, 6 de Octubre de 1882

Mi muy apreciada señorita:

Han transcurrido ya meses y meses y no he tenido el placer de recibir de usted y de los suyos noticias directas. No ignorará usted que nos ha hecho desear su visita a Suiza, la que hemos esperado mucho tiempo con una alegría en la que se mezclaba cada día mayor duda; por último la duda nos venció. Ahora nos queda la esperanza de ver por aquí a su madre y a su hermano, antes de nuestra partida.

Hemos venido a París por el matrimonio de nuestras dos hijas: Magali y Jeannie. Quizás sepa usted algo de ello. Los futuros esposos son dos amigos íntimos de nuestro sobrino Pablo. Han convivido durante cuatro años con él, primero en un instituto preparatorio, luego en la Escuela Central, y desde entonces su amistad perdura con la misma solidez. Tales precedentes, unidos a la excelente apariencia de los dos jóvenes, nos han inspirado total confianza y hemos aprendido a respetarlos y a amarlos como a hijos.

Naturalmente, el matrimonio se hará en un ambiente de verdad, los novios no deberán cumplir ceremonias religiosas o civiles en honor de un culto que no practican o de una ley que les parece injusta. Felizmente los jóvenes han podido vencer a sus padres que la verdadera garantía de la moralidad reside en la conciencia y no en las formalidades de la iglesia o de la ley. Estamos profundamente conmovidos por la cordialidad que nos dispensaron las familias Régnier y Cuisinier, tanto a nosotros como a nuestras queridas hijas.

Estoy impaciente por recibir noticias tuyas. Ignoro aún donde pasaré mis vacaciones de invierno. Si tengo tiempo y dinero —comienzo a dudarlo— podría quizás dirigirme a Constantinopla, y en ese caso, pasaría por Kolozsvar... pero?

Le estrecho muy cordialmente la mano, deseándole, no la dicha vulgar, sino la fuerza y la infatigable perseverancia.

Afectuosamente tuyo

*Eliseo Reclus*

*A Nadar*

Thonon, 19 de Diciembre de 1882

Mi excelente amigo:

Cuánto me alegra tener tu valiosa aprobación y reconocer que nuestras sangres son del mismo rojo. Unicamente, amigo mío, debes moderarte un poco cuando hables de mí. ¿Corresponde acaso felicitarme por haber sido sencillamente fiel a mí mismo? ¡Y mis hijas y mis hijos, y tantos otros que han dado el mismo ejemplo que yo sin poseer ninguna notoriedad en favor que les imponga cargos de conciencia y que acrezca por ello el deber de ser responsables! Cesa de extrañarte, mi buen amigo. Sé por experiencia que cumplir con su deber es lo que hay de más simple y fácil. Cuando la valerosa romana decía a su marido: *Non dolet, poete*, te juro que ella no mentía.

Mi exposición de ideas no es en ningún caso mía. Es mi hermano Elías quien la ha sentido, pensado, escrito, de la primer a la última letra. Cuando los jóvenes decidieron la forma de su matrimonio, convinieron que sería bueno exponer a sus padres y amigos la razón de su conducta. No confiando por modestia en sí mismos, buscaron un intérprete, pero, muy justamente según creo, no quisieron que fuera el padre. Si hubiera expuesto su causa habríase creído que exponía la mía. Su libertad, su dignidad hubiesen sufrido. Les di toda la razón. Eligieron a mi excelente hermano, y ya ves por la exposición que no podrían haber hallado mejor amigo para expresar sus sentimientos y reivindicar sus derechos.

¿Es conveniente publicar esa exposición a fin de dar al asunto mayor amplitud? No soy juez más que por una parte: hijos, hijas y hermanos deben ser igualmente consulta-

dos. Pero, sin vacilación puedo decirte que el opúsculo no debe ser entregado al gran público en la forma actual. Todo lo que es personal debe ser tachado; mi alocución debe ser suprimida. Ninguna frase debe recordar en nombre de quién y en qué circunstancias esta explicación o memoria fué leída. Se debe decir al público la verdad, pero deben callarse por pudor las confidencias.

Con todo, reconozco contigo que sería muy útil dirigirse, no a los convencidos, pero sí a la masa, aun a la de los perversos. Habla del asunto a mi hermano, habla también con mis hijos. Que ellos decidan, y si Elías está de acuerdo en publicar con su nombre su memoria modificada, aumentada o reducida, como le parezca bien y justo, lo aprobaré de todo corazón<sup>1</sup>.

Te abrazo cordialmente, y estrecho a tu lado las manos honradas que se tienden hacia mí.

Tu amigo

*Eliseo*

*Al señor Rigot, Juez de Instrucción, en Lyon*

Clarens, Cantón de Vaud, Diciembre de 1882

Señor:

Leo en el *Lyon Républicain* del 23 de diciembre que “según instrucción” los dos jefes y organizadores de los “anarquistas internacionales” son Eliseo Reclus y el príncipe Kropotkin, y que, si no comparto la prisión de mi amigo es porque “la justicia francesa” no puede capturarne más allá de sus fronteras”.

Usted sabe sin embargo que hubiera sido fácil detenerme, pues acabo de pasar más de dos meses en Francia. No ignora usted asimismo que me trasladé a Thonon para el entierro de Ananieff, al día siguiente del arresto de Kropotkin<sup>2</sup> y que pronuncié algunas palabras sobre la tumba. Los agentes que

<sup>1</sup> Fué publicada solo después de la muerte de los dos hermanos bajo el título: “Elías Reclus: El matrimonio tal como ha sido y tal como es hoy”. “Con una alocución de Eliseo Reclus”.

<sup>2</sup> Pedro Kropotkin fué detenido el 23 de Diciembre de 1882 y

estaban cerca mío y que respeten mi nombre, no tenían más que invitarme a seguirlos.

Pero, resida en Francia o en Suiza, eso poco importa. Si desean entablarme proceso, me apresuraré a responder a su invitación personal. Indíqueme lugar, día y hora. En el momento fijado golpearé la puerta de la prisión designada.

Muy cortésmente

*Eliseo Reclus*

A *Elías Reclus*

Bourg, sin fecha, lunes tarde, Enero de 1883

Amigo mío:

Al recibir cartas de Cowen, de Westhall, de Mac-Donald, de Tchaikovsky<sup>1</sup>, de éste y de aquél otro, todos ocupados en elaborar alta diplomacia cada día más embrollada, con la esperanza de rescatar a Kropotkin de su prisión, he pensado que lo más sensato sería ir yo mismo a observar la situación y efectuar las diligencias preliminares con vistas al traslado de Pedro a Santa Pelagia.

Hice bien en venir, no solamente porque tuve la alegría, para mí muy grande, de ver a Kropotkin con bastante buena salud, feliz y animado, sino porque tenemos también mucha esperanza de obtener éxito en las gestiones. Bonito juego el mío abogando por mi causa ante tan elevados personajes. Puesto que no estoy en prisión y no obstante mi pronuntario es tan voluminoso como el de los cincuenta del proceso, tengo algún derecho para decir: hacedlos disfrutar de la única libertad que reclamaré, la del trabajo en condiciones normales.

Acerca de ello me han dado seguridades satisfactorias a condición de que estas firmes promesas se conviertan en realidad — lo que así espero.

Los procesados serán tratados como políticos. Tendrán derecho de conservar la barba, derecho a recibir libros y ali-

sufrió el célebre proceso de Lyon con 66 inculpados, acusados de internacionalismo. Fué condenado a cinco años de prisión, después de una brillante defensa.

<sup>1</sup> Tchaikovsky, socialista ruso.

mentos del exterior, escoger el trabajo que les agrade, quedar en compañía de unos y otros. Los que quedasen en la prisión celular sin estar sujetos al régimen de celda, no se beneficiarán menos por ello con la reducción de un cuarto de su condena. Pedro podrá probablemente obtener el cumplimiento de su condena en Santa Pelagia, a fin de que su mujer pueda continuar sus estudios sin separarse de él. Si lo desea, nuestro excelente amigo Pedro Martín podrá conseguir el traslado a la misma prisión, so pretexto de secretariado.

Todo esto es muy agradable, casi inesperado, y sin embargo creo que es verdad. El director de la prisión me ha hablado con sinceridad. Habiendo tenido ocasión de observar el mundo de las prisiones, no creo equivocarme. La causa de esta benevolencia es el profundo respeto que todos nuestros camaradas han sabido inspirar a quienes se allegan, por su cordialidad, su amabilidad, su inteligencia, su rectitud, su buen acuerdo. El Director me ha hablado en términos casi líricos. Después de la condena, el jefe de los guardianes ha recibido a nuestros camaradas con llanto en los ojos; los guardianes estaban con los ojos bajos, esquivando toda mirada. La propaganda marcha a grandes pasos en la prisión: todo carcelero tiene la pretensión de ser anarquista y se reduce a plantear tímidamente la cuestión de los medios prácticos. El proceso ha obtenido tal resonancia que los montañeses de los contornos de Thenon han efectuado una demostración de simpatía frente a la casa en que había vivido Kropotkin, y dispararon tiros de fusil en su honor. En Lyon ha desaparecido ya toda huella del terror inicial. Los amigos que habían sido libertados mientras que los otros eran apresados, han vuelto a recuperar su pujanza y ardor. El procurador general había jurado la exterminación de los anarquistas; y éstos se han convertido en legión.

Pero no estaremos siempre en este período de triunfo y sobrevendrán otras derrotas. Así, el llamado hecho por algunos de nuestros amigos me parece un error. Igualmente no es de extrañar que algunos se dejen todavía llevar por ridículas violencias de lenguaje. Pero si nos enorgullecemos de la noble conducta de los unos, es preciso saber aceptar las otras conductas y tener en cuenta las innúmeras diferencias

de ambiente. Así, tú me dices que el proceso ha ejercido una influencia diez mil veces superior a la del periódico. Es verdad, pero el proceso ha nacido del periódico, de nuestra prensa, como la flor de la palmera de Ceylán brota casi espontáneamente del negro tronco del árbol. Esta frase que no había sido incluida en la hoja impresa ha sido telegrafiada a todos los rincones del mundo cuando fué pronunciada delante del Tribunal.

Pero quienes no hayan leído *Le Revolté*<sup>1</sup> más que en la requisitoria del procurador habrán podido formular a no dudarlo un juicio durísimo sobre el periódico. En el documento en cuestión leí un pretendido extracto que me ha parecido realmente abominable. Un sudor frío corrió por mis sienes. Me apresuré a leer los números citados: el extracto del procurador era falso de punta a punta.

Saludos cordiales

*Eliseo*

No leas mi carta a ningún periodista. Es preciso desconfiarles.

*A Richard Heath*

Clarens, 18 de Febrero de 1883

Buen y excelente amigo mío:

Respondo, aunque con menos amplitud, a sus dos cartas anteriores. Bien sabe usted que si me falta tiempo para que charlemos a gusto, cómoda e íntimamente, no por eso dejo de sentir con igual profundidad la cordialísima experiencia de sus palabras.

Si fuera en una conversación oral, trataría de responder a todas las preguntas que usted me formula en ambas cartas;

<sup>1</sup> Órgano comunista-anárquico. Desde su fundación, el 22 de Febrero de 1879, en Ginebra, tuvo que cambiar su subtítulo, como medio de defensa y propaganda, primero "socialista", después "anarquista", por último "comunista-anárquico", el 30 de Mayo de 1884. *Le Revolté* trasladóse a París el 12 de Abril de ese año; y el 17 de septiembre de 1887 cambió su título por *La Révolte* y el 4 de Mayo de 1895 por el de *Temps Nouveaux*.



puesto que, en un coloquio, el pensamiento termina siempre por desviarse hacia un punto especial y jamás se discute con la amplitud y la simplicidad que serían de desear todos los temas planteados. Discúlpeme usted, pues, querido amigo si no respondo a todos los puntos de sus epístolas. Desearía hacerlo largamente, y para ello sería menester que estuviéramos juntos, caminando por la playa, respirando el aroma del atardecer. Espero que, tarde o temprano, me brindará usted el gran placer de venir a visitarnos, y entonces podremos reanudar, más cómodamente, las conversaciones interrumpidas de la calle de Lourcine.

Me parece observar en sus cartas que no interpreta usted mis ideas, atribuyéndome otras diferentes, y que algunas de sus respuestas caen un poco en el vacío. Probablemente me reprochará usted lo mismo. Debo justificarme de antemano si las afirmaciones que voy a hacer —afirmaciones que por otra parte no he tenido mayor tiempo de desarrollar— le parecerán fuera de propósito.

1º Respecto a la persona de Jesucristo ¡qué importa que haya o no vivido! ¡Qué importa si Buda ha tenido o no existencia real! En otro tiempo creía que eran personajes históricos y ahora ya no lo creo. Y, aún siendo creaciones de un ideal imperfecto, no responden por eso menos a un ideal, y podemos nosotros crear otros ideales sin darles nombres propios. Los andamios son necesarios cuando se comienza el edificio; al acabarlo resultan inútiles: uno se apoya sobre la casa misma para terminarla.

2º Desde el punto de vista revolucionario, me cuidaré mucho de predicar la violencia, y me desconsuela ver algunos amigos, dominados por la pasión, que se dejan llevar por la idea de venganza, tan poco científica, tan estéril. Pero la defensa armada de un derecho no es violencia. Si es verdad, como yo así lo creo, que el producto de un trabajo común debe ser propiedad común, no es recurrir a la violencia reivindicar su posesión; si es verdad, según pienso, que nadie tiene el derecho de apropiarse de la libertad de otro hombre, aquel que se rebela está en su pleno derecho. ¡Qué el rebelde sea correcto en su lenguaje, que no se deje llevar por frases intemperantes, que se haga respetar, nada mejor, claro está, pero que también se haga libre!

39 Lejos de mí aprobar lo que hizo el gobierno de Ginebra contra los salvacionistas, pero opino que ciertos aspectos de este asunto se le escapan. En primer lugar, el gobierno no está compuesto de libres pensadores; está compuesto por los mismos individuos que formaron el viejo catolicismo oficial, y que están, desde hace largo tiempo, bajo el patronato del Padre Jacinto. No es menester decir que los revolucionarios, y sobre todo los anarquistas, no se sienten solidarios con esa gente. Además, querido amigo, no debemos imaginarnos que a la república helvética y a las diversas repúblicas cantonales les interese en lo más mínimo respetar las libertades humanas. En todo tiempo las comunas suizas prodigaron la expulsión de quienes lo estorbaban. Antes de expulsar a los salvacionistas, Ginebra había expulsado a nuestro Kropotkin, y siempre expulsa a los mendigos, los vagabundos, "aquellos amados por Jesús". Desgraciadamente, las leyes, decretos y ordenanzas, le permiten obrar así... ¡Es una infamia, pero es legal! Por eso nosotros somos enemigos de las leyes, hechas para justificar todas las atrocidades.

Si hubiera estado en Ginebra, hubiese tomado la defensa de los salvacionistas, en nombre del deber individual, aunque debo confesarlo, los salvacionistas me parecen constituir una de las instituciones más inmorales de los tiempos presentes. He leído la traducción de las *Orders and Regulations* (Ordenes y Reglamentos) y las juzgué completamente repugnantes. Todo mi ser moral se sublevó. Entre ese jesuitismo protestante y el jesuitismo católico, ignoro cual es el peor. En ambas partes se prescinde de todo razonamiento, hay una obediencia servil, una supresión de toda responsabilidad moral; en ambas órdenes religiosas, igual búsqueda de pequñeces e intrigas, iguales moldes hechos para crear hábitos y movimientos reflejos que reemplacen a las convicciones. Además, el *bluff*, la *réclame*, han adoptado en el Ejército de Salvación proporciones realmente americanas. Por último, me disgusta esa preocupación, demasiado impropia, de influenciar sobre la multitud por la belleza o por la gracia de las mujeres. En medio de esas ignominias desaparece todo ideal y no queda más que el poder y el dinero, es decir, aquello que combatimos en la moderna sociedad actual. Y, para concluir, ¡qué snobismo el de estos salvacionistas! ¡Actúan en todas las ciu-

dades de Suiza, exceptuando Lausanna, porque allí se encuentran los hijos del Príncipe de Gales!

En todo caso, no tema usted que haya serias persecuciones contra ellos. Las reservan para nosotros. ¡Los 35.000 masacrados en las calles de París no eran salvacionistas, ni menos aún los cincuenta condenados en Lyon!

Afectuosamente

*Eliseo Reclus*

*Varias cartas a su esposa Ermance*

(Fragmentos)

Viena, 22 de Marzo de 1883

Queridísima:

El carruaje que debe conducirme, me espera; es muy probable que esta carta no esté terminada antes de mi partida de Viena y que la continúe en el tren. Salgo a tiempo, pues los diarios manifiestan el deseo de que prolongue la visita. No hay medios de evitar los reportajes.

Ayer me fué preciso visitar personajes en la Sociedad de Geografía... (*la carta enumera a quienes visitó*). Excuso decirte que en toda la reunión tuve que repetir continuamente: —“No me llamen Herr Professor ni Herr Eliseo von Reclus. ¡No soy noble ni académico!”

El *jury austríaco* acaba de darles una merecida lección a los magistrados de Lyon. Absolución general, completa para todos los tachados de socialistas. Verdad es que habían sufrido seis o siete meses de prisión preventiva. Todos los diarios destacan el contraste del liberalismo de la monarquía austríaca con las monstruosas iniquidades de la república francesa. Pelletan debería repetir: “¡La libertad como en Austria!” Pero Pelletan no se sienta ya en los bancos de la oposición:

Esta mañana fuí a visitar un museo, esperando hallar documentos para mis trabajos, pero no hallé sino copias del India Museum de Londres.

*Eliseo*

Kolozsvar, 23 de marzo de 1883

Héme ya en Kolozsvar, después de una noche pasada en el tren, decididamente desagradable. El amplio compartimiento, aunque lo daban por bien calefaccionado, no lo estaba: la temperatura exterior llegaba a 9 grados y probablemente era más baja aún en la libre *puzta* que cruzan sin obstáculos los vientos del Norte. Precisamente la corriente polar soplaba como una tempestad y penetraba silbando por entre las rendijas del vagón. Atila, y un soldado que iba en el mismo compartimiento, se dedicaron a hacer gimnasia para impedir que se extinguiera el calor normal, y en cuanto a mí estaba extendido sobre el cojín, hundido en él, todo arropado, y procurando dormir. No lo logré, y más de una vez me levanté para contemplar el humo chisporroteante de nuestra locomotora, en cuya entraña una especie de lignita formaba al quemarse miríadas y miríadas de chispas. Poco a poco el vapor se elevaba, arremolinándose en la tempestad, argentado por los rayos de la luna, mientras el polvo del fuego desaparecía al caer, retorciéndose como un dragón flamígero. Sobre el hielo que bordea casi todo el camino, el incesante chisporroteo continuaba hasta perderse de vista, feérico; y el cielo, con la claridad de aquel reguero luminoso de fuego, parecía tan azul como en pleno día.

Había nieve, hielo y frío. Felizmente mañana haremos durante el día la travesía de los Cárpatos. De noche sería muy penoso. Esperamos llegar a las diez a Bucarest, pero es probable que haya un retraso como hoy a causa de las nieves.

Aquí comienza ya el color local: hombres con mantos blancos bordados con tulipanes; mujeres cuya sola trenza termina en rizos y bucles con cintas rosadas que les llegan a los talones; aldeanas con botas y camisa de hilo hasta arriba de la rodilla.

Envío a Magali dos fotografías, una de una rumana con delantal y camisa bordados; otra de una húngara, pequeña alumna de Antonino, con blusa blanca, pañuelo a cuadritos y botas de amazona.

Cariñosamente tuyo, afectos a la señora Gonini y a Georgette.

*Eliseo*

Viena, 27 de Marzo de 1883

Mi bienquerida esposa:

Hémos a orillas del Mar Negro que se deshace en olas pequeñas, poco agradables de ver cuando uno espera verse sacudido por ellas al día siguiente. Nuestro plan de atravesar los Balcanes ha fracasado: con los caminos deshechos hubiéramos necesitado demasiado tiempo, y al llegar al otro lado habríamos estado expuestos a una nueva espera, pues los ferrocarriles del centro de Turquía no disponen más que de dos o tres trenes por semana.

Aunque Varna forme parte de Bulgaria desde la última guerra, estamos realmente en Turquía y todo lo que vemos nos place sobremanera: asnos y minarettes, cigüeñas y muezines. Pero todo no es igualmente agradable. Pese al hambre, nos hemos privado de tocar los pasteles, dulces y confituras que nos ofrecían en las estaciones. Nos abstendríamos también de ocupar como habitación de hotel un largo pasillo al que dan todas las puertas del establecimiento. De un lado tenemos a un capitán ruso, del otro a una actriz francesa y todo esto ocurre entre nosotros. Comprenderás que para levantarnos y lavarnos tenemos que hacer prodigios de habilidad. Que extraño país es éste: se hablan todos los idiomas. Los empleados ferroviarios responden a los alemanes, a los ingleses, a los franceses, a los rusos y a los turcos en sus lenguas respectivas. Nuestra camarera no sabe el francés, pero habla rumano, servio, búlgaro, ruso, griego y turco. El patrón del hotel sabe además de éstos, el francés, el inglés, el italiano y el español. En medio de este *tohu-bohu* de lenguas no puede tenerse más que una idea confusa de la patria.

En materia de platos locales te recomiendo las almejas, del Mar Negro, grandes como pequeños platos, que se aderezan con arroz, pimienta, pasas de Corinto y no sé qué otra cosa. Es exquisito.

Pero me da vergüenza terminar con un detalle culinario. Esto no es frecuente en mí y me perdonarás por esta vez.

Abrazos cordiales. Voy a dormir.

*Eliseo*

Constantinopla, un día cualquiera que me parece ser  
el 29 de marzo de 1883

Mi adorada mujer:

Llegamos de Varna, después de una travesía cuya duración calculaban en catorce horas y duró solamente doce, a pesar del viento que se alzó, y de la Aduana y la Sanidad que nos detuvieron en el Estrecho. Experimenté cierta incertidumbre, pero no he estado enfermo, ni siquiera siento que la cabeza me dé vueltas. Por ese lado todo marcha bien.

Aquí, no menos y tal vez más que en Roustchouk y Varna, extraño tu ausencia. Todo es nuevo, todo me seduce. Me encanta ver tal o cual paisaje y me complace haberlo previsto; tal otro paisaje sobrepasa mi imaginación y me siento tanto más feliz. El panorama del Bósforo, aún en esta estación, es realmente incomparable. No obstante, la vegetación de las tierras todavía está totalmente gris y se confunde con los matices solares: salvo los grandes céspedes, los cipreses y los pinos de Italia, como también algunos álamos en que ciertos tonos amarillentos denotan el próximo follaje, toda la campiña presenta aún su aspecto invernal. Debemos imaginarnos lo que son en lo avanzado de una estación, los bosquecillos de Anadouli-Kavakat y los parques de Buyuk-Deré y de Terapia. El día es por lo demás muy desfavorable para una vista general de Constantinopla. Sopla viento sud, las nubes cubren el cielo, el humo de innúmeros barcos a vapor se acumula en el aire en grandes masas; no podemos entrever las cúpulas y los minaretes sino a través de una espesa niebla y, sin embargo, estamos maravillados con lo que vemos.

Un drogman<sup>1</sup> se nos ha impuesto y en verdad no podemos quejarnos. Sin él no sé si podríamos guiarnos por este dédalo de calles, en esta complicada algarabía. Salvó nuestro equipaje de la temible aduana, nuestros pasaportes de la policía, pero no pudo hacer surgir del Correo cartas tuyas: nada encontré. ¿Qué pensar sobre ello? Haré nuevas averiguaciones esta tarde.

<sup>1</sup> Trujamán, de origen árabe (torchamán), intérprete o cicerone. (N. del T.).

Los viajeros no exageran nada al hablar de los perros de Péra. Amarillentos, grises o negros, la cola peluda, el pelo erizado, husmean con su hocico de lobo todos los olores, olfatean las carnes colgadas en las puertas de las carnicerías, siguen solícitamente a todos los portadores de comestibles, o bien duermen acurrucados en el quicio de las puertas, bajo los peldaños de las escaleras. Los musulmanes los nutren piadosamente, y sin embargo todas esas bestias tienen aspecto melancólico: errantes, tristes y sin alegría. No los veo perseguirse entre ellos, luchar, jugar como nuestros perros europeos. Hay otros animales, hermosos por cierto, detenidos en las esquinas: son caballos blancos, bien ensillados y embriados, que esperan los jinetes que han de montarlos; cabalgaduras de alquiler que cumplen igual servicio que los coches de plaza en París.

Estamos en un hotel que nos parece bueno, y procuramos no tener que gastar mucho. Veremos.

Saludo cariñoso para ti y para todos.

*Eliseo*

Smirna, 6 de Abril de 1883

Mi muy querida esposa:

Llegamos de Focea con algo de retraso y apenas si nos queda tiempo para escribir unas líneas antes de la salida del correo. Tenía intención de escribir a Jannie y Magali y enviar también otras cartas a diestra y siniestra, pero debo renunciar a mi propósito.

Nuestra travesía de hoy ha sido bastante penosa, y si no comenzara a tener ya pie firme de marino, resistiendo el mareo, estaría sin duda enfermo. El barco sumergíase en el oleaje, de adelante hacia atrás, y la masa espumosa cubría la pasarela cada vez que el barco se sumergía. Danza macabra que duró cuatro a cinco horas, sin que ninguno de los dos nos enfermáramos: únicamente siento cierto malestar después del desembarco.

Anteayer tuve un ligero acceso de fiebre; tal vez a causa de un enfriamiento, o tal vez a causa de un paseo por las marismas de Hermus. Siguiendo tu recomendación, tomé dos píldoras indicadas para una ligera fiebre, pero un médico que me visitó me dijo que en este país hay que tomar por lo

menos unas diez. Agregué dos a tu receta y desde entonces, todo va bien. Mi catarro ha disminuido.

Hoy tuvimos que soportar un interrogatorio en regla en casa del gobernador de la pequeña ciudad de Focea. So pretexto de rendirnos honores porque nos tomaban por lores ingleses, quisieron saber si no habíamos trazado el plan de no sé que fortaleza, cuyas troneras están demolidas, sus cañones enmohecidos y las balas dispersas por la playa o bajo las olas. Por lo demás, el *kaimakan* observó una cortesía exquisita. Jamás en mi vida lograré inclinarme de ese modo, llevarme la mano a la boca y a la frente con tal elegancia. ¡Qué artistas son estos turcos!

Pero también los griegos nos acogen con iguales agasajos, con una amenidad y prestancia que me aturden un poco y me hacen desear la partida. Naturalmente, nos tienen de aquí para allá. Además, nos han invitado solemnemente a frecuentar el círculo griego; me han proclamado a bombo y platillo miembro de una sociedad de sabios: para esta noche ponen a nuestra disposición un palco para una de sus grandes fiestas. ¡Aristos y radicales se disputan el comunardo! Todo esto me molesta, y si más no fuese por recobrar mi libertad, decidiría volver a mi casa. Tú sabes que tengo también otras razones: deseo veros y reintegrarme a la buena vida de familia.

Abrazos

*Eliseo*

Scala Nova, 15 de Abril de 1883

Mi bienquerida:

Previa consulta, hemos decidido emplear el tiempo disponible en largas excursiones en dirección al Sud. No veremos, por lo menos esta vez, ni Mileto ni Halicarnaso, no descendemos tampoco al cráter de Nisyros y no subiremos por la calle de arenisca de Los Caballeros.

Lo que nos queda por hacer en Smirna y sus alrededores, nos tendrá ocupados hasta el día 25, y cinco días no son muchos para ir de Smirna a Clarens. El camino más corto es el que pasa por el Pireo, es decir por Atenas, pero como no quiero ver esta ciudad sin ti, no desembarcaré y tomaré inmediatamente el barco de Corinto para franquear el itmo



y llegar a Brindisi por vía Corfú. Esta es por lo menos mi intención.

Regresamos muy encantados de nuestra más larga excursión por el interior. La fuente petrificada de Hierápolis surgía en mi imaginación como una maravilla de la naturaleza, pero no hubiera podido imaginarme tales riberas escarpadas, de construcción tan blanca como la nieve, con dimensiones comparables a los ventiscos de los Alpes... Si la fuente de Hierápolis surgiera en Suiza, cincuenta hoteles se la disputarían, treinta *Divonne* se elevarían en torno. Aquí, el caserío más cercano se compone de tres cabañas, y los habitantes que las ocupan están tan lejos de todas las costumbres de la civilización, aún de la turca, que las mujeres no se cubren con el velo. ¡En cambio, qué de agasajos y atenciones, agradecimientos, hospitalidad y cortesía verdaderas! Todos esos turcos del campo nos han conquistado el corazón.

Ayer hemos terminado nuestro viaje de regreso por mar, con un desastre. La lluvia se ha desplomado sobre nosotros, y cuando llegamos a Scala Nova estábamos más mojados que ratones almizcleros. Felizmente nos hemos hecho traer un *braseo*<sup>1</sup> en la cámara del *Khan*<sup>2</sup> en cuyas inmediaciones descendimos. Nos hemos calentado y frotado bien, y muy pronto nuestro reducto se transformó en estufa por el vapor de nuestros trajes. Vino a buscarnos luego una delegación de personajes. Uno me prestó zapatos, otro me buscó un camisero para comprarme una camisa, y ya secos nuevamente, partimos triunfalmente para ir a gozar de la hospitalidad que nos dispensaría la encantadora familia de M. Alexakis. Comprenderás que toda huella de catarro o fiebre ha desaparecido. Estoy como sumergido en una buena y sana fatiga. Abrazos. Debo seguramente tener cartas en Smirna.

*Eliseo*

P. S. La carta de Pierre Martin, detenido en Clairvaux, contiene un aviso impreso que advierte a quienes va destinado qué clases de envíos pueden hacersele: "Ropas menores para el cuerpo, chalecos de franela, sweaters y calcetines". La es-

<sup>1</sup> En castellano, en el original.

<sup>2</sup> Jefe o príncipe en las costumbres persas.

tación está muy avanzada, pero mi pobre amigo podría tener necesidad de estas cosas. Hazle el envío, te lo ruego, a nombre mío.

Smirna, 21 de Abril de 1883

Mi muy querida esposa:

Recibí hoy tus cartas 4, 5 y 6. Todo en regla. Tu correspondencia en mi poder sin el menor tropiezo. Estoy muy contento.

En tu última carta me felicitas por mi exactitud en escribirte con frecuencia. Has debido lamentarte después de ese elogio tuyo, pues he dejado de merecerlo. Pero hubiera sido inútil escribir cartas que no hubieran llegado a destino o que te hubieran llegado uno o dos meses después. En Smirna como en Constantinopla el servicio de correos es bastante extraño y complicado. Uno no sabe a que oficina dirigirse: ¿oficina francesa, austro-húngara, italiana, jeditiva<sup>1</sup>, internacional? Las cartas se extravían en todos los rincones. Atila no recibió todavía de su madre más que una sola carta, escrita al día siguiente de su partida. Pero en todas las ciudades del interior, en donde pasamos las últimas semanas, la administración no se responsabiliza de nada, so pretexto de que hay bandidos, excelente manera de justificar todas las incurias. No hay más que un medio seguro para despachar las correspondencias, y es confiarlas a un mensajero y pagar los gastos de viaje.

Sin poder todavía fijarlo en forma definitiva, creo que el día de partida será el miércoles próximo. En la tarde de ese día sale, según me dicen, un barco para Atenas. El cónsul griego de Samos, que no se ha podido llevar bien con el príncipe de la isla, ha sido llamado a Atenas y quiere a toda costa efectuar el viaje conmigo. Si lo juzgara por sus demostraciones, que creo sinceras, podría de antemano considerarme como de su familia. Estás formalmente invitada a trasladarte a Atenas. La casa Philemon está a disposición tuya y, cuando vengas, te harán almorzar bajo las columnas del Partenón. Por lo demás, mantengo mi proyecto de ni siquiera

<sup>1</sup> De jedive (del persa árabe: *jedivi*, regio). Título peculiar del rey de Egipto. (N. del T.).

desembarcar en el Pireo. No quiero cometer la traición de ir a visitar Atenas sin ti.

.....

Tu madre pregunta amablemente por mi salud y por la clase de mis comidas. Ello depende del lugar en que me encuentre. Aquí tenemos en el hotel la más suntuosa lista de platos, y yo como según mi apetito. Pero nos ha ocurrido también tener la sobriedad de los griegos. Al partir para nuestras excursiones al interior, o en nuestras expediciones marítimas en barca, llevábamos con nosotros pan —muy malo por cierto—, almendras secas y queso. Eso nos bastaba. Algunas veces nos contentábamos con almendras secas, sin pensar en comer nada más. Y sin embargo, con este régimen, el catarro y la fiebre del comienzo se han curado, y hemos podido pasar las dos últimas noches navegando por los golfos de Jonia sin que por ello hayamos sentido ninguna fatiga.

Hemos empleado en la última noche quince horas para abordar, a la vista de Smirna, y llegamos a puerto en ese tiempo, mientras un barco a vapor ordinario emplea sólo dos horas. Sin embargo, no te ocultaré que tengo el rostro algo rojo, ardiente, como si me dedicase a los licores fuertes. Dirás a Metchnikov que únicamente encontré una hoja, la hoja I del volumen IX, para tirar. Todos los resúmenes de Javorskoz son, pues, bienvenidos<sup>1</sup>.

Muy afectuosamente

*Eliseo*

*A M. de Gérando*

Clarens, 24 de Junio de 1883

Amigo mío:

Hace ya varios días recibí el libro de Gobineau. Lo guardaré bastante tiempo por necesitarlo para mi trabajo, y después se lo devolveré como buen recuerdo de nuestro viaje.

También como usted me ocupo de la cuestión social, y desde nuestra separación no hallé objeciones, ni de parte de los hombres ni de los acontecimientos, que me hicieran variar

<sup>1</sup> "El Asia Interior", Volumen IX de la *Geografía Universal*, de Eliseo y Onésimo Reclus.

de opinión. Muy al contrario. No creo como usted que la revolución se haga desde arriba, principalmente por la intervención de los hombres de sacrificio y de buena voluntad. La revolución se hará sobre todo desde abajo, por los hombres cuya gravitación natural tiende hacia un nuevo estado social. Si la palabra interés no fuera por lo común usada en mala forma, diría que la Revolución se hará por aquellos que tienen interés en hacerla, pero prefiero decir que se hará por adaptación natural de los hombres a su medio normal. ¿Debemos decir por ello que no contamos también con el apoyo de todas las gentes de corazón que, luchando contra sus propios intereses personales, sirven la causa de la multitud? No, ciertamente. No olvido que casi todos los hombres que por sus escritos han prestigiado a los grupos de reivindicación, estaban personalmente interesados en el mantenimiento de los privilegios. Pero si han formulado las ideas, gracias a su instrucción superior, no fueron ellos quienes tuvieron la dicha de transformar en hechos las ideas y las pasiones. Siempre, la Revolución fué realizada desde abajo. Entre los que están arriba, las ideas y las afinidades personales están en pugna, y en cambio ellas concuerdan entre los de abajo; de ahí que estos últimos cuenten con una inmensa superioridad de fuerza.

En cuanto a la propaganda, yo como usted, la encuentro buena, necesaria, no sólo entre los que están arriba, sino entre quienes están abajo. Hay que dirigirse a todos, haciendo vibrar en cada uno hasta la cuerda más dura. Verdad es, como usted afirma, que si nuestra doctrina hubiese sido doctrina secreta, hubiera nacido muerta. ¿Pero es acaso exacto que nos ocultamos para decir lo que pensamos? Que los hombres de talento sean raros entre nosotros, quizás sea posible, pero que hayamos carecido de sinceridad y franqueza en la exposición de nuestras ideas, ¡eso sí que no! Aún delante de los Tribunales, con riesgo de agravar su condena, nuestros amigos han hablado con valentía. Seguirán hablando y se agrandará su voz. En ustedes está el discernir las palabras de verdad, en el tumulto de las voces humanas.

En cuanto a la actividad de los revolucionarios, me parece injusto reprocharles la obra de destrucción comenzada antes del día de la reedificación. Sin duda cada uno cuenta con su

plan, y en suma esos diversos planes concuerdan bastante bien, pero la vida no se impone. Al derribar un árbol envejecido que obstruye el camino, nos limitamos a plantar el árbol que lo reemplazará, pero no habrá que esperar que surja ya crecido del suelo.

Hasta nuestro encuentro en las orillas del Nilo, la continuación de nuestra charla. Le enviaré según su pedido los debates del proceso de Lyon, por lo menos lo que encuentre.

Muy cordialmente, afectos a usted y a su madre

*Eliseo Reclus*

*A Nadar*

París, Boulevard Port Royal, julio 1883

Mi querido amigo:

¿Estás en París para que vaya a anunciarte el nacimiento de mi nieto, Luis Cuisinier, y decirte que la vida es buena porque la vida es lucha?

Partiré inmediatamente, pero me resultaría gratisimo verte antes de entrar en mi refugio de Helvecia.

Tu amigo,

*Eliseo Reclus*

*A Pedro Kropotkin, en Clairvaux*

Clarens, 24 de Enero de 1884

Mi buen y querido amigo:

Recibí su artículo sobre los ventisqueros, que leeré con triple interés, pues proviene del sabio, del preso y del amigo. Trata usted en ese artículo de una cuestión acerca de la cual la *Revue* publicará próximamente un estudio: creí comprender que sería suyo y me alegro muchísimo.

Comenzó por aquí entre nosotros el mal tiempo y me pregunto como será por ahí, ahora que Sofía tuvo que alejarse de su lado, dejando tras sí el frío y el vacío. No obstante, me satisface pensar que ella está en París, lo que es una prueba de que usted se siente bastante fuerte como para permanecer solo, pues si ella le supiera enfermo, no proseguiría un instante más sus tareas, y tendría razón.

Pero la resolución adoptada por nuestro amigo Martín<sup>1</sup> me consterna. Estoy espantado y no me atrevo a decírselo, pues la vida en la celda me parece que debe ser un gran suplicio. No la probé más que cuatro días, y esos días fueron siglos, aunque los pasé en compañía del gran Spinoza. Transmítale a nuestro amigo mi profunda y afectuosa amistad.

Todas las observaciones que ha hecho usted a mi pliego I del Volumen V me han parecido justas y me apresuré a tomarlas en cuenta. ¿No podría, antes de terminar la corrección sobre Finlandia, enviarme las páginas sobre Dinamarca y la Península Escandinava en el orden de las páginas? Cuando no tenga usted más documentos para consultar, el trabajo será tanto más rápido. Lo contemplará de acuerdo con mis revistas y diarios, pero es urgente alimentar las prensas.

Le abraza muy afectuosamente

*Eliseo Reclus*

*A Richard Heath*

Clarens, 6 de Febrero de 1884

Mi querido amigo:

Creo al igual suyo que mi artículo<sup>2</sup> está incompleto en muchos aspectos, y que no se ocupa lo bastante de las dificultades prácticas en el porvenir. Esto es algo que trataré de plantear más adelante, si mi primer artículo atrae suficiente atención y si se justifica que sea continuado. Pero para usted la cuestión sería más grave. Me pregunta usted

<sup>1</sup> Martín Pierre, nacido el 15 de Agosto de 1856, tejedor de paños en Vienne, Isère, Francia; condenado al mismo tiempo que Kropotkin, en 1883, a 4 años de prisión, 10 años de vigilancia, 10 años de privación de los derechos cívicos, 100 francos de multa por ser afiliado a la Sociedad Internacional de los Trabajadores, cumplió parte de su condena en Clairvaux. Uno de los principales organizadores de la manifestación del 1º de Mayo de 1890 en Vienne (Francia), fué nuevamente condenado a 5 años de prisión, 10 años de interdicción, de permanencia y 200 francos de multa. ¡Eliseo Reclus hablaba de este hombre que ha pasado en la prisión gran parte de su vida, como del ser más dulce e inteligente, el más paciente de entre los seres que conoció!

<sup>2</sup> "La Anarquía vista por un anarquista", artículo destinado a *Contemporary Review* y del que Eliseo envió el borrador a R. Heath.

si es asimismo permitido esperar que una revolución tan grande pueda efectuarse. En cuanto a mí, tengo confianza en que se hará, porque progresamos y todo progreso debe en definitiva cumplirse en el sentido indicado. El mismo declive del suelo, la gravitación, nos llevan en tal sentido. Pero aún cuando no hubiese esperanza, aún cuando fuéramos dos o solamente uno solo, el deber personal de quien ve las cosas como yo las veo, no deja de ser otro que el de vivir conforme lo más posible con su ideal, "sin amos y sin esclavos", no buscando a su alrededor más que iguales.

Por cierto, rechazo toda idea de fórmulas, de tradiciones convenidas, de prácticas respetadas por ser hereditarias. Sí, evito las iglesias, como también las asambleas parlamentarias; me alejo con repugnancia de piedras y bancos a los que la costumbre otorgó no sé que santidad fetichista. Pero la predicación, la palabra viviente, el sentimiento profundo, no están en las iglesias, encerradas como misteriosos espíritus. Están en todas partes donde está el corazón del hombre, en esta carta, en el aire que pasa. Y si queremos que todas nuestras palabras, todos nuestros actos, expresen la sinceridad misma, hay que tratar cuidadosamente de liberarlos de toda convención: nada de iglesias, ni reuniones a horas fijas para libros sagrados o sacerdotes encargados de nuestra salvación.

No le puedo indicar un libro serio sobre la situación de los campesinos en Suiza. No conozco ninguno; lo que puedo decirle es que no hay ningún *material progress*. Todo lo que oigo decir y lo que veo me prueba que desde el punto de vista material, la mayoría se halla en penosa situación. Las quiebras se multiplican tanto entre los campesinos como entre los pequeños industriales: la emigración adquiere grandes proporciones; el alcoholismo, causado por el hastío de una vida sin ideal, se convierte en vicio nacional; poblaciones enteras se atrofian físicamente. En 1880, sobre 639.000 electores, había 94.000 suizos privados de sus derechos políticos —más de la séptima parte— casi todos como fallidos. Y sin embargo, los hijos mayores de los fallidos poseen sus derechos. ¡Qué de miserias representan tales cifras!

Le estrecho muy cordialmente la mano y le ruego haga presente mi afecto entre los suyos.

*Eliseo Reclus*

*A la señora Dumesnil, Vascœuil*

Clarens, 16 de Marzo de 1884

Mi queridísima hermana:

...Nada de nuevo en nuestra libre Helvecia, a no ser que la policía alemana es dueña y señora y se encuentran moscardones a cada paso.

Pero la Naturaleza —ignorando a Bismark, al que tornará en polvo aún sin conocer su nombre— no es por eso menos radiante, y cuando vengáis a vernos, se pondrá aún más bella.

Abrazos de

*Eliseo*

*A Richard Heath*

Clarens, 6 de Junio de 1884

Mi muy querido amigo:

Al volver de mi viaje alrededor del Mediterráneo, encuentro su carta del 26 de mayo. Agradezco sus afectuosas palabras.

Dice usted que mi “poema”<sup>1</sup> no es realizable, que es un sueño. Comienzo, pues, por responderle que, si así fuera, habría aún motivo de preferencia por ese bello sueño, en lugar del sueño vil y miserable, que es esta pesadilla de la sociedad actual, pues esta sociedad, y usted lo reconoce, no tiene estado, organización, ni realidades dignas de ser aprobadas. El nudo gordiano no se desata, bien lo sabe usted; es brutalmente cortado por la espada. Las dificultades de funcionamiento son resueltas por el crimen, la prisión, la muerte, por la miseria o por el hambre, la guerra, las bancarrotas, la venta a peso falso, la adulteración de mercancías, el juego de la bolsa.

Pero el hecho de que la sociedad actual sea imposible y pueda calificarse de *constant and perpetual failure*<sup>2</sup>, tanto en su conjunto como en sus grupos nacionales o familiares, no prueba y lo confieso, que nuestro sueño de equidad sea rea-

<sup>1</sup> Artículo citado en carta anterior dirigida al mismo, publicado en Mayo de 1884, en Londres.

<sup>2</sup> Quiebra continua, perpetua.



lizable. Pero también respondo, sencillamente: o bien podemos realizar ese sueño para la sociedad entera: en ese caso trabajemos con energía. O bien no podemos realizarlo más que para un pequeño número: en ese caso sigamos trabajando. ¿Por qué no hacer florecer un pequeño oasis de paz, de respeto mutuo, de igualdad, en medio del inmenso desierto?

Mas yo espero, mi querido amigo, que he de tener tiempo, antes de morir, para demostrar históricamente que nuestras ideas libertarias no son un simple sueño. Estoy entregado a esos estudios, y otros también trabajan con más éxito que yo. Si logramos publicar las *Cartas sobre la Anarquía* de nuestro amigo Kropotkin a M. de Laveleye, pienso que usted las leerá con gusto y que ellas contribuirán a modificar sus ideas.

Entre esas ideas, hay una que me parece falsa, no de una manera general, sino en la acepción que usted le da. No, no es verdad que la naturaleza humana sea siempre idéntica, que *The world is such as it ever has been*<sup>1</sup>. Por el contrario, el individuo cambia según el medio. Bajo la opresión, lo veo astuto y mentiroso, vicioso y ruin; en la libertad, lo veo activo, verídico, magnánimo. En el viaje que acabo de hacer, como también en mis estudios de libro en libro, observé que una sana atmósfera interior favorece la salud, mientras que el aire malsano trae la enfermedad. Y si nos estudiamos nosotros mismos veremos que aún en los seres más fuertes el sistema compensador de la voluntad no siempre actúa con precisión, independientemente de las alternativas del medio.

No insisto, pues creo que tendremos ocasión de conversar aún sobre estas cuestiones, si es que no tenemos la dicha de ponernos de acuerdo.

Recibí el número de *Spectator* que menciona mi artículo. Me parece que no es muy justo conmigo y me hace decir cosas que no dije.

¿Puedo pedirle un favor? Envíeles un ejemplar de la *Contemporary Review*, conteniendo mi artículo, a las personas cuyos nombres y direcciones acompaño (*sigue lista de nombres y direcciones*).

<sup>1</sup> El mundo sigue siendo lo que siempre ha sido.

Le envío por el correo de hoy un giro postal para cubrir ese pequeño gasto; si queda algo de esa suma le ruego utilizarla para una acción cualquiera que tenga mutua aprobación.

Si creyese usted que mi artículo puede ser reimpresso, y vendido o distribuído gratis, estaría encantado que se hiciese, pero desde mi retiro no puedo ocuparme personalmente del asunto <sup>1</sup>.

Le ruego transmitir mi recuerdo a esas señoritas, y reciba mi enérgico apretón de manos.

*Eliseo Reclus*

*A Pedro Kropotkin, Clairvaux*

Clarens, 20 de Junio de 1884

Mi muy estimado amigo:

Acabo de recibir el paquete de *Nature* que me envía, como también varios recortes de diarios ingleses. Gracias.

.....

Veo que comenzó una larga carta para mí en el momento en que emprendí mi viaje al Africa. Le ruego, querido amigo, enviármela, sobre todo si es extensa. Tratando problemas importantes, me hará ciertamente reflexionar y estudiar; me será pues muy útil poder rumiarla largo tiempo antes de responderla. Tengo en este momento una carta de ese estilo que me ha escrito un amigo de Inglaterra, y no sé cuando podré contestarla, pero el pensamiento de lo que debo decirle no me abandona: un murmullo continuo llena mi cerebro.

Lo dejo, querido amigo, estrechando fuertemente su mano.  
Su amigo,

*Eliseo Reclus*

*A Richard Heath*

Sin fecha, 1884

Mi querido amigo:

Comienzo mi respuesta a la suya, no sabiendo cuando la concluiré, pero al menos durante varios días mi pensamiento estará siempre dirigido hacia usted.

<sup>1</sup> Reimpreso sólo en 1894, en folleto: *An Anarchist on Anarchy*. London, "Liberty Press". (cuatro ediciones hasta 1897).

También he leído los artículos de Herbert Spencer con sumo interés, pero al igual suyo me chocaron ciertas palabras y apreciaciones que me parecieron poco humanas. Cuando se ama realmente a sus semejantes, tal amor se expresa con palabras afectuosas y tiernas. No es posible que uno llegue a equivocarse. Que haya leyes inevitables a las que todos obedecemos como la onda obedece al viento, no podría negarse; que del nacimiento mismo surge la muerte, no hay nada terrible en ello, siempre que la muerte llegue a su debida hora. Cuando se habla de esas leyes soberanas, sería ridículo hacerse el sentimental, pero cuando se discurre con los hombres buscando lo que pueda hacerles dichosos, es menester al menos que la cordialidad fluya del lenguaje. Pero ésto es una cuestión de detalle. El lenguaje de Spencer podría ser duro como el acero, y, al mismo tiempo, sus ideas podrían ser de una claridad perfecta. En todos los casos, conviene estudiarlas con escrúpulo. No es una de esas obras que no hagan pensar, aun cuando descansen sobre ideas falsas.

De una manera general, me parece que su último artículo, "The Sins of Legislators" es excelente, y, por mi parte, no he dicho más que lo mismo, aunque en forma muy diferente; pero el artículo precedente "The Coming Slavery" está a mi juicio lleno de errores basados en falsas definiciones y en la ignorancia de las cosas que critica. Para él "todo socialismo es esclavitud". Olvida que él mismo es socialista, puesto que juzga un deber modificar el estado social, y emite consejos en consecuencia. La palabra "Socialismo", en su significación histórica, se aplica evidentemente a todos los sistemas, de cualquier naturaleza que fueren, cuyo objetivo sea el de asegurar a todos los seres humanos el pan del cuerpo y el pan del espíritu. Es verdad que, entre esos sistemas, hay varios que son puramente apriorísticos, imaginados por temperamentos quimeristas que no estudiaron al hombre ni observaron el funcionamiento de las leyes naturales, pero hay otros que se basan en observaciones y experiencias que encierran una pequeña o una gran dosis de verdad.

Sea lo que fuere, no es el *laissez-faire* el que traerá la dicha a la humanidad. El señor Spencer hará bien en creer en la virtud de ese principio, que no es tal principio, pero él mismo es infiel a su programa, puesto que escribe libros cu-

yo resultado es el de influir sobre la marcha de las cosas. Predica, busca adherentes y propagandistas, y estoy lejos de censurarlo. Pero digo que no basta dejar hacer, dejar que siga la corriente; hay que asociarse a lo mejor, colaborar en la gran obra.

Se dirá tal vez que si no se deja libre curso a los acontecimientos, si no se procura intervenir con la voluntad infinitesimal en la inmensa labor de las cosas, será entonces por la violencia que se tendrá la pretensión de intervenir. ¡Y bien, no! En la concurrencia vital entre las especies que se disputan un lugar sobre la tierra, observo dos modos de lucha muy distintos, el de la violencia personal y el de la defensa colectiva. Hoy mismo he visto un nuevo ejemplo en mi jardín. Un gato se desliza furtivamente entre las hierbas y salta sobre un pajarito al que apresa entre sus garras. De inmediato, el padre y la madre del pichón se precipitan sobre el gato, con las alas extendidas. No eran más que simples mirlos, y el gato pudo aplastarlos a los dos; pero esos animalitos, cuyo amor era más violento que el hambre, le infundieron miedo. Con la solidaridad, los dos pájaros vencieron a la bestia.

Esto es lo que deseamos hacer. A todas las violencias personales queremos oponer la voluntad coherente de todos aquellos que puedan ser oprimidos. Mi ideal es ese árbol de la Cafrería<sup>1</sup> en que se anidan millares de pájaros, los "republicanos" dichosos y conscientes de su fuerza, mirando sin horror al buitre que planea en su vuelo sobre la ciudad. No tenemos necesidad de amo: no es una voluntad exterior a la nuestra la que nos hace permanecer en la misma comunidad, sino la conciencia de nuestra solidaridad con todos. Somos útiles para nuestros hermanos, y nuestros hermanos son útiles para nosotros. Cada cual es libre, y toda la ciudad sólo es libre por nosotros.

Queremos extender a todos los hombres esta solidaridad, sabiendo de modo positivo, gracias a la geografía y la estadística, que los recursos de la Tierra son ampliamente suficientes para que todos tengan de qué comer. Esa pretendida ley según la cual los hombres deben devorarse entre

<sup>1</sup> Africa Meridional, sobre el Océano Indico. (N. del T.)

sí, no está justificada por la observación. En nombre de la ciencia podemos decirle al sabio Malthus que se ha equivocado. Nuestro trabajo de todos los días multiplica los panes, y todos serán saciados.

Pero, usted ha dicho también: “¿Excluye usted a los animales?” Es cierto, la cuestión tiene su gravedad. Si debemos realizar la felicidad de todos aquellos que tienen rostro humano, y destinar a la muerte a todos aquellos de nuestros semejantes con hocico y que no difieren de nosotros más que en la mayor abertura de su ángulo facial, no habremos realizado nuestro ideal. Por mi parte, también acojo a los animales en mi afección de solidaridad socialista. Pero también me digo: “¡Todo se hace gradualmente, y los primeros deberes comienzan en torno nuestro!” Realicemos la justicia en el círculo más vasto que nos sea posible: en el círculo civilizado en primer lugar, y después en el círculo humano. Toda realización de un ideal parcial nos vuelve más sensibles, más delicados para la realización futura de un ideal mayor. Todo lo que hacemos para el bien del mañana, acercará a nosotros a los que momentáneamente están alejados. Tengo la firme confianza de que nuestra sociedad armónica debe abarcar no solamente a los hombres sino también a todos los seres conscientes de su vida. ¿Dónde está el límite? Lo ignoro; tan sólo sé que está más allá de los animales que matan nuestros pies y a los que degüellan nuestros carniceros. No comprendo por qué se mata a un animal o a un hombre, no establezco diferencia sino cuando se trata de defensa personal o colectiva. Absuelvo al viajero que mata a un tigre para defender a sus camaradas. Absuelvo también al combatiente que cumple un acto similar en la sociedad humana.

Me expreso brevemente, pero espero que no me acusará usted de hacer la apoteosis de la fuerza pura, ni de alistarme entre los *muscular christians* (cristianos que ejercitan sus músculos). No, lo que anhelo es la solidaridad de los débiles, fortificados por una unión tan vigorosa como para menospreciar la fuerza de los fuertes y no dejarles otra alternativa que entrar ellos en la gran confederación de los iguales.

Para hacer un llamado al Juicio Eterno, tal como me invita usted a hacerlo, para mostrar el ejemplo del “Hijo del

Hombre" o del Buda, haría falta creer, y si yo creyera personalmente, haría falta que también la sociedad creyese. Y ya no cree, y hoy no es más que una tradición, una rutina sin vigor, un dogma momificado. Que muchos hombres buenos y grandes hayan sacado de la religión y de sus dogmas todo lo que tenían de humano, de generoso idealismo, no deja de ser verdad, pero esta misma sublimación nos permite dejar de lado los hechos sin valor histórico, que, para la mayoría de los fieles constituye la religión. Véis en Jesucristo la humildad colectiva, el sacrificio de uno para todos, el gozo sin fin, sin medida, eterno, que ofrece el amor; pero los relatos de los Evangelios no tienen ya valor para nosotros. ¿Por qué mezclar a esas grandes verdades que nos producen alegría, tales historietas contradictorias y mal escritas, en cuyo nombre tantos persecutores han maldecido, torturado o quemado a tantos hombres que amaron fervientemente la justicia?

Me pregunta usted además: ¿cómo crear ese dulce oasis de paz y de armonía entre los hombres que se sienten iguales y que trabajan de acuerdo por el advenimiento de la justicia? Es amándonos, apoyándonos mutuamente, por la propaganda y el común estímulo. Estamos a distancia, pero una carta, una palabra, la conciencia de que uno piensa y siente en concordancia, nos hace bien y nos fortifica a través del espacio. Pensar que tengo amigos en Italia, en Hungría, en Inglaterra, en Francia, en Africa, me hace dichoso: sin ellos sería una cosa; con ellos soy un hombre.

Muy cordialmente,

*Eliseo Reclus*

Agradezca de mi parte a esas señoritas que copiaron el artículo para mí. Sobre este artículo le daré mi opinión en otra oportunidad, porque hoy mi carta ya es extensa y temo que ciertos pasajes sean indescifrables.

Mi excelente amigo:

Acerca de que su ideal, el de la benevolencia universal, la justicia para todos y la paz, haya sido en todo tiempo el de los hombres de buena voluntad, es algo que me cuidaré muy bien de negar, y me sentiría desdichado si no fuera como usted expresa. ¡Cuántos antecesores hemos tenido, cuántas estremecidas y profundas frases han sido pronunciadas antes que nosotros, cuyo eco se prolonga a través de las edades! ¡Qué de verdades, una vez proclamadas, ya lo fueron para siempre, de modo que no nos queda más que repetir las sin cesar!

Pero es precisamente porque nuestra herencia de verdades es tan preciosa, por lo que debemos celosamente separarlas de los errores que con ellas se entremezclan. Vea lo que los budistas han hecho de Buda, lo que los cristianos han hecho de Cristo, suponiendo que uno y otro hayan vivido, lo que por otra parte poco importa, pues ni uno ni otro son para nosotros sino "voces". Sus palabras, tan esencialmente humanas, con las que se mezclaron por esa razón tantos errores y debilidades, fueron convertidas por los sacerdotes en palabras divinas, indiscutibles, e interpretándolas a su antojo las utilizaron para imponer al rebaño de los hombres sus propios errores y locuras.

Aun así, la traición a Buda por los budistas, y a Cristo por los cristianos, no nos impide retomar los documentos primitivos de su historia, y lejos de mí el desechar por ejemplo lo que halle de humano y de verdadero en los Evangelios. Pero cuando quieren ofrecérmelos como obra divina o como poseyendo no sé qué de "divinidad", ni qué de "santidad" particular, entonces ya no los quiero. Atribuirle la más mínima infalibilidad a cualquier obra, así sean "Los Evangelios" o "Palabras de un Creyente" o "Cantos de la Comuna", eso no está en mí, y protesto contra lo infalible. Es de allí de donde nos vendrá el veneno. No hay "libro" del que se esparza la verdad; no puede llegarse a conocerla más que por el trabajo exterior, por el continuo latido de la sangre en las arterias, del pensamiento en el cerebro.

¿Conoce usted las obras recientes del conde Tolstoy? Creo que es hombre de su corazón; cada una de sus palabras y de sus sentimientos vibrarían al unísono. En cuanto a mí, guardo hacia Tolstoy la más profunda simpatía, pero creo que se equivoca lo mismo que usted separando al “Hijo del Hombre” de los otros hombres, para divinizarlo, y dando a la historia que sobre Cristo nos han dejado, un valor superior a la de otras recopilaciones de frases humanas.

Estrecho su mano cordialmente, y le ruego transmitir mis saludos a los suyos.

*Eliseo Reclus*

*A la señora Ackermann,<sup>1</sup>*

Clarens, 20 de Enero de 1885

Señora:

Por fin mi amigo me proporcionó su dirección. Necesitaba expresarle mi reconocimiento por el precioso obsequio que me ha enviado.

Me agradó mucho recibir sus obras. Las leeré, las releeré; por medio de ese pequeño volumen tan nutrido que me llegó de sus manos, me parecerá que me habla usted en persona. Su voz, recitando tan bellos versos, algunos de los cuales han penetrado en mi substancia misma y forman parte de mi ser, tendrá para mí un poder que antes no tenía. ¡Cuántas veces, no obstante, han logrado de mí un prolongado estremecimiento de alegría o de éxtasis que me sacude en los sagrados instantes en que me hallo en presencia de lo grande y de lo bello! De nuevo se lo agradezco.

Sin embargo, sin duda no lo ignora, soy uno de los que en su terror por el futuro *Diluvio*, en el que usted ve avanzar “como un rudo oleaje de odio y de rabia brutal”, creo que su espanto no es digno de usted.

Mi agradecimiento y mi respeto por su persona quizás me permitan decirle que el día en que usted ha escrito esos

<sup>1</sup> Luisa Victorina Ackermann, escritora francesa, nació en París, en 1813, y falleció en Niza, en 1890. Sus libros recopilados en 3 tomos, son: Cuentos, 1885; Niza, 1861; Cuentos y poesías, 1863, y Poesías; Primeras poesías filosóficas, 1874. En un libro en prosa resumió además sus teorías filosóficas pesimistas en 1883. (N. del T.)



versos, cometió la torpeza de temblar. Si no teme el hundimiento del Cielo ni el resquebrajamiento de la Tierra, ¿por qué le atemoriza el clamor tempetuoso de todos los oprimidos, ese grito, mezcla de cóleras y de estertores, que brota del pecho de todos los infortunados clamando por la felicidad? Nosotros, los insurgentes que le provocamos miedo, somos los combatientes del ideal. ¿Qué buscamos? ¿Por qué, en nuestra lucha incesante, aceptamos a sabiendas la prisión y el exilio, la muerte y la maldición de los poetas, si no es para que un día sean todos libres e iguales en la patria grande, gozando de la vida en toda su plenitud, extasiados con los bellos cantos y la poesía sublime? Debo recordarle los versos alemanes de uno de sus hermanos, versos que desde hace cuarenta años me alegran y reconfortan: “¡Frente al esclavo, cuando rompe sus cadenas, frente al hombre libre, no tiembles nunca!” O bien ese dístico de Hugo que recomienda a todos los que saben amar: “Y su madre decía, hablándole en voz baja: ¡hijo mío, cuando seas grande, muere por la buena causa!”

Si fuera usted de los nuestros, si ayudara a Sansón a romper sus ligaduras, ignoraría lo que es la tristeza, y nunca invocaría a la muerte. En cuanto a nosotros, comprendemos sus anatemas, pero hallamos alegría en el combate, y amamos la vida.

Con el mayor respeto, de todo corazón,

*Eliseo Reclus*

*A Richard Heath*

Clarens, 25 de Febrero de 1885

Mi querido amigo:

Un viaje a París, una enfermedad —concluída felizmente— de mi hija Jeannie, la muerte de mi madre política, han retardado mi trabajo, y me impidieron responder a la suya.

Y además, querido amigo, experimento cierta fatiga anticipada al escribirle sobre temas que sé de antemano que no podrán ser dilucidados en nuestras conversaciones escritas. Aunque estuviéramos siempre juntos, aun cuando los intercambios entre nosotros fuesen incesantes, no podríamos igual-

mente entendernos, ya que partimos desde puntos diferentes. Usted admite una voluntad inmanente del inmenso Desconocido, que siempre nos dirige, mientras que yo veo solamente leyes provenientes de la naturaleza misma de las cosas. Sea cual fuere nuestra sinceridad en la discusión, tenemos siempre, tanto el uno como el otro, pensamientos y sentimientos velados que gobiernan nuestro proceder y hacen que jamás nos pongamos de acuerdo.

¿Nuestro deber no es acaso reconocerlo así, mi querido amigo, y obrar en consecuencia? Es decir que, aun apreciándonos mucho porque sentimos uno y otro el ideal y la voluntad de hacer el bien, debemos sin embargo abstenernos de prácticas que llegan a las profundidades de nuestro ser; es preciso resignarnos a emprender rumbo por otros cielos, cada cual describiendo una órbita diferente en el inmenso infinito.

Podremos en cambio preocuparnos de cuestiones secundarias, que resolveremos diferentemente, procurando relacionarlas lo mejor posible con cada una de nuestras ideas generatrices. Así, pues, la idea del medio ambiente pareceme ser una cuestión sobre la que podríamos concordar en opiniones. Sin duda observamos grandes diferencias, y más que diferencias, bruscas oposiciones entre dos individuos de una misma familia, que parecen sin embargo haber recibido idéntica educación. Pero esas mismas condiciones de ambiente que usted menciona no parten sino de una mera suposición suya. Entre dos hermanos educados por los mismos padres ¿conoce usted acaso las diferencias esenciales que provienen de la concepción, de la gestación, de la lactancia, del contraste originado por la diferencia de edad relativa de los padres, luego de iniciaciones diversas de ambos en el mundo del pensamiento y de la moral? Pero aparte de esos elementos diferenciales en el medio ambiente, hay otro de importancia capital. La vida de los individuos es como la de las naciones, atraviesa momentos de rutina y momentos de crisis. Tal palabra, dicha en cierto momento psicológico de renovación, encierra una potencia extraordinaria para el bien o para el mal. ¿Qué palabra o qué ejemplo podrían presentarse a dos hermanos, que cruzan uno tras otro ese período crítico? En ese instante de renovación, uno recibirá el apretón de manos de un hombre y habrá comprendido en él: “¡Vi-

ve para la justicia!" El otro habrá sido seducido al ver pasar un Lord, guiando sus cuatro caballos con el bolsillo repleto de billetes de banco. Quizás sea esta la impresión decisiva para la carrera del joven.

Pero acerca de este punto podríamos discutir hasta el infinito. El hecho es que un medio, en apariencia igual a otro medio, puede diferir totalmente por las fuerzas diversas que se entrecruzan.

Como usted, concedo iguales derechos a los animales y a los hombres, *and as the line must be drawn somewhere*<sup>1</sup>, procuro trazarlo lo más lejos posible, sabiendo perfectamente que perro y gato son mis hermanos.

Le abrazo de todo corazón, y le ruego exprese mis afectos a los suyos.

*Eliseo Reclus*

*A Richard Heath*

Clarens, 24 de Marzo de 1885,

Queridísimo amigo:

Por lo menos crea conmigo en la buena amistad. Yo también sé por frecuentes experiencias cómo cuesta no sentirse igual en pensamiento tal como se siente de corazón a corazón. He tenido un padre que era el sacrificio mismo, la rectitud, la bondad y la justicia, y sin embargo nunca hablé su mismo lenguaje, y nunca él tampoco habló el mío. Teníamos únicamente la mirada para decirnos que nos queríamos. Hasta casi me parece que mi cariño había acrecido por la tristeza de pensar distinto a mi padre.

Y bien, mi querido amigo, estamos en una situación análoga, pero que ello no nos impida estrechar vínculos afectivos y comprender que después de todo ambos trabajamos por la misma causa. Cada uno de nosotros apenas ve, si es que ve. Jugamos al *blind mans'buff*<sup>2</sup>, ¿pero qué hemos de hacerle? Buscamos lo mejor y debemos alentarnos mutuamente.

Muy afectuosamente suyo.

*Eliseo Reclus*

<sup>1</sup> Pero como hay que trazar un límite en alguna parte.

<sup>2</sup> En francés: *Colin Maillard*. En castellano: gallina ciega. (N. del T.)

Fernana, Abril de 1885

Envío a Paul Régnier un periódico argelino, "eterno, hebdomadario e intermitente".

Es como mis cartas; eternas porque mi corazón os recuerda siempre y porque mi sentimiento os escribe sin cesar; hebdomadarias, porque estoy como destinado a echar una carta en el correo todas las semanas; intermitentes, porque no dispongo de tiempo, sobre todo ahora.

Te escribo desde Fernana, sitio que no hallarás en ningún mapa. Te bastará saber que estoy en plena tierra de las tribus jumires<sup>1</sup>, pero no en la región boscosa sino sobre la meseta, verdeante hasta perderse de vista. Siempre verdor, el de los trigales, de la cebada, de los cardos. No hay más que un refugio, únicamente uno. Pero es inmenso; se trata de un alcornoque que cubre toda una pendiente con su sombra; por todos lados sus raíces se hunden como garras en la tierra, y, en la separación de sus raíces, forman encantadores reductos. A medida que va dando vueltas el sol, los voy adoptando como sillones para descansar. La corteza de los árboles es tan espesa en los troncos y en las ramas, que habría a mi juicio bastante para suministrar corchos a todas las bodegas de Burdeos, y me digo con temor que quizás quien me suceda bajo este árbol, sea un negociante en vinos que especule sobre la destrucción del buen gigante que me cobija bajo su sombra. Pasan jumires por el camino, todos a caballo. Me miran con mirada torva, y pienso en verdad que tienen razón. Un pequeño y delicioso jumir que va detrás de las vacas de su padre, como un Jacob o Labán desconocido, llégase no obstante cerca mío para darme los buenos días. No sabiendo cómo retribuirle, le doy una moneda y quedamos muy amigos. Un árabe corpulento, de dulce mirada, pasa también. Pero éste no es un jumir, es un argelino; me hace señas para hacerme comprender que es mi hermano: "Somos los dos dedos de la misma mano". Creo que es maestro en danzas, y esta es una industria que no preveía entre los jumires.

*Eliseo Reclus*

<sup>1</sup> Al Norte de Túnez, tribus perseguidas por los franceses después de la ocupación de Algeria. (N. del T.)

*A Richard Heath*

Clarens, 10 de Septiembre de 1885

Querido amigo:

En efecto, nuestra casa está llena de hermanos y amigos. Nos sentimos muy felices de estrechar manos cordiales, de oír voces amigas. Nuestros hermanos, los Dumesnil, también forman parte de los nuestros; desgraciadamente van a dejarnos pronto; me encargan le diga que le escriben con mi mano.

Lamento manifestarle que Víctor Hugo era en efecto un hombre de doble faz en el sentido de que su vida no siempre correspondía a la nobleza de sus palabras. El hecho que usted menciona es de pública notoriedad, es histórico.

Puede usted responder a M. X. que si *Le Cri du Peuple* fuera un periódico de doctrina y no se sacrificara como los otros a la política, a los chismes del día, y a veces al escándalo, no tendría ciertamente un gran número de abonados. *La Bataille*, es también un periódico político, y la propaganda social se ve sacrificada por las noticias del día.

Opino que las Cámaras Sindicales son poderosas como organización, pero su diario, simple monitor informativo, es necesariamente demasiado aburrido, y, por consiguiente, sin ninguna importancia. *Le Proletariat*, órgano oficial del Partido Obrero, debe igualmente a su carácter de órgano autorizado del partido su carencia de interés y de vida.

Los pequeños periódicos de propaganda son mucho más interesantes.

Muy cordialmente, suyo

*Eliseo Reclus*

*A la señorita de Gérando*

Clarens, 8 de Noviembre de 1885

Muy apreciada señorita:

Nos anuncia usted la llegada de Atila para los primeros días de noviembre, ¡pero he aquí que ya han pasado los primeros días! Y si deja transcurrir los últimos, ya no estaremos quizás aquí, pues me es preciso ir a París para terminar mi libro y para llevarle su pequeño a mi hija Jeannie.

Transmití los párrafos de su carta a mi amigo Pedro <sup>1</sup> para que compruebe la apreciación sincera de una verdadera amiga

<sup>1</sup> Kropotkin.

de la verdad y de la justicia. Por mi parte me apesadumbró mucho saber que mi amigo no lograra librarle de todas las objeciones, desbaratar las posibles dudas que se formaron en su espíritu. Partiendo del mismo ideal, arribando a iguales conclusiones, anhelando también la ausencia de gobierno, puesto que desea la justicia, ¿cómo es posible entonces, y de dónde puede provenir que en la discusión no concuerde con usted, y que le haya parecido, no lo que debía ser, un hombre, para convertirse en un ruso, en un tártaro?

Héme aquí condenado por igual culpa, pues debo interrogarme ya que no veo las cosas de manera distinta a como las ve mi amigo. Asistiendo a esta masacre continua que llaman civilización, y que coloca a los pueblos a los pies de los reyes, a los pobres en los laminadores de usinas de los poderosos, a los niños en las mandíbulas de los ogros, sólo puedo clamar: “¡Rebelión! ¡Rebelión!”, porque poseo dentro de mí el sentimiento de solidaridad hacia todos los que sufren. Es por amor que brota de mi ser ese grito, que no es, créalo, ningún grito de odio.

Estrecho cordialmente su mano, afectuosamente,

*Eliseo Reclus*

*A la señorita de Gérando, en Kolzsvár (Transilvania)*

Muy apreciada señorita:

Túnez, 14 de Febrero de 1886

Tuve gran placer en entregar su amable carta de introducción en manos de Kossuth.

Ignorábase su presencia, y anduve temeroso de que me indujeran a error con datos precedentes. Pero aunque mis horas estuvieran contadas, tuve la suerte de hallar al ingeniero Kossuth y departir algunos instantes con él. Me confió que su padre habíase retirado en efecto a Nápoles para vivir solo durante algunas semanas, y me facilitó la hora en que podría verlo. ¿Quizás desee usted saber qué impresión me causó el hijo de Kossuth?

No puedo permitirme por cierto juzgar a un hombre al que apenas vi unos instantes, y no puedo dar más que ligeras impresiones. El hijo de Kossuth me pareció sumamente hábil para colocarse a la defensiva: tiene ideas claras, voluntad precisa

y tenaz, admirablemente dotado para la lucha. ¿Siente amor a sus semejantes? No he podido leerlo en su rostro.

¡Cuán dulce y bueno es por el contrario el radiante rostro del anciano! A juzgar por los tan divulgados retratos de Kossuth durante la guerra de la independencia, es como si su rostro se hubiera iluminado por un rayo de bondad que no tenía. ¿No es éste acaso un desdoblamiento de la vida que se opera durante los últimos años de existencia de un hombre? En quienes se despojan poco a poco de la vida material y continúan viviendo por el espíritu, la mirada y la sonrisa adquieren una expresión de infinita dulzura. Ya han vivido y es como si nos miraran desde muy lejos, desde un profundo infinito.

Kossuth me recibió en su casa con tal cordialidad que me emocionó hasta lo indecible. Tuvo palabras de perfecta amabilidad y de verdadera amistad, para decirme que no era un desconocido para él; pero casi en seguida, sin siquiera sentarse, me ha preguntado si aun poseía la alegría, la confianza, la fervorosa dedicación por la causa, pues él se siente triste y fatigado, y la vida pesa enormemente sobre sus espaldas. Rehuye a los hombres porque no tiene esperanza que darles. Quisiera gritarles, infundirles palabras de aliento, pero sólo serían frases de tristeza, descorazonadas, las que podría decir. Su pensamiento se traslada sin cesar a mejores días, cuando él también se destacaba en la acción, que tan cruelmente decepcionó a su gran esperanza. Con punzante expresión, y en breves términos, refirióme el desastre de su vida, desastre que sus compañeros de lucha, si hubiesen sido en realidad hombres, podrían haber convertido en triunfo común. No me habló como un político con ambiciones fracasadas, sino como un patriota absolutamente sincero y desinteresado. Y cuando le pregunté si escribiría sus memorias o una obra histórica sobre los grandes acontecimientos en los que participó larga y decididamente, me respondió con una singular desconfianza de sí mismo. Por lo demás, experimentaría cierto pudor en hablar de sí mismo: “—Hay que ser como el rocío, humectar, nutrir las plantas en las horas indiscretas del amanecer, cuando nadie nos ve, y luego evaporarse a los rayos del sol. Actuemos, pero que nuestra alma quede ignorada”. En ese instante fué cuando pensé en usted. ¿Me perdonará por haberlo hecho? En su última carta me juzga usted con demasiada benevolencia, ¿No me situó en

un plano de legítima defensa al decirle que esa hermosa comparación del rocío bienhechor trasladó mi pensamiento hasta Kolozsvár?

Personalmente, Kossuth se consuela de los hombres con el espectáculo de la naturaleza. Para verla, y sólo para verla en su trabajo incesante, ha venido a Nápoles. Pero este viaje, lejos de ser útil a su salud, le resulta más bien funesto. Experimenta cierta satisfacción al saberse presa de una muerte próxima: la muerte será para él una liberación. Pero se siente feliz al ver, por lo menos en los otros, que el tesoro de esperanza no está perdido, que otros jóvenes luchan para continuar su obra, aunque bajo otra forma, y que, de etapa en etapa, se prosigue la marcha hacia adelante. A la lucha por la independencia nacional le sucede ahora otra guerra, la del individuo libre contra el Estado. Tiene plena conciencia de ello, y nos alienta.

Jamás olvidaré el momento en que me despedí de él. Su bondadoso rostro sonriente se inclinó hacia mí, y sus dos manos frías acariciaron mis mejillas. Mi corazón latía fuertemente y mis ojos estaban humedecidos. Me alejé despacio. Frente a mí sigo viendo siempre al noble anciano que en el fondo mismo de su desesperanza halló palabras de coraje y de fuerza<sup>1</sup>.

Cordialmente suyo,

*Eliseo Reclus*

*A la señora Dumesnil, en Vasceuil*

Túnez, 17 de Febrero de 1886

Queridísima hermana:

El bloqueo tunecino está por terminar para nosotros, y saldremos mañana rumbo a Tánger, pero la ruta por tierra continúa cerrada. Nos apremia llegar allá, pues uno, dos despachos telegráficos nos dicen que mi hermana Joana, que nos espera en casa de nuestros amigos, está impaciente por regresar y para llegarnos hasta Argel es menester cinco días bien contados. Ya no confiamos sino mediocrementemente en la ayu-

<sup>1</sup> Luis Kossuth, nació en 1802, murió en 1894, a los 92 años. Revolucionario húngaro, se opuso siempre a la dominación austríaca. Escribió *Recuerdos y escritos de mi destierro*. Por defender su patria le quitaron sus derechos de ciudadano húngaro. (N. del T.)



da de los vientos y de las olas. Han sido tan poco clementes durante estas últimas semanas, que no nos atrevemos a contar con la regularidad de los barcos. ¡Pero qué alegría si puedo abrazar a mi buena hermana!

Quizás nuestra estada en Túnez no habrá sido inútil. No sé si sabes que una de nuestras amigas, amiga también de los Kropotkin, la señora X., no ha obtenido éxito como médico en París. Es pobre, es modesta, está mal vestida, tiene la mirada triste y posee demasiado mérito para ir proclamándolo ella misma. Hemos procurado facilitarle el camino en el mundo tunecino, y —propagandista, tal como me conoces— he visto a médicos y consejeros, directores de aquí y funcionarios de allá, propietarios y plumíferos, para hablarles de nuestra amiga. Me parece que tiene grandes probabilidades de éxito en esta ciudad de judíos y musulmanes, y le hemos telegrafiado para que venga. Estoy muy esperanzado. Me producía desazón ver cómo una fuerza se perdía sin empleo en las bohardillas de París. ¡Ah, y cuántos otros se pierden! Y ese es el gran dolor: ver como tantos talentos no pueden ser útiles, tantos buenos sentimientos se pierden y malgastan, tantos elementos de progreso chocan y se neutralizan.

La gran propiedad se constituye rápidamente aquí. Se habla corrientemente de dominios de 1.000, 5.000, 10.000 hectáreas, y el latifundio se complica casi siempre con el ausentismo. ¡Qué lejos estamos del impuesto métrico, y más lejos aún de la connivencia del hombre con la Tierra!

...He recibido cordial acogida en estos lugares, y mi corazón desborda de gratitud hacia todos los que me defendieron y me defienden, por amor hacia una causa común de bondad y humanidad.

Muy afectuosamente a ti y a todos los tuyos,

*Eliseo*

## *A su yerno, Paul Régnier*

Abril 1886, Orán, esperando la partida y lo que siga

Mi excelente amigo:

Estoy emocionado por las noticias. Qué de gentes fueron y cuántos más serán masacrados, y no obstante toda esa sangre no habrá de perderse<sup>1</sup>. Vale más para la causa morir en el mayor tumulto, en el fragor de las revoluciones, que extinguirse ignorados, por millares y millares, sobre los jergones de la miseria.

Hablemos de nuestro viaje. La barrera del Sig merece la pena que uno se detenga. Cuando hagas el viaje de Orán no olvides descender en Saint-Denis, y trata asimismo de ver lo que no pudimos visitar, la barrera hacia arriba, a 23 kilómetros. Es la que primero cedió, habiéndose desmoronado la montaña de la derecha sobre la cual estaba arraigada, al no resistir el peso de las aguas; la piedra de la construcción no alcanzaba hasta la roca; las aguas la tumbaron al embeber la arcilla, y todo cedió al fin. Cuando la enorme masa líquida del lago vaciado, vino a chocar hacia abajo con la barrera, ésta, excedida por una cascada líquida de 7 metros de espesor, resistió aun durante cinco minutos, y luego, a una altura de diez metros por cien de largo, el dique, de 5 metros de espesor, cedió en un solo bloque. Un enorme fragmento de este murallón fué arrojado de golpe a 300 metros de distancia.

Trata de averiguar por “un querido camarada” cual es el cubaje y peso de dicho bloque, pues es muy útil saberlo. Cuando se habla de la fuerza de arrastre de los torrentes, gusta decirse que hacen rodar bloques “grandes como casas”, pero no se citan cifras. Aquí tenemos un bloque de espesor conocido, materiales pesados con anticipación. Me agradaría muchísimo saber las cosas con precisión absoluta: “tal bloque, pesando tantas toneladas, ha sido arrojado a tantos metros”. Era al anochecer. Nos faltó tiempo para hacer el cálculo aproximado.

<sup>1</sup> En Febrero de 1886, hubo levantamientos y sublevaciones populares en Lieja (Bélgica), rápidamente reprimidas por la fuerza brutal. (De la versión francesa.)

Conoces, según creo, los detalles de la ruptura. Al primer indicio de la desgracia que venía anunciándose, el guardia rural, vecino de la parte superior de la palizada, presta su caballo a un árabe que enfila como el viento, adelantándose a la irrupción de las olas. A mitad del camino halla otro caballo, lo monta, y llega extenuado, sobre un caballo casi muerto, a Saint-Denis, dando desafortadamente la noticia a los gendarmes y a las autoridades. Naturalmente, lo detienen y lo encarcelan como perturbador del orden público; hasta llegan a maltratarlo un poco. Pero, aunque aporreándolo, no dejan de decirse: —“¿Y si a pesar de todo tuviera razón?”; y cada cual se da prisa por mudarse, huyendo hacia un cerro vecino. En el desorden, se olvidan de advertir a los moradores de una casa distanciada. Llega el diluvio, inunda la choza y las gentes. Felizmente la prisión encerraba a honestos tramposos: se les abre la puerta, y, aprovechando la ocasión, el árabe maltratado, golpeado, puede librarse justamente para escapar a la inundación que había venido a anunciar.

Digamos no obstante que han concluído por otorgarle una medalla y 200 francos. En cuanto al guarda rural, al que devolvieron un miserable rocín que en la víspera era una bestia excelente, espera aun que quieran reemplazarle el caballo o comprarle solamente un puñado de avena.

No tengo necesidad de agregar que en tal ocasión fueron concedidas muchas condecoraciones y medallas entre los altos personajes del lugar, y que el empresario que construyó el terraplén ha sido encargado de las reparaciones presentes y futuras.

—“¿Qué quiere usted? —me decía un interlocutor—. ¿Qué quiere usted, son ellos los que mandan!”

El verdor y la lluvia, en este tiempo primaveral, me hacen ver un valle más bello que el que me figuraba. Orán mismo parece haber ganado con la lluvia, y vale más esto que la polvareda. Por todas partes se construye, se ven edificaciones por doquiera. A este paso, Orán lleva un décuplo de ventaja sobre Argel. En verdad parece que aquí se trabaja más seriamente que en la capital, ya que también hay capital. ¿Pero el puerto? Es horrible contemplar el desastre. Tres o cuatro brechas enormes dejan pasar el mar; en vez de escolleras, resulta un esco-

llo. ¡Adelante, pues! Hay todavía perspectiva de hermosos días para los naufragios.

Calurosos abrazos a todos nuestros buenos amigos,

*Eliseo Reclus*

*A su yerno, Paul Régnier*

Clarens, 5 de Mayo de 1886

Amigo mío:

Hémos aquí de vuelta con tiempo frío, pero admirable en claridad, pureza y resplandor. La blancura de las nieves, resplandeciente a través de los verdes ramajes, es maravillosa.

Ví a los buenos amigos Pablo y Margarita en Bességes. Me sentí feliz al estrechar sus manos francas. También Andrés se hallaba con ellos, de vacaciones<sup>1</sup>.

Me pides títulos de obras sobre cuestiones anarquistas y sociales. Evidentemente puedes contar con una lista completa en los catálogos Lerroy, Bourriand, etcétera. Agrega a estos los catálogos de la Biblioteca Nacional y otras bibliotecas, pues no debes olvidar que la instrucción propiamente dicha debe ir a la par de la propaganda. Cuando ésta no se nutre de hechos, cuando no se apoya sobre el terreno sólido de los conocimientos, cae en la quimera. Una biblioteca de obreros que buscan indagar debe estar comprendida por lo menos de nueve décimas partes de obras de estudio práctico y científico.

Buscaré entre mis papeluchos, para enviarte, todo lo que pueda disponer en materia sociológica, que no me sea necesario conservar. No tengo gran cosa conmigo, por el momento, pero he de enviártelo a medida que lo vaya recibiendo.

Fuertes abrazos a todos, queridos y buenos amigos,

*Eliseo*

<sup>1</sup> Pablo Reclus, hijo de Elías, y su mujer: Andrés, otro hijo de Elías.

*A la señora Dumesnil, Vascœuil*

Clarens, 11 de Septiembre de 1886

Mi excelente hermana:

Te reenvío la carta de tu amiga. En efecto la lucha estaría mal empeñada en el terreno de los misioneros. Aquellos que se sacrifican, que aman a sus semejantes, a quienes les predicán la justificación por la fe y otras necesidades, merecen también nuestra simpatía y no tenemos por qué no pensar y decir bien de ellos.

En el último número de la *Revue des Deux Mondes* ha aparecido un artículo de Guyau sobre *La inmortalidad*, artículo admirable en cuanto a forma y fondo. Creo que le encantará a Dumesnil y a ti: es abajo donde uno se separa, es arriba donde uno se encuentra. Me he adentrado en este artículo, y lo he de saborear todavía. ¡Qué bello lenguaje! Hace falta tener coraje para osar hablar mal después de haber leído páginas tan admirablemente escritas.

Reconozco asimismo que hace falta coraje para osar citar versos en los periódicos, cuando bajo los dedos de los impresores se convierten en esas cosas tan informes que has podido ver. Ciertamente no se los hubiéramos entregado si hubiéramos previsto lo que harían<sup>1</sup>. Los versos deben ser siempre bellos: es la condición primordial. Confesemos nuestro delito y hablemos en prosa.

Puede que vaya a Inglaterra dentro de tres o cuatro semanas, pues la biblioteca de la Sociedad de Geografía me atrae. ¿No te excusarás sin duda para vernos de paso?

Muchos abrazos,

*Eliseo*

*A la señora Dumesnil, en Vascœuil*

Sin fecha, Noviembre de 1886

Mi querida hermana:

...No es sin cierto horror que oigo hablar de vuestras magníficas experiencias sobre el rendimiento del trigo. Cuando los capitalistas sepan de modo absoluto que la tierra puede repor-

<sup>1</sup> Fragmentos del libro *Gueux* de J. Richepin, enviado por Eliseo a un periódico libertario.

tar más del 2 o 3 por ciento, se la acapararán totalmente. No obstante, nada puede importarnos, ya que nuestra misión es saber y hacer.

Abrazos,

*Eliseo*

*A Richard Heath*

Clarens, 11 de Enero de 1887

Mi querido amigo:

...Creo al igual suyo, amigo mío, que la "cuestión capital es modificar la conciencia del país y dar a los hombres otro código de moralidad". Es por ello por lo que proclamamos en voz alta que la moral relativa a la propiedad es completamente errónea y que todo pertenece a todos. Ciertamente, si de mí dependiera, no vacilaría en conducir a los famélicos hasta los almacenes bien repletos, diciéndoles: "Comed, que es vuestro". E igualmente diría al guardaalmacén: "Toma en casa de tu vecino. Lo que él hace también te pertenece. Trabajáis los unos para los otros, y el producto del trabajo común es propiedad común". ¿No fué acaso con el mismo espíritu, si mal no recuerdo, que Jesús el profeta, el "Hijo del Hombre", al pasar cerca de un campo de trigo, cogió espigas, sabiendo que eran de él como de todos los que pasaban cerca?

Esta manumisión del derecho popular sobre la propiedad común, representa para nosotros un simple hecho de detalle, autorizado por el cambio de nuestra concepción de las cosas y de la moral; pero no es nuestra "divisa". No es para meter la mano en la caja de los Rothschild para lo que convocamos a los hombres al gran combate. Comer pan es útil, pero la única cosa necesaria es ser libre y amar a su semejante en el corto instante de vida que nos es deparado vivir. Repito al igual suyo: *We raise a banner for which we can die*<sup>1</sup>.

Muy cordialmente suyo,

*Eliseo Reclus*

<sup>1</sup> Elevamos una bandera por la cual iríamos a la muerte.

*A Jacques Gross*

Mi querido amigo:

.....  
He leído con mucho interés su breve reseña, pero sin llegar a convencerme, aunque ninguna idea nueva me asusta. Antes de comenzar mi lectura había hecho tabla rasa en mi espíritu. Que las guerras sean fatales, inevitables en el estado actual de cosas, demasiado lo veo. Asimismo constato la fatalidad del rayo y del dolor de muelas, del cólera y de los temblores de tierra, pero no me felicito por ello. Y si me complace como a usted la crisis de curación, tiemblo frente a la crisis de enfermedad, pues ella puede llevarse al enfermo.

Menciona usted varias veces el gran cambio que aportaría la guerra: la mezcla de razas. ¿Acaso la guerra de Tonkín cambió a los annamitas en franceses? ¿Se aproximaron en algo los franceses y alemanes después de la guerra de 1870? Se odian mutuamente mucho más que antes de la guerra. A la simpatía anterior, sucedió aún entre los mejores, una aversión instintiva.

Antes de extraer conclusiones, como usted hace, de los acontecimientos futuros, sería más prudente comprender bien los resultados de los acontecimientos pasados. Por lo tanto me pregunto: ¿la guerra de 1870 ha producido los resultados que usted predice para una guerra futura: el debilitamiento de la propiedad y el acercamiento de los pueblos? A mi juicio, los resultados han sido contrarios. Y, para más, nuestras miradas se desviaron de la cuestión social. Todo eso ocupó un lugar enorme que nos desvió de la "única cosa necesaria".

Saludos cordiales,

*Eliseo Reclus*

*A la señora Dumesnil, en Vasceuil*

Mi buena hermana:

...Leí *Crimen y Castigo*, de Dostoievski. Es un acontecimiento en mi vida.

Fuertes abrazos de vuestro,

*Eliseo*

*A Richard Heath*

Sin fecha, Clarens

Buen y querido amigo:

No he copiado aun los resúmenes de las dos obras enviadas por usted. Ello explica mi retraso en escribirle y pedirle otros favores. Ahora estoy en disposición de dirigirme de nuevo a usted.

Sus sucesivas enfermedades me inquietan. ¿No le sería posible ir a restaurar sus fuerzas al campo, cerca de su hijo, cargar estiércol y cuidar las vacas? ¡Si a mí me fuera también posible!

No obstante me mantengo con bastante buena salud después de haberme encontrado con mis hermanos y hermanas para la triste ceremonia del entierro de nuestra muy querida madre. Estábamos todos ¡pero es profundamente triste volverse a ver en tales condiciones!

No conoce usted bien a nuestro amigo Kropotkin si es que cree que pueda desearle mal porque difiere con él sobre cualquier tópico de moral o de historia. Si no le escribe a usted es que sin duda le falta tiempo, o quizás crea en la imposibilidad de entenderse con usted sobre la cuestión planteada. Pero eso nada prueba contra el afecto. También nosotros dos hemos estado muchas veces en desacuerdo, lo que no impide que expresamente hacia usted un gran respeto y no menor afecto.

Su amigo,

*Eliseo Reclus*

*A Richard Heath*

Sin fecha

Mi querido amigo:

Me plantea usted problemas respecto de la inmortalidad que no sabría responder sin confesar mi profunda ignorancia. Pero lo que no ignoro es que podemos concentrar en esta vida presente, por el afecto y la solidaridad, todos los deseos de vida inmortal que estén en nosotros. Vivimos y nos perpetuamos en los demás; no solamente reviviremos en ellos sino que esa resurrección, ese renacimiento es obra de todos los instantes. Todo lo que hemos vivido lo hacemos revivir en el prójimo y perpetuarse de edad en edad. ¿Qué más podemos pedir?

Lo abrazo cordialmente,

*Eliseo Reclus*



## A la señorita Gérando

Clarens, 14 de Julio de 1887

Muy querida señorita y amiga:

¡Qué amable ha sido usted al escribirme, y cuánto me reprocho al no haberle contestado en estos quince días! No hallo pues excusa, pero tendrá usted la bondad de hallármela por su parte.

Me ha entristecido mucho saber que este año el trabajo excesivo le ha causado más fatiga que de costumbre. Tal vez haría bien en regular de aquí en adelante su sacrificio, que hasta ahora ha sido siempre sin medida, poniendo un poco más de equilibrio en su existencia laboriosa. Usted sabe cómo su vida y su salud nos son queridas, y, ciertamente, los que la quieren son más numerosos aun de lo que usted piensa. Todos los seres que usted ha consolado, todos aquellos a quienes les ha brindado un buen pensamiento, una mirada afectuosa, un sentimiento cordial y alentador, o una esperanza, todos están en el derecho de suplicarle: “¡ No prodigue usted tanto su vida! ¡También en algo nos pertenece!”

¿Me permite hablarle así, verdad? Le profeso una profunda y respetuosa estima. Es justo que usted me permita expresársela.

Mi memoria se va poniendo bastante mal; no recuerdo ya exactamente cuáles son las partes del libro de Guyau que me han emocionado; pero bien recuerdo que la impresión fué muy profunda<sup>1</sup>. Jamás escritor alguno me había expresado con tanta elocuencia y claridad que la verdadera moral es aquella que surge espontáneamente del corazón, sin orden del exterior, sin esperanza de recompensa, sin temor de castigo. Ese libro me pareció escrito por un hombre libre y para hombres libres. Por cierto que he de releer dicha obra cuando experimente la necesidad de resumir nítidamente mis propias convicciones y rendir cuenta de mi propia vida.

Nuevamente un apretón de manos de su ferviente amigo,

*Eliseo Reclus*

<sup>1</sup> Sin duda sería *Una moral sin sanción ni obligación* de J. M. Guyau, filósofo francés que tuvo gran repercusión e influencia en ambientes renovadores y libertarios de entonces, y en especial sobre Kropotkin. (N. del T.)

*A Richard Heath*

Sin fecha

Gracias por su carta, pues ella proviene de su corazón. La mía surgirá también de lo más íntimo de mi conciencia.

Creo que la persona humana debe tender a la libertad completa, absoluta. Creo que toda opresión conduce a la reivindicación, y que todo opresor, individual o colectivo, se expone a la violencia.

Cuando un hombre aislado, llevado por su cólera, se venga contra la sociedad que lo ha educado mal, que lo ha mal nutrido y mal aconsejado, ¿qué puedo decir sino que es la resultante de horribles fuerzas, la consecuencia de pasiones fatales, la explosión de una justicia rudimentaria? Adoptar una posición contra el desdichado, para justificar así en forma indirecta todo el sistema de atrocidades y opresión que pesa sobre él y sobre millones de sus semejantes, eso jamás.

Mi obra, mi finalidad, mi misión, es consagrar toda mi vida para procurar que cese toda opresión, lograr que llegue un período de respeto a la persona humana, y vivir y morir trabajando por ello.

Jamás oí hablar de conspiración, y prueba de que jamás hubo conspiración es la frecuencia misma de los actos de rebelión y de guerra social. Si hubiese habido conspiración, hace ya mucho que habría sido descubierta.

Muy cordialmente suyo,

*Eliseo Reclus*

A Jacques Gross

Rouen, 29 de Octubre de 1837

Mi querido amigo:

Regreso de Londres, donde vi a mis amigos. Todo marcha bien. Me parece imposible que no surja nada. Figúrese que tuve la suerte de presenciar la representación de una obra de teatro libertario, que terminaba con el canto de *La Carmagnole*<sup>1</sup>. Había que ver el entusiasmo de los espectadores<sup>2</sup>.

Saludo cordial,

E. R.

A Richard Heath

Viernes, 4 de Noviembre de 1837

Excelente amigo:

Recibí los dos libros que me envió. Muy agradecido.

Lo que me dice acerca de la situación de los H. es entristecedor, pero no debe descorazonarlo. ¡Cuántas cosas hay más tristes aún! Sufrir por la buena causa es, después de todo, una forma de alegría.

No puedo responderle respecto de Auberón Herbert<sup>3</sup>. He oído decir que en ciertos aspectos es libertario, pero lo que no puedo comprender es que hable contra el socialismo. El respeto de la persona humana debe ser completo, pero también debe ser completo el sentimiento de la solidaridad de cada uno con todos. No puedo imaginarme la libertad individual sin el comunismo.

<sup>1</sup> Ronda popular de la Revolución Francesa de 1789 de tono cáustico y despectivo contra el poder real que tuvo origen al ser tomada la localidad de Carmagnole, en el Piamonte, al comienzo de la Revolución, y fué adoptada poco más tarde en 1792 por los ejércitos republicanos de Francia. (*N. del T.*)

<sup>2</sup> Tratábase de una obra del gran escritor utopista William Morris: *Sens dessus dessous* (En castellano: Lo de arriba abajo) En el original inglés: *The tables turned, or Napkins awakened, a socialist interlude*; Londres 1837. Esta obra fué sucesivamente representada en el salón de la "Socialist League", Londres.

<sup>3</sup> Auberón Herbert, individualista inglés, promotor del "Voluntarismo" (*Voluntaryism*), en su periódico *Free Life*.

Me pregunta si en *esa comuna* los camaradas conservarán alguna propiedad privada. Sería muy fácil jugar con palabras en torno del problema, pero de un modo general le respondo: No. El capital es común, la tierra es común, las máquinas, las bibliotecas pertenecen a todos. Lo que no impedirá que el artista tenga su lápiz favorito y el poeta pueda releer su Shakespeare. Todo lo que es simple expresión del individuo pertenece al individuo.

De todo corazón, a ustedes mis amigos,

*Eliseo Reclus*

*A Richard Heath*

Clarens, 24 de Febrero de 1888

Muy querido amigo:

Sin duda está usted equivocado al hablar de mérito personal, y es hablar de mérito personal reivindicar la inmortalidad porque uno haya sido bueno, humano, equitativo, mientras el vecino fué injusto, malo, cruel. ¿Qué mérito podemos tener, al ser mejores que los demás? Los fariseos tenían también ese mérito, pero cayeron en la torpeza de saberlo, de glorificarse por ello y exigir recompensa. Si hemos tenido la enorme suerte de nacer en un medio favorable, de tal modo que nuestros actos y nuestros sentimientos se hayan afinado, si al mismo tiempo aprendimos a sufrir de manera más noble al par que más cruelmente, podemos considerarnos privilegiados, y si nos dieran a elegir entre haber sido malos y poseer la vida eterna, o bien ser buenos y volver a caer en la muerte, ¿no es acaso la última alternativa la que escogeríamos?

Lo importante es haber nacido para obrar a conciencia y conforme al propio sentimiento del bien. Lo restante poco importa. Si hemos de ser felices, enhorabuena; si debemos ser desdichados, también enhorabuena, pues la muerte será bienvenida. Pero sea cual fuere nuestro destino, sería infantil, indigno de nuestra inteligencia buscar consuelo en lo desconocido. Me parece que el verdadero deber del hombre es mirar siempre las cosas de frente, luchar contra las dificultades, vencerlas si es que nos sentimos fuertes para ello, y caer estoicamente si somos más débiles que los acontecimientos.

Pero temo que no podamos ver las cosas de igual manera, pues nuestras premisas son diferentes. Lo que podemos hacer es sentir igualmente, amar sinceramente a nuestros amigos, y marchar, cada cual tan firme como pueda, conforme a la voz interior.

Saludos cordiales a usted y a los suyos,

*Eliseo Reclus*

*Al señor Georges Renard,  
profesor de la Academia de Lausanna*

Clarens, 2 de Junio de 1888

Señor:

Ha tenido usted la amabilidad de enviarme sus *Estudios sobre la Francia Contemporánea*, y yo, sin embargo, a causa de un accidente, cometí la falta de atención y de ingratitud de no leerlos inmediatamente. Le ruego me disculpe, y me disculpe doblemente, pues voy a permitirme disponer de dos minutos de su tiempo para someterle algunas observaciones. He de limitarme, naturalmente, a hablar del estudio que leí primero, atraído por el título: me basta que trate de las ideas que me producen alegría y expresan mi razón de ser, y sin las cuales no sabría sostener el combate de la vida.

Su *Ensayo sobre el Socialismo* está escrito con una claridad y una sinceridad que me encantaron. No estamos habituados a leer estudios de tal valor. Las obras conocidas que han sido publicadas acerca de esas materias son por regla general recopilaciones de injurias y de necedades, o bien testimonian una prodigiosa ignorancia de los hechos. Su juicio, por el contrario, es siempre perfectamente equilibrado en la intención, siempre en el noble pensamiento y en la expresión, siempre apoyado sobre un examen leal de los hechos. Tal imparcialidad frente a un mundo de odios, prueba que su simpatía profunda se inclina hacia los hombres rebeldes: "Quién no está contra nosotros está con nosotros".

Si fuera preciso ser breve, arriesgaría algunas objeciones relativas a diversas partes de su memoria, que tratan de las

escuelas socialistas que no son la anarquista, pero por temor de enviarle una epístola, me limitaré estrictamente, como libertario, a defender mi causa.

En primer lugar, niego la veracidad de una nota puesta por usted como "al pasar", y yo me opongo a ella porque usted extrae una conclusión que sería de suyo gravísima si fuera verdad. Dice usted que la "doctrina anárquica ha conquistado sobre todo adherentes en los países menos libres y en los más libres: tuvo aceptación en Rusia por una parte, y por otra en Inglaterra y en Suiza; fué en un país la reacción natural contra el exceso de autoridad; fué en los otros el desarrollo totalmente natural de las instituciones liberales" (pág. 190).

Hallándome en el caso de redactar, por así decirlo, todos los días, la lista de nuestros camaradas y de los grupos que que están más o menos próximos a nuestra manera de ver, puedo afirmarle con toda seguridad que está usted equivocado. Los nombres de Bakunin y de Kropotkin lo traen a equívoco en lo que se refiere a Rusia, pues estas dos personalidades, más que semi-occidentales por educación, se hallan como aisladas en el movimiento ruso. Bakunin, el portavoz de los hegelianos en la Universidad de Moscú, no se convirtió al anarquismo sino en París, y fué igualmente en el extranjero, después de su fuga de Siberia, donde agrupó a los anarquistas en torno suyo. Entre los agrupados se hallaban algunos rusos, seducidos por su vehemente elocuencia, por la genialidad de sus ideas, llevados naturalmente, como compatriotas y compañeros de destierro, a acercarse a un hombre de tal valor; pero después de la muerte de Bakunin, *ninguno* de los rusos discípulos suyos, se quedó entre nosotros. En cuanto a Kropotkin, también abrazó el anarquismo en el extranjero, y es en París donde vive el hombre cuya palabra fué decisiva para él. Pero entre los rusos, Kropotkin permaneció solo: Está radicado en Londres, donde todos los rusos son amigos suyos, y no hay *ninguno* que participe enteramente de sus ideas. Todos son más o menos constitucionales, todos están impresionados todavía con el Estado, todos siguen de lejos el movimiento que conduce a la juventud rusa hacia los caminos de una revolución con ideal parlamentario.

Históricamente no es pues el anarquismo “la reacción natural contra los excesos de autoridad”. El esclavo que se rebela contra los latigazos no aprende la práctica de la libertad con un golpe vengativo; el estudiante que se emancipa proclamándose ateo e inscribiéndose como francmasón, no deja de conservar por ello la huella envilecida de su educación burguesa; el árbol que vuelve a erguirse con frecuencia después de haberse curvado, pierde su gracia y queda torcido. Los países donde los anarquistas son muy numerosos, son aquellos en donde los espíritus se han liberado desde hace mucho tiempo de los prejuicios religiosos y monárquicos, en que los antecedentes revolucionarios han hecho vacilar y sacudir la fe en el orden establecido, en que la práctica de las franquicias comunales han ya acostumbrado y predispuesto a los hombres a privarse de amos, en que el estudio desinteresado desarrolló pensadores al margen de los cenáculos. Allí donde esas condiciones diversas se encuentran, allí nacen los anarquistas. Están primeramente en Francia, después en Cataluña, en la Italia del Norte, en Londres, entre los alemanes de Estados Unidos, en las repúblicas hispano-americanas, en Australia, donde el anarquismo tiene mayor número de adeptos. La raza no interviene, no tiene valor; la educación lo es todo.

Podría citarle una pequeña ciudad del mundo en donde, guardadas todas las proporciones, los anarquistas constituyen el grupo más considerable y más serio. El nombre no hace al caso, y no lo diré porque las circunstancias económicas puedan trasladar dicha preminencia a otra ciudad cualquiera. Lo que importa es saber el por qué de este estado de cosas. Y en la ciudad de que le hablo, viven numerosísimos obreros inteligentes y estudiosos, que fueron encarcelados durante varios años como revolucionarios. Al volver a la vida civil, después de haber consagrado su tiempo de cautiverio al estudio y a la discusión seria, esos obreros tuvieron otra suerte, la de hallar un trabajo suficientemente remunerado que les aseguraba a la vez el pan y el tiempo libres necesarios para el trabajo intelectual. La industria prospera en esa ciudad, y además está organizada de modo que deja al obrero dueño de su propia labor de artesano: la embrutecedora fábrica, con su disciplina feroz y su inepta división del tra-

bajo, no lo ha esclavizado aún. De tal manera que todas las condiciones favorables se reúnen para darle un valor muy alto a este grupo de amigos: inteligencia, estudio, trabajo y ocio alternados. ¡Imposible observar y oír a esos apóstoles, sin comprender que un nuevo mundo se prepara, conforme a un nuevo ideal!

Esperando todo de la educación, no podríamos “temer las reformas”, como usted dice (pág. 194). Tan sólo ocurre que no queremos engañarnos con palabras y buscamos penetrar en el fondo de las cosas. No basta que nos alaben las reformas para que creamos en ellas. Si vienen, por ejemplo, a elogiar-nos el sufragio llamado universal como expresión leal de las voluntades iguales del rico y del pobre, del abogado y del pleiteador, alzamos los hombros; sabemos que esa pretendida igualdad no es más que un cebo y que el sufragio de abajo no hace más que sancionar de antemano las iniquidades de arriba. No hay en ello entonces ninguna reforma. Todo lo más que podemos reconocer es que esa hipocresía es a su vez un “homenaje tributado a la virtud”, y preferimos vivir en un país de gobernantes elegidos por sufragio que en un imperio donde el amo reina únicamente con el látigo o por puro derecho divino. No es que el sufragio —pretendida reforma— nos convenga, sino que está acompañado, gracias a las revoluciones anteriores, de un estado intelectual y social que es ya, en parte, el de la ciencia y de la libertad.

Por elevado que sea nuestro ideal, es sin embargo poca cosa comparándolo a los progresos imaginables; sería pues un engaño de parte nuestra, so pretexto de posibilismo, atener-nos a nuestra concepción de una sociedad justa y agitar-nos por obtener falsas reformas, más o menos endulzadas por una mínima porción de justicia. Lo que debemos hacer durante esta vida pasajera, es decir honesta y simplemente nuestro pensamiento, e impulsar con todas nuestras fuerzas la realización de lo que creemos es la verdad. Sin duda la historia nos dice que nuestra revolución, por enérgica y leal que la deseemos, no será no obstante más que una evolución mínima y no conducirá provisoriamente más que a reformas, pues la ley del paralelogramo de las fuerzas es verdad en historia como en mecánica; pero habremos por lo menos cumplido con todos nuestros esfuerzos para que la resultante



esté situada lo más aproximadamente posible de la línea recta. Serán todas las fuerzas coaligadas por la resistencia las que habrán llevado a la humanidad por el camino oblicuo en lugar de ir derecho, delante de nosotros. *Vide meliora, deteriora sequuntur*. Pero cuanto mejor veamos, menos mal marchará la torcida muchedumbre que nos sigue.

Y ahora quiero preguntarle por qué no decide usted mismo, ¿si es verdad —sí o no— (pág. 192) que en todo organismo la célula obedece a sus afinidades? No tiene necesidad para formarse una opinión, de oponer naturalista a naturalista<sup>1</sup>. Todos concuerdan en el fondo, sean cuales sean los sofismas que colocan delante para justificar las desigualdades de las que se aprovechan, puesto que cada uno profesa la moralidad de su interés. Un profesor que forma parte, como Haeckel, del “cuerpo de guardia de los Hohenzollern”, o bien otro profesor que quiera someter a los hombres al dominio de los sabios como Huxley, pueden tanto como les plazca oponer la cabeza al vientre, el flúido nervioso a la linfa; están obligados a declarar también que la célula, comparable al hombre en la sociedad, se asocia y disocia sin término, viaje sin fin en el inmenso torrente de la vida, alternativamente nutrición, sangre, carne y pensamiento.

No hay más células craneanas que reyes por derecho divino, ni células ventrales que pueblo a lo Menenio Agripa nacido para trabajar y callarse. Haga usted lo que haga, obrará siempre como una libre célula viajera, no consultará más que con usted mismo para sentir y pensar. No aceptando las ideas ajenas sino después de haberlas hecho suyas, no teniendo más amos, será usted en bondad y en voluntad, libertario. Deje usted que también lo sean los demás. En su esencia, el anarquismo no es más que la tolerancia perfecta, el

<sup>1</sup> Renard había citado contra la doctrina libertaria la opinión de Haeckel, según la cual, a medida que uno se eleva en la escala de los seres, observa la concentración de las partes, y su recíproca dependencia vuélvese cada vez mayor. Había citado en favor de la doctrina anarquista la opinión de De Lanessan, según la cual autonomía y solidaridad serían las bases de una sociedad que pudiera construirse sobre el modelo de los seres vivientes. Y agregaba luego: “que otro decida si la ciencia autoriza a los anarquistas a llevar tan lejos como lo hacen el fanatismo de la libertad”.

reconocimiento absoluto de la libertad ajena. Y si la humanidad puede desembarazarse de todos sus educadores, sacerdotes, académicos, politécnicos y reyes, si no perece como flor que cae antes de dar su fruto, cuando se abra será la libertad, la anarquía entre hermanos.

Le saluda respetuosamente

*Eliseo Reclus*

*A la señorita Gérando*

Clarens, 1º de Abril de 1889

Muy querida señorita y amiga:

Me ha escrito usted una carta cordial que por lógica debería humillarme profundamente si comparase lo que soy con lo que debería ser para merecer sus palabras. No obstante, acepto su carta y la acepto con la mayor dicha, puesto que ella se dirige no a mí sino al hombre ideal que debería ser. Cada uno de nosotros lleva en sí ese héroe misterioso que lo guía, le infunde coraje, lo exalta, y, en los grandes momentos de su existencia, se confunde con él. ¡Qué alegría cuando uno se siente convertido en su propio ideal, y, con todo el impulso de su ser, uno siente, anhela, realiza lo que es bueno!

Pero tales momentos son raros, y cuando uno se va dejando caer en el movimiento banal de la vida simplemente vegetativa o mecánica, ¡cuántas veces el hombre interior se reduce a ser un lejano ideal, una especie de retrato de familia colgado en un rincón de la habitación! Muy raros son aquellos que han sabido confundir su vida de todos los días con su vida noble, aquella que vale la pena de ser vivida.

Los hay sin embargo, y tengo el honor de conocer alguno. Me hablaban recientemente de uno de esos seres excepcionales. Es una mujer que ha sufrido mucho y que no quiere vengarse de su destino. No vive más que para hacer el bien, llevando siempre a los pobres y a los débiles, consuelos, frases alentadoras y bondadosas miradas de ternura. — “Pero es usted perfecta” —decíale alguien con admiración—. “Es verdad —respondióle ella simplemente—, puesto que amo siempre a todos”. Allí reside el secreto: amar a todos y siempre,

aún a aquellos que es preciso combatir con incesante energía porque viven como parásitos a expensas del cuerpo social.

Le estrecho cordialmente las manos y saludo de todo corazón a los suyos y a todos los que son dignos de su afecto. No tendré la dicha de ver a su madre en París, pues debo salir dentro de dos o tres semanas con rumbo a América.

Su respetuoso y devoto amigo

*Eliseo Reclus*

*A la señora de Eliseo Reclus*

Filadelfia, lunes 13 de Mayo de 1889

Mis excelentes amigos:

Las cosas se hacen en grande en los hoteles de Estados Unidos. Pienso que tienen toneladas de tinta; pero vuelcan sobre ella barricas de agua, de modo que me pregunto si mi carta, pálida sobre fondo pálido, será lo bastante legible...

.....  
Aunque me hallo solamente a tres horas de Nueva York, hay ya grandes contrastes con el norte de los Estados Unidos; y en cuanto a las dos ciudades, salvo los elegantes barrios de mármol, de granito de pórvido, son igualmente sucias, mal cuidadas, mal empedradas, llenas de innumerables charcos. Los negros son aquí ya mucho más numerosos. Como en el norte, han conquistado el derecho de subir en los autobus y no parecen en nada deslumbrados por la majestad de los blancos. Todos los mozos de hotel son negros, pero no tienen autorización para subir en el mismo compartimiento del ascensor que los blancos. El servicio de ascensor está dividido, pues, en dos pisos: arriba los jefáticos, abajo los jamíticos; descienden por separado, primero unos, luego otros; no hay contacto posible.

He visto hoy a mi futuro editor para la traducción del volumen sobre Estados Unidos.<sup>1</sup> En diez minutos hemos clau-

<sup>1</sup> Reclus emprendió viaje a Estados Unidos el 27 de Abril de 1889, para concluir el capítulo sexto de la *Geografía Universal* titulado: "Estados Unidos". Se conservan notas extensas de su viaje, durante la travesía, que no tienen sin embargo valor para esta recopilación. (N. del T.)

surado nuestro asunto. Figuraos que sin consultarme, un editor, Harper, ha traducido *La Tierra* y la *Historia de un arroyo*, y que Appelton, más audaz todavía, ha hecho fabricar con las partes sueltas una *Geografía general de la Tierra*, en seis volúmenes, cuando el original no está todavía terminado. Es verdad que la obra no circula en el comercio y que lo vende solamente por suscripción. Es probable que tal edición sea una compilación atroz. Es muy poco agradable ser de tal modo responsable.

Muy cariñosamente vuestro

*Eliseo*

*A sus hijos en Algeria*

Nueva York, Mayo de 1889

Mis excelentes amigos:

Estoy todavía en Nueva York por uno o dos días. De aquí me dirigiré a Wáshington y otros lugares, después enfilaré "hacia el norte", en la dirección de Canadá. Trato de abrir los ojos y las orejas para oír bien y entender bien conforme al precepto bíblico. Y qué de cosas interesantes dejo pasar sin ver, ya que los conocimientos preliminares me faltan. Curiosas invenciones, sabias aplicaciones, combinaciones ingeniosas, no me atraen sino a medias o se me escapan por completo, porque carezco de poder para captarlas. En todo caso, lo que sería imposible no ver es el prodigioso torbellino de trabajo que arrastra a todo el mundo. ¡Cuánta tarea cumplida! Desgraciadamente, buena parte de esa labor es absurda y contradictoria.

Muy cariñosamente vuestro

*Eliseo*

*A su hija, señora de Cuisinier*

Virginia Occidental, Martinsburg, 18 de Mayo de 1889

Creo que mi viaje hacia el sud ha terminado. No he ido más allá de Wáshington y he seguido la ruta del norte un poco a la aventura. No quise volver a Nueva York por la ruta que emprendí a la ida, y elegí una vía indirecta que me condujo hacia la región montañosa, región de verdeantes valles, de ríos y de cascadas. El primer sitio en que me detuve esta mañana ha sido uno de los lugares más vitales de mi existencia de

geógrafo y de abolicionista. Trátase de Harpers' ferry, en la confluencia del Potomac y de Shenandoah. Aquí fué donde John Brown, con sus dieciocho abnegados compañeros, inició la revuelta en favor de la emancipación de los negros; aquí fué donde lo capturaron y lo hirieron, y fué aquí donde lo ahorcaron. Una casucha ruinoso, lejos de la aldea, fué el pequeño fortín tras el que se defendió; puede aún leerse sobre la puerta: *John Browns' fort.*

Ningún lugar de la tierra sería más sagrado a mis ojos si el suelo participara en la grandeza de los acontecimientos que en él tuvieron lugar. Los americanos tienen el culto de los recuerdos, y me imaginaba hallar monumentos, banderas, estatuas Harpers' ferry. Cuéntanse por centenares en Wáshington las estatuas de los generales y capitanes: bronce, mármol y piedra; pero John Brown era un héroe revolucionario. El patriotismo fácil lo ha olvidado, y mejor que así sea. Lo que también me extraña es que un paraje tan maravilloso como el de Harpers' ferry, en la confluencia de tres valles, con sus promontorios cubiertos de árboles, sus rocas, sus islotes y sus vertientes, cuente aún con la negligencia de los constructores de villas. ¡Qué suerte! Pude así vagar por entre la florecida vegetación de las alturas, evitando a las vacas en mi sendero. Pasé un día delicioso, saturado plenamente con vuestro recuerdo y pensando en todos aquellos que poseen bondad y que saben morir por una causa de abnegación y de justicia. Desde hace veinticinco años hay paz entre el Norte y el Sud, y sin embargo Harpers' ferry es todavía una ruina, con innúmeras casas despanzurradas; hasta las iglesias están en ruinas como después de los cuatro años de conflicto, cuando confederados y unionistas se disputaban sin tregua la línea del Potomac. Diríase que hay temor de construir sobre esas pendientes casi siempre ensangrentadas.

Me colmaron de amabilidades en Wáshington y sería de mal gusto no reconocerlo, aunque la mayoría de los individuos con quienes me encontré fueron personajes oficiales. Pero el espíritu de gobierno y la rutina no ha tenido aun tiempo de momificar a todo este mundo. Las oficinas están a disposición de todo recién llegado; si es que hay puertas no se ven; el ascensor está en incesante movimiento, llevando, trayendo amigos y visitantes. Los porteros negros aclaran las salas y los corrodo-

res con sus sonrisas benévolas. Me satisface mucho además la benevolencia general de la gente común. Mis ideas preconcebidas eran felizmente erróneas; el mercantilismo, la politiquería, han causado mucho mal, es verdad, pero me parece que el fondo permanece siendo bueno, cordial, casi alegre. En Francia, en Europa, todo el mundo se observa: aquí los desconocidos se saludan, sin quitarse el sombrero, es verdad; pero los ancianos, al igual que los jóvenes, poseen una manera encantadora de tomaros por la espalda o del brazo, con mano tan suave que regocija al corazón por su sincera cordialidad. Hoy mismo tres desconocidos se dirigieron a mí de esa manera: no creo que en Europa me hayan abordado así personas extrañas ni tres veces en mi vida.

Espero llegar mañana por la noche a Nueva York. ¿Tendré cartas vuestras? Sin duda el vapor que las trae debió llegar esta mañana.

Muy cordialmente vuestro y de los amigos.

¿No es tiempo, hija mía, que llesves a los pequeños a respirar el aire de la montaña?

De todo corazón,

*Eliseo*

*A las señoras E. Reclus y Cuisinier, en Clarens*

New Haven, 23 de Mayo de 1889

Queridas:

Hoy efectué una pequeña travesía. Felizmente la costa estaba siempre a la vista y nos protegió del viento norte. Me limité a ser estúpido.

De más en más aprecio a los Fézandie.<sup>1</sup> No habrá quizás en Estados Unidos ni en Francia diez familias donde el padre y ocho hermanos, y además una nuera joven, vivan en tan armoniosa intimidad, en entendimiento tan perfecto, en constante gozo de buena amistad, sin que jamás ninguno de ellos usurpe la libertad del otro, sin que jamás sea pronunciada una palabra de moral. Estoy en verdad muy conmovido.

<sup>1</sup> Familia frecuentada por Reclus en Nueva York.

Ayer visité a uno de mis amigos libertarios, que vive casi solo en un pequeño pueblo distante de Nueva York<sup>1</sup>. La alegría de ver a un amigo le ha emocionado tanto que le brotaron las lágrimas. La vida de los obreros empeora mucho en Estados Unidos. El salario de los buenos obreros ha disminuído de 30 a 20 dólares por semana en los últimos diez años; hay mujeres a las que se les paga solamente tres francos semanales. Pero, como contraste, hay actualmente en Estados Unidos tres mil millonarios que poseen cada uno cinco millones de francos y que tratan a los obreros de sinvergüenzas, haraganes y perezosos.

Llegué por la noche a New-Haden, y no pude darme cuenta de cómo es la ciudad. Me pareció distinguir vastas plazas y olmos espléndidos a lo largo de las calles. Fuí a hacer algunas compras y me sorprendió la baratura de lo que me vendieron. (La carta detalla algunas compras). Otro anuncio nos ofrece por 1 franco y 25 céntimos: *Robert Ellesmere and a case of soap* (y una caja de jabón). Debo decirlos que Robert Ellesmere es el título de una novela que todo el mundo lee y discute hoy en Norteamérica. Es la historia de un pastor que, siendo ortodoxo se convierte en liberal, mientras que su mujer sigue fuertemente ligada al dios de sus padres. Leí la obra, cuya primera parte me interesó singularmente, debido al buen carácter de la mujer, pero la obra demasiado larga y el liberalismo tonto del marido terminan por ser molestos y pesados. Pero sea como fuere, el furor con que la gente se ha puesto a leer la obra, que niega la divinidad de Jesucristo, es un destacado signo de los tiempos. Aquí los estudiantes de la Universidad de Yale, al presentarse a un examen reciente, dieron respuestas tan poco cristianas, que la mesa examinadora, pasmada, se preguntaba cómo habría medios de hacer pastores con todos esos estudiantes impíos. *If it goes on like that, I think we must shut up shop*<sup>2</sup>. Pero tanto impiedad como piedad son por igual una simple modalidad entre los vanidosos indiferentes. Un predicador ateo, Ingersoll<sup>3</sup>, atrae gran multitud con sus discursos,

<sup>1</sup> Augusto Spichiger, de oficio tornero-tallista, nacido en el Jura bernés; formaba parte de la antigua federación jurasiana de la Primera Internacional.

<sup>2</sup> Si marchan así las cosas, podemos cerrar el comercio.

<sup>3</sup> Robert Ingersoll, abogado, conferenciante y escritor.

y los auditorios que vienen a aplaudirlo son los mismos que pagan sus asientos en la Iglesia a 500 y 1000 francos anuales.

Calurosos abrazos,

*Eliseo*

*A sus hijos, en Algeria*

Boston, de paso, 28 de Mayo de 1889

Bravos amigos:

Mi huésped, M. Marcou, me ha dicho que el té fuerte, tomado en abundancia, lo ha protegido siempre contra la fiebre en todos los países de América pantanosos o boscosos, recorridos por él, en Texas, en Méjico, en California. Durante quince años ha podido establecer sobre el particular observaciones comparada entre él, hombre sano, y sus camaradas, los enfermos.

Acabo de visitar la exposición de la escuela politécnica de Boston. Es maravilloso ver los útiles, las máquinas que salen de las manos de esos jóvenes. Todos, estudiantes y profesores, trabajan bien. Recorren el país, miden las montañas, calculan la capacidad de los ríos, trazando en cada ciudad un plan de calles, desagües, caminos y, a veces distrayéndose jugando al cricket o al foot-ball. Es soberbio.

Muy cariñosamente vuestro

*Eliseo*

*A la señora Eliseo Reclus*

Montreal, 2 de Junio de 1889

...Llego al Canadá, pero en día domingo, y mi carta no puede salir hoy. Todo sigue yendo bien. No tuve ni una sola indisposición desde mi partida y me curo de acuerdo a las fórmulas, comiendo con o sin apetito y durmiendo por lo menos seis horas por noche. Debo también agregar que trabajo poco: las excursiones, las visitas, el rodar de los carruajes y de los trenes, no me permiten siquiera tomar la pluma. No leo tampoco nada sobre problemas serios; la vida es demasiado corta para el trabajo. Si por lo menos el tiempo pasase rápido, tendría la alegría de estar pronto cerca a vuestro lado.

La media semana que he pasado en Boston ha sido, según espero, muy instructiva para mí. Los Marcou prodigáronme una cordialidad que no sabría como agradecer, y el grupo de



sus amigos me ha encantado. Hay pocos sitios en el mundo donde sea tan fácil y tan agradable trabajar como en Boston. El movimiento intelectual es vasto y se agitan asimismo las cuestiones sociales. Me ha sorprendido el lenguaje de todas estas gentes, ayer cristianos fervientes, hoy casi emancipados.

De Boston a Montreal, en la actual estación, el viaje es encantador. Selvas, praderas, casitas maravillosas circundadas de árboles, arroyos y ríos, vertientes y cascadas, lagos y grandes montañas verdes desde la base a la cima; ninguna vista que no sea deliciosa, a no ser allí donde sucias fábricas, con sus pilas de carbón, sus escombros, sus olores y sus chozas negras, deshonran el paisaje. Las últimas lluvias que han devastado la Pensilvania han convertido a la Nueva Inglaterra en un paraíso.

Montreal es soberbio. Sabía bien que desde Montreal, la vista sobre el río y la ciudad era maravillosa, pero mi ansiedad ha sido superada. Dediqué mi primer visita a la colina; mañana iré a ver la confluencia de los dos ríos, donde ya Onésimo se habrá adelantado seguramente.

Para mañana las visitas y los proyectos de viaje...

*Eliseo*

*A la señora J. Cuisinier, en Clarens*

Toronto, 18 de Junio de 1889

Mi queridísima hijita:

En lugar de emplear papel impreso con viñetas historiadadas del hotel y las cualidades y títulos del hotelero, arranco una hoja de mi carnet para darte noticias mías, hoja fechada hoy 18 de junio en la ciudad de Toronto. Una insolente empresa ferroviaria, no contenta con sus estaciones y sus líneas férreas, se ha apropiado de la plaza situada frente al hotel, la ha cubierto con sus rieles cruzados en todo sentido y allí hace maniobrar sus trenes. Resulta imposible dormir; no obstante, si fuera prudente, bien haría en esforzarme por dormir, pero no soy prudente y prefiero escribirte un poco.

He andado durante todo el día después de haber pasado la noche en un lugar delicioso, en casa de un hombre que aprecia los libros y los hombres, la verdad y la libertad. Ama también

la naturaleza y ha construído su chalet a orillas de la vertiente del río que nace en el lago Champlain. ¡Qué sitio maravilloso! Me ha recordado las orillas del Gade: antiguos volcanes azulados por la lejanía se destacan en el horizonte, como pequeños Pirineos. El excelente inglés que me acompaña, retorna de la "Tierra Santa", donde fuera a desligarse por completo de su antiguo cristianismo y a completar su conversión, iniciada con la lectura de Voltaire. He ahí lo que representa haber visitado a Ferney. Entró cristiano en la casa de Voltaire; salió con su fe llena de dudas; dispúsose a leer y leer, y ahora piensa y razona libremente.

En este país aun sojuzgado por los frailes, no se apartan de las fórmulas prácticas ni de los dogmas religiosos. Ayer se me apersonó un cura, y, para demostrarme que no carece de ingenio, me habló de un autor "todavía estancado en esas ridículas quimeras del siglo XVIII". "¿Qué quimeras?" le pregunté extrañado. "Las que atacan a los principios de nuestra religión queriendo fundamentar una moral humana". No pude contener la risa. "¿Pero no sabe acaso que el siglo XVIII ha dejado numerosos herederos?" Creo realmente que él se imagina que la Iglesia no está amenazada.

Hoy observé en el tren otra forma de locura. La mitad de los pasajeros, en su mayor parte mujeres, campesinas inglesas, se dirigían a un bosque para divertirse, cantar y oír prédicas sobre el despertar religioso. Sin fervor, ni siquiera en apariencia. Por el contrario, risas y cantos. Es como si se fuera a un picnic con el Señor. De pronto entonan cánticos, y me dispongo a taparme los oídos. Pero no ocurre así, pues cantan muy bien, con justeza de voz y en perfecto conjunto, canciones ligeras sobre "la sangre de Jesús". No me parece que el tema pueda prestarse para hacer niñerías, pero ya que eso los divierte tanto, adopto el partido de divertirme también. Viene después la discusión entre los dirigentes. La gran pelea surge entre un predicador metodista y un francmasón espiritualista. Los escucho un instante, pero pronto me apresuro a huir: trátase del "tercer grado del estado de gracia en el hombre recién nacido". Permanezco modestamente en el primer grado. En cuanto a las mujeres, muéstranse muy gentiles entre los jóvenes y se preparan para cantar un nuevo rigodón religioso con aire de "Jeanne, Jeannette et Jeanneton".

Cerca ya de Toronto, estos metodistas nos abandonan, pero encontramos a otros en el barco que va a Ontario. Esta vez el canto llega hasta la danza, las risas y los hurras. Uno, dos cantores sufren mareos: todo el mundo se desternilla de risa. Comienzo a comprender la religión de acá: se adapta al medio, como una fácil manera de impedir que las gentes piensen, y, que, por consiguiente, se alejen de ella. Por el espiritismo, por el neo-budismo, se busca adaptar bien o mal el cristianismo a los descubrimientos de la ciencia moderna. Para las gentes que carecen de grandes necesidades intelectuales, están los refranes joviales, las danzas bajo los avellanos, la vida en común en los bosques en los hermosos días estivales. De tal modo, la religión se confunde con la libertad, con la poesía, con el amor. Así el cristianismo conquista una generación más. Igual fenómeno acontece en Inglaterra con el salvacionismo. Aquí el catolicismo busca también marchar con el siglo para conservar el siglo, y los mismos socialistas pueden quedarse en la iglesia sin temer la excomunión. No existe lo rígido, lo estricto, lo inmutable en su estrechez y en su dureza, como en nuestro implacable calvinismo. Prefiero ésto. Tan abominable fe no transige. Mejor, pues así perecerá irremediablemente.

A ti, y a todos, muy afectuosamente,

*Eliseo*

*Destinatario desconocido* <sup>1</sup>

Clarens, Septiembre de 1889

Mi querido amigo:

Hago llegar a ti a uno de mis amigos de corazón, tan pocos numerosos pero tan gratos al afecto, ¡un salvaje digno de vivir en la armonía futura que soñamos y que se realizará! ¡Lo juro por los jóvenes! Este amigo se llama Joukovsky <sup>2</sup>

<sup>1</sup> Nadar, probablemente. Esta carta no fué remitida, pues fué hallada entre los papeles de Eliseo.

<sup>2</sup> Nicolás Joukovsky, nacido en Rusia en 1833, muerto en 1895. Participó muy activamente en el movimiento internacional. Fué uno de los mejores amigos de Eliseo, así como su mujer, la excelente señora Joak. Tomó parte en la insurrección polaca, en las filas de los rebeldes.

(en francés *Des-Hannetons*)<sup>1</sup>. Como nosotros, vuela en la Utopía, que es la única realidad.

Tu amigo,

*Eliseo*

*A Richard Heath*

París, 8 de Noviembre de 1889

Mi muy querido amigo:

No tengo aún los libros, pero estoy sobre la pista. El gobierno francés, con su gran solicitud en favor del bienestar de sus administrados, estudia las dos obras de Butler desde hace ocho días, a fin de no dejar pasar ningún principio de moral subversiva. Tendría pues el carácter mal dispuesto si no le estuviera reconocido a los poderes establecidos por la manera como comprenden su deber y nuestras libertades...

Muy afectuosamente,

*Eliseo Reclus*

*A Albert Zibelin*

Sin fecha, (30 de Enero de 1890)

Mi querido Zibelin:

Mi viaje de Argel a Tarzout amenaza con prolongarse tanto como el de París a Marsella. Héme aquí estacionado en un pequeño pueblo por el retraso de mi equipaje. No me quejo sino de la falta de noticias de las buenas gentes que me son

Amigo íntimo de Bakunin, fundó con él y otros compatriotas un diario ruso: "La causa del pueblo".

Miembro de "La Liga de la Paz y de la Libertad", firmó en el congreso que tuvo lugar en Berna, con Reclus, Bakunin, Wirouboff y Jaclard, una moción sobre "La igualización de las clases y de los individuos", proposición que fué rechazada. Joukovsky trasladóse a Ginebra, y se afilió a la Internacional, que por lo demás no tenía en esa época el carácter anárquico que adquirió más tarde.

<sup>1</sup> Hanneton: insecto denominado "saltón" (*N. del T.*) Max Nettlau cuenta que Joukovsky replicaba a esta denominación con la de "ceferino" pues lo mismo que el céfiro, viento suave, fresco y agradable, no causa perturbación violenta, ciertos revolucionarios, como Reclus, según Joukovsky, insisten más sobre la armonía a establecer entre los hombres que acerca de la lucha probable que precederá a la entente "definitiva".

queridas, ya que por otra parte me hallaría muy bien aquí, con libros y papeles, con mis pensamientos, mis recuerdos y mi esperanza; el tiempo es incomparablemente suave y vivificador; el canto de los pájaros, el perfume de las flores, penetran por mi ventana de par en par abierta. ¡Es aquí donde sería bueno sentirse dichoso y comprender su felicidad!

A pesar de los últimos fríos, a pesar del barro, a pesar de los ujieres de todo color y raza, a pesar de los jueces, Algeria aparenta estar en una buena faz de trabajo y contento. ¡Los jueces! Ayer de noche cenaba tranquilamente leyendo la novela *Jack*, cuando la sala del restaurant fué invadida por cuatro individuos de la curia o magistratura, evidentemente cuatro personajes (propios de aquí). Siéntanse de dos en dos, en mesas distantes, y hablan en voz alta, como gentes que no temen ninguna indiscreción. Uno es juez de paz y trata a los otros de canallas: es el hombre honesto, o más o menos. Los otros ríen con aire de mofa al oír llamarse "ladrones". Casi como si se vanagloriaran. ¡Uno de ellos cuenta cómo redondeó tres mil francos de economías con 2800 francos de emolumentos, cómo hacía cuando era empleado en los tribunales y vendía legajos de procesos convictos! ¡Sabía lo que eran los magistrados, pero aun no lo sabía bastante! Frente a la casa donde le escribo, distingo los muros grises de la prisión con sus tristes días de sufrimiento. ¡Cuántos desgraciados asaltados, comidos, devorados por los...<sup>1</sup> y los jueces, sufren detrás de esos muros!

Muy afectuosamente a todos,

*Eliseo Reclus*

*A Jacques Gross*

Clarens, 8 de Abril de 1890

Caro amigo:

No, ciertamente no sabía que nuestros amigos iban a dar a publicidad un periódico libertario. Estoy encantado y los felicito de todo corazón. ¡Tienen dinero, bravo! pero carecen de un grupo suficiente de redactores. ¿Tienen al menos traductores? Pues la prensa extranjera, alemana e inglesa puede

<sup>1</sup> Palabra ilegible.

suministrarles todos los artículos que les sean necesarios, ¡y qué importa el origen de nuestra prosa con tal de que sea buena!

No me pide usted dinero y le estoy agradecido, pues mi bolsa está en sequía; pero me solicita escritos, y ello me apena pues estoy agobiado de tareas. Opino que vale más terminar lo empezado que crearse nuevas obligaciones. Me ocupo ahora de revisar mi trabajo sobre *Evolución y Revolución*, que desearía poner al día, reforzar con pensamientos y argumentos, elevarlo a la altura de nuestras ideas que han seguido su marcha. Si logro hacer este trabajo a mi gusto, podré imprimirlo en folletín en *L'Avant-Garde*<sup>1</sup>. ¿Les convendría así a los camaradas?

A propósito, ha sido una torpeza que se censure a X...; nos faltan elementos para juzgar la potencia de sacrificio de cada uno. ¿Me condenarán acaso a mí también porque no he ido a dar una conferencia a Ginebra para responder a esas buenas gentes a quienes no he entendido? A juicio mío, todo lo que no es espontáneo y natural, es malo.

He cedido su libro de Guyau a un amigo de Algeria. No le extrañe recibir en uno de estos días un ejemplar nuevo.

Muy cordialmente,

*Eliseo Reclus*

<sup>1</sup> El proyecto de fundar *L'Avant-Garde* no fué cumplido. Entre la *Critique Sociale*, 1888, y *L'Avenir*, de 1893, no hubo otro periódico libertario en la Suiza normanda.

Mi amigo e hijo:

Sin duda ya conoces las novedades de París<sup>1</sup>, pero las resumo como si no las conocieras:

1º Pablo no fué arrestado<sup>2</sup>. Athalin<sup>3</sup> limitóse a citarlo “en su barra” y a interrogarlo, pero con el secreto deseo de dejarlo, al parecer, fuera de juicio;

2º Grave<sup>4</sup> no fué molestado en lo más mínimo. Ningún perfil policial se asomó a su bohardilla;

3º Cabot<sup>5</sup> ha sido puesto en libertad y compone ya el próximo número de *La Révolte*;

4º Los papeles secuestrados han sido devueltos, pero se apoderaron a mano armada de nuestra prensa, calificada como “clandestina” por las necesidades de la causa;

5º Los camaradas extranjeros, militantes o no, pagarán por los nativos. El valiente Merlino, que acaba de escribir un interesante artículo en la *Révue Scientifique*, será por cierto uno de ellos. La opinión pública burguesa lo aprobará;

6º Dicha opinión hubiera igualmente aprobado la inauguración de un reinado del terror contra los obreros, anarquistas o no. Coustans podrá vanagloriarse de su moderación;

1 Fué el primero de Mayo de 1890 cuando se celebró por primera vez, consciente y dignamente, la gran fecha obrera. Con esperanzas de contener el movimiento libertario que comenzaba a señalarse en forma neta, el gobierno había dispuesto el mayor rigor. Había puesto los ojos sobre todo en los estudiantes, y entre ellos, sobre algunos propagandistas extranjeros. Francisco Saverio Merlino pertenecía a ellos. Abogado italiano de nota, comunista libertario, autor de *Socialismo y Monopolismo, Italia tal cual es*, etc. fué arrestado con algunos otros por distribuir folletos entre los soldados, y condenado por contumacia, pues logró evadirse. Se efectuaron pesquisas en la imprenta de *La Révolte* y varios redactores fueron incriminados. No se sabe por qué maniobra política y policial, detuvieron también a algunos reaccionarios, entre ellos a un marqués de Morés.

2 Pablo Reclus, hijo de Elías.

3 Athalin, juez de instrucción.

4 Juan Grave, administrador de *La Révolte*.

5 Cabot, tipógrafo de *La Révolte*.

podrá servirse de la vieja comparación: “mano de hierro, guante de terciopelo”.

Sea como sea, el primero de mayo ha sido una gran fecha histórica. Por vez primera hubo solidaridad consciente entre todos los internacionales del mundo, y, por instinto, todos los burgueses han temblado.

Muy afectuosamente,

*Eliseo*

*A Augusto Reuveyrelles, en Ganges*

Clarens, 9 de Julio de 1890

Querido compañero:

Cada uno tiene su carácter, sus instintos naturales, su temperamento; y por consiguiente, la conducta de todos los días tiene que variar en los individuos.

Con tal que esta conducta sea siempre razonada y sincera, y que, en los anarquistas, esté inspirada por la comprensión de la libertad personal y de la solidaridad entre camaradas, nada hay que decir.

Una vez más aún: haga lo que quiera. No tengo por lo demás consejos que darles. Que cada cual haga lo que le parezca bien. Este tiene razón; aquel también tiene la suya. Todo depende de los caracteres.

El individuo cuyas manos están ligadas no acciona de igual manera que quien tiene las manos libres. Admiro al tipo altivo que no dobló jamás la cerviz, que no calló nunca su modo de pensar y lo dijo en alta voz, que tuvo siempre su mano lista para la defensa y el ataque, y cuya vida transcurrió en la prisión.

Admiro también al hombre inconmovible que nunca habla a destiempo, que mide sus palabras para darles todo su valor, y que solamente las pronuncia cuando espera un buen efecto para la propaganda, el hombre que aguarda su día para combatir a sabiendas, pero a quien nada ni nadie en el mundo puede cambiarle su vigor de ánimo.

Que cada cual obre de acuerdo a su naturaleza, y que de la diversidad de esfuerzos nazca la acción común. Ninguna voz de orden. Que cada uno sea consejero de sí mismo.



Trabajen por su lado, nosotros trabajaremos por el nuestro, y la obra llegará a buen término,

Le ruego, querido camarada, transmitir a sus amigos revolucionarios los amistosos saludos de un camarada.

*Eliseo Reclus*

*A Nadar, en Arcachon*

Nanterre, 19 ruta de Cherburgo, 28 de Noviembre de 1890

Mi excelente amigo:

Mi hermana se encuentra, según creo, actualmente en Arcachon, en la villa de Sablines. Te acuerdas de su nombre, Joana Bouny, y la conoces como una mujer que sufre con los que sufren, y que nos hace confiar en la justicia, en la fuerza, en la bondad. Ella llevará a tu mujer mi abrazo afectuoso.

Me preguntas cómo me encuentro. Sin mi propósito de ser fuerte y animoso, te diría que me va mal.

Mi hija Juana ha perdido su hijo más pequeño, su último hijito de cabello rubio, al que amábamos por encima de todo. La madre le había puesto el nombre de René. ¿Por qué? ¿Veía en él como una aparición del hombre valiente que había perdido y que surgía de la tumba para revivir con ella bajo otra forma? Puede ser. Pero René nos ha dejado, como lo hizo el padre, éste en la plenitud de su fuerza y belleza, y el hijo con su gracia maravillosa.

Me siento abatido como un buey que recibió un golpe en la testuz, pero me levanto de nuevo, amigo mío. En nombre del sufrimiento, me debo a todos aquellos que sufren, y espero que no tendrán que reprocharme el haber flaqueado.

Muy afectuosamente tuyo, y de todos vosotros.

*Eliseo*

*A la señora Augusta de Gérando*

Tarzout, por Ténes (Algeria), 5 de Febrero de 1891

Querida y venerable dama:

Sufro con usted por todas las atrocidades que cometemos nosotros, pobres hombres, contra otros hombres, nuestros hermanos, indios, blancos o negros; ya que desgraciadamente los

crímenes que agitan vuestro corazón, con indignación tan justificable, no se cometen solamente en América. Tenemos también nuestra gran parte en estas tierras de Algeria que me rodean, y en todas partes donde los hombres llegaron como conquistadores. ¡Cuántas tribus, antaño felices, han sido destruidas, cuántos pueblos enteros fueron masacrados, cuánta sangre, qué de horrores a lo largo de nuestra historia! Hay tantos culpables que, por así decirlo, la responsabilidad de tales infamias no recae sobre ninguna cabeza. No más que el general Millo, u otro hombre de guerra o mercader de frases, el presidente de Estados Unidos no merece su telegrama. Pertenece a un inmenso mecanismo gubernamental y funciona como la biela de una máquina impulsada por un movimiento fatal; está por debajo de la injuria misma. El origen del mal es más lejano y más profundo que todas esas pequeñas voluntades humanas; está en nuestra concepción misma del derecho, en nuestra moral, o más bien en nuestra "inmoral" pública. ¿No ha sido dividida la humanidad en razas, unas llamadas superiores y otras llamadas inferiores? ¿Y no se han acostumbrado a considerar la opresión como legítima, cuando es ejercida por la fuerza? ¿No se ve acaso la fuerza primando sobre el derecho, como al primero de todos los derechos?

Y sin embargo, yo espero y la invito a esperar conmigo. Sin duda los indígenas perecerán a millares y las masacres se sucederán como se han sucedido las de tantos pueblos de los que somos herederos. Pero no perecerán completamente y quedará de ellos algo más que ejemplos soberbios de resistencia, de fiera resignación, de magnanimidad. Su sangre se halla, más de lo que se cree, mezclada a la de las poblaciones americanas, su genio sobrevive a la antigua independencia, y numerosos de entre ellos han entrado ya en la vía del progreso puramente humano por la búsqueda desinteresada de la justicia y de la verdad. Ayer éramos enemigos, mañana seremos hermanos.

Le ruego, acepten usted y los suyos mis saludos respetuosos y cordiales.

*Eliseo Reclus*

París, 16-3-91, a la vuelta de Algeria

Mi querido amigo:

Sí, me ha escrito usted una buena, una afectuosa carta, que me emocionó muy vivamente y que he llevado constantemente conmigo porque las palabras de un amigo hacen mucho bien. No hubiera por cierto dejado de responder, pero la vida es corta, y el pensamiento precede en mucho a la realización.

Estoy en todo de acuerdo con usted en lo relativo a la inconciencia de la reacción. Psicológicamente es verdad que la mayoría de los hombres se forman una moral al uso de su interés. El sacerdote es por lo común un ejemplo muy notable: distribuye caridades y consejos, vierte óleo de dulzura y santidad; en nombre de un Dios de amor, del que es representante en la tierra, se convierte él en amor mismo, pero su Dios es también el Dios “fuerte y celoso”, y a su vez puede, en nombre de su amo, nutrir todas las pasiones de violencia, de odio y de furor. Por lo mismo, contamos con “jueces íntegros”, y aún con algún Javert<sup>1</sup>, como también agentes policiales que merecen ser respetados. Todo esto es verdad, y en más de una ocasión, hombres que proclaman nuestras ideas pero cuyo carácter y conducta no están a la altura de lo que dicen, nos fuerzan a trasladar nuestra mirada de respeto hacia adversarios leales y nobles.

No obstante, Kropotkin, en su *Moral anarquista*, y todos nosotros en nuestra propaganda, tenemos el derecho de ir hasta el fondo de las cosas y de decir al sacerdote, al juez, al policía íntegros: “Vuestra integridad no es más que un engaño. ¡Os creéis buenos y honestos, pero no lo sois; vuestro interés personal, vuestra ambición, vuestro espíritu servil, ordenan vuestra moral; os engañáis inconcientemente a vosotros mismos, y nosotros descorremos el velo. Sois los “sepulcros blanqueados” de que habla el Evangelio. ¡“Falso buen hombre”, no eres sino un malvado; honesto rico, no eres más que un ladrón! Sin duda, todas las gentes que así interpelamos se sentirán indignadas, y de antemano no querrán discutir

<sup>1</sup> Perseguidor implacable de Jean Valjean, en *Los Miserables* de Víctor Hugo.

con gentes como nosotros, brutales y de mala compañía, pero nuestras vivientes palabras no por eso continuarán viviendo menos en ellos ¡y de golpe dirán con sorpresa que teníamos razón!, descubrirán el crimen disfrazado; cesarán de creer en su moral, no tendrán más fe! Allí está el progreso definitivo: el vicario de Dios está muy próximo a no creer en Dios; el defensor de la justicia ha estado tan complicado en tantas intrigas y perfidias, que ya no cree más en la justicia; el militar a quien no se hizo disparar nunca sino contra sus conciudadanos, comienza ya a saber lo que hay que pensar de la patria. En nosotros está el estimular por nuestra lógica de las cosas, brutalmente proclamada, la miseria de la fe beata, inocente en apariencia, completamente perversa en su fondo. En nosotros está el forzar a las gentes pseudo-honestas, a que escojan entre la verdadera honestidad y la canallería pura, la insidia calculadora.

Desde todo punto de vista, participo de su manera de ver respecto al pudor. La parte de "naturaleza" que se encuentra en ese sentimiento es tan mínima, que uno se halla muy embarazado para discernir el verdadero origen. A mi juicio, los comienzos del vestirse han sido múltiples. Así como el gallo está adornado con una cresta roja y con bellas plumas, también el macho, entre los hombres, trató, de todas las maneras posibles, de decorar sus órganos con plumas, finas telas y bordados. La mujer, por su parte, ha querido agradar y gustar, doblando el premio de la victoria por los obstáculos y las negativas; después vinieron los propietarios, que han colocado una barrera entre las mujeres cautivas y el público. En muchos aspectos, los vestidos tienen el mismo origen que los cinturones de seguridad y las horribles prácticas de infibulación. Pero en virtud de la ley psicológica de que hablábamos más arriba y que acomoda la moral a los intereses y a las pasiones, ha nacido el pudor, moral de la coquetería y de la toma de posesión sexual.

Y bien, ante el pudor como ante todo otro sentimiento de moralidad pervertida, hay que decir la verdad, con riesgo de escandalizar a las personas modestas y virtuosas, en las cuales las ideas falsas se han confundido inextricablemente con la dignidad del carácter y de la conducta. Los vestidos deben caer: la necesidad nos obliga a mostrar lo que tenemos en

nosotros de más viviente y de más bello, los ojos y la sonrisa; la dignidad debe también hacernos mostrar el conjunto de nuestro cuerpo, sin necia gazmoñería.

En primer término, la moral. Cierto es que la pretendida moral de los religiosos, que consiste en suprimir el cuerpo, en no tener órganos, tiene por consecuencia llevar incesantemente el pensamiento hacia esas cosas "que deben esconderse": es una obsesión, una locura, es la lascivia feroz, la perversión de todos los sentidos; es la mentira y la hipocresía. Los actos normales se convierten en actos viciosos; la fuente de la vida está corrompida, y de generación en generación el mundo se viene corrompiendo.

¡Y la higiene! Todos esos vestidos, nidos de microbios, que nos separan del aire puro y de la luz, que nos vuelven inválidos o desequilibrados, que marchitan nuestra carne y la cubren de úlceras, que hacen al amante repulsivo para la amante, y que, muchas veces, esterilizan a la mujer y la condenan a parir engendros!

¡Y por último, el Arte! ¿Cómo comprender la belleza cuando las curvas naturales han sido reemplazadas por líneas de botones, por faldas, corpiños y corsés, cuando las modas pueden desplazar las formas, trasladarlas del vientre a las espaldas, mentir y falsearlo todo? ¿Cómo elevar su pensamiento frente a un bronce con traje negro? Si el culto del desnudo no se hubiese mantenido en los artistas, a pesar de los curas, a pesar del pudor, creo firmemente que la humanidad habría en tal forma encallado en lo convencional y en lo falso, que hubiera concluído por perecer. ¡Y continuando la Edad Media, hubiera entrado en la muerte! Ciertamente, en la gran revolución de la lógica, del buen sentido y de la naturaleza, a la destrucción del vestido le corresponde su parte. Arroparse contra el frío tanto como se desee, pero si se tiene la menor comprensión del arte y de la belleza, no vestirse, no ocultar el cuerpo y que el ropaje armonice con él!

Muy cordialmente, de usted y de los amigos.

*Eliseo Reclus*

P. S. El autor de *Riqueza y Miseria* no ha dicho jamás su nombre. Si hay observaciones y correcciones que hacer sírvase

transmitírmelas; cuento con utilizarlas un día. Mi folleto *Evolución y Revolución* debe aparecer inmediatamente.

*A la señorita Gérando*

Nanterre, 2 de Abril de 1891

Muy querida señorita y amiga:

Me ha escrito usted una carta cuando me hallaba bajo el peso de un gran dolor<sup>1</sup>. He esperado para responderle, pues mi tristeza era muy grande entonces, y carecía de bastante libertad de espíritu para situarme en la exacta medida, aquella en que el dolor personal no oculta los dolores ajenos. Pero no por ello quedo menos en estado de amarga sorpresa, de rebeldía contra el hecho brutal, contra naturaleza, de la muerte de los jóvenes. ¿Es acaso efecto de una violación de la higiene? ¿Es causa personal o colectiva? No lo sé, pero en el caso que me preocupa, hay un crimen. ¿Quién es el culpable? ¿El individuo o la sociedad? Sea quien fuere, mi cólera es justa, ya que es inicuo que los hijos mueran antes de haber vivido, antes de haberse cumplido las promesas que ofrecían su inteligencia y su amor.

Pero esta cuestión se liga a otras. Si la muerte es inícu, también lo es la enfermedad y el mal también lo es, en todas sus formas y manifestaciones. Hémos ya frente al problema social en toda su amplitud. Cada uno de nosotros es una cosa tan pequeña frente a los millares y millares de microbios que se extienden y que matan, pero al fin cada uno de nosotros no es del todo impotente. En tanto nos quede un resto de vida podemos actuar en el sentido de la vida.

Le envío, muy querida señorita, la expresión de toda mi simpatía en la lucha que usted ha emprendido, con energía tan digna de su sin igual valor, para ensanchar los espíritus y elevar los corazones. Experimento una de las mayores alegrías al pensar que su espíritu me ha asociado a quienes la apoyan con su voluntad.

Muy afectuosa y respetuosamente,

*Eliseo Reclus*

<sup>1</sup> Por la muerte de su nieto, René Cuisinier.

*A la señorita Gérando*

Sèvres, 12 de Diciembre de 1891

Valerosa y querida amiga:

¿Cómo es que usted no sabe nada de mí? Es una manera de hablar. Puesto que yo lo sé todo de usted. Ignoro los pequeños hechos diarios, pero la vida en sí, esa sí la conozco. Conozco su incesante labor siempre dirigida hacia lo mejor, sé de su valentía, de su rectitud, de su sinceridad y de ese infinito encanto que se muestra en quien posee un corazón que siempre ha sido bueno y un alma que siempre ha sido pura. No es usted amiga de elogios, pero no es un elogio decirle simplemente que, cuando miro hacia el ideal, le doy naturalmente forma concreta trazada con los rasgos de aquellos a quienes amo y admiro. Y bien, mi ideal tiene trazos suyos; la hallo siempre al lado de los mejores, en mi vida superior, en mi verdadera vida de luchador por la justicia. No es usted acaso quien me enseñó esa frase: *arany szabadsz'ag* (la libertad de oro), en la que usted pone todo su corazón al decirla, y que yo quisiera repetir cuando me muera<sup>1</sup>.

Ve usted querida camarada y amiga, que no tengo necesidad de escribirle para vivir en su vida.

Estreche usted la mano al compañero de lucha de quien me habla. Que al igual suyo, eleve su corazón por encima de las pequeñas miserias de la vida.

Su amigo.

*Eliseo Reclus*

<sup>1</sup> Este anhelo fué satisfecho. Ver epílogo de este libro.

Sèvres, 26, Muelle des Fontaines, 28 de Diciembre de 1891

Mi querido amigo:

...Acabo de echar una ojeada sobre los planos que usted me ha enviado para representar las divisiones del Atlas proyectado.<sup>1</sup>

El formato N° 1-1|1000000°, 1800 láminas, me parece de dimensiones muy poco manuable. El formato N° 2, -4 grados de latitud, me parece más conveniente, pero el número de mapas es muy grande.

Con todo, soy de parecer que el atlas no se hará todo de un golpe. Habrá que limitarse a las hojas de las comarcas cuyo relieve está perfectamente conocido por mapas detallados. Para el conjunto de la tierra, es decir el Atlas general, el volumen de 54 láminas sería suficiente.

En cuanto a la empresa en sí misma, ¿hasta dónde ha llegado usted por su parte? Por la mía, no he tenido mucho tiempo para reflexionar profundamente, pero habiendo leído la proposición de Penck que me imagino habrá sido hecha honestamente y dentro de un espíritu puramente científico, sentiría vergüenza y falta de conciencia al obrar o intentar una acción cualquiera sin previamente advertirle, proponiéndole y solicitándole nuestra asociación recíproca. Las ventajas serían grandes: 1º, es un verdadero geógrafo y un valor; 2º, es alemán, y, en virtud de nuestra alianza saldríamos de ese abominable y vergonzosa *impasse* de "ciencia francesa y ciencia alemana" que nos ocasiona tantos disgustos; 3º., obraremos con franca lealtad.

Sin duda tendremos molestias y dificultades, quizás insuperables; pero si procediera de otro modo, lo constato por mu-

<sup>1</sup> La creación de un atlas isométrico de la tierra fué una de las preocupaciones constantes de Eliseo Reclus. Ver principalmente el Boletín de la "Société neuchateloise de Géographie", tomo IX, 1896-7, pág. 159: "De un Atlas a escala uniforme propuesto por George Guyou y Eliseo Reclus". Se trata en dicha exposición de un atlas a escala del diez millonésimo. Desde comienzos de siglo, diferentes países se han puesto de acuerdo para publicar un mapa internacional al millonésimo, y se han dividido la tarea.



chos indicios, tendré dificultades aún mayores. No insisto sobre dichos indicios, ya que tendremos nuevamente ocasión de tratar estos asuntos.

Muy cordialmente a usted y a los suyos,

*Eliseo Reclus*

*A sus colegas de la Sociedad de Geografía, que le habían concedido la gran medalla de oro a Eliseo Reclus por el conjunto de sus obras geográficas, y, en particular, por su Nueva Geografía Universal. (Carta leída en sesión del 19 de febrero de 1892).*

Señores y queridos colegas de la Sociedad de Geografía:

El honor que os place conferirme por una obra inconclusa y en mucho imperfecta, me confunde. Cuando releo los nombres de todos aquellos a quienes asociáis el mío, me pregunto cómo es que libros cuyo valor disminuye de año en año a causa del acrecentamiento rápido de nuestros conocimientos y de las incesantes transformaciones de la sociedad, pueden ser puestos en comparación con las exploraciones de aquellos hombres, los grandes descubridores, cuyas conquistas pacíficas, punto de partida de todas las búsquedas y comprobaciones posteriores, se agrandan a través de los siglos en la memoria de los hombres. Vivirán por siempre en la historia de los progresos humanos y por ellos yo recibo un lustre efímero.

Pero debo inclinarme ante vuestra decisión y aceptarla con toda gratitud. Me siento en esta ocasión el representante de los colaboradores, en lo sucesivo numerosos, que en nuestra sociedad, en nuestras escuelas y en torno de ellas, trabajan como yo, unos con más ciencia, otros con mayor método, y todos con igual abnegación, por la gran obra del conocimiento de la tierra y de los hombres. ¿Cómo recompensarlos a todos? Entre todos esos hombres de conciencia habéis escogido uno de los que han tenido la satisfacción de iniciar la tarea hace ya muchos años, y que, probablemente, deberá terminarla pronto.

Os renuevo, señores, la expresión de mi reconocimiento y de mi ferviente celo en la obra común.

*Eliseo Reclus*

Tarzout, por vía Ténés (Algeria) 25-3-1892

Mi querido amigo:

Antes de responder a sus preguntas, sería importante conocer el origen de los hechos que lo han conmovido. Multitud de conserjes, de propietarios y policías se han apresurado a gritar contra los anarquistas, y los diarios han recogido rápidamente el clamor. Todo es muy excusable en gentes que no piensan, pero para los que piensan es otra cosa. Ni usted ni yo conocemos a los autores de tales hechos, y sabemos solamente que no pueden favorecernos en nada, en tanto son admirablemente aprovechados por la policía, por sus jefes, y especialmente por todo aquel que la prensa califique de hombre indispensable. ¿Es esta una razón para decir que el hecho proviene de esas gentes? No, puesto que carecemos de pruebas, pero tampoco hay pruebas contra los grupos anarquistas.

Sin embargo, supongamos, para darles el gusto a nuestros acusadores, que esas explosiones sean efectuadas por gentes que se dicen "anarquistas". ¿Cómo podría extrañar? Es fácil tomar un nombre determinado, sobre todo cuando ese nombre implica animadversión hacia el orden social reinante que nos aplasta. Tantas injusticias, infamias, crueldades individuales y colectivas se cumplen diariamente, que uno no puede extrañarse si ve como va germinando incesantemente toda una cosecha de odios... y el odio es siempre ciego. Pero me faltó para perecer de un golpe de hacha, hace cuarenta años, porque estaba vestido como un joven burgués. El nombre de "anarquista" no se había inventado aún en el sentido actual, pero hoy en día, no hubieran dejado de calificar así a mi casi-asesino. Y bien ¿podría yo quejarme si muriera golpeado por un desgraciado que ha creído golpear así a uno de sus opresores? No, por cierto; en todas partes donde se siembra el odio se recoge el furor.

Pero si sus acusaciones se dirijen a los anarquistas conscientes, a anarquistas que pesan sus palabras y sus actos, que se sienten responsables de su conducta hacia toda la humanidad, entonces inútil es decir que las fantasías explosivas no podrían serles imputadas... ¿Por qué me interroga puesto

que su conciencia ha respondido ya? Ni para usted, ni para mí, ni para ningún libertario que se haya elevado hasta la comprensión de la dignidad humana y del respeto al prójimo como si fuera otro yo, no es bueno odiar porque sí, a la ventura, y combatir ocultándose. Hagamos nuestra propaganda simplemente: los estallidos de las bombas no han de impedir que nos escuchen.

Muy afectuosamente.

*Eliseo Reclus*

*A Jacques Gross*

Sin fecha, 1892

.....  
Desgraciadamente soy un mal contador. Creía haberle enviado el libro de Pedro<sup>1</sup> y, pleno de ilusión, me he desembarazado de todo mi stock; y no me ha quedado ejemplar para mí. Compre usted uno a un librero o hágase enviar un ejemplar, o bien si quiere aguarde a que me halle de vuelta a París dentro de un mes. A juzgar por algunos artículos de diarios y por cartas particulares, el libro trazará su surco.

¿Y su obra, querido amigo? ¡No he de dejarlo en paz ni por un momento! Habrá que mantenerlo en la orilla, por una rama, por una brizna si usted prefiere, pero no he de dejarlo ir a la deriva. Es usted responsable de la vida de un hombre, la suya. ¡Que ella no se pierda! Reflexione y obre en consecuencia, así se lo ruego.

Afectuosamente,

*Eliseo Reclus*

*A Henri Roorda van Eysinga*

Gap 9-IV-92

Amigo mío:

En mi poder su segunda carta. Ya debe estar ahora en paz consigo mismo y darse cuenta con toda nitidez de su deber personal. Desde cierto punto de vista debemos casi felicitarnos de que los acontecimientos exteriores nos sometan así a exámenes de conciencia. Por lo demás no se trata aquí de cuestiones

<sup>1</sup> *La conquista del pan*, de P. Kropotkin.

de detalle, en las que se mezclan, en proporciones desconocidas e imposibles de conocer, los instintos o las ideas libertarias, la vanidad, la majadería y las maniobras policiales; pero en cambio sí que se trata, y únicamente, de nosotros mismos, de los principios que deben dirigir nuestras acciones, de los medios que debemos emplear. En cuanto a los principios, estamos de acuerdo: desarrollar de más en más la iniciativa y la fuerza personal; ir de más en más hacia la solidaridad social, hacia el respeto y el acuerdo mutuos, hacia la colaboración fraternal. En cuanto a los medios, ¿no deben constituir propaganda, como nuestras ideas y como nuestra vida toda entera? ¿No deben llevar la luz consigo, hacer resplandecer nuestra causa como una revelación misma de la justicia? Quien ha hecho el sacrificio de su vida como Kibaltchich o como Perovskaya<sup>1</sup> hallará amplios motivos para morir bellamente, tal como me lo decía, hace ya algunos años, mi buen y querido amigo Martín, hoy día cautivo en la prisión de Gap. Y la pasión del proselitismo denodado no debe impedirnos el método y la ciencia, la seguridad matemática de la ejecución. Hay que saber como un ingeniero calcular las fuerzas de ataque y de resistencia, los efectos próximos y los efectos lejanos.

Iré probablemente a Génova en estos días, lunes o martes. Si por suerte va también por allá en estos días, tendré la alegría de verlo y de charlar con usted.

Muy afectuosamente

*Eliseo Reclus*

Respuesta de Eliseo Reclus *al señor Presidente de la Sociedad de Geografía*, que en Asamblea general del 6 de mayo 1892, le otorgó la medalla de honor.

Agradezco al señor Presidente de la Sociedad de Geografía el juicio que ha emitido sobre mi obra todavía inconclusa, y me limito a decir que si estuviera en mí el poder juzgarla situándome desde un punto de vista totalmente objetivo, tendría por cierto reservas que formular. Pero sólo me resta inclinarme, agradeciendo el gran honor que me ha otorgado y, con el

<sup>1</sup> Kibaltchich y Sofía Perovskaya, ejecutados en 1881 por participación en el complot contra el zar de Rusia, Alejandro II.

pensamiento, hacer partícipes a todos los colaboradores benévoloos que me han ayudado con sus consejos, con sus datos, y mejor aun, con sus correcciones. Aquí mismo, entre los presentes, varios de entre vosotros tienen derecho a este testimonio de mi gratitud; pero debo recordar sobre todo a aquellos que ya no están aquí para escuchar mi agradecimiento. Mi pensamiento va hacia Emilio Templier, sin quien mi obra no hubiera jamás visto la luz y que fué no solamente mi editor, sino también mi amigo; hacia Emilio Desjardins, que consintió durante largos años, en releer mis pruebas, anotarlas, y que me suministró preciosos datos acerca de las Galias, de la Germania, de Italia, de las provincias danubianas; hacia León Metchnikov, mi compañero de todas las horas: más que mi amigo, mi hermano en el trabajo; y en fin, el geógrafo tan noble, tan afectuoso, tan puro, que hemos tenido el dolor de perder en estos últimos días (Henry Duveyrier). Con su exquisita bondad, con la conciencia que le habéis conocido, quiso voluntariamente leer y controlar todo un volumen de mi geografía. Al dirigirme a vosotros, señores, rindo a todos los muertos, el homenaje que les debo.

*Eliseo Reclus*

*A M. J. Gross*

Ars en Ré, 10-V-92

Mi querido amigo:

...Tengo un plan en la cabeza: atraer a los campesinos por medio de la canción. Aman los cantos, los comprenden, se compenetran de ellos... y se burlan de los folletos didácticos. Quisiera formar una colección de canciones con música y dibujos, pero es menester que todas sean buenas, en buen estilo. Si puede usted ayudarme a descubrirlas, sería para mí un placer.

...Muy cordialmente,

*Eliseo Reclus*

*A M. Graux, administrador-inspector del Consejo de Administración de la Universidad Libre de Bruselas.*

Ars en Ré, 1º de Agosto de 1892

Señor:

Le ruego tener a bien transmitir a los señores miembros del Consejo de la Universidad Libre de Bruselas, la expresión de mi reconocimiento por el honor que acaban de conferirme al nombrarme agregado a la Facultad de Ciencias.

Si estos señores no tienen ninguna objeción que hacer, mi deseo sería comenzar mi curso de geografía comparada en las primeras semanas del año 1894, después de la terminación de la obra que me ha permitido recoger los datos necesarios.

Le ruego, señor, reciba la seguridad de mis sentimientos respetuosos.

*Eliseo Reclus*

26, calle des Fontaines, Sevres.

*A Henri Roorda van Eysinga*

Ars en Ré, 10 de Septiembre de 1892

Mi muy querido amigo:

Estoy en retraso para responderle, pero es usted de aquellos con los cuales siempre estoy. Una carta precisa los sentimientos en la forma, pero eso es todo; no agrega nada.

Es verdad que nuestra vida, la suya como la mía, la mía como la suya, presenta singulares contradicciones entre los principios y la conducta, o al menos presentaría si una de las condiciones de la vida normal no fuese la vida misma. Constatamos lo que la justicia nos exigiría hacer en una sociedad en que pudiera ejercerse la justicia, pero no cumplimos más que una parte infinitesimal de la que sabemos que es nuestra vida normal. De ésto se ríen a medias sus camaradas: "un poco más, un poco menos" dicen, y se contentan con no hacer nada o con ir engordando día tras día.

Ciertamente hacemos bien poco, aunque comprendamos mucho, pero al menos orientamos nuestra vida. No es el acto en sí mismo, es la tendencia lo que importa. Bajo pena de lapidación o por lo menos de encarcelamiento inmediato, teniendo en cuenta nuestros deberes hacia el prójimo, los suyos hacia

su madre y hermanas, vemos lo que es posible hacer en la lucha de cada día. Evidentemente, cada uno de nosotros usará de distinta manera de su arbitrio personal. Uno irá hacia la pobreza, otro hacia la prisión, otro aún hasta el martirio, pero todos obrarán en el mismo sentido: se unirán a la cadena de diamante que arrastra a los mundos.

Quien no quiere hacer no hará jamás nada, aquel que quiera hará siempre un poco más, y lo poco que haga le ayudará a hacer cada vez más.

Muy cordialmente suyo, amigo mío.

*Eliseo Reclus*

*A la Señora Dumesnil, Vasceuil*

Niort, 23 de Septiembre de 1892

Amiga y hermana:

Estoy muy bien y me paseo, volviendo a París por cortas etapas... espero llegar pasado mañana durante el día.

La crisis que tuve no se ha renovado<sup>1</sup>, pero palidezco al pensar en los ataques de ese mal, puesto que el sufrimiento es muy vivo, uno de los más vivos que recuerda mi memoria de hombre. ¿Es acaso una neuralgia intercostal o una angina de pecho? No lo sé exactamente. En fin, todo marcha mejor, y tengo todavía el placer de ver, de oír, de trabajar, de pensar... y de amar, lo que vale más que todo.

Muy tiernamente,

*Eliseo Reclus*

Leerás el número de *Entretiens*. Hay dos páginas de Elías, exquisitas.

<sup>1</sup> Eliseo acababa de tener en Vasceuil, una nueva crisis de angina de pecho que debía causar su muerte, trece años más tarde.

El proceso de Florencia<sup>1</sup> ha terminado y todo ocurrió de una manera inesperada. Todo parecía asegurar una condena severa; se hablaba de órdenes provenientes del ministerio, el presidente escogido era un reaccionario probado, un viejo de una cortesía glacial, con los labios en pinza, la nariz con el filo de un cuchillo. El abogado general insistía sobre una pena doble a la pedida por su predecedor. Pero los ujieres, electores o jueces —no sé cuáles son sus títulos— han comenzado por embroillarse miserablemente en su exposición. Luego, el camarada más inculpado, el traductor de mi folleto, ha hablado admirablemente, con gran simplicidad y mucho de fuerza contenida. En cuanto a mí, me negaron la palabra, pero el abogado Ferri, con quién había departido previamente, habló por mí con singular elocuencia. Es verdad que su discurso no era más que un alegato y llevaba en sí el pecado original que pesa sobre todas las palabras de abogado, pero, dado que nuestros camaradas habían tomado un abogado, no podían haber elegido un defensor más simpático y de palabra más generosa. En un momento dado, cuando habló del día en que la forma de la propiedad cambiaría, en que la propiedad se volvería de todos, el auditorio elevó su entusiasmo, y hasta los ujieres se agitaron jovialmente en sus sillas en previsión de esos grandes días del porvenir.

¿Influenció la opinión pública? En todo caso, el fallo público fué pronunciado y salimos del pretorio rodeados de todo un ejército de policías de tercer orden, gente joven que debe ganarse la vida muy miserablemente.

El tiempo era malo, llovía. No he podido visitar museos, no queriendo fatigarme, y después de una jornada bien cumplida, entré en el hotel para dormir doce horas. Sin embargo, si no vi los museos, visité el gran museo formado por las fachadas de los palacios y de las iglesias. Se le ha construído

<sup>1</sup> Proceso a los anarquistas italianos, en que se incriminaba sobre todo a los inculpados, la traducción del folleto de Eliseo Reclus: *Evolución y Revolución (Evoluzione e Rivoluzione)*, Biblioteca del "Sempre Avanti", Firenze, 1892). Eliseo era citado como testigo.



una fachada moderna a la catedral, pero ha sido construída sin fe. Es una obra elegante, con muy bellos mármoles, pero chata, menospreciable, y no sirve más que para realzar las bellezas y la maravillosa elegancia de la pequeña campana de Giotto, que, por contraste, parece casi severa y grave no obstante la gracia infinita de sus proporciones.

Espero partir esta noche para Bastia. El mar está hermoso, pero de una belleza algo trágica. Habrá mar agitado. Es cuestión de cinco horas.

Muy tiernamente, hermana mía.

*Eliseo*

*A Lilly Zibelin-Wilmerding*

Sévres, 21 de Abril de 1893

Mi muy querida amiga:

Lo que usted me cuenta no me extraña, y estoy muy dispuesto a creerlo. Desde que las ideas de materia y de espíritu han perdido el sentido que antes tenían, desde que se considera al pensamiento como una resultante de toda organización, y que se ha constatado el encaje o juntura de las individualidades, de la célula al órgano, del órgano al hombre, del hombre a la humanidad, los fenómenos que usted menciona son sólo de orden material.

Tal como lo demuestra la fotografía, cada movimiento, cada acto de la vida proyecta sus imágenes al infinito, y al igual que ciertas preparaciones químicas y ciertas condiciones físicas han podido revelarnos esas imágenes, así también cierto estado físico y mental permite recordar esos miles y millones de impresiones que escapan al infinito de cada uno de nosotros. Todos esos movimientos continúan vibrando. Han podido recordarle su antiguo yo y el antiguo yo de sus amigos, porque las impresiones siguen perdurando. Se le ha podido describir una persona que usted no conocía, pero que conocía un hombre cuya vida se mezcla con la suya. La parte consciente de nuestra vida no es nada, por así decirlo, en comparación con la parte inconsciente, representada en ese caso particular por las transmisiones incesantes que cada uno de nosotros siente sordamente por un funcionamiento natural de su vida.

Así, los hechos que me cuenta usted no tienen nada que deba extrañarle, puesto que todo no es más que un eco, un *Nachklang*, y el todo consiste en colocarlos exactamente en su plano verdadero, en no construir una religión, en no subsistir esas vibraciones debilitadas de un tiempo que ya no está bajo la acción constante y deseada, emprendida en el presente.

Temía realmente que esos fenómenos con miras secundarias, hubiesen adquirido en usted una importancia exagerada y enfermiza. Sin embargo, su carta me tranquiliza un poco. No completamente todavía, puesto que su escritura ha cambiado y no he comprendido en qué sentido se ha efectuado la evolución.

Muy afectuosamente,

*Eliseo Reclus*

*A Paul Régnier*

5 de Agosto de 1893. Entre Pernambuco y Dakar

Mi amigo y muy querido hijo:

Hémos aquí después de ocho días de viaje, habiendo empezado mal en esta primer parte del trayecto: el mar estaba encrespado, el viento era áspero, y ayer, día de cruce del Ecuador, hemos sentido casi frío. Hoy, las olas y el viento se han tornado amables, y aprovecho para escribir algunas frases de la conversación que siempre mantengo contigo.

Te he hecho enviar desde Río de Janeiro una espiga de maíz pipoca, que creo —según afirmación de botánicos competentes— es el *pop-corn* de que tu hermano me había hablado y que me habías pedido que te enviara. Previendo que esta espiga no te llegará a causa de la legislación sobre la filoxera, he guardado otras espigas que te llevaré o te enviaré siguiendo el procedimiento seguro que me indiques. ¡Cuántas otras cosas podrías encontrar en este incomparable Brasil para tus tentativas de aclimatación!, pero la riqueza sin límites impide todo nuevo ensayo de desarrollo; raros son los que trabajan; no se hace más que chapucear. La última propiedad que he visto, en el Estado de Minas Geraes, comprende trescientas hectáreas, casi todas las tierras excelentes. Trabajada desde hace cinco años, no está cultivada más que una porción, evaluada por mí en 15 metros de lado. ¡Además, un canal de regadío de seis

kilómetros de largo y 600 caballos de fuerza! Es verdad que sólo se ocupan de recoger el oro de esta propiedad. Beneficio mensual: 200.000 francos. Desembolso anual: ídem, ídem.

Sabrás que he vuelto un poco fastidiado de esos inmensos cafetales de San-Pablo, donde no hay más que agacharse para recoger dinero, obtenido como en tantos otros lugares, por el trabajo de los demás. Pero hay tanto, tanto que hacer en este país, que haré uso ciertamente de mi crédito, si es que hay lugar, para enviar acá a trabajadores y gentes de ideas, si la ocasión se presenta, y nada hay de imposible en este sentido.

Tu amigo,

*Eliseo*

*A Henri Roorda van Eysinga*

París, 13 de Diciembre de 1893

Querido y buen amigo:

Al trazarme una línea directriz de pensamientos, de moral y de conducta, me he dicho siempre: Sé tú mismo; defiende tu personalidad con y contra todos; que tu mano se levante contra aquel que atente contra tu libertad y tu dignidad.

Sé bueno, ya que los otros te ayudan a vivir; sé justo, ya que los demás son otros tú mismo. Que te halles siempre en plenitud de espíritu, de justicia perfecta hacia todos; respeta a quien sea, en la plena medida de la libertad. No juzgues o no intervengas sino después de un atentado contra ti, tu hermano o tus hermanos.

En el ejercicio de tu actividad, valoriza tus fuerzas, dosifícalas, vive de la mejor manera en que puedas ponerlas en acción para el bien común. Si obras sobre todo por la fuerza de pensamiento, haz pensar a los otros; si vales por la bondad, la ternura, haz amar a los demás; si eres un hombre de acción, obra con los demás o para los demás.

Pero en todas partes donde hay injusticia, hay reivindicación. *A Eterna vindicatio*. Recordará usted sin duda la hermosa exclamación de Proudhon, al hablar del sacerdote que venía a bautizar a su hijo: ¡“Mataría al sacerdote!” ¿Lo hizo? ¡Poco importa! basta que se haya sentido con derecho a hacerlo.

Por lo mismo, todo oprimido, todo desgraciado, todo hombre privado del sol y del aire, de libertad o de estudio, todo ser

lesionado en su existencia y en su derecho, tiene derecho a levantar su mano contra el opresor. Un muy pequeño número lo hace, porque la bondad, la simpatía humana, el espíritu de solidaridad se lo impide, pero el derecho estricto no subsiste menos por ello. Mucho más aun, el desgraciado por culpa ajena tiene derecho contra mí, que soy un dichoso, y de antemano, digo: “¡Está bien hecho!”

He aquí como veo las cosas, de un modo general, sin ocuparme de casos particulares.

Muy cordialmente a todos,

*Eliseo Reclus*

*A Richard Heath*

Próxima dirección: Bourg-la-Reine, 9, calle du  
Chemin de Ferre. 19 de Diciembre de 1893

Amigo mío:

Usted conoce la leyenda hindú. Cierta día, Buda, hermano de todos los seres vivientes, encontró un tigre devorador de hombres, y se dejó comer.

Comprendo este apólogo. Pero los budistas no nos cuentan si, viendo un día que un tigre se arrojaba sobre un niño para devorarlo, dejó que lo hiciera. Para mí, que ese día, Buda mató al tigre.

En eso está el todo. ¿El hombre que ama a sus semejantes posee acaso el derecho de juicio personal para saber cuando empleará la violencia para defender a su semejante?

Tolstoy afirma: “jamás”. Exclama: “Deja al tigre que se coma al niño”.

Los libertarios dicen: “No tengo porque penetrar en los arcanos de tu conciencia. Haz lo que quieras”. “Si no crees en la defensa de los débiles por los fuertes que hacen las leyes, en ti está el juzgar como defenderás a los débiles”.

Hablo al viejo historiador de los anabaptistas. ¿Cree él acaso que se podía y se debía contar con las leyes de mansedumbre que hacían los príncipes y los preladados para los pobres de cuerpo y de espíritu? Y bien, ¿la situación no es acaso la misma?

En cuanto a mí, me tendrán que cortar la lengua antes de aullar con los lobos cuando van de caza.

Cordialmente,

*Eliseo Reclus*

*A Richard Heath*

Bourg-la-Reine, suburbio de París, 9, rue du  
Chemin de Ferre, 25 de Diciembre de 1893

Mi querido amigo:

...En cuanto a la cuestión discutida entre nosotros, nada más tengo que decir, y nuestros argumentos no chocan como lanzas contra un escudo. Me limitaré a decir que todo hombre bueno, saturado de amor, debe poner su fuerza, aun su fuerza física, al servicio de la bondad, que la defensa personal y la defensa colectiva son legítimas y que la teoría de la resignación me parece antihumana.

Que, personalmente, sean cuales sean mis juicios sobre tal o cual acto o tal o cual individuo, no mezclaré jamás mi voz a los gritos de odio de los hombres que ponen en marcha ejércitos, policía, magistratura, sacerdotes y leyes para el mantenimiento de sus privilegios.

Que, no obstante los horrores de la guerra social, estoy con los anabaptistas, los jacqueristas, los vencidos y los oprimidos de todo nombre, de toda nación, de todo tiempo;

Que, imperturbable en medio de la agitación del siglo, tiendo a continuar mi estudio de la verdad, mi búsqueda de la justicia y mi propaganda serena de la solidaridad humana.

Le abraza muy cordialmente,

*Eliseo Reclus*

*A sus hijos, en Algeria*

Sin fecha, (fines de 1893)

Concluyo mi jornada, hijos míos, enviándoos algunas frases de afecto. He redactado el último párrafo en el último de los diecinueve volúmenes de mi geografía, y no me resta ahora más que corregir las pruebas, poner en orden el índice de las materias, de los resúmenes; después me dispondré a realizar otros trabajos que más me apasionan, corregir folletos, ahondar más profundamente el sentido, preparar notas para mi volumen de conclusiones, estudiar las obras paralelas a la que sueño. Será menester también que me ocupe de la "vil materia", y que vaya a ver a mi editor para saber si tengo con qué comer y si en lo sucesivo no soy más que un pobre sin un centavo. Esto me atormentaría muy poco, lo confieso, si no tuviera que

preocuparme de mi querida *smala*. Por lo demás, creo que todo irá bien, incluso por ese lado.

No puedo todavía pensar en mi partida para Algeria, puesto que una sociedad de estudiantes socialistas me ha solicitado dar una conferencia sobre el anarquismo, y, naturalmente debo acceder a sus deseos. Además, según pienso, dicha conferencia no tendrá lugar sino durante el próximo mes de enero.

Muy cariñosamente vuestro,

*Eliseo Reclus*

*A Pablo Régnier*

2 de Enero de 1894

Mi querido y buen amigo:

Las noticias de comienzo de año se han iniciado mal para nosotros, como ya lo sabrás por los diarios. Pero hasta ahora, seguimos estando lo mismo que antes. Es a Elías, el padre de Pablo, a quien le fueron dirigidos los principales honores. Le despacharon a Clément, el viejo alguacil del Imperio, seguros de encontrar en él al bruto por excelencia. No ha fallado en nada. Naturalmente, le secuestraron a Elías notas sobre *El gallo, la gallina y los pollitos*, consideraciones sobre *Dyonisos y las Euménides*, luego lo condujeron al depósito, en donde lo dejaron en la célula N<sup>o</sup> 12, en compañía de una taza de leche y una Biblia alemana. No se dejó interrogar; sin embargo, después de tres o cuatro horas de permanencia en ese bello lugar, un despacho ordenó su libertad. En mi casa, la pesquisa fué más larga. Inexplicablemente dejaron mis folletos anárquicos, mis colecciones del *Revolté* y de la *Révolte* y se apoderaron de tarjetas viejas de visita, cartas viejas, autógrafos de sabios y otras notas sobre la Comuna. La cocina fué cuidadosamente revisada, sobre todo las cacerolas. Luego los agentes se marcharon sin hacer uso de su mandato de causa discrecional.

<sup>1</sup> En la *Biografía de Elías Reclus*, por su hermano Eliseo, se relata el incidente: "Los Reclus eran mal vistos por la policía. Se les vigilaba estrechamente, como a todos los antiguos enemigos del Imperio, y cuando las bombas sembraron el espanto en París, la ocasión pareció buena para vengar antiguas injurias. El hijo mayor de Elías fué acusado como el presunto inventor de las máquinas infernales, pero

Todo esto me obliga a permanecer aquí. Es preciso que esté presente en caso de que se inicie un proceso a la "asociación de malhechores", de la que soy jefe designado según dicen los diarios policiales.

En la espera, mi salud va tirando. Estoy con semi-bronquitis, medio indispuerto. Sin embargo no salgo para nada...

Muy afectuosamente

*Eliseo*

*Al Sr. Graux, administrador-inspector en el Consejo de Administración de la Universidad Libre de Bruselas*

París, 5 de Enero de 1894

Señor:

Leo en los diarios belgas y franceses, y algunos con comentarios descorteses, que mi curso de geografía comparada ha sido retardado en un semestre, por decisión del Consejo de Administración de la Universidad Libre.

Ignoro si la noticia es exacta. Tengo derecho a dudar de ella, tanto tiempo como tarde en recibir su aviso oficial anunciándome que después de haber sido invitado a dar un curso, me condena usted a diferirlo. Espero también, señor, que si tal decisión ha sido tomada, tendrá usted la deferencia de explicarme los motivos.

escapó felizmente, lo que hizo que el padre fuera más odiado por la policía. El 1º de Enero de 1894, cuando un ministro cuyo nombre se ha olvidado, juzgó bueno hacer un "regalo de año nuevo" a las gentes honestas de París y del mundo, Elías fué incluido en la hornada de los sospechosos, y conducido a la Conserjería entre dos polizontes. El director de la prisión se apresuró a excusarse lo mejor que pudo ante el prisionero y le ofreció todos los tesoros literarios de su biblioteca local. Elías le pidió la *Biblia Vulgata*. "Pero desgraciadamente no tenemos ese libro". "Lo lamento, por un establecimiento como este, que representa el principio de autoridad". "Me apresuraré a enviarle esa Biblia cuando ya no tenga más el honor de vivir bajo su techo". Pero Elías no tuvo tiempo de extrañar sus libros y manuscritos. Al atardecer del mismo día había sido puesto en libertad: las "gentes honestas" de París habían, sin embargo, encontrado que el ministro se había excedido en sus medidas.

Tal vez juzgará usted que me importa saber si la postergación de mis conferencias ha sido decidida por causas que indican una censura contra mí o por razones absolutamente ajenas a mi persona. Mi dignidad, que es la de uno de sus colegas, debe interesarle vivamente.

*Eliseo Reclus*

Profesor en la Universidad Libre de Bruselas

*Al señor Presidente del Círculo Universitario de Bruselas*

Señor Presidente

Recibí su carta del 10 de enero en la que me anuncia que el Círculo Universitario de Bruselas me propone reiniciar el curso de geografía comparada que me había sido solicitado precedentemente por el Consejo de Administración de la Universidad Libre de Bruselas.

Pienso que siempre es oportuno el decir simplemente lo que uno cree debe ser la verdad, y me sentiría doblemente dichoso en dictar ese curso si entre los oyentes se contase a los jóvenes de quienes me consideraba ya como un amigo.

Si en la época propuesta por la Universidad, le interesa oír mis conferencias geográficas, estoy a su disposición. Prepare usted esos cursos libres, y, en el día indicado, estaré ahí, muy reconocido y deseoso de hacer bien.

Os ruego aceptar, . . .

*Eliseo Reclus*

Agregado a la Universidad Libre de Bruselas

*Al Señor Graux, administrador-inspector en el Consejo de Administración de la Universidad Libre de Bruselas*

Bourg-la-Reine, 13 de Enero de 1894

Señor:

Las dos cartas que me ha hecho el honor de escribirme en nombre del Consejo de Administración de la Universidad, me han llegado bien, anteaayer a la noche la del 10, y solamente recién ayer la carta anterior del 6. Gracias a esos documentos oficiales, me entero, después de doce días de espera, que mi curso de geografía comparada se ha aplazado indefinidamente.



La posibilidad de manifestaciones tumultuosas le ha parecido más de temer para nuestra Universidad, según usted, que el retiro de sus invitaciones reiteradas a la expresión libre de mi palabra. No me quejo de ningún modo y me limito a señalar que mi actitud de profesor, buscando modesta y sinceramente la verdad, hubiera bastado, sin duda alguna, para detener las manifestaciones, y que si por imposibilidad, no hubiera resultado así, no hubiera titubeado un instante en retirarme por razón de insuficiencia.

Aunque no haya creído deber suyo citarme delante de ese consejo, afirmo a usted que su decisión no implica agravio a mi persona. Me alegro mucho y lo dejo consignado, pero me parece que la opinión pública lo juzga de otra manera; yo mismo, colocándome en un punto de vista totalmente objetivo, creo que un profesor invitado por dos veces a dar un curso, y luego rechazado sumariamente después de varias semanas de labor preparatoria, y sin haber siquiera comparecido, ha recibido ciertamente una cruel ofensa.

Me atrevo a decir a pesar de todo que mi espíritu es lo bastante elevado para no sentirme alcanzado. No quedo por ello menos justamente digno por haber recibido precedentemente sus auspicios y formulo ardientes votos por la prosperidad y la libertad de la Universidad "Libre".

Sírvase recibir, Señor Administrador, mis más respetuosos saludos.

*Eliseo Reclus*

Profesor y Agregado a la Universidad de Bruselas

*A su hija Magali Régnier*

Bourg-la-Reine, 16 de Enero de 1894

Mi querida hija:

Os habréis enterado por los diarios del asunto de los cursos de Bruselas. Las cosas pasaron tal como las cuentan. Durante dos años me acosan para decirme: —“¡Dé usted su curso; sea pues muy amable y háganos el honor... de!”; luego, cuando digo: “—Ya estoy listo”, se me responde: —“¡Pero no, si su curso se ha postergado indefinidamente!” A raíz de ello, cólera de los estudiantes, sobrescritos, y todo lo que sigue. Lo grave del asunto, es que en medio de ese tumulto reclamando

mi presencia en el puesto de combate, no hay medio de soñar con Tazout<sup>1</sup>. Qué le vamos a hacer, mis amigos, sigamos manteniéndonos buenos y firmes.

*Eliseo*

*Respuesta de Eliseo Reclus al comunicado enviado por los asistentes al mitin de protesta contra la supresión de los cursos*

Bourg-la-Reine, 29 de Enero de 1894

*Señor Pablo Janson:*

Tengo el honor de acusar recibo de la carta del 22 de enero por la cual me comunica usted su resolución tan benévola para mí, votada en el mitin presidido por usted, el 20 de enero último.

Conociendo la injusticia de los partidos, no me ha afectado en nada la afrenta contra la cual protestó; pero me han conmovido en lo más íntimo del corazón sus testimonios de solidaridad, y respondo a su invitación: “Me debo íntegro a la ciencia, a mis compañeros de estudio, a la misión de enseñar que me será confiada por ustedes”.

Le ruego reciba y transmita a los demás defensores de la libertad de pensamiento, la expresión de mis sentimientos respetuosos.

*Eliseo Reclus*

Profesor agregado a la Universidad de Bruselas

*A M. Joukovsky, en Ginebra*

Bruselas, 4-III-94, rue de la Croix 38, Ixelles

Excelente amigo mío, a quien siempre hallé a mi lado en los momentos difíciles, vuelvo a encontrarte otra vez, y te aseguro que, durante los últimos meses, he tenido mi pequeña porción de tristezas, y, por consiguiente, la dicha de poder luchar, seguro de ser un campeón de la buena causa. Si hubieras estado aquí, me hubieras ayudado, o más bien, estabas aquí y me has ayudado: sabía que estaba sostenido

<sup>1</sup> Lugar de residencia de sus familiares.

por el corazón, por el impulso simpático de todos los camaradas, y ello me regocijaba, me renovaba incesantemente.

La gran dificultad provenía de que era preciso al mismo tiempo llevar adelante los dos asuntos, el de París y el de Bruselas; hacer frente a ambos lados y con igual energía. En París, esperaba todos los días ser detenido, y sé, por gentes de "arriba" en situación de conocer totalmente el final del fin, que el arresto era inminente. Era cuestión de días, pero el proceso de Jean Grave y el litigio de Saint-Auban han aclarado definitivamente la situación para mí y puedo de nuevo circular por París, libre como un pinzón en un seto de carpinos. Pero sé que quedan muchos cazadores en acecho y preparadores de trampas.

En Bruselas debí luchar al mismo tiempo contra el Consejo de Administración de la Universidad, con armas corteses y descorteses según la ocasión, y mantener mi dignidad de geógrafo en tanto que anarquista, y de anarquista en tanto que geógrafo. Además debía preparar mis cursos, alentar a mis amigos para la acción, mantener inmoviblemente la fecha del 2 de marzo que había sido fijada para o a pesar de la Universidad.

Después vino a mezclarse la enfermedad. He pasado todo el 2 de marzo en el lecho, tiritando de fiebre. Mi mujer y el médico, dudaban de que pudiese levantarme. Pero "era preciso" y eso me curó. Me levanté a las siete, y a las ocho ya me apretujaban en la puerta de la sala. Pero a pesar de todo no me sentí completamente abatido y me quedó algo de mí mismo para hablar en nombre de todo lo que yo sentía como nuestra causa, aunque no tenía sino que hablar de "geografía", pero todo está en todo cuando uno pone en ello su alma.

.....  
(Falta el final de la carta)

*Al señor Redactor en Jefe de "La Réforme", en Bruselas*

Marzo 1894

Señor:

Leo en su número del 19 de marzo que ciertos diarios de París piden con insistencia mi prisión. Permítame hacerle saber por su intermedio que si una orden de arresto fuera dictada contra mí, no me escudaría en que serias ocupaciones me retienen en Bélgica. Abandonaría de inmediato mi trabajo, e iría a presentarme delante de los jueces, no para dar satisfacción a la jauría letrada, sino por un sentimiento personal de mi deber y por respeto a mis convicciones. No es que la prisión me atraiga, pero en la misma prisión puedo finalizar dignamente una vida que juzgo honrosa.

Ruégole aceptar la expresión de mis saludos respetuosos.

*Eliseo Reclus*

*A Henri Roorda van Eysinga*

Ixelles, 7 de Mayo de 1894

Mi querido amigo:

Sí, "la rebeldía de la vida contra todo lo que se opone a su desarrollo". Pero la rebeldía por su propia cuenta, aun siendo justa, legítima, conforme a la ley natural y al ideal de las cosas, no apasiona a la colectividad. "Arréglate solo, buen hombre", se le dice a cada rebelde que no combate más que para él solo. Los verdaderos, aquellos a quienes se ama, los que nos apasionan, son los campeones de la humanidad doliente. Sin duda todos los sufrimientos deben ser descritos, primero los personales, luego los colectivos, luego los universales. Hay gradación, pero la explosión es el final. Lógicamente no se produce sino al final.

No tengo más ejemplar de mi primer lección y no puedo enviársela.

Cordialmente a usted y a los suyos.

*Eliseo Reclus*

Mi querido amigo:

Respondo ahora a su carta del 7 de mayo, porque ocupaciones urgentes me impidieron hacerlo antes.

Sobre higiene intelectual para enriquecer su estilo, no conozco otra que la de enriquecer su propia vida: es cuestión de experiencia y de estudio. Esto vendrá poco a poco si es que así lo desea. Por lo común, las ambiciones se realizan. El que quiere desecar su estilo, lo logra; así también quien desea volverlo pomposo, altisonante o bien ablandarlo. Lo importante es que todos esos cambios respondan a adquisiciones reales y serias. En usted será así.

La novela autobiográfica me parece que es una de las más elevadas y bellas formas del arte, pero es evidente que el autor es mucho menos libre para escoger los medios, los incidentes y los personajes. El método debe ser mucho más severo, y para que el interés no se debilite, hace falta que el análisis psicológico se vuelva del todo apasionante.

Sea cual sea el origen del héroe, nada hay que decir, a no ser que es preciso que nos interese por él. El medio que usted conozca mejor será ciertamente el mejor descripto. Como siempre, el buen precepto es el nuestro: "Haz lo que gustes".

Muy cordialmente a usted y los suyos.

*Eliseo Reclus*

*A Henri Roorda van Eysinga*

Knocke-Sur-Mer (Flandes occidental)

23 de Julio de 1894

Mi querido amigo:

Habrá debido recibir una primera carta dirigida a Bardoulaz. Me apresuro a escribirle una segunda ya que se siente usted tan solo. Yo también estoy solo en este momento. Vivo en una pequeña habitación de hospedaje, en la pequeña villa marítima de Knocke, mientras que mi mujer se ha ido a hacer una visita familiar a Francia. La prudencia me aconseja permanecer aquí.

A la pregunta que me plantea, respondo prácticamente así: Cuando se tiene conciencia de su propia fuerza y de su propio valor, no se las emplea simplemente al azar y por bagatelas: se las utiliza para cumplir grandes cosas. La vida es un tablero sobre el que hay que saber colocar bien las fichas. De la sagacidad, de la audacia, de la potencia de cálculo, depende la victoria. Y luego, amigo mío, no debe olvidarse que cumplida ya su reivindicación personal, la obra capital no consiste en afirmarse, sino en persuadir, en procurarse nuevos camaradas, en cambiar poco a poco el mundo por una nueva moral, un nuevo estado social. Comprendo que un hombre asqueado de la vida vaya a provocar en una plaza pública rodeado de enemigos; pero usted no está cansado de la vida y no tiene derecho a estarlo, puesto que posee plenitud de fuerza, y sus camaradas tienen derecho a que usted emplee útilmente esa energía. Viva pues una vida que sea una enseñanza en todos sus minutos, y que cada una de sus palabras, cada uno de sus actos, ejerza su máximo de acción.

La joven que quiere pensar libremente "aun estando poco instruída", ¿sabe acaso el inglés? Hago esta pregunta porque las mejores obras aparecen en Inglaterra, si no me equivoco.

*A priori*, yo no comenzaría el conjunto de las lecturas por Taine y Guyau. Taine es un pesimista y su método, por detallado que sea, descuida siempre los detalles esenciales por la síntesis definitiva. Taine no está con nosotros y su influencia no puede servir a nuestra causa. En cuanto a Guyau, es demasiado fuerte, muy elevado, demasiado bello para que pueda uno iniciarse con la lectura de sus obras.

¿Qué piensa usted de las siguientes obras de historia natural, viajes e historia?: Brehm (*Thierleben*), o la edición francesa; Franklin, *Animales*; Espinas; Romanes; H. Fabre; Houzeau, *Estudio de la Naturaleza*; Vogt (*Thierstaaten*), etc. *Viajes*; Jacquemont, Humboldt, Darwin, Wallace, Bates, Monnier, Agassir. Historias: Grote, *Historia de Grecia*; Michelet, *Historia Romana, Edad Media*; Quinet, *Revoluciones de Italia*; Burckhardt, *Civilización en Italia*; Draper, *Historia del desarrollo intelectual*.

Muy cordialmente suyo

Eliseo Reclus

## *A Jean Grave*

Bruselas, 22, rue Villain-Quatorze, 6 de Octubre de 1894

Mi querido amigo:

En efecto, se ocupan de fundar en Bruselas una nueva Universidad, enteramente libre de ataduras con el Estado y los partidos políticos. La idea de esta nueva fundación nació al comienzo de este año, después de los conflictos de los cuales habrá sin duda oído hablar, y seis meses han bastado para proporcionarnos un muy hermoso local universitario, para organizar completamente las dos facultades de derecho y de filosofía, para preparar con tiempo las de ciencia y de medicina, para agrupar en fin unos sesenta profesores cuya mayoría aportan gratuitamente su colaboración.

Todo esto, naturalmente, nos infunde mucho valor. Sin embargo, no debería exagerarse su importancia, puesto que no se puede modificar el programa de los exámenes, el sistema de los diplomas, e individualmente, los estudiantes que asisten a los cursos son jóvenes que se saben privilegiados y a quienes los exámenes darán injustas ventajas en la lucha por la vida. Así, pues, no obstante el hermoso grito de guerra de la nueva Universidad: “¡Hagamos hombres!” ella también contribuirá en cierta medida a formar explotadores. Por lo que a mi respecta, cuento mucho más sobre otra parte de la enseñanza, representada por el Instituto de Altos Estudios y por los cursos de extensión universitaria que se dirigirán al gran público y en cuyo auditorio no se formarán ni bachilleres ni doctores. Quizás allí sí, la repercusión del pensamiento vaya de espíritu a espíritu, y, usted lo sabe, no nos guía otra inquietud que la de ser buenos y ayudar a nuestros hermanos a que lo sean.

Muy afectuosamente suyo.

*Eliseo Reclus*

*A la señora Dumesnil, en París*

Sin fecha, 1894

Amiga mía:

Ayer encontré, en la calle, a Verhaeren <sup>1</sup>, que pronto comenzará su curso, alternando con el de Elías; creo que será interesantísimo a juzgar por el resumen que acaba de ser publicado.

El Comité de Extensión de Tournai ha solicitado un curso a Elías: sería, según me dicen, un comité de doctrinarios; pero para renovarse, sin duda, han llamado a gentes avanzadas o revolucionarias.

Hay siempre disturbios en Landernau. El otro día los hubo también en la Liga de Enseñanza. Los doctrinarios en mayoría han procedido a la exclusión completa y definitiva de lo que todavía quedaba de elementos disparatados más o menos coloreados de rojo: los Héctor Denis y otros. Harán tanto, que toda educación se volverá forzosamente popular y burguesía significará "oscurantismo" sin frases.

Muchos otros incidentes ocurrieron que sólo tienen interés local, y que de lejos se pierden en vagos matices.

Muy cariñosamente,

.....

*Eliseo*

*A la señorita Clara Köttliz, <sup>2</sup> en Bruselas*

Bruselas, 12 de Abril de 1895

Encantadora y respetada señorita:

...Tratándose de libros, le diré, estimada señorita, que de poco vale estudiarlos para tener argumentos en la discusión. Eso no es sino la pequeña, la más insignificante faz del asunto. Lo que importa es ahondar profundamente, fortificar sus propias convicciones con sólidos estudios, crearse un

<sup>1</sup> Emilio Verhaeren, gran poeta belga.

<sup>2</sup> Señorita Clara Köttliz, como veremos más tarde, señora de Jacques Mesnil, entonces joven oyente de las Conferencias de Eliseo Reclus.



ideal muy completo, abrazando el conjunto de la vida y vi- viendo conforme a ese ideal en toda la medida de sus fuer- zas adaptadas a las posibilidades ambientes. Estudie, aprenda, y no hable usted jamás de cosas serias sino con personas que sean profundamente sinceras. Hay que poseer la suficiente altivez como para no prodigar en conversaciones superficia- les el tesoro de sus convicciones. Por lo demás, si usted observa a quienes discuten, sin participar en el debate, notará que la sinceridad perfecta es rara en ese género de torneo, y que, por lo común los interlocutores tratan de conducir al adver- sario hacia una cuestión secundaria, hacia alguna pequeña dificultad de detalle. Pueden así procurarse un triunfo apa- rente que nada significa, pero cuyo resultado es absoluta- mente contrario a la verdad. Hace falta entonces asegurar sus convicciones y vivir según su fé: de esta manera reali- zará la mejor de todas las propagandas.

Los jóvenes —y usted lo es, felizmente, teniendo por delan- te todo un largo porvenir de dicha y bondad—, los jóvenes se imaginan sin embargo que las cosas pueden cambiar rápida- mente por bruscas revoluciones. No, las transformaciones se cumplen con lentitud, y, por consiguiente, es preciso trabajar hacia ese fin con tanta más conciencia, paciencia y abnega- ción. En la prisa por una revolución inmediata, uno se ex- pone por reacción a desesperar, cuando constata el imperio de los prejuicios absurdos y la acción de las malas pasiones. Pero el libertario consciente no se desespera; ve el desarro- llo de las leyes históricas y los cambios graduales de la so- ciedad, y si no puede obrar sobre el conjunto del mundo más que de una manera infinitesimal, por lo menos puede obrar sobre sí mismo, trabajar para despojarse personalmente de todas las ideas preconcebidas o impuestas, y agrupar poco a poco en torno suyo a amigos que viven y obren de idéntico modo. Progresivamente, por pequeñas sociedades basadas en el amor y la inteligencia, se constituirá la gran sociedad fraternal.

Usted se ha detenido en la comprensión del ideal liberta- rio, por una cuestión escabrosa, la de la “familia”. Comprende tanto más su vacilación sabiendo que el libro que cayó en sus manos era realmente de naturaleza tal que tenía que ofenderla. El lenguaje grosero está siempre inspirado por

ideas groseras. Por otra parte, al tratar esos problemas, es preciso hacerlo siempre con el debido respeto a la delicadeza femenina, con un sentimiento que llamaría religioso, tanto cuidado hay que tener con el pudor humano. Es quizás por esa razón por la cual tan poco se ha escrito sobre el particular, ya que ello exige una pureza absoluta de lenguaje y de pensamiento. La cuestión, reducida a sus elementos esenciales, es la siguiente: la familia normal, espontánea, debe reposar únicamente sobre el afecto, sobre las afinidades libres: todo lo que en la familia proviene de la potencia de los prejuicios, de la intervención de las leyes o de los intereses de fortuna, debe desaparecer por ser esencialmente corruptor. En esto, como en toda otra cosa, la libertad y el impulso natural constituyen los elementos vitales.

Tiene usted la extrema amabilidad de pedirme un retrato mío. Cuando tenga un ejemplar de mi "vieja barba" me sentiré orgulloso de saber que me hará el honor de aceptarla.

Su viejo y respetuoso amigo.

*Eliseo Reclus*

*A la señora Eliseo Reclus*

Edimburgo, 16 de Agosto de 1895

Mi querida esposa:

Dentro de unos minutos debo pronunciar mi segunda conferencia. Pronuncié la primera ante un público simpático, compuesto de gentes que me parecen saber realmente el francés. Mi cuarta conferencia deberé darla en inglés, ante un público compuesto en su mayoría por obreros anarquistas. Será la experiencia más difícil de mi campaña.

La organización de la Sociedad Universitaria fundada por Geddes es digna del mayor interés. No te la describo. Sería muy largo, pero recojo todos los datos necesarios a fin de que Elías pueda hacer un artículo detallado sobre el particular. En todo caso, la parte de Edimburgo que habitamos está singularmente transformada desde el punto de vista material.

Un abad llegado de Francia, de la Universidad Libre de París, es mi compañía ordinaria. Desearía incorporarse al anarquismo, pero no se atreve.

He aquí mis proyectos, para que puedas escribirme. Aquí hasta el jueves 22, día de mi última conferencia en Edimburgo; viernes 23, en Glasgow; donde debo realizar mi quinta conferencia; domingo 25 en Londres, y partida para Bélgica el 26 ó 27.

Muy cordialmente a todos.

*Eliseo*

*Al señor Georges Renard*

27 - XII - 95

Señor:

He recibido hace ya varios días su folleto —*Socialismo libertario y Anarquía*— en el que reconozco desde luego el lenguaje cortés y moderado.

Muchas de sus críticas me parecen justas; sin embargo probablemente se extrañaría usted si sus argumentos me hubiesen convencido de golpe de mi error. En primer término constato que, por su nombre mismo, el anarco-comunista, o si así se desea, el anarco-socialista, o bien el anarco-colectivista, como dicen nuestros hermanos los españoles, considera en el hombre un ser social no menos que un individuo. Los únicos anarquistas que no pueden decir lo mismo son los anarco-individualistas que expresan: “Yo solo y ya es bastante”. Usted sabe bien lo raros que son y que no hay entre ellos otra semejanza que la del nombre.

Constato además, al estudiar la vida, escrutando el funcionamiento natural de todos nuestros grupos libertarios, que en nuestras organizaciones espontáneas, practicamos muy bien la coordinación de fuerzas. Y, más aún, esa coordinación de fuerzas, lejos de darnos la impresión de que hemos disminuído nuestra libertad nos produce la exaltación jovial de haberla centuplicado: nos sentimos convertidos en una individualidad superior poseyendo una fuerza colectiva infinitamente más fuerte de lo que podría ser nuestra pequeña fuerza personal infinitesimal. Me siento identificado con el timonel del navío, con el chauffeur, con el mecánico, con el sondador, con aquel que, por medio de los mapas, conoce el canal, con los marinos que lo sondaron, con los constructores de navíos y los géometras que han logrado hacer po-

sible la obra. Si alguien de alma tosca, busca con sus amenazas turbar el orden maravilloso de una agrupación libre, me siento profundamente rebelde, ya que ese orden, esa amenaza disminuyen mi libertad que se había tan amplia y noblemente dilatado en mí, en la alegría de la obra común.

En una palabra, la organización resulta defectuosa, regresiva, siempre y cuando en proporción de las presunciones individuales y de las violencias autoritarias que encierre; resulta en cambio plena de bondad y belleza en proporción del libre acuerdo que la anima.

Pero no insisto más. Tendría muy poca gracia continuar la discusión, puesto que usted “quiere prever un tiempo en que la moralidad será lo bastante elevada y suficientemente fuerte como para que la ley deje de ser necesaria como medio de imponer el respeto del derecho igual al prójimo”. Y bien, creo poder decir con toda modestia que ya me siento vivir en esa era nueva y que toda ley amenazante es para mí un insulto. He leído con horror sobre tal muro en tal parque de la “libre” Helvecia: “¡Seis francos de multa; la mitad para el delator!”

Ruégole recibir, señor, mis mejores saludos.

*Eliseo Reclus*

*Al señor Félix<sup>1</sup> profesor de la Universidad Nueva de Bruselas*

Febrero 1896

Señor:

Respondo algo tardíamente a su carta del 8 del corriente. Motivan esta demora las tareas a. veces excesivas que tengo que cumplir.

Es difícil llegar a una franca comprensión de las cosas en tanto se siga con generalidades: es sobre todo en la práctica donde se comprueban las diferencias. Para mí, veo un abismo entre las dos sociedades: por mínimas que sean, embrionarias, si así lo desea —una está constituida libremente entre hombres de buena voluntad, que discuten sus intereses comunes, mientras que la otra admite la existencia de amos inamovibles o

<sup>1</sup> Doctor Jules Félix, médico que curó con gran abnegación a los hermanos Elías y Eliseo Reclus.

temporarios a los cuales es necesario obedecer. En el primer caso hay realmente organización, agrupamiento espontáneo, atractivo y constantemente móvil, siguiendo los cambios de los individuos y de las cosas. En el segundo caso, no hay sino yuxtaposición forzosa, combatida por continuas tentativas de dislocación de las partes. La primera sociedad, la que puede disolverse cuando le convenga, es precisamente la que, por el hecho mismo de su libertad, permanece centrípeta; y la otra, obligada a la cohesión por sus reglamentos, se compone de elementos centrífugos.

“Las instituciones que no tienen su origen en el acuerdo de los ciudadanos” no pueden garantizar la libertad, ya que no pueden tener más origen que la voluntad envilecedora de un amo y la baja inteligencia de los individuos.

Pero podríamos discutir largo tiempo así. Basémonos en nuestros estudios con toda sinceridad, y trabajemos cada uno en la obra que nos parece buena y provechosa para todos.

Le saluda cordialmente.

*Eliseo Reclus*

*A un redactor de “La Vie Naturelle”*

(Publicada en el número de Diciembre de 1911)

Ixelles, Bélgica, 6 de Febrero de 1897

Mi querido camarada:

En toda cosa debe obrarse conforme al instinto, cuando se está aún en el período del instinto, y al razonamiento cuando se ha reflexionado sobre los problemas sociales. Cree usted su deber simplificar su vida: está bien. Ensaye hacerlo en la medida de lo posible, y por mi parte he pasado con frecuencia las noches en los bosques y en las playas; muchas veces me he contentado con pan y agua, y si la moral oficial no me hiciese temer la prisión, no me sentiría de ningún modo horrorizado de vivir en completa desnudez. Es usted quien debe saber hasta dónde le conviene seguir por tal camino. Pero, por lo demás, podrá convenir a la mayoría de entre nosotros desarrollar indefinidamente la potencia del hombre por medio de las máquinas, y aumentar así en proporción siempre creciente los recursos que posee la humanidad.

Aunque recurra usted al catastro, es muy poco suponer que una hectárea o hectárea y media, basten al hombre primitivo, cazador, criador de ganado, o a un agricultor; tan pequeña extensión de terreno no basta sino a condición de completarse con el maquinismo, arado, rastrillo, segadora, trillo, locomotora para el transporte, barco en caso de penuria local, etcétera. ¿Debemos privarnos de esas conquistas del hombre y volver a las incertidumbres de antaño, ahora que cientos, miles de hectáreas de donde ha huído toda caza, no bastarían más que a una sola familia de pieles rojas? No agrego más que una frase: me habla usted de “anarquistas un poco desengañados”. Debo decirle, querido camarada, que no comprendo ese estado de espíritu. El anarquista no puede, bajo ningún precio y en ninguna circunstancia, creer en la virtud de la autoridad o en la utilidad de la injusticia; no puede escapar a la lógica de sus ideas, sean cuales fueran por otra parte sus posibilidades de realización, siguiendo la antigua frase: “Nada puede prevalecer contra la verdad”.

Muy cordialmente suyo

*Eliseo Reclus*

*A Nadar, en Marsella*

Menton, 23 de Marzo de 1897

Amigo mío:

Ayer, por la noche, pasé cerca de ti y no fuí a estrechar tu mano. Sabes el porqué, amigo mío, y sin embargo me pregunto si ese porqué es posible. Parece tan natural que los viejos se vayan y que los jóvenes queden. ¡Ya tantos otros se han ido antes que yo, y que debieron haber esperado!

Tengo delante de mis ojos el querido retrato de mi hija bienamada, pero mi hija, ella misma, ya no está más aquí. O más bien, su cuerpo está aquí por algunas horas, pero no me atrevo más a mirarla por temor de que la muerte haya descompuesto sus rasgos.

Amigo mío, estrecho tu mano y pienso en todos aquellos a quienes amo y venero. No forman legión. ¡Que pueda su número agrandarse!

Tuyo, afectuosamente

*Eliseo*

Mi estimado camarada:

Referente a M. no tengo sino algo que decir, y es que la frase de Anacharsis es siempre cierta y que en lugar de dirigirse a Francia, pudo dirigirse a todos los hombres: “¡Guárdate de los Individuos!”. Siendo M. un hombre instruído, un hombre que ha escrito, que ha sufrido por la causa, se da más importancia a sus palabras que a las de otro compañero recién llegado, y sin embargo, por el hecho mismo de su notoriedad, de su situación conocida, de las atenciones de que es objeto, está obligado a dar opiniones menos seguras que las de los compañeros desconocidos. Diré otro tanto de la opinión de X. y de la mía propia. Por lo mismo que los acontecimientos nos han colocado algo al margen de la masa, se otorga injustamente a lo que decimos un valor especial, y ésto me parece una sinrazón. Haber estudiado más que los otros no es en sí una razón especial.

Pero, para volver a la cuestión del voto, diré de este acto lo que digo de todos los otros, que es indiferente en sí y que debe ser estudiado en sus móviles y sus relaciones con las circunstancias y los hombres. En tal o cual circunstancia, la conciencia de éste o de aquél, entre los anarquistas, puede justificarla, aún aprobarla; pero yo no creo que esas circunstancias especiales puedan presentarse con frecuencia. Lo que es verdad, es que en todas las elecciones en que me ha sido dado asistir, he visto que los electores se apasionan de un modo equivocado, he visto que los electos se corrompen fácilmente por el privilegio que se les confiere, por las mil amabilidades del mal que pronto les rodeará. He visto además que el hombre se inclina desgraciadamente a reemplazar la realidad por las figuras: un candidato lo aleja del pensamiento; una bandera le parece ser una voluntad, un acto mismo. Y no obstante no es más que una ilusión pura que desvía siempre de la acción. Sí, repito a conciencia esta frase que usted ha citado: “Votar es envilecerse”.

Muy cordialmente,

*Eliseo Reclus*

<sup>1</sup> Sabio botánico, traductor al holandés de varias obras de Elías y de Eliseo Reclus y miembro correspondiente de la “Société Nouvelle”.

Mi querido amigo:

...Volvamos de nuevo a la idea madre de la educación: en la vida del primitivo en que el reposo completo sucede al trabajo intenso, absorbente, de la caza o de toda otra labor encarnizada, el niño no puede aprender sino por imitación o por iniciativa personal: está enteramente librado a sí mismo. La educación no existe todavía.

Pero con el ocio o la comodidad, la educación comienza. Aquel que sabe, enseña al que no sabe todo lo que conoce, para observar bien, comprender bien y obrar bien. El educador, aquel que extrae del niño la comprensión de las cosas y la potencia de voluntad, no puede evidentemente, a menos que no tenga ya la imbecilidad de nuestros maestros de escuela, obrar al margen de la voluntad del niño, pero es a su vez libre, y normalmente las dos iniciativas deben ayudarse mutuamente. El niño quiere saber, el educador quiere enseñar, es decir, mostrar al niño que, sabiendo ya de una manera inconsciente, sólo le falta darse cuenta de las cosas para saber conscientemente.

Por lo demás, el método en el trabajo es de capital importancia. No le auguraría nada bueno a los estudios hechos de manera caprichosa, así como también considero perdida de antemano una instrucción demasiado ambulante, que anda siempre de San Petersburgo a Lausanna y de Lausanna a París. El profesor debe preocuparse, interesarse por un trabajo metódico entre los niños, teniendo en todo instante el espíritu suficientemente libre, bien alerta, para abordar todas las preguntas que originen las circunstancias. No debe por eso sujetarse a reglas, y sí trazarse solamente una línea de conducta, en continua adaptación a los miles de fenómenos de la vida circundante.

Y si el niño no tiene entusiasmo para el estudio, es porque el profesor no tiene entusiasmo por la educación.

Muy afectuosamente

*Eliseo Reclus*



*A Henry Van de Velde*

Bruselas, 23 de Abril de 1898

Mi estimado amigo:

Acabo de leer su noble folleto sobre William Morris y debo decirle cuánto me ha interesado. Si tiene usted un gran número de ejemplares, no se olvide de hacerlos llegar a todas las sociedades obreras de lengua francesa y a todas las bibliotecas públicas importantes.

Una de sus apreciaciones me parece que excede un poco la medida. Dar un papel "único" a Morris, ¿no es acaso demasiado? Entre los florentinos y otros republicanos de las grandes épocas de fervor artístico y revolucionario, entre los hugonotes que murieron en la hoguera, menos como hugonotes que como libres pensadores y rebeldes, entre los obreros del medioevo, ¿no hemos tenido muchos Morris, cuya poesía ha permanecido ignorada para nosotros, pero que no por eso ha sido menos real?

A propósito de ésto, debo decirle cuánto me ha alegrado su protesta contra la repetición absurda que atribuye el arte ojival a la fe. Hay una absoluta contradicción entre el hombre que se abandona y el artista que vuelve a hallarse y que se exalta jubilosamente. La Reforma, es decir, el retorno estricto hacia la fe, produjo la destrucción del arte. Las catedrales son bellas porque los arquitectos, obreros y pintores habían huído del dogma abominable, hacia el goce de la belleza.

Muy afectuosamente, suyo

*Eliseo Reclus*

*A Pedro Kropotkin*

7 de Diciembre de 1899

Muy querido amigo:

Recibí tu libro<sup>1</sup> del que me cuidaré muy bien de separar los dos retratos que han de serme siempre tan preciosos como el libro mismo.

<sup>1</sup> *Memoirs of a Revolutionist*, (Memorias de un Revolucionario), Londres, 1899; en francés, *Autour d'une vie* (En torno a una vida), París, Stock, 1902.

Recibí también el manuscrito de tu Prefacio<sup>1</sup>, del que haré comenzar la impresión por nuestro Instituto, tan pronto me hayas enviado los artículos, de los que falta traducir los resúmenes para completar el prefacio. Una vez que el trabajo esté dispuesto, deseo que sea activado muy vivamente. Desde hoy voy a ocuparme para que nada pueda entorpecerlo después de “puesto todo en marcha”.

Una carta de Pablo me dice que en Edimburgo el espíritu no es tan malo como el que te parece hallar en estos momentos en Londres<sup>2</sup>. Según él, nadie se atreve por allá a justificar la guerra, pero nadie se atreve tampoco a acusar a los autores. ¡Flojedad universal! ¿Y si allí están ustedes, dónde estamos todos nosotros, europeos y chinos?

Pero aun quedan hombres, nuevos Ajax sobre las rocas, dominando las olas y desafiando a los dioses.

Muy afectuosamente, tu amigo

*Eliseo*

*A Jean Grave*

Bruselas, 25 de Diciembre de 1899

Querido amigo:

Debí remitirle el extracto de *Freiheit*, que aquí incluyo.

Recientemente insertó usted un artículo que se refería a la lucha contra el clericalismo, contra el cristianismo, como de importancia secundaria en la gran batalla económica. ¿No hay en ello un error de juicio? Históricamente, el terror de lo Desconocido, origen de la Religión, me parece haber precedido al régimen de la propiedad privada. Si tanto le cuesta al hombre rebelarse contra la injusticia, es que se siente siempre dominado por el misterio.

Muy cordialmente,

*Eliseo Reclus*

<sup>1</sup> *Orografía de la Siberia.*

<sup>2</sup> Con motivo de la guerra del Transvaal.

27, rue du Lac, Bruselas, 31 de Marzo de 1900

Mi querido amigo:

He sabido que su padre estuvo un poco enfermo. Esta es la razón que me determina a escribirle, pues deseo vivamente me tenga usted al corriente de la salud de ambos.

Aprovechando la ocasión debo hablarle de mí. Me dice usted haber leído en los diarios ingleses un resumen de lo que he dicho en Amberes en una conferencia. He tenido luego ocasión de leer uno de esos resúmenes, y en él me endilgan un lenguaje tan cortante, aserciones tan violentas, que me veo obligado a justificarme ante usted. En realidad me limité a tratar la cuestión desde un punto de vista estrictamente histórico, llamando preferentemente la atención sobre el hecho de que es probablemente en Inglaterra donde hay más seres humanos sinceros, concienzudos, probos y abnegados. Y es con ellos con quienes continúo, con toda la fuerza de mi mejor deseo, el buen combate contra toda injusticia, sea cual sea la hermosa leyenda con que se la decore: "Patria, fraternidad, justicia" son palabras; sólo resta saber cómo son las cosas.

Debo arreglar una antigua cuenta con usted. Hace un tiempo me describió diciéndome que estaba absolutamente en oposición con el empleo de la fuerza, y que, por consiguiente, estaba en desacuerdo conmigo, puesto que por mi parte, lejos de ser "tolstoiano", creo en el uso eventual de la fuerza. Vea usted en qué medida, amigo mío: en defensa del débil. Cuando veo que se tortura a un gato, que se castiga a un niño, que se maltrata a una mujer, y me siento bastante fuerte para impedirlo, trato siempre de impedirlo; me debo a todos los débiles a fin de que en adelante sean respetados. Pero, usted me objetará: *If force is to be admitted as a means of abolishing force, who is to decide when it is to be used?*<sup>1</sup> —¿Quién?— Yo, evidentemente, puesto que soy un ser consciente y razonable. Es a mí, en mi conducta, a quien corresponde saber ahora exactamente dónde se detiene la defensa desde el punto de vista de la solidaridad humana y dónde comienza la

<sup>1</sup> Si se admite la fuerza como medio de suprimir la fuerza, ¿quién decidirá su empleo?

venganza. Es aquí donde debo detenerme. Es allí donde comenzaría la reacción. Pero ser el más fuerte y servirse de su fuerza para que por ella hable el amor, tal es la conducta normal del libertario. Cuando Ardjouna, después de haber vencido a su enemigo, le dice que se levante, con estas palabras: "Vé y haz el bien" siento que él también realiza el bien, y deseo imitarlo.

De todo corazón, suyo

*Eliseo Reclus*

*A Arcángelo Ghisleri y Pirro Maggi*<sup>1</sup>

Bruselas, 25-V-1900

Me hacen ustedes el gran honor de ocuparse de mí en el opúsculo intitulado *Un geógrafo contemporáneo* y han agregado por voluntad propia una dedicatoria de aniversario en ocasión de mis setenta años de edad.

Formulan votos por mi buena salud, pero precisamente ha ocurrido que un malestar al corazón me ha forzado, sino a abandonar, por lo menos a tocar apenas mi trabajo: por orden del médico la correspondencia se ha acumulado y asimismo no me ha sido entregada toda. No soy entonces quizás tan culpable como podría parecerlo ante ustedes. Les ruego me excusen: me asocio con todo mi corazón a ustedes en la búsqueda de los hechos geográficos y de las leyes históricas que van sucediéndose.

Me inquieta sobre todo lo que ustedes dicen citando a Giuseppe Ferrari<sup>2</sup> que no es un "olvidado", lejos de ello. A mi juicio, Ferrari es, por el contrario, uno de los hombres que están en el pensamiento de quienes han tenido la dicha de leerlo todo o en parte: nadie ha tenido mayor amplitud en la comprensión de la historia. Cuando recuerda a G. B. Vico, hubiera debido pensar también y sobre todo en él mismo, al decir que un genio, sin pueblo que lo comprenda, no es más que una fuerza sin finalidad; pero el pueblo se compone

<sup>1</sup> Arcángel Ghisleri, secretario general de la Asociación Nacional Italiana de las Sociedades de Libre Pensamiento.

<sup>2</sup> Giuseppe Ferrari, filósofo y demócrata-federalista italiano, amigo de Proudhon, muerto en 1879, autor de *La Muerte de G. B. Vico* (1837) y de la *Historia de las Revoluciones en Italia* (1838), etcétera.

tanto de los que se suceden en el tiempo como de los hombres que se yuxtaponen en el espacio. Ferrari tendrá su pueblo un día, y su fuerza logrará su finalidad. Nada de lo que hacemos se pierde, aunque a veces el silencio de la muerte pareciera cernirse sobre lo que ha de vivir.

Les agradezco efusivamente sus estímulos. Al trabajar esta noche pensaré en ustedes. Serán ustedes quienes me habrán dado ánimos para pensar y escribir. Al mismo tiempo recordaré esa querida ciudad de Lugano, en donde he tenido tan nobles amigos y donde he contemplado la naturaleza en su divina belleza.

Les ruego acepten la expresión de mis mejores sentimientos.

*Eliseo Reclus*

*A Pablo Régner*

7 de Julio de 1900

Mi excelente hijo y amigo:

...Sí, creo firmemente que los jóvenes hacen bien en esperar y conseguir por el trabajo y el estudio el derecho a ser felices juntos. Pero es bueno que esa resolución parta de ellos, puesto que su honor mismo les obliga a que se merezcan mutuamente por su labor: que comiencen por construir su nido.

Tu descripción de Tarzout me vuelve deseoso de ir a verte. Tarzout es el único sitio del mundo en donde me hallo "como en mi casa", y ese "estar como en mi casa" me lo imagino creciendo siempre en encanto y en belleza. Pero estoy muy pobre. La Sociedad<sup>1</sup> en la cual me he dejado arrastrar tan tontamente, con la doble esperanza de poder dar una gran ocupación a los amigos y realizar hermosos trabajos, me ocasiona fuertes deudas, así como también molestias enojosas de entrevistas frecuentes con gentes de ley y finanzas. Es preciso, antes que nada, que salga del paso y esto durará mucho. Ade-

<sup>1</sup> La "Sociedad de Mapas y Trabajos Geográficos Eliseo Reclus" se había comprometido sólo personalmente, de manera que, cuando había sido fundada en Bruselas por un grupo de financistas. Eliseo debió efectuarse la liquidación, fué también casi el único que debió reembolsar las sumas gastadas y saldar los trabajos en curso.

más, debo ocuparme de mi Escuela de Geografía que marcha bien. Pero nos veremos y he de procurar visitar Tarzout.

Muy afectuosamente,

*Eliseo Reclus*

*A Pablo Régnier*

21 de Julio de 1900

Mi querido hijo y amigo:

Encuentro muy bien, muy hermoso y razonable que X. se oriente hacia los trabajos agrícolas. La literatura, la charlatanería, no son oficios. Hace falta, para escribir, hablar de algo; se debe pues comenzar por saber, y para saber es indispensable observar, experimentar, obrar. En cuanto a los periodistas, a los políticos y a otras gentes que, por el hecho de estar descentrados o por sus pretensiones se ponen a discutir sobre todas las cosas, esos individuos, comenzando por los más famosos, constituyen la plaga por excelencia, la calamidad de las calamidades, puesto que, por millares, los mejor dotados y los más ansiosos se lanzan detrás de ellos; a veces se diría que el mundo pertenece a los charlatanes. Me siento pues muy feliz al saber que X. busca la tierra: al menos cuando hable, hablará de la gran diosa Isis, después de haber descorrido el velo.

...Sí, mi excelente y muy querido hijo y amigo, estoy siempre en Tarzout, aun cuando no lo esté. Aunque me halle ausente, cuéntame siempre entre los presentes. Mi lugar está allí.

Muy afectuosamente.

*Eliseo*

*A Pedro Kropotkin*

Bruselas, 8 de Enero de 1901

Amigo mío:

He dado mi visto bueno al segundo paquete de pruebas, hasta la página 36 (de la *Orografía de la Siberia*, ya citado en carta anterior de Reclus). Marchando tan lentamente como lo hacemos, no podemos esperar terminarlo antes de este año. Si somos lentos, logremos por lo menos nuestra satisfacción común.

Tu croquis de las tres depresiones es sumamente interesante: no omitiremos agregarlo al final del volumen y tus observaciones serán insertadas en el texto. Por una carta de Pablo veo que me propones entenderme con Penck para dibujar y grabar entre los dos tu mapa de Asia y disminuir así los gastos. En teoría no dejas de tener razón, pero en la práctica dudo que ello sea posible, pues ya tuve ocasión de dirigirles varias comunicaciones a Penck, sin ninguna respuesta. No estoy pues en nada apremiado para complicar la situación, con miras a realizar economías que serán imposibles.

En cuanto al matrimonio, a las relaciones del hombre y de la mujer, a las formas y al régimen de la familia, me preocupa menos vivamente el fenómeno de las semejanzas que el de las desemejanzas. En el hombre hay diversidad de orígenes y diversidad de medios: hay también diversidad de matrimonios. Más allá de los primitivos, entre los animales, nuestros verdaderos antepasados, observo las formas más diversas de unión; entre los primitivos, de quienes nos hablan la historia y la prehistoria, así como entre nuestros hermanos actuales de los países bárbaros, también compruebo divergencias que van hasta la oposición absoluta, y por lo demás, a mi juicio, debe ser también así: ya que hay dos hechos originarios, diametralmente opuestos:

1º La fuerza brutal del hombre en celo: origen del patriarcado.

2º El apego natural del niño a la madre que lo amamanta: origen del matriarcado.

El conflicto de esas dos fuerzas componentes nos dará las resultantes más desiguales, según los lugares y las evoluciones. Tal como nos dice Mahâ Bhârata, tendremos siete formas de matrimonio, absolutamente diferentes, teniendo por igual su razón de ser, y siendo igualmente agradables a los dioses.

El matriarcado puro de Bachofen y de Giraud-Teulon es una máquina de civilización muy sabia, que ha debido ciertamente existir, pero que yo creo debió haber sido muy rara, de la que no se distinguen aquí y allá más que indicios y huellas. Entre las tribus inferiores, la promiscuidad sin regla o la promiscuidad regulada, según los días y los individuos, es un hecho mucho más frecuente.

Aún allí mismo donde el matriarcado prevalece en principio, puede muy bien acontecer que el patriarcado sea quien en realidad triunfe. Cito como ejemplo nuestro Bearn, donde teóricamente la “hija de la casa” es jefecilla y soberana, pero donde es el marido quien ejerce el mando y come sólo los platos que le trae su mujer.

En las sociedades en que predominaba la cosecha, en las cuales la mujer se dedicaba a una agricultura rudimentaria, cuidando a los niños cerca de ella, mientras los hombres ya formados se entregaban a la carnicería, me parecen que han sido las sociedades donde el matriarcado tuvo más posibilidades de desarrollarse. Entre las sociedades de pastores, por el contrario, triunfó el patriarcado: el hombre, con su brazo armado de un palo, estaba siempre allí, y los hijos lo seguían, vagabundeando con él alrededor del ganado.

.....

Muy afectuosamente,

*Eliseo*

*A la Redacción de la “Huelga General”, en Barcelona*

Bruselas, 4 de Diciembre de 1901

Queridos camaradas:

Tenemos en general la costumbre de exagerar tanto nuestra fuerza como nuestra debilidad; así, durante las épocas revolucionarias, nos parece que el más mínimo de nuestros actos debe tener consecuencias “incalculables” y en desquite, en ciertos momentos de marasmo, toda nuestra vida, aunque consagrada enteramente al trabajo, nos parece infecunda e inútil, y nos creemos asimismo empujados por un viento de reacción.

¿Qué debemos hacer entonces para mantenernos en estado de vigor intelectual, de actividad moral y de fe en el buen combate?

Os dirigís a mí porque contáis sobre mi experiencia de los hombres y de las cosas. Y bien, en mi calidad de anciano, me dirijo a los jóvenes para decirles:

Nada de querellas ni de personalismos. Escuchad los argumentos contrarios después de haber expuesto los vuestros; sabed callar y reflexionar; no procuréis tener razón en detrimento de vuestra sinceridad.



Estudiad con discernimiento y perseverancia. El entusiasmo y la abnegación, aún hasta la muerte, no son el único medio de servir a la causa. Es fácil dar la vida; no es siempre fácil conducirnos de modo que nuestra vida sirva de enseñanza. El revolucionario consciente no es solamente un hombre de sentimiento, es también un hombre de razón, cuyos totales esfuerzos en procura de mayor justicia y de solidaridad se apoyan sobre conocimientos exactos y sintéticos de historia, de sociología, de biología; que puede, por así decir, incorporar sus ideas personales en el conjunto genérico de las ciencias humanas, y afrontar la lucha, sostenido por la inmensa fuerza que agotará en sus conocimientos.

Evitad las especializaciones; no pertenezcáis ni a las patrias, ni a los partidos, no seáis ni rusos, ni polacos, ni eslavos; sed hombres ávidos de verdad, despojados de todo pensamiento de interés, de toda idea de especulación frente a los chinos, africanos o europeos: el patriota llega a detestar al extranjero, a perder el sentimiento de justicia que encendía su primer entusiasmo.

Ni patrón, ni jefe, ni apóstol cuyo lenguaje sea considerado como palabra del Evangelio; huid de los ídolos y no busquéis más que únicamente la verdad de los discursos del amigo más querido, del profesor más sabio. Si habiéndolo oído, conserváis alguna duda, buscad en vuestra conciencia y recomenzad el examen para juzgar en última instancia.

Rehusad pues toda autoridad, pero ceñiros al respeto profundo de una convicción sincera: vivid la propia vida, pero reconoced a cada uno la entera libertad de vivir la suya.

Si os lanzáis a la lucha para sacrificaros en defensa de los humillados y los ofendidos, en buena hora, compañeros, afrontad noblemente la muerte. Si preferís la lenta y paciente labor ansiando un mejor porvenir, mejor aún, convertíos en el objeto de cada uno de los instantes de una vida generosa. Pero si escogéis permanecer pobres entre los pobres, en completa solidaridad con los que sufren ¡que vuestra existencia se irradie en claridad bienhechora, en ejemplo perfecto, en fecunda enseñanza!

Salud, camaradas

*Eliseo Reclus*

*A la señora Clara Mesnil, en Florencia*

Bruselas, 21 de Diciembre de 1901

Mi querida amiga:

Me he sentido muy conmovido por su amable carta invitándome. En verdad me sentiría muy dichoso de hallarme cerca de usted, en esa atmósfera pura de amistad, de estudio, de libertad, de belleza, y sé también cuanto ganaría en fuerza y alegría ; pero no puedo prever que jamás esa oportunidad se me presente. Mi vida está dispuesta de tal suerte —quizás un poco por culpa mía—, que tengo el deber moral de quedarme durante casi todo el año con mis colaboradores del Instituto Geográfico y no puedo ni siquiera disponer de mis vacaciones de otro modo que para hacer investigaciones en París, Londres o Berlín. Si me hallara libre, realmente libre durante algunas semanas, las aprovecharía de inmediato para ir al lado de mi hija Magali, en Algeria, a un sitio que me es también muy querido y en donde la vida me resultaría infinitamente grata, a la sombra, bordada con lentejuelas luminosas, de los grandes olivares, y con vistas al mar que despliega sus husos blancos sobre las piedras de la orilla. ¡Pero la esperanza de ver ese querido Tarzout, huye delante mío!

No la entretendré acerca de nuestra existencia en Bruselas. Conoce usted las impresiones y los incidentes sin que tenga que contarlos. En cuanto a mí, me siento feliz en todas partes donde tenga amigos y trabajo. Mi hermana y mis hijas me ayudan a endulzar mi vida, y me siento así profundamente conmovido.

Gracias una vez más, muy querida amiga, por su carta afectuosa. Abrazo a usted, así como a su querido Santiago y a su valiente Lorenzo.

*Eliseo Reclus*

*A la señora Régnier*

19 de Julio de 1902

Mi muy querida y muy excelente hija Magali:

Me he sentido muy feliz al volver a ver tu querida escritura, que nos faltaba desde hacía largo tiempo, pero que volveremos a ver con frecuencia, así lo espero, cuando nues-

tra querida Jeannette no estará más allí para darnos noticias tuyas.

Me preguntas acerca de mi salud. Puedes tranquilizarte, querida hija. Evidentemente la buena estación de estío me conviene. Si tomo las precauciones necesarias para ritmar y moderar los movimientos, todo va bien. Adquiero poco a poco la costumbre de amoldarme a mi estado, y, gracias a esta prudencia que se ha vuelto natural en mí, paso días enteros sin sufrimiento alguno; podría imaginarme que estoy todavía joven y válido. Por lo demás, tengo el aspecto de un hombre sano.

Me hablas de reposo. Te aseguro que en nada lo deseo. El trabajo me agrada muchísimo, y, como no abuso, me sentiría desolado si tuviera que interrumpirlo. Por otra parte, mis ocupaciones son variadas y en unas descanso de las otras: por la tarde estoy siempre dos o tres horas en mi Instituto Geográfico donde debo charlar con éste y aquel, y en fin, cruzarme de brazos; luego están los paseos obligados, y por la noche generalmente me abstengo de leer o escribir, por temor de fatigar mi vista.

Mis asuntos de finanzas son menos embarazosos que hace dos años. Casi he concluído de pagar las grandes deudas y al mismo tiempo he podido reanudar la continuación del trabajo cartográfico. Los resultados obtenidos son buenos y tenemos motivos para esperar que se nos adelantará pronto el dinero necesario para operar en grande. No pasaré ya más noches de inquietud, desvelado, y duermo a mi gusto. Ves, entonces, como puedes estar tranquila a este respecto.

.....

Esperamos dentro de algunos días a Pablo que llega de Escocia, a quien tengo necesidad de consultar acerca de la preparación de mis mapas. Su padre está siempre robusto, pero su madre tiene, en cambio, que cuidarse mucho.

Te abrazo muy afectuosamente, querida hija mayor, así como también a Pablo y a los niños, y mi pensamiento se traslada hacia todo ese Tarzout tan querido.

Muy cariñosamente, tu padre,

*Eliseo*

Bruselas, 27 de Septiembre de 1902

Muy querido y valiente camarada:

¡Eso sí que está bien! ¡Dar fin al largo silencio! Hablarme de ti, de ella, de todos vosotros, pedirme noticias, departir místicamente el pan de la amistad, decirme que nos aprecias. Veo bien que tengo razón para ser optimista. Una sonrisa, una mirada, un gesto de afecto, valen más para mí y pesan mucho más que todas las miserias de este bajo mundo. Los odios son negativos y no cuentan para nada. El amor es positivo: ¡únicamente él se muestra triunfante en el inmenso universo!

Comencemos la serie de noticias hablando de mi hermano Elías, el bueno y dulce filósofo. Está siempre cerca de nosotros —39, calle Víctor Greyson, Ixelles— y continúa sus anotaciones y clasificaciones, redacciones y correcciones. Pero su mujer está realmente vieja, fatigada, muy sorda y melancólica, observando la naturaleza y los hombres a través de un velo. Pablo, su hijo, ha venido desde Escocia recientemente para verlos, y ha pasado casi un mes cerca de ellos. Es siempre el héroe triunfante de inteligencia y de claridad serena, de vida buena y generosa. Si mis asuntos, que sabes están en mal estado, se restablecen pronto, lo que así espero, cuento con llamar a Pablo a mi lado para que me ayude, me haga superarme, se convierta en lo mejor de mi mismo y en el amplio continuador de mi obra.

Por lo tanto pues “si mis asuntos se restablecen”, hallaré el medio, sin receta del médico, de ir hasta la rubia Marsella a estrechar la mano amiga que se extiende hacia mí. Ves entonces con qué inmenso interés espero reconstituir mi pequeña sociedad de manera normal. Tendré mi recompensa al fin, gozar de tu hospitalidad.

Te abrazo cariñosamente y saludo a todos los miembros de tu querido hogar.

Tu amigo,

*Eliseo*

A Richard Heath

26, rue Villain Quatorze, Bruselas, 12 de Noviembre de 1902

Mi estimadísimo y respetado camarada:

He esperado la carta de M. Monod que usted me ha anunciado; pero no me ha escrito. Por otra parte, ya sé cual es la obra emprendida por él y sus amigos puesto que recibo *l'Avant Garde* de su amigo Roth y *l'Ere Nouvelle* de Armando y María Kugel. En verdad aprecio mucho su celo, su espíritu solidario, su valentía y la admirable sinceridad de su lenguaje, y ya sabe usted por las numerosas discusiones que hemos tenido, cuál es el único punto que nos separa. Le reprocho el dar un cuerpo sin realidad histórica a nuestro bello ideal; no ha tenido jamás vida, a nosotros nos corresponde hacerlo vivir. El estado de armonía no se halla detrás nuestro; es la obra del porvenir que suscitaremos con nuestro amor, nuestra perseverancia, nuestra abnegación.

A este respecto, he tenido recientemente la dicha de ver en Holanda, el país de origen de su madre, un comienzo de vida armónica que me ha conmovido tiernamente. Pude enterarme por medio de mi sobrino de Peebles que habiendo pasado un mes de vacaciones con su mujer y sus hijos, en las landas de Blaricum, cerca de Amsterdam, tuvo ocasión de ir a visitar las colonias del lugar, y por contragolpe, mi hermano Elías, luego yo, fuimos a participar de la misma alegría.

No he visto uno de los centros que han sido mejor estudiados por los sociólogos, la colonia de Bussum, fundada por un antiguo pastor protestante, van Eeden, no he visto más que los grupos de Blaricum<sup>1</sup>, y apenas durante algunas horas solamente. ¡Pero qué buenas gentes! ¡Con qué valentía se consagran a su trabajo! ¡Con qué nobleza de lenguaje discuten los problemas de moral y de humanidad! ¡Qué feliz se siente uno en su buena compañía! Conservaré en mí una de las emociones más duraderas de mi vida. Me he senti-

<sup>1</sup> Ver folleto en holandés, de Henriette Hendrix, *Una semana en la Colonia de la Fraternidad Internacional en Blaricum* (Amsterdam), y el de Frederik van Eeden: *Free Work at Walden* (Bussum), London, 1906.

do realmente con mis hermanos y sus hermanos, en nuestra gran familia. Pertenecen al género de hombres con quienes usted sentiría el lazo de unidad y de solidaridad de que me habla. Y lo que más vale es que esa solidaridad no es solamente moral, sino también intelectual. Algunas diferencias en palabras, en nombres propios: ¡cuán pequeña cosa es eso cuando uno se siente bajo el mismo cielo y cava con su azada en el mismo surco! Siendo cada día un día de lucha consigo mismo, nos es imposible predecir cuál será el resultado definitivo de esos embriones de sociedades nuevas. ¿Esos hombres han “nacido de nuevo”? para servirme de su lenguaje. Lo creo así, y confío en ello. Y si no han “nacido de nuevo”, su celo de hoy, su deseo ardiente de justicia influirá ciertamente sobre el nacimiento próximo de quienes cumplirán su obra. Por lo menos habrán trabajado como lo hace usted, que se cree estar solo y que, sin embargo tiene alrededor suyo la iglesia inmensa de todos los hombres de buena voluntad. Yo también estoy lejos suyo, muy lejos, y las circunstancias de la vida que me han hecho rodar como un guijarro impulsado por el oleaje, han hecho de mí en apariencia, un extranjero, pero me siento tiernamente al lado suyo, con igual impulso de sentimiento y de acción. De todos esos anhelos, de todas esas voluntades surgirá la acción, y de todas esas células esparcidas nacerá, no el Superhombre, y sí el Hombre, la Humanidad feliz.

Le ruego, amigo mío, testimoniar mi aprecio a todos los suyos. Aquí, la salud de todos marcha bien. Mi hermano, al dejar la casa en que ahora habito, ha ido a establecerse cerca de aquí, calle Víctor Greyson.

Muy afectuosamente,

*Eliseo Reclus*

UNIVERSITE NOUVELLE

Bruxelles, le 1. V. 1903.

INSTITUT  
GÉOGRAPHIQUE

35, rue Ernest Allard

BRUXELLES

— 0 —

Mon cher ami,

Il y a longtemps que j'aurais dû répondre à votre lettre si intéressante et si aimable, mais chaque jour d'autres travaux ont distrait ma réponse.

Depuis j'ai appris que Madame Gietzen avait bientôt vos lettres et vous en fera plus précieuse que ne peut l'être une feuille de papier, même chargée de détails. Elle vous donnera le récit circonstancié de tous vos faits et gestes, des potes d'adieu, et de compis les drames, et les comédies; elle vous parlera de la mort de cette bonne demoiselle Frank, que j'aimais beaucoup; elle vous dira que Peterson et Toussaint ont fondé à côté de chez vous un établissement géographique, qui, je





*A Luigi Galleani*

26, rue Villain - Quatorze, Bruselas, 19 de Mayo de 1903

Estimadísimo camarada y amigo:

Mis mejores votos por tu libertad, por tu salud, tu prosperidad y el bienestar de los tuyos! No cometas muchas imprudencias y no confíes demasiado en el talento de tu abogado. No sin inquietud te veo tan cerca de tus persecutores. Me anuncias en tu carta del 30 de abril, el programa de tu nuevo periódico cuyo título<sup>1</sup> es muy significativo, pero el programa no lo he recibido. Me basta saber que lo redactarás tú para tener idea cabal sobre el sentido y el valor de tu publicación. Solamente que quizás confíes un poco demasiado si tomas en serio la frase que leo en tu carta: "El pasado que se mantiene firme en sus últimos esfuerzos". ¿Los revolucionarios mismos no son acaso burgueses en su interior?

No puedo suministrarte la dirección exacta de Domela Nieuwenhuis.<sup>2</sup> Creo que bastará que pongas en el sobre: Hilversum, próximo a Amsterdam. Allí es donde vive.

Mis ocupaciones son numerosas y muy absorbentes. Te has equivocado quizás al pedirme un pequeño artículo para tu periódico. En primer lugar no tendré tiempo para redactarlo tan seriamente como lo desearía, y luego tendría que robarle tiempo a mis otros trabajos, para los cuales no dispongo mucho de todos mis instantes. El periódico y el libro se ayudan entre sí, pero, para el trabajador, son a veces enemigos.

Muy cordialmente, a ti y a los tuyos.

*Eliseo*

<sup>1</sup> *Cronaca Sovversiva* (Barre Vermont, Estados Unidos), cuyo primer número apareció el 6 de Junio de 1903, y que continuó hasta 1924 en Italia.

<sup>2</sup> Domela Nieuwenhuis, gran pensador y sociólogo libertario holandés.

*Al señor A. Naquet*

Bruselas, Mayo 1903

Estimado Naquet:

Es mucha gentileza de su parte haberme enviado su libro *La Anarquía y el Colectivismo* con esta inscripción: "a mi viejo amigo..." Pero le ruego me permita señalarle un error. No he de ningún modo "casado a mis hijas substituyendo con la consagración personal la consagración social". Me he enterado simplemente de la voluntad de mis dos hijas cuando ellas convinieron en unirse libremente. Si consentí en hablar en una reunión de amigos, del significado de sus determinaciones, fué porque ellas me pidieron ese testimonio de afecto paternal. Algunos años después, cuando una de mis hijas vió morir, en su hermosa juventud, a su primer amigo y compañero, y se unió nuevamente, se limitó a anunciarme su elección, sin pedirme autorización que no tenía ningún derecho de otorgarle o rehusarle. Creo que todo ser humano que tenga conciencia de sí mismo debe obrar en virtud de su propia voluntad, bajo su única responsabilidad personal.

Si se presenta la ocasión, y debe usted mencionar nuevamente la unión de mis hijas, ríndame usted justicia. Aprobación cordial y feliz no es de ningún modo sinónimo de consagración.

Muy afectuosamente suyo.

*Eliseo Reclus*

*A Richard Heath*

2 de Junio de 1903

Mi querido amigo:

Hace bastante tiempo que me escribió usted y bastante tiempo que le debo una respuesta. Pero la vida es corta, plena, repleta de ocupaciones urgentes, y generalmente llego al fin del día sin haber podido terminar la tarea que me había fijado por la mañana. Entonces me dispongo a descansar, prometiéndome ser más expeditivo al día siguiente y hallar los minutos necesarios para escribir a los amigos. Vana esperanza: los minutos y las horas son siempre muy cortos y los pensamientos tardan mucho tiempo en elaborarse.

Pero hoy los astros me han sido más propicios. He hecho con más prontitud mi trabajo y puedo enviarle unas buenas palabras de cordial afecto.

Las diversas peripecias de las colonias comunistas nos han interesado mucho durante las últimas semanas. La desventura de los asociados de Blaricum<sup>1</sup> nos ha afligido, pero por mi parte soy de los que deploran que los camaradas no se hayan defendido. Se facilita singularmente el mal cuando se deja hacer sin protesta, y a juicio mío, uno se encuentra así traicionando su causa, abandonando a los débiles a la violencia de los fuertes. Por eso mismo hay que resistir al mal sin odiar a los malvados, aún amándolos, pero, aunque más no fuera, por amor a ellos, hay que defender contra sus usurpaciones la causa de todos los humildes.

La pequeña colonia de los alrededores de Amberes marcha despacio pero progresa, y aunque está en pleno país católico de un ardiente clericalismo, no parece expuesta a sufrir la malquerencia de los campesinos. Otra colonia, *Ambiente libre*<sup>2</sup> de la que se ocupa su amigo Armand en la *Nueva Era*, parece estar en plena vía de prosperidad. Los asociados se aman entre ellos aunque pertenezcan a grupos diferentes, comunistas, anarquistas y comunistas-cristianos. Las tareas son muy activas, ya muy suficientes para constituir un embrión de sociedad, con agricultura, industria, comercio, enseñanza. La población circundante, poco católica, indiferente, observa con interés la nueva experiencia social. No obstante, no espero que la colonia logre éxito definitivo, puesto que tal medio tiene contra él al inmenso arsenal del Estado enemigo, pero tales ensayos tienen siempre una gran importancia para elevar el nivel de la moralidad ambiente. Iré, así lo espero, a estrechar la mano de esos apóstoles.

...Me pregunta usted qué pienso acerca de la teoría de las oscilaciones en historia. Es en el fondo la idea de los *corsi* y *recorsi* de Vico. La idea es exacta, pero parcialmente.

<sup>1</sup> Acababa de saberse que los campesinos de una aldea vecina habían asaltado y despojado la Colonia, quemando construcciones, incendiando cosechas y forzando a los colonos desposeídos a abandonar el país.

<sup>2</sup> En Vaux, cerca de Château-Thierry (Aisne, Francia).

Hay movimientos de vaivén, de sístole y diástole, pero todos esos movimientos no son más que secundarios, y las corrientes generales arrastran el todo, como un viento de tempestad empuja consigo todo el sistema de los oleajes y de los cielos. En suma, si hubo un gran retroceso después de las revoluciones de mediados del siglo XIX, ha habido al mismo tiempo un sorprendente progreso general, proveniente del movimiento socialista que se ha precisado en los espíritus, aunque se haya prostituído en la política. ¡Trabajemos! ¡Trabajemos! Ninguna palabra sincera se habrá perdido.

Un abrazo muy afectuoso, amigo, y haga presente mis afectos a los suyos. Su sincero amigo,

*Eliseo Reclus*

*A la señora Dumesnil*

Montañas del Jura, 7 de Agosto de 1903

Me parece, querida hermana, que tú misma has resumido la conducta que conviene adoptar con aquellos a quienes se sigue apreciando siempre, sin estimarlos muchísimo, y con los cuales toda explicación es inútil porque todas las palabras del mundo no son más que vana cháchara al lado de la conducta en sí misma: "Guardar buenas maneras, aún cordiales, cuando con ellos nos encontremos sin buscar la ocasión". Mi ejemplo nada significa para el caso, puesto que las mil cosas de la vida pueden cambiar de mil maneras las formas de conducirse de un día, pero me encontraría de buen grado delante de las personas a quienes no iría nunca a enfrentar: es el destino quien me reemplaza, y mi voluntad no entra para nada en la cuestión.

...La montaña le conviene a mi viejo organismo. Asciendo a unos mil metros más o menos, vagando entre los pastizales y en los montes a doscientos o trescientos metros más arriba. En el primer día apenas si podía respirar, a cada diez pasos me detenía para tomar aliento; ahora retozo como un cabrito.

Me hallo aquí cerca de la frontera suiza. Un día descendí justamente en la baja y cálida llanura, en Yverdon. Estoy todavía admirado de las sorprendentes transformaciones industriales que se han realizado sobre la vertiente suiza: caminos elevándose en forma de lazos sobre las pendientes para

facilitar el acceso de los desmontes, y más arriba, para la explotación comercial de hermosos parajes, presas de agua en cada rezumo de manantial; cada torrente de valle captado de la montaña a la llanura por murallas, arcas de agua, esclusas y contraesclusas, molinos en sucesión con tomas de electricidad: un rechinar continuo de ruedas, por todas partes italianos que cavan y edifican, construyen puentes y horadan galerías; luego se ven chalets, señoritas muy emperifolladas, señores que han estudiado y que leen la *Gaceta de Lausanna*. ¿Es que acaso todo eso es progreso? Me complazco en creerlo.

Serie de días lluviosos: cortos paseos cuando el tiempo aclara. Después, serie de hermosos días: largos paseos en los montes. Anteayer, vista incomparable de la llanura suiza, con la cadena, o mas bien todo el frente de los Alpes, desde el macizo de Jungfrau hasta el Diente de Morcles y los Dientes del Mediodía en el Monte Blanco.

Ninguna noticia de los nuestros, ni de Elías, ni de Magali, ni de Ana, ni del Instituto. Es verdad que han transcurrido seis días desde que fuí a Pontarlier a buscar cartas en poste restante. Mañana iré sin duda.

...Muy cariñosamente vuestro, queridas hermanas.

*Eliseo*

*A Richard Heath*

De los Montes del Jura, 14 de Agosto de 1903

Muy querido amigo:

Su carta del 9 del corriente, que han tenido la bondad de enviarme a este lugar perdido, me anuncia una visita a la que no podré desgraciadamente rendir honor. De acuerdo a lo que usted dice, ese personaje tiene realmente un noble carácter y tendré mucho que aprender, mucho que admirar en su compañía. Le agradezco haber tenido la idea de presentarme a ese hombre de corazón.

No he tenido ocasión de ver el libro de W. Monod<sup>1</sup>, *El fin del cristianismo* y por consiguiente no he visto las

<sup>1</sup> Socialista cristiano, pastor en Rouen.

citas de la carta que le había escrito. Poco importa por lo demás, puesto que percibo que, siguiendo la tendencia natural de su espíritu, se da a cada frase, a cada palabra, un sentido diferente, aunque con una perfecta sinceridad.

Así, al hablar del ideal que hallamos en nosotros mismos, no me he referido para nada a la *human nature as we find it in ourselves* pero *of the nobler form of self gratification, namely gratifyng ourselves in the general good*<sup>1</sup>. Todo lo que aprendemos y comprendemos, todo lo que realizamos en nuestro pensamiento de justicia y en nuestro anhelo de amor, todo lo que amplía nuestra potencia de acción para la bondad, todo eso constituye nuestro ideal. No existe un gran ejemplo, ninguna enseñanza, ninguna frase útil, en los que no hayamos buscado nuestro provecho intelectual y moral. En realidad yo no veo cual es la diferencia entre usted y yo. Por sus impresiones y sus interpretaciones usted ha hallado su ideal en el Sermón de la Montaña, por usted comprendido de distinta manera. No he hallado yo lo que buscaba en el mismo lugar suyo, o más bien no es ese un texto que me haya completamente satisfecho, un hombre histórico o legendario que me haya parecido el hombre perfecto, el ideal. Pero ese ideal que usted se ha fijado o que usted ha creído fijar definitivamente sobre un cañamazo histórico ¿no es acaso el mismo que aquel del cual no he todavía hallado la imagen? En verdad creo que somos totalmente hermanos en buena voluntad, aunque cada uno de nosotros trabaja —“turbina” diría yo, en la hermosa jerga popular— en una región del espacio en algo diferente. Su dominio es quizás más ético, el mío más científico. Pero nuestras dos rutas van hacia la misma finalidad.

En este momento, mi sobrino Pablo está cerca de sus padres en Bruselas. Les aporta ciertamente mucha alegría y fuerza. Mi hermano continúa trabajando con una acuidad intelectual realmente sorprendente. Mi hermana está en Francia en compañía de otra hermana. . . En cuanto a mí, he venido

<sup>1</sup> “De la naturaleza humana tal como existe en cada uno de nosotros”, pero “de una forma más perfecta de satisfacción personal, la de nuestra satisfacción hallada en el bienestar general”.

a respirar el aire de las montañas que me ha hecho siempre mucho bien.

Muy cordial y afectuosamente a usted y a los suyos.

*Eliseo Reclus*

*A la señora Clara Mesnil*

Bruselas, 5 de Enero de 1904

Mi querida y joven amiga y camarada:

Acabamos de pasar días penosos. Después de una gran languidez que le duró una semana o dos, hasta sentirse incapaz de trabajar, casi de pensar, mi hermano Elías experimentó ciertos fenómenos muy graves de envenenamiento, sus piernas se negaron a sostenerle y los médicos diagnosticaron una embolia en su brazo izquierdo. Mi querido amigo y compañero en la ruta por la vida, parecía condenado. Pero de pronto la embolia desapareció, la cabeza comenzó a despejarse, las funciones se normalizaron; únicamente persiste la parálisis de las piernas. A pesar de todo, los médicos nos infunden confianza. Mi hermano, una vez desembarazado del veneno de la influenza, recuperará la nueva juventud que se puede tener a la edad de setenta y seis años.

Así, felicitémosnos, querida amiga, tal como nos felicitamos de la curación de su Santiago. ¡Goce plena y conscientemente de su dicha y de su eterna primavera! Participo con mi pensamiento, a pesar de nuestro invierno. Cada día es una lucha, pero que importa si esa lucha termina con una victoria, si cada día el organismo logra adaptarse al medio, y aún a extraerle provecho. La vida es buena porque se aprende, puesto que uno se renueva, y sobre todo porque se ama. Me siento feliz cuando puedo detener de tiempo en tiempo mi pensamiento sobre todos aquellos a quienes quiero. Es por lo demás inútil que piense en ellos de manera consciente: están cerca de mí, me brindan claridad y regocijo, iluminan mi ser como un faro que aclara todo el horizonte. No hay novedad en política, cualquier novedad en geografía, en historia, en ciencia general, que no adquieran para mí un elevado interés, porque mis amigos están aquí y mi alegría es su alegría. El afecto es un eterno reparto,

Tal como le dijo mi hermana, terminé mi libraco, pero puesto que está concluído, hace falta recomenzar, vale decir, corregirlo, completarlo, revolverlo en todo sentido, prever la crítica de los amigos y conformarse a sus pareceres. Es la labor que ahora realizo sin esperar tener en todo este fárrago de 4.500 páginas un solo párrafo de estilo tan firme, tan claro, tan nítidamente objetivo como el del que usted me ha enviado un fragmento (*la señora Mesnil le había enviado un pasaje de Maquiavelo*); pero quizá sienta usted al leerme, un poco más de ternura humana, y ésto no es para desdeñar.

Me alegra que su hijo no se halle más solo, o más bien que su sociedad no sea ya la misma. Conozco bien ese desecho campesino de que usted me habla, he sufrido al igual suyo, y sé bien que, por término medio, no vale mucho más que la canalla burguesa entre la cual las circunstancias nos obligan a vivir. No importa, amamos individualmente a cada uno de esos holgazanes, puesto que nuestra marcha hacia el ideal, nuestra práctica de lo que es justo y bello los ayuda indirectamente. Cambiamos la atmósfera que los rodea, construimos un nuevo mundo donde ellos también tendrán lugar. Hay tanto espacio delante de ellos como delante nuestro, y ellos también evolucionarán.

Creo que su hermano E. se equivocó cuando le respondió que “entre nuestros camaradas la cuestión de la unión libre tiene poca importancia”. Por el contrario la opinión está fijada para lo sucesivo, y la importancia capital de la libertad completa, absoluta, de la mujer frente al hombre, es reconocida entre todos los libertarios que no son simplemente vociferadores. Puedo decir que a mi juicio la revolución se ha realizado, el matrimonio oficial ha muerto virtualmente. Sólo resta despejar la ruta.

... Su amigo

*Eliseo Reclus*



*A Emilio Royer*

Bruselas, 3 de Febrero de 1904

Ha tenido usted la gentileza de preguntarme noticias familiares. Por desgracia, mi hermano Elías está muy enfermo. Hace cinco semanas que lucha entre la vida y la muerte. La parálisis se ha apoderado del cuerpo hasta el diafragma. No nos atrevemos a tener esperanzas y, sin embargo nos asimos fuertemente a la idea de que no morirá.

Actualmente hago copiar los diez últimos capítulos de mi *Geografía Social*, que me ha solicitado el señor Descloziers para saber si la casa Hachette puede permitirle publicar mis enormidades. Ya la primer página les parecerá muy escabrosa.

Muy cordialmente suyo,

*Eliseo Reclus*

*A Nadar*

11 de Febrero de 1904, jueves, a las cuatro

Mi muy excelente amigo, a ti y a los tuyos muy queridos:

Nuestro queridísimo Elías se ha dormido dulcemente. Desde hace algunos días él lo deseaba: “¡Basta! ¡Basta!”, le decía a su hijo. No porque sufriera, sino porque comprendía la inutilidad de la lucha, y en la lógica de su inteligencia, siempre lúcida, pedía que la vana resistencia tuviese un término.

Y ahora el cuerpo rígido se halla extendido sobre el lecho de la habitación vecina. Al alcance de mi mano están los bellos libros que ya no volverá a abrir, los manuscritos tan bien ordenados, maravillosamente escritos, todo ese mundo de pensamientos originales y de cosas bien dichas; y, sobre los muros, en los anaqueles, en los cartones, en las cuartillas, millares y millares de grabados y de notas que adquirieron vida por él y que reviven un poco para nosotros puesto que cada uno nos envía su reflejo.

Pero tú también conoces a Elías y lo estimas. Continúa viviendo en nosotros, y nos hemos muerto en él.

Mucho te aprecio, muy querido amigo, y también a los tuyos.

*Eliseo*

*A Alfredo Gietzen, en Boston*

Sin fecha, (Febrero 1904)

Estimado amigo:

Se habrá quizás enterado, desde el día en que me escribió usted su carta del 19, que mi hermano se ha extinguido dulcemente después de seis semanas de la enfermedad que se apoderó de él. Felizmente no ha sufrido, y no tengo necesidad de decirle que el último período de su vida ha sido tan sereno, tan hermoso, tan simple como toda su vida. Me resta continuar su obra en proporción de mis fuerzas: el buen deseo no me falta.

Por otra parte, amigo, vamos bien. Hábleme de sus amigos de por allí. Aquí la evolución de las ideas no deja por cierto de realizarse pero con lentitud y por avances profundos que se nos escapan, pero cuyos resultados serán tanto más sorprendentes.

Pero he aquí que esta horrible guerra viene todavía a arrojar a los hombres fuera de su evolución normal.

Suyo afectuosamente

*Eliseo Reclus*

*A la señora Magali Régnier*

3 de Marzo de 1904

Acabo de leer una carta que le escribes a Ermance y en la cual te quejas porque durante la larga y angustiosa enfermedad de mi hermano no te he escrito. Es cierto, y confieso también que eso está muy mal: sin embargo debo darte una explicación. Nuestras ocupaciones se vieron duplicadas por la necesidad de hallarnos siempre en casa del enfermo, y de ocuparnos de las cosas urgentes creadas por esa misma enfermedad, siempre continuando con nuestras ocupaciones respectivas, manteniéndonos firmes, sin flaquezas, como la horrible vida lo exige.

Henos ahora de nuevo en la corriente ordinaria de la existencia, con nuestro Elías de menos, aunque sin embargo está siempre presente para muchos de nosotros, de quienes era el consejero, camarada, amigo, asociado de palabra y de pensamiento. Soy uno de quienes él no se ha separado, pues no hay una idea, una observación, un hecho, que yo no re-

lacione mentalmente con él, desde que mi espíritu ha sufrido tan rudo golpe. Sea como sea, retomamos cada cual su tarea acostumbrada, y nada es para mí de más premura que escribirte, querida hija mía, ya que así me lo pides.

Con achaques, casi momificada físicamente, Noemí está sin embargo en una situación menos penosa de lo que podríamos temer. No se deja vencer por largas quejas, y razona muy sabia y sobriamente sobre todo lo que le rodea, evitando a las personas de la casa cualquier molestia posible y ocupándose en clasificar del mejor modo los documentos dejados por Elías...

En cuanto a mí, marchó bien, aunque bastante asmático; no tengo más que precauciones a tomar, andar lentamente, detenerme de cuando en cuando, respirar profundamente, morfarme de mí mismo para que los transeúntes no tengan piedad de mí. Por lo demás, todo este mundo bueno que me rodea es tan gentil conmigo que es una verdadera suerte estar enfermo. Tengo por lo demás mucho que hacer, y las tareas que realizo me placen cada una en su género. Finalmente, debo agregar a mi labor ordinaria las búsquedas entre los papeles de Elías para llegar a reconstruir su biografía. Sus mejores amigos ignoran ciertos detalles muy interesantes de su vida, y será prestarles un servicio establecer la sucesión de los hechos de la vida de nuestro amigo.

Muy cariñosamente a ti y a todos.

Tu padre,

*Eliseo*

### *A la señora Clara Mesnil*

Bruselas, 23 de Julio de 1904

Estimadísima camarada y amiga:

No me ponga usted jamás en duda. Confíe definitivamente en la constancia absoluta en amistad. No se asombre cuando le hablen de esas ágatas que, no obstante todas las evoluciones del mundo, conservan todavía, desde los tiempos geológicos, la gota de agua que sobre ellas depositó el mar.

“Pero —protesta usted—, ¿por qué no me ha enviado trabajo?” Sin duda porque yo tampoco trabajaba. Cuando el motor no funciona más en una usina, todas las máquinas y

maquinarias se detienen, se produce el silencio en la ruidosa fábrica. Y luego, buscando dentro de mí mismo, puede que experimente cierta molestia ante la idea de hacerle copiar una obra incompleta, inconclusa, de la que es evidente que yo no estoy satisfecho.

Después de haber leído su carta, cruzó mi espíritu una idea que me pareció buena. En lugar de ser mi copista, ¿porqué no podría ser mi colaboradora? Voy a enviarle toda la parte del Índice relativa a Italia: usted verá en resumen cuales son los hechos, cuales son las consideraciones que han de serme útiles, para luego recoger notas, al azar o más bien escogiendo entre sus lecturas. Después, de estación en estación, de año en año, me enviará estas notas. ¿Qué piensa usted? ¿Es práctica la idea? Me parece que tendría, en todo caso, una doble ventaja, la de instruirse a sí misma con cierto método y la de documentarme.

...El "menosprecio de los hombres" jamás lo he sentido, aun mismo cuando el exceso de juventud viril me había llenado de petulancia. El entusiasmo causado por mil lecturas e impresiones entremezcladas, me había vuelto con frecuencia irrazonable, y hasta pudo desmoralizarme en apariencia, pero en apariencia solamente: las diversas oscilaciones volvíanme siempre al centro de gravedad, que era "el violento amor" por los hombres. En cuanto a mis primeras páginas de la *Historia de una Montaña*, me pregunto si, en el fondo, ellas no tienen un defecto, la falta de sinceridad. Recuerdo que entonces estaba todavía en prisión y, para más sentía alrededor mío el muro espeso, casi impenetrable del odio, de la aversión del mundo entero contra la Comuna y los comunardos. Quizás me mantuve firme y ese movimiento fué en contra de mi verdadera naturaleza. Esto es lo que usted ha sentido con su sutil instinto de mujer. Le agradezco por habérmelo observado.

Mis mejores felicitaciones a propósito de la educación "natural" que da usted a Lorenzo. No olvidará jamás esos hermosos paseos por las barrancas, entremezclados con danzas y brincos; recordará las flores que saludó con ruidosas exclamaciones; revivirá la vida del arroyo, la de la brizna de hierba; contemplará de nuevo el horizonte sin límites y de nuevo se sentirá muy cerca de su amada madre. No sé que consejos

pude haberle dado, pero su manera de obrar es en verdad la buena: "dejarle del todo libre para que realice su vida y su ideal", reservándose siempre el dar también su opinión, sea directamente, o ya en forma indirecta, como si le hablase a las estrellas.

.....

Suyo siempre camarada y amigo,

*Eliseo Reclus*

*A la señorita de Gérando*

Vascœuil, 15 de Septiembre de 1904

Mi muy querida hermana y amiga:

Al llegar aquí, leo una carta suya que mi hermana Luisa me ha comunicado y me siento muy feliz de poder quitarle la pluma de su mano para escribirle en lugar suyo y testimoniarle nuestro común afecto.

Después de la muerte de Elías, me ha escrito usted palabras afectuosas que me emocionaron profundamente, y esa emoción perdura. He sido muy feliz al volver a estar junto a los míos, en el momento en que aquel al que estaba acostumbrado a ver como otro yo acababa de abandonarnos. Es tan natural, tan normal morir que no me extrañaba ver desaparecer a mi hermano, pero estaba extrañado de no morirme yo, de no haberme dormido al mismo tiempo que él. Me preguntaba asimismo si no me equivocaba, si no era yo, de los dos, quién acababa de extinguirse. Después, sin saber cómo, me he hallado yo mismo en un tristísimo estado de salud, y las crisis se tornaron tan fuertes, tan penosas, que la muerte próxima me parecía probable, casi deseable. Ahora estoy mejor: desaparecieron las crisis, siento apenas opresión, y si me están prohibidos los paseos, puedo al menos recorrer los senderos de los parques y de los jardines. Puedo gozar de la gran alegría de leer y trabajar, de pensar en todos los grandes problemas de la vida contemporánea, y experimentar la gran dicha de amar a la naturaleza, a los hombres, a los amigos más queridos.

¿Pero qué son nuestras pequeñas personalidades en comparación con las revoluciones inmensas que se preparan y en

las cuales podemos ya adivinar desgracias inevitables? Los ejércitos, las flotas, los conquistadores, los opresores no han dicho aún su última palabra: la bajeza humana está siempre dispuesta a protegerse delante del crimen. Y cada uno de nosotros ve de antemano perfilarse en su propio país las escenas dolorosas del porvenir.

Continuemos luchando siempre, a pesar de todo, mi valiente amiga. Cuantas veces nos ha servido de ejemplo; miremos siempre hacia usted como hacia un ideal realizado.

Su amigo y hermano,

*Eliseo Reclus*

*Al señor Roth, pastor en Orthez*

Bruselas, sin fecha, 1904

Leí su periódico con emoción: la sinceridad, la rectitud, la profunda humanidad de sus palabras me llegaron a lo más íntimo del corazón. Me siento unido a usted, pero por encima de los dogmas, las profesiones de fe, las formas religiosas y todos los convencionalismos establecidos. De cerca nos sería imposible entendernos, puesto que nuestras concepciones de la historia son del todo diferentes y las palabras no tienen el mismo sentido para cada uno de nosotros. Ciertamente el cristianismo mantiene aún en usted la fe en personas divinas, la creencia en un dogma definido, la aceptación de una moral revelada, todas esas cosas que me parecen contradichas por la larga experiencia humana y por la razón. Nos sería pues imposible hallar un terreno común para la discusión a la que me invita usted. ¡No importa! Tenemos ambos el ardiente deseo de ser útiles a todos nuestros hermanos; comprendemos igualmente que no puede haber felicidad para uno solo si todos los hombres no son felices, y que una sola queja plañidera en el infinito del espacio bastaría para entristecer por siempre jamás a todos los elegidos.

Socialista libertario, o para ser más neto, anarco-comunista debo en muchas ocasiones, según pienso, aproximarme al cristiano del Evangelio. Así no debo considerar a nadie como "amo" y menos llamarme "amo" de ninguno; debo procurar vivir en condiciones de igualdad con todos, judío o griego, propietario o esclavo, millonario o mendigo, sin dar prefe-

rencia a pretendidas superioridades y a inferioridades presumidas; debo conformarme con la vieja máxima pre-cristiana, de no hacer a los demás lo que me disgustaría para mí mismo y de hacer lo que me placería hicieran para mí; si reivindico el derecho de la defensa personal y de la defensa colectiva, al menos sabría privarme de toda idea de venganza, tal como la practicaban los primitivos, y ningún odio anidaría en mi corazón, puesto que él alcanzaría a los desgraciados ya golpeados por el atavismo o por el medio ambiente; en fin, siempre como el cristiano fiel a su nombre, amaría primero al hermano a quien veo "antes de querer o adorar a seres desconocidos que no he visto nunca".

A mi juicio, el principio de equivalencia de las fuerzas prevalece en el mundo moral como en el mundo físico. Usted ama lo que le parece divino con toda la fuerza de su instinto y de su deseo; amo igualmente con toda la energía de mi inteligencia y con todo el fervor religioso de mi voluntad todo lo que la experiencia, la observación y el razonamiento me dicen que pertenece a la vida solitaria. Nuestras obras son pues iguales entre sí, aunque los rótulos difieran totalmente.

En verdad respondo con un no absoluto a la forma de sus preguntas: No, no puede haber acuerdo entre cristianos y libertarios, porque toda confusión de lenguajes conduce a la confusión de las ideas. Pero usted, cristiano, continúe cumpliendo a conciencia su misión; nosotros, libertarios, sabemos que todo el amor sincero que usted experimenta por sus hermanos no cristianos, apresurará el día de la gran federación, en la cual, por encima de todas las iglesias, penetrarán todos los hombres de buena voluntad, ya fuesen ateos o como Buda,

E. R.

*A la señora Clara Mesnil*

5 - X - 1904

Muy querida camarada:

Me dicen que está todavía en Calamecca; en todo caso mi carta la seguirá. Acabo de volver a Bruselas, buen amigo de mi enfermedad, que otras veces me torturaba y gobierno ahora, aunque obedeciéndole muy diplomáticamente. Debo esta

gran mejoría de mi estado al aire puro que he respirado y a los excelentes cuidados que he recibido.

.....  
Tiene usted la feliz idea de invitarme a su casa para este invierno. Pero tan buena idea no podrá realizarse. En efecto, mi tarea, que consistirá en el cuidado de las publicaciones semanales, una en París, otra en Inglaterra, me obligan a una atención muy sostenida, y deberé estar a barlovento, dicho de otro modo, no abandonar mi mesa de trabajo más que constreñido o forzado.

De todo corazón, suyo.

*Eliseo Reclus*

*A la señora Clara Mesnil*

25 - X - 1904

Mi muy excelente y muy querida camarada:

...Me han emocionado fuertemente, amiga mía, sus palabras con motivo de una historia que le contaron y que habría dejado en mi ánimo cierta turbación momentánea. Muy confiada y plena de afecto, usted ha rechazado toda demanda, aun siendo fraternal, como indigna de usted y de mí, pero no esté usted por ello menos absolutamente segura que mi confianza en usted es total y que conserva todos los derechos de amiga sincera en el ánimo de su amigo. Le expondría voluntariamente y por completo tal o cual parte de mi vida, si supiera sobre cual hecho o cual serie de hechos debiera aplicarse dicha confesión. Siente usted tan noble afecto hacia mí que sería criminal, por cualquier atenuación de la verdad, por cualquier cobarde justificación, pretender vanas aureolas, la más mínima que fuera. No; no he tenido, tengo aún mis defectos y mis debilidades, pero cuento también con amistades sinceras, con mis elevados deseos, con mi ideal interior; trabajo siempre en la escultura de la efigie del héroe que sueño y que es mi mejor yo. Puedo, pues sin la modestia que usted me reprocha, saber que soy, sino siempre, por lo menos a veces, y virtuosamente, en principio, el camarada que puede mirarla de frente, sin temor de tener que pedirle su perdón o su olvido.

Hace usted alusión en su carta a un semi-relato que le hice, hace algunos años, a la salida de una conferencia. Le diré



que los paisajes más maravillosos, los más maravillosos sitios, no son sin embargo más que lugares de amargura y de tristeza si se está sólo para gozarlos, si no se tiene un amigo a quien estrechar la mano, a quien uno pueda hacer partícipe de su vida, y con quien pueda comenzar en un medio admirable cualquier obra. Quizás también le hablé de una alegría aún mayor, la de sentirse uno totalmente identificado con otro yo. Cuando derramé lágrimas sobre un viejo muro de fortaleza ruinoso, en la cima de un promontorio azotado por el oleaje del mar, desde donde veía un circo de graciosos valles que ascendían hacia un anfiteatro de montes nevados, me hallaba entonces, solo, desde hacía un mes, distrayendo de cabo en cabo, de mar en mar, mi pasión por superarme en todo sentido, por la vista, el oído, la comprensión de las cosas y la potencia de amar. Tenía entonces veintiséis años cumplidos, y acababa de abordar hacia varios días las costas de Colombia: la ciudad de Santa Marta, semi oculta entre los mangos, mostrábase muy apenas al borde de una caleta: no tenía ningún amigo y sentía vagamente que mis exigencias eran demasiado elevadas para que mi ideal pudiera realizarse. Tanto más grande, tanto más gloriosa era la naturaleza que me rodeaba, tanto más irritante, tanto más amarga era la injusticia de la suerte que no me brindaba ningún amigo.

.....

### *A la señorita de Gérando*

Bruselas, 22 de Noviembre de 1904

... ¡Qué bella será la existencia de los hombres, cuando la educación integral, física, moral, intelectual, haya logrado seres valerosos y fuertes, trabajando para el bien de todos! Sin duda veo los horrores del tiempo presente, las guerras, las bajas, las delaciones, pero en el conjunto creo percibir una verdadera inclinación hacia la justicia. ¿Debo acaso esta manera de ver a mi temperamento optimista? Me parece que los estudios históricos me dan la razón.

.....

*Eliseo Reclus*

*A Pedro Kropotkin*

París, 123, Boulevard Montparnasse (de paso)  
lunes 6 de Febrero de 1905

Muy excelente amigo y hermano:

Recibí tu carta, tu amable carta, anunciándome el comienzo de tu convalecencia, en el momento en que iba a ascender en coche para llegarme a París, donde me llamaban los camaradas para hablar de Rusia y de la Revolución. Pero ¡ay! debo hablarles con palabras de fuego y no tengo más que un soplo asmático que brindarles. Sin embargo pondré, al hablar, toda mi alma.

Es realmente el caso de repetir: “¡La Revolución está en marcha!”.

Muy cariñosamente,

*Eliseo*

*A Pedro Kropotkin*

15 de Febrero de 1905

Muy querido amigo:

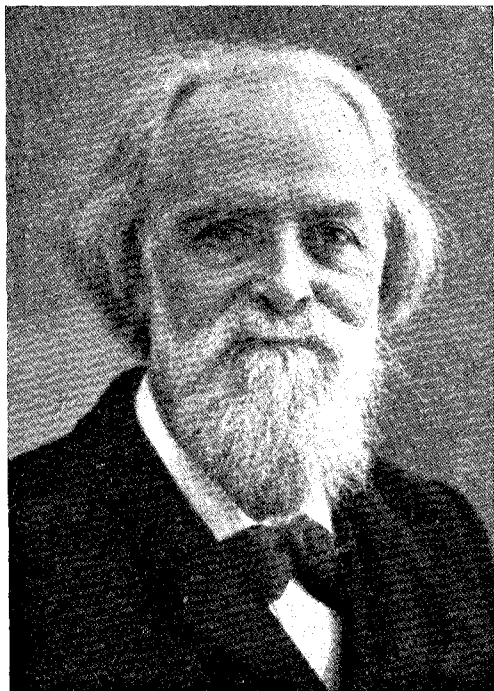
Tengo buenas noticias tuyas y las noticias mías no son malas. Pero sin embargo en París no pude pronunciar mi discurso: emocionadísimo por la alegría de hallarme en el París revolucionario, debí sentarme luego de haber hablado cinco minutos: sentí punzadas en el corazón.<sup>1</sup>

...Después de los acontecimientos de Rusia, nuestra alma está allí. Vivimos llenos de esperanzas.

Tu amigo, hermano y camarada,

*Eliseo*

<sup>1</sup> El discurso fué leído por un camarada. Al año siguiente, después de la muerte de Eliseo, el periódico belga *La Tierra*, órgano hebdomadario del socialismo racional y de la “Liga pro-nacionalización del suelo”, publicó el discurso en su N° 26 (del 24 de Junio al 1° de Julio de 1906).



ELISEO RECLUS EN 1905



[DISCURSO LEÍDO EN PARÍS EN FEBRERO DE 1905]

Días de profundo duelo son al mismo tiempo días de elevadas esperanzas. Entre vosotros, hijos de París, la ciudad de los revolucionarios, son ciertamente los viejos quienes vienen a recordaros el fin lúgubre de la Comuna, la última y más terrible semana del terrible año. Hace ya mucho tiempo de ello, más de un tercio de siglo, pero oís todavía el ruido seco de las ametralladoras, de las que cada una destrozaba cabezas, desgarraba pechos, —treinta mil cabezas, treinta mil pechos—; véis todavía largos hilillos de sangre, la sangre más generosa de Francia, enrojeciendo el agua turbia del Sena. ¿No parecía entonces que la era de las revoluciones se había clausurado, y clausurado para siempre? ¿No debía tratarse de quiméricos y de locos a los que se imaginaban aún que el pensamiento y la voluntad, el fervor del bien público, el noble impulso por la justicia, podría renacer de esa sociedad decapitada? Y a pesar de todo, esos espíritus obstinados en quimeras, eran quienes vivían plenamente en la verdad. Sí, los días de carnicería fueron también los días de renovación. ¿No fué a partir de la Comuna cuando todas las reacciones, coaligadas y no obstante impotentes, han reconocido la necesidad de conceder a la Sociedad el empleo de una palabra, que en sí no significa absolutamente nada —República— pero que no por eso encierra menos un símbolo esencial del advenimiento de la sociedad futura. Está ya convenido que en lo sucesivo que los pueblos no dependen más de la “gracia de Dios”. A partir de ese día fueron virtualmente separados de la Iglesia, y el Estado mismo se halla sin apoyo. Considerabáselo como descendiendo de lo alto, impuesto por una voluntad divina, absoluta, intangible, y he aquí que es, lisa y llanamente, una invención humana, una máquina mal dispuesta, que hemos fabricado nosotros mismos y que podemos desmontar, arrojar en algún museo de horrores.

Igual fenómeno en esta ciudad de Pedro el Grande, la ciudad imperial, sin tacha alguna de pasado revolucionario. Hemos visto allí millares de suplicantes que avanzaban hacia el personaje a quien llamaban “Padre”. ¡Estaban siempre listos para prosternarse y levantar sus brazos como delante de

un dios! ¡Sabéis cómo fueron recibidos! Un miembro de ese clan que el pope Gapón califica como “una cueva de víboras” acogió a esos famélicos a tiros de fusil y de ametralladoras; después al lado de los cadáveres de obreros otras salvas dieron por tierra con las mujeres, los burgueses, los grupos de esos intelectuales aborrecidos por los ignorantes de arriba, y por último con los niños que jugaban al aro. En verdad no puede uno imaginarse espectáculo más horrible, y sin embargo allí también, en ese arrasamiento sangriento, vemos surgir la imagen del vengador. Que se lo reconozca o no, San Petesburgo se ha convertido, como París, en una ciudad revolucionaria, y todas las otras ciudades rusas son arrasadas al movimiento. La vieja Rusia no es más que “un vaso quebrado”, tal como la describió el poeta académico. Sin duda se procurará ocultar la rotura con muy sabios pegotes, y los buenos pretores ungidos de solicitud por la suerte de sus millones y los periodistas por encargo y los diplomáticos de oficio, en fin, los gobiernos “amigos y aliados” no se olvidarán de alabar la integridad de la vajilla quebrada. ¡No importa!, vemos la rotura, y la historia nos muestra ya la cabeza coronada del Imperio yaciendo en tuestos miserables. La Rusia de mañana no se asemejará en nada a la de ayer: las poblaciones oprimidas saben que el que era en otro tiempo *Batuchka*, el amo lejano, desconocido, a quien llamaban el “Padrecito” no es ya un amo, sino un *tchinovnik* como los otros; se hizo la claridad en sus espíritus, y la Revolución futura se prepara en el fondo de sus pensamientos.

El gran problema que se presenta frente a la historia es el relativo a la amplitud que adquirirá esa revolución, puesto que si los acontecimientos que se suceden de región en región y de siglo en siglo, se asemejan por el movimiento, por el ritmo, por el sentido profundo de su marcha, en cambio difieren mucho por el detalle y por la importancia que presentan en el recuerdo de los hombres. La revolución moscovita será ciertamente una de aquellas que se destacarán, como la revolución francesa, entre las grandes épocas de la humanidad. Pero esta vez no se tratará sólo únicamente de la entrada del Tercer Estado en el cuerpo de la nación; el mundo de los obreros reivindica su parte de libertad, como los intelectuales, así llamados, de la burguesía, y es especial-

mente a ellos mismos a quien se debe la iniciativa de la emancipación. Los campesinos también entrarán en la gran revolución pues la causa primera de la inestabilidad de toda la nación rusa proviene del servilismo y de la injusta repartición de las tierras. Rusia será pues removida en su total conjunto, hasta en su última cabaña.

Pero un problema, distinto al problema de clases, se agitará forzosamente: el de los pueblos de lenguas diferentes, de conciencias nacionales distintas. Lo que se denomina Rusia es un inmenso dominio de conquistas en donde están acorraladas nacionalidades sojuzgadas: los polacos y lituanos están retenidos por la fuerza al lado de los moscovitas; los estonios y livonios están bajo la dominación de una burguesía alemana, brutalizada ella misma por funcionarios rusos; luego está la vasta unión de los pequeños rusos, que administra penosamente su vida, privada del derecho de dar a su lengua libre desarrollo literario. Además los finlandeses a quienes regimentan en el gran rebaño, engrosado ya por tantos otros grupos turaníes, bachkires y vogules, mechetcherianos, mordvines y cheremisos. Kalmukos budistas, tártaros mahometanos, entremezclan sus comunidades con las de los europeos ortodoxos y eslavos. A toda esta confusión de razas, de religiones y de lenguas, viene a mezclarse el elemento judío, seis millones de hombres encerrados en jurisdicciones, en ghettos urbanos cuya puerta no se abre más que por el dinero. Por último, más allá del Cáucaso, se hallan los georgianos a quienes los emperadores de Rusia habían, como a los finlandeses, asegurado bajo juramento el respeto absoluto de su independencia; y los armenios, igualmente munidos de bellas promesas que siempre fueron violadas, así como fueron saqueados sus templos y sus moradas, y finalmente enviados fuera de sus fronteras para hacerlos degollar por soldados turcos. Más lejos aún, en la profunda Asia, continúa el desfile de los pueblos conquistados: turcmenios, kirguises, dzúngaros, buriatos, mongoles, sin contar los pueblos salvajes, y todos, todos aguardan la libertad que ha de darles la revolución.

Y para esos millares y millones de hombres, nosotros esperamos de nuestros hermanos rusos que en el día de su propia emancipación, ayuden también a la liberación de todos esos vencidos y oprimidos, y que un lazo federal los una, aseguran-

do a cada ser humano, de cualquier raza que sea, la plenitud absoluta de su libertad. La Revolución Francesa proclamó teóricamente el “derecho del hombre”; pedimos a la revolución eslava convertir ese derecho en realidad viviente; le profetizamos el gozo de cumplir la obra más grande de la historia, la conciliación de las razas en una federación de equidad. Más aún, es también Rusia la que, después de los vergonzosos procedimientos del Imperio en el Extremo Oriente, tendrá la misión de unir el mundo blanco y el mundo amarillo, de resolver la antinomia de Europa y Asia, que dura desde el tiempo de los Daríos y los Alejandro. Es de Rusia, actualmente enemiga oficial del Japón, de quien esperamos la penetración natural de esas naciones que el aislamiento secular parecía haberlas para siempre desunido. Los sabios nos dicen que *Aïno*, el campesino originario de la tierra japonesa es el hermano de los *mujiks* rusos. ¡Y bien!, los dos campesinos del Oriente y Occidente reconstituirán cordialmente la gran familia de antaño.

Comprended, amigos míos, como estas perspectivas deben apasionarnos y darnos energías para vivir. La causa de la revolución rusa es la causa de la revolución universal. Jamás obra alguna tuvo carácter más ampliamente internacional; jamás acontecimiento de importancia mundial se desarrolló en tan vasto dominio. Mientras en todos los países del mundo se constituyen partidos estrictamente nacionales que quisieran alzar murallas de guarniciones, de aduanas, de prohibiciones, de prejuicios y de odios alrededor de su estrecha patria, vemos aquí la promesa de una revolución nacional, que, por la fuerza de las cosas, evolucionará en el sentido de “mundialidad” es decir de una libertad real que no será la prerrogativa de algunos blancos, sino el derecho de todos los hombres, sean blancos, amarillos o asimismo negros, que sean Arbi o Rouani, que pertenezcan a la categoría de los “enemigos hereditarios”, como los ingleses o los alemanes. Y cuando hablamos de libertad real, se trata de la que asegura el pan, y por consiguiente la altivez, la alegría, la firmeza que brinda una buena digestión. Recordad aquel canto de nuestros viejos revolucionarios: “¿Qué hace falta a nuestros republicanos? ¡Pan, y después plomo; plomo para vengarse y pan para nuestros hermanos!”.



¿Y cómo obtener ese derecho, cómo conquistar ese pan? Inútil es decir que para ello, amigos míos, nos esperan los bendecidores. Ese derecho, ese pan, ¡claro está que los parlamentarios nos lo darán, con una serie de multas, de votos, de escrutinios públicos y secretos! ¿Ignoráis acaso que se prepara la construcción de un magnífico Palacio de la Paz universal y eterna? Sí, lo sabéis ampliamente, y no ignoráis tampoco quién es el fundador de ese mirífico palacio, el zar, para no nombrarlo, y quién es el millonario, Carnegie, que suministrará los fondos para los mármoles y granitos, para las maderas preciosas, las sedas y terciopelos de las cámaras en donde morarán los pacificadores del mundo. Pero sus nombres no nos deslumbran. De antemano podemos predecir lo que saldrá de ese templo de la paz. Tratados entre gobiernos para asegurar el orden, para suavizar la servidumbre de los oprimidos y hacer más agradable la falta de pan a los famélicos.

Una institución más que inútilmente se construye y que deberá ser destruída. Lo que habrá de ocurrir, la historia reciente nos lo enseña victoriosamente. La Internacional naciente proclamó que “la emancipación de los trabajadores sería obra de los trabajadores mismos”. La emancipación de los pueblos se hará por la acción revolucionaria de los pueblos por fin desembarazados de sus pastores. Los acontecimientos que se desarrollan actualmente en Rusia nos ayudarán a comprenderlo. Los obreros que sufren no irán en procesión, suplicantes, hacia el Palacio de Invierno.

*A la señora Clara Mesnil*

Bruselas, 23 de Febrero de 1905

...No he vivido solamente en el pasado de la historia; me he estremecido yo también, célula infinitesimal, en la gran vibración de vida que anima hoy en día a toda la humanidad, al gran cuerpo de la tierra. El grandioso drama de Rusia que avanza de rodillas hacia su emperador, luego se yergue, hace saltar a sus consejeros, y se prepara para hacer saltar al zar mismo, esa alianza de todas las clases y de todos los pueblos del Imperio en un solo impulso, esa sencillez maravillosa en el abandono individual de la

existencia, esa hermosa solidaridad en la abnegación, y después, allá abajo, como fondo, entre las nieves y las brumas de la Manchuria, dos ejércitos que se matan entre sí, y que no piden más que reconciliarse.

*Eliseo Reclus*

*A Nadar*

De parte de tu muy afectuoso Eliseo

21 de Marzo de 1905

Me levanto de una pequeña enfermedad, pero no te preocupes puesto que comienzo a recuperar vida y salud, para imitarte, según lo espero.

Por la presente, te recomiendo íntima y afectuosamente a mi amigo y abnegado camarada. Tcherkesof<sup>1</sup>, que es, la personificación y el resumen viviente y activo de la Transcaucasia, de los georgianos, armenios, caucásicos y tártaros. Nadie ha trabajado tanto como él por la causa de la libertad y la igualdad en ese mundo lejano. ¡Ayúdalo, amigo mío, y que tu vieja sangre revolucionaria vuelva a agitarse!

Hé aquí lo que yo te pido: Invitarás en una noche, que te sea posible presentarle, a la señora Menard Dorian, que es verdaderamente tan noble, tan potente por la radiación de su inteligencia y de su voluntad, tanto como por la fuerza de su acción y en esa noche, mi amigo Tcherkesof os contará la historia reciente de su patria.

Con el mayor afecto y la mejor voluntad.

Tu *Eliseo*

Mañana o en estos días recibirás la visita de mi amigo y combinarás tu invitación.

<sup>1</sup> Varlaan Tcherkesof, revolucionario ruso, gran teórico e historiador de las ideas libertarias.

Mi deliciosa amiga y camarada:

Estoy en verdad en retraso para agradecerle sus flores recogidas en la campiña por la madre y el hijo, por los encantadores seres que en la naturaleza han de ser tan hermosos, mezclando sus risas y sus gritos, asociando rítmicamente sus actitudes, tanto más espléndidas a la mirada porque la felicidad los transfigura mucho más allá de las sensaciones ordinarias de la vida. Contemplo todo esto con la imaginación y el afecto, y experimento un gran regocijo.

Si antes no le escribí fué porque estuve muy engripado; la gripe me atacó sobre todo diversos puntos sensibles, no afectándome absolutamente nada del lado del corazón. El malestar duró una docena de días; estoy ahora en el período de convalecencia, que me ocasiona todavía cierta fatiga. Quizás aducirá usted que he tenido momentos de perversidad durante los cuales me he preguntado si el camino recorrido hacia la muerte no estaba ya en parte realizado en la vía de lo inevitable, pero pronto me he librado de ese ruin lado utilitario del problema, y héme aquí de nuevo, mordiendo en la sabrosa manzana de la vida. Las dos poderosas atracciones que me vinculan fuertemente a la existencia, como ya lo sabe usted, son en primer lugar el afecto, la ternura, la alegría de amar, la felicidad de tener amigos y hacerles sentir que se los quiere y que toda prueba de afecto es un alborozo gratuito. Después viene el estudio de la historia, el goce de ver el encadenamiento de las cosas. Sin duda que en este estudio hay buena dosis de imaginación; la engañosa Maya nos guía también allí hacia pistas falsas, pero se experimenta no menor inmenso goce en reconocer sus errores.

En cuanto a mi libraco, no me brinda placer alguno: para que me interesase haría falta que compartiera el trabajo con el regente de la imprenta, con los tipógrafos, con los correctores, que cada día trajera consigo su pequeño conflicto, su pequeña discusión; pero el trabajo se realiza industrialmente, y, para decirlo exactamente, no estoy allí para nada. Como los florentinos de la hermosa época, debería tallar yo mismo los caracteres que servirían para imprimir mi libro.

Mis mejores recuerdos a Santiago. Abrazo cariñosamente a Lorenzo y quedo su fiel amigo.

*Eliseo Reclus*

*Al señor Sebastián Voirol*

26, rue Villain-Quatorze, 5-IV-1905

Estimado señor y colega:

Naturalmente, experimento la más viva simpatía por su obra y gustoso le ayudaría. Pero con todo eso, me pregunto si su proyecto tiene suficiente precisión.

O bien se dirige usted a los gobiernos, o bien se dirige a la masa del pueblo, considerada como independiente de sus Estados y de sus fronteras. Si va dirigida a los gobiernos, los reconoce usted por éso mismo con todas las causas de iniquidad, de disensiones y de guerras que provienen de su existencia misma, se apasiona usted en construir ese palacio de La Haya que no puede ser más que una nueva torre de Babel; si va dirigida a la muchedumbre de trabajadores de todas las naciones y de todas las lenguas, no debe uno olvidarse que la guerra civil está en el origen de todas las guerras extranjeras. Se baten en Manchuria; se ha combatido en los Vosgos; se habrá de combatir sobre todos los puntos de Europa y del mundo, puesto que cada taller, cada usina, es ya un lugar de disputa y de combate. Ser pacifista en el verdadero sentido del vocablo, es establecer la paz en el campo del trabajo, de la única manera posible, por la supresión del patronato, y por la manumisión del trabajador sobre todos los elementos del trabajo.

Entonces podremos dispensarnos de echar los cimientos del palacio de La Haya.

Sírvase recibir, estimado señor y colega, la expresión de mis más cordiales sentimientos.

*Eliseo Reclus*

*A Luigi Galleani*

15 de Mayo de 1905

Muy querido camarada y hermano:

Gracias por tu buen recuerdo, escrito por tu mano, firmado con tu nombre.

No tengo para referirte tantos episodios como tú. Mi vida es de poco movimiento: transcurre sobre todo luchando contra las enfermedades y los achaques de la edad, pero estos son detalles en los que no tengo por qué detenerme, puesto que tengo muchos compañeros a quienes querer, la continuación de mis obras, ya iniciadas o aún a emprender, y el gran curso de la historia contemporánea y futura a contemplar.

Y Rusia. ¡Qué grandioso comienzo del fin!

He rogado a mi excelente hermana Luisa que se ocupe de tus pedidos. Ella es quien habrá de procurarte una fotografía de nuestro buen Elías, que ha dejado tan profunda huella en la vida de quienes le conocieron; mi hermana copiará para tu periódico extractos de un manuscrito de Elías sobre la Comuna. En cuanto a mí, tengo también sobre eso mis "impresiones personales" relativas a aquella gran época, pero no he tenido mano bastante hábil para encontrarlas, y carezco actualmente del tiempo necesario para disponerme a una nueva redacción.

Nuestra querida Magali es estudiante en Montpellier, en donde se ocupa especialmente de botánica, en compañía de excelentes amigos. Nos brinda gran satisfacción. Los otros hijos van bien. Por una de mis nietas soy ya bisabuelo. No he pasado pues inútilmente por la tierra.

Tu amigo muy devoto.

Transmitirás mis respetuosos saludos a tu querida mujer con todos mis anhelos de pronto restablecimiento.

*Eliseo*

*A la señora Clara Mesnil*

20 - V - 1905

Mi muy joven y muy valiosa amiga:

Es todo un encanto, una dicha, un rejuvenecimiento, recibir una carta suya. Me he hallado, y me hallo aún, como encantado. Me habla usted de la primavera, siendo usted la primavera misma, con sus flores nuevas, que flotan en el aire

como nieve tardía, sus flores tímidas que no tienen todavía la fuerza de reverdecer, sus vapores que pueden ser niebla o bruma, su estremecimiento de invierno y sus caricias de estío. Cuán gentil ha sido usted al convocarme en aparición en ese delicioso lugar de la Castellina. Me haría falta poca imaginación para creer que ello es verdad y que en efecto vivo en medio de ustedes con la alegría de ver y la dulzura de sentir. Ciertamente, al igual suyo, deseo plenamente gozar de lo imaginario, puesto que lo imaginario es muy real, es mi afecto hacia todos ustedes y el encanto de su amistad. Vamos, no se queje, pues, de tener demasiada juventud. Puesto que posee alas, vuela usted ampliamente en el espacio.

Y ahora, oh, amiga mía, reemprendo mi trabajo: cartas, correcciones de pruebas, asuntos corrientes, todo ésto me retrasa mucho y a veces me falta inspiración. Pensar en los amigos me devuelve la alegría y la salud.

Muy afectuosamente, su viejo camarada.

*Eliseo Reclus*

*A Lilly Zibelin-Wilmerding*

Thourout, 29 - V - 1905

He tenido la dicha de recibir su carta. Primeramente porque viene de usted y me hace presumir que goza de salud y alegría, luego porque me da ánimos para mis tareas. A veces me juzgo muy severamente y me califico de "necio". Gracias a usted, obtengo alguna compensación.

De acuerdo a su invitación, me sería muy grato volver a ver Ginebra, o más bien a los amigos que se encuentran en Ginebra, ya que la ciudad, muy destacada, muy histórica, bien lo sé, me repugna por muchos aspectos: es siempre la ciudad de Calvino. Pero, ¿cómo ir a verla? Estoy encadenado a mi trabajo, encadenado a mis costumbres, y los viajes me resultan penosos; ciertas estaciones me parecen asimismo peligrosas. Conocía en otro tiempo los goces del movimiento, conozco ahora el confort de la anquilosis. La mayor parte del tiempo los paralíticos lo son porque así lo quieren.

Muy afectuosamente suyo, de los suyos y de todos.

*Eliseo Reclus*

## *A un desconocido*

(Carta aparecida el 1º de Noviembre 1913, en el *Mercure de France*)

Bruselas, sin fecha

...Sin duda me considera usted como un ser religioso, ya que sabe que tengo la noción del deber y que toda mi ambición es practicarla; pero la religión, tal como todos la comprenden, ¿puede existir para aquellos que cuentan precisamente entre el número de sus deberes el vivir sin Dios, expulsar de su vida como un despojo impuro todo lo que queda de la falsa educación y de las alucinaciones infantiles? Trato de velar sobre cada uno de mis pasos e interrogar a mi conciencia sobre cada una de mis acciones. Después de la satisfacción de haber emprendido el camino recto, la mayor para mí es de ser aprobado por los seres que respeto y amo. Siento el lazo de solidaridad que a ellos me une, y por ellos a todo lo que vive y sufre. Si me esfuerzo en pertenecerme, es para darme, y si procuro ser fuerte es para entregarme plenamente; habiendo recibido todo de los demás, debo restituirles todo. Pero la ciudad de mi conciencia me basta, y no quiero buscar hacia afuera, en el mundo desconocido. Me complazco en vivir, como dijo el apóstol, "sin Dios y sin esperanza en el mundo". Todo esfuerzo que emplee en sondar lo insondable, en comprender lo incomprensible, sería una pérdida de inteligencia; toda esperanza en una vida futura, todo vago deseo de recompensa sería una pérdida de virtud. Me atengo al viejo proverbio francés: "Haz lo que debes, venga lo que viniere". Es ésta una moral que me parece convenir a los hombres: el deber ante todo, y si hace falta, el infortunio por recompensa.

*Eliseo Reclus*

*A Pablo Gsell*, en respuesta a la encuesta sobre "La moral sin Dios"

(Carta publicada en *La Revue* del 1º Diciembre 1905)

No, no es ni será posible fundar una moral popular basada únicamente en la razón.

Un marco no puede darnos un cuadro; la razón más sagaz acompañada de todas las buenas "razones" del mundo, no nos

enseñaría nunca el arte de conducirnos; es preciso para animar nuestra moral, todas las fuerzas del ser viviente. Y entre esas fuerzas se hallan precisamente las del amor, las del entusiasmo, que se mezclan diversamente a la religión de nuestros antepasados. Esas fuerzas estaban mal empleadas, puesto que se perdían en la adoración de lo desconocido o aún de lo malo. Pero no por ello han dejado de ser excelentes en sí mismas, y la evolución que se opera no podrá consistir más que en desplazarlas hacia un nuevo objetivo.

Los hombres que se ven más inducidos a error en sus creencias, por los misterios del más allá, no tendrán más que trasladar sus energías hacia la tierra, para amar con alegría las cosas de la vida, de la que la ciencia nos demuestra, en fin, "la presencia real". El bien público, o mejor dicho, la felicidad de todos los hombres, nuestros hermanos, se convertirá naturalmente en el objetivo especial de nuestra existencia renovada. Tendremos así nuestra religión, que, en lo sucesivo, no estará más en desacuerdo con la razón, y esta religión, que por otra parte no es nueva y que fué practicada en todo tiempo por los mejores, contiene en sí todo lo que las antiguas religiones tenían en sí de bueno. Cuidémonos bien de dejar a nuestros adversarios, "los hombres negros", la más mínima parte de superioridad en todo el dominio humano.



## E P I L O G O

### *Carta de Pablo Reclus a Pedro Kropotkin*

Ixelles, 6 de Julio de 1905

Muy querido amigo:

No quiero que transcurra el día sin escribirte unas palabras, por incompletas que sean.

Hace ya tres semanas que nuestro amigo comenzó a declinar rápidamente y que las crisis se fueron repitiendo con más frecuencia. Antes de ello, pensábamos que con esos altibajos, podría todavía durar largo tiempo. Durante ese período nuestra posición se había vuelto muy difícil: las visitas de gentes indiferentes provocaban en él crisis —por repulsión, diría yo—; pero las visitas de amigos lo emocionaban todavía más, y lo sumían casi regularmente en crisis dolorosas. Lo he visto por última vez, hace ya ocho días...

El sábado, delante de su hermano Pablo, delante de su hermana Luisa, recomendó que nadie siguiera su entierro, ni aún los suyos, puesto que todos los otros amigos querrían hacer lo mismo. "Pablo solo me conducirá al cementerio". Y he aquí como esta mañana, a las ocho, he asistido, absolutamente solo, a la inhumación de nuestro amigo<sup>1</sup>. Había pocos curiosos; era muy temprano, y la voluntad de Eliseo pudo ser cumplida al pie de la letra y en su espíritu.

Sus últimos instantes de dicha fueron, el lunes, algunas horas antes de su muerte, al escuchar la lectura de los telegramas de Rusia...<sup>2</sup>. Su último trabajo concluído fué el prólogo de *El hombre y la Tierra* para la edición rusa, pero, hasta el sábado, pudo dictar algunas notas para su obra.

Fraternalmente,

*Pablo Reclus*

<sup>1</sup> En el cementerio de Ixelles.

<sup>2</sup> La revuelta de los marinos del "Knia Potemkin".



PROSISTAS  
EUROPEOS  
CONTEMPORÁNEOS



Algunos títulos publicados:

STEFAN ZWEIG

*Primeras experiencias*

GEORG FINK

*Tengo hambre*

HAN RYNER

*El quinto evangelio*

FREDERIK VAN EEDEN

*Juan y el elfo*

CHARLES LOUIS PHILIPPE

*La madre y el niño*

CHARLES LOUIS PHILIPPE

*Bubu de Montparnasse*



EDICIONES IMÁN  
SARMIENTO 1320 - Bs. Aires

Digitizado por

**Humanidad**  
Periódico libertario

<http://www.humanidad.webcindario.com/>



\$ 6.— m/arg.